VISTA desde el NORTE

Sinopsis de los Estudios Latinoamericanos
en Estados Unidos hasta la década de 1980.

Gustavo Remedi

© Gustavo Remedi, 2011
© Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR, 2011.

Edición: Renée Ferraro
Diseño editorial: Daniel Villar
Editorial: Zona editorial
Co-edición: CEIL

CEIL
Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos "Profª Lucía Sala"
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR
Magallanes 1577 CP 11200
Montevideo - Uruguay
Tel.: 598 2 409 25 53 email: ceil@fhuce.edu.uy
www.ceil.fhuce.edu.uy

Impreso en Mastergraf
Junio 2011
Cantidad de ejemplares: 500

ISBN: 978-9974-8225-9-7

www.zonaeditorial.com

El autor quiere agradecer al Comité de Investigaciones Académicas de Trinity College por la beca parcial que le fue otorgada en Noviembre de 2010 con el fin de concretar la publicación de este libro.

# Índice

PRESENTACIÓN / CEIL ..... 11

Prólogo ..... 15
1. Breve historia de la universidad moderna y de las universidades en los Estados Unidos ..... 23
2. El papel de la Filología en la formación de los Estados Nacionales ..... 33
3. El surgimiento de los Departamentos de Literatura y Lenguas Modernas ..... 39
3.1 Origen del hispanismo y de los estudios de literatura hispanoamericana ..... 40
3.2 El estudio de la enseñanza de idiomas ..... 43
3.3 La posguerra y los estudios de las áreas geográfico-culturales *(Area Studies)* ..... 46
4. Los Estudios Latinoamericanos ..... 51
- Etapas de los estudios latinoamericanos ..... 52
4.1 Los comienzos: siglos XVII a XIX ..... 53
El siglo XVIII ..... 53
El siglo XIX ..... 54
4.2 El período fundacional ..... 60
- La construcción discursiva e institucional (1898-1935) ..... 60
- Los estudios arqueológicos y antropológicos ..... 67
- Estudios geográficos, económicos y sociológicos ..... 72
- El contexto de la Segunda Guerra Mundial (1935-1945) ..... 75
4.3 Claroscuros en el contexto de la Guerra Fría (1945-1975) ..... 90
- El declive de la posguerra (1945-1958) ..... 92
- El recambio generacional ..... 94
- Los estudios del comunismo ..... 100

- El *boom* de los estudios latinoamericanos (1959-1973) ..... 103
- La Ley de Educación para la Defensa Nacional ..... 109
- Caza de brujas y crecimiento de un latinoamericanismo crítico ..... 115
- El estudio de la literatura y la cultura latinoamericanas ..... 128
4.4 Pasado reciente e inflexión (1975-1985) ..... 136
- Historia ..... 142
- Ciencia Política ..... 152
- Ciencias económicas ..... 157
- Sociología ..... 160
- Antropología ..... 165
- La crítica literaria y cultural ..... 171
5. Epílogo provisorio ..... 187

BIBLIOGRAFÍA ..... 195

# PRESENTACIÓN

América Latina ha merecido el interés desde su historia colonial al presente, de naturalistas y viajeros, publicistas y agentes inversores, de investigadores nativos, europeos y norteamericanos, sin olvidar la atención que en el pasado reciente le brindaron académicos de los ex países socialistas y de otras latitudes. La mayoría de las universidades en el mundo, cuentan con un departamento de estudios latinoamericanos o incluyen estos estudios en sus programas. Desde hace décadas, centros de investigación y universidades han invertido en recursos humanos, financiado proyectos, publicado revistas especializadas y libros, y promovido encuentros internacionales para estudiar desde diferentes disciplinas y en perspectivas multidisciplinares, las diversas facetas de las sociedades latinoamericanas. Los enfoques generales sobre estas sociedades, han sido tanto iniciativas individuales —algunas fruto del talento y sensibilidad analítica como la *Historia contemporánea de América Latina*, de Tulio Halperin Donghi—, como proyectos a cargo de colectivos de especialistas que han aportado *The Cambridge History of Latin America* o la más reciente *Historia General de América Latina* (UNESCO), que por cierto no son los únicos.

El interés por América Latina puede seguirse en múltiples expresiones de la actividad académica. En el campo de las ciencias sociales y humanidades, las revistas pueden ser un indicador interesante. El Portal Europeo —sostenido por el Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina (CEISAL) y la Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina (REDIAL)— da cuenta de un extenso número de publicaciones, de variada especialización, diversidad de enfoques y origen de títulos. En España, las revistas especializadas sobre América Latina —"publicaciones vivas"— son alrededor de 25, cifra que no integra otras de difusión y

terceras académicas no especializadas en la región, pero que conceden espacios relativamente importantes a los estudios latinoamericanos, sin olvidar otras 26 que ya han dejado de editarse.[1] El proyecto Redalyc (Hemeroteca Científica en Línea en Ciencias Sociales y Humanidades) puede aproximar al igualmente extenso repertorio de publicaciones seriadas generadas en América Latina y el Caribe. Índices bibliográficos como CLASE (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades), han concurrido a identificar alrededor de 2.500 títulos provenientes de 21 países de América Latina y el Caribe. En Ciencias Sociales y Humanidades, México participa, aproximadamente con un 50% de la colección, seguido por las publicaciones originadas en Brasil, Colombia, Argentina y Venezuela.[2] A su vez, en el más reciente campo de las revistas electrónicas publicadas en América Latina, un estudio revela que del análisis de 1.640 de estos enlaces resulta que la mayoría son editadas en aquellos países con mayor número de publicaciones en papel (Brasil, México, Argentina y Chile), predominando las destinadas a las Ciencias Sociales y Ciencias Médicas.[3]

Las referencias precedentes nos remiten a la constitución de comunidades de estudiosos y redes de investigación que interactúan y generan, cada año, un caudal de conocimiento tan vasto que requiere a los investigadores, implementar estrategias más afinadas de búsqueda y selección de información.

En el contexto de este interés por los estudios latinoamericanos, con *Vista desde el Norte*, Gustavo Remedi nos propone un recorrido por la "historia del latinoamericanismo" en Estados Unidos. Ambicioso esfuerzo que integra estudios especializados, análisis generales sobre

1 Rodríguez Yunrta, Luis "Situación de las publicaciones sobre Estudios Latinoamericanos en España", en Revista Latina de Comunicación Social Nº 63, 2008.

2 Reyna-Espinosa, Rafael / Octavio Alonso-Gamboa "Retos y prospectiva de las bases de datos latinoamericanas: las experiencias de BLAT, CLASE Y PERIODICA".

3 Alonso Gamboa, José Octavio / Liliana Andrea Sánchez Islas "Revistas electrónicas en América Latina: un panorama general" en *Revista Digital Universitaria*, Volumen 6 Número 1, 10 de febrero 2005.

el tema y una perspectiva personal desde su formación universitaria. El libro nos acerca un espacio, el de la academia y los intelectuales norteamericanos, cuyo conocimiento opera en investigadores altamente especializados pero que es escasamente conocido en Uruguay.

*Vista desde el Norte* inicia una serie editorial dedicada a los Estados Unidos y sus relaciones con la América Latina. No es necesario justificar este emprendimiento académico en un Centro que se dedica a los estudios latinoamericanos. Nuestra historia, la de los "americanos del Sur", no es totalmente comprensible sin abordar el estudio de la nación del Norte, al menos en los últimos doscientos años.

Este proyecto se ubica en el flamante "Espacio de Estudio sobre los Estados Unidos" que, con apoyo de la Comisión Fulbright Uruguay, se creó en el *Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos "Profª. Lucía Sala"* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República).

Alcides Beretta Curi
Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios
Latinoamericanos "Profª. Lucía Sala"

# Prólogo

Como en un juego de espejos, detenernos a pensar en los Estudios Latinoamericanos en Estados Unidos —cómo se ve América Latina desde allí, qué imagen se ha construido de nuestra región, qué lugar ocupa América Latina en "el imaginario académico norteamericano" (Molloy 2005), qué discursos y razones han prohijado dichos estudios— se enmarca en el proyecto simétrico de estudiar EE.UU. desde América Latina, uno de los propósitos del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (C.E.I.L.).

Partimos del convencimiento de que la historia y la cultura de América Latina difícilmente pueda separarse de la historia de EE.UU.; sobre todo si pensamos en las complicadas relaciones políticas entre el Sur y el Norte, y especialmente, en la expansión e intervención de EE.UU. en la región desde el s. XIX en adelante. También cuando consideramos que la identidad latinoamericana —América Latina como proyecto— se fue moldeando en relación a esta otra entidad geocultural, unas veces tomada como modelo y otras como alternativa. Baste invocar en ese sentido los ensayos de algunos pensadores fundacionales, tales como Simón Bolívar, Domingo F. Sarmiento, Andrés Bello, José Martí, José E. Rodó o José Vasconcelos.

A su vez, a causa de las profundas transformaciones demográficas, sociales y culturales del último cuarto de siglo, EE.UU. ya no es lo

que era, o por lo menos, ya no es lo que se pensaba que era. Con casi 50 millones de "hispanos" EE.UU. es el segundo país en población hispana, detrás de México y por encima de España, Colombia y Argentina. La diáspora latinoamericana, no obstante, no es una entidad monolítica, como a veces se induce a pensar. Una parte de esta diáspora la constituye la inmigración de "ascendencia" latinoamericana reciente —y no tan reciente—, una parte de la cual se ha asimilado. Otra parte, ha dado origen a enclaves hispanos dentro de EE.UU., baste pensar en Nueva York, la Florida, o en las franjas de los estados del suroeste —el México anterior a la Guerra de 1848—, e incluso en otras regiones y ciudades del Norte y el Noreste: Illinois (Chicago), Washington D.C., Nueva Jersey, Connecticut o Massachusetts. A esto hay que agregar otra importante masa de población latinoamericana "itinerante" o "flotante" que, sin asimilarse ni afincarse del todo, trabaja, estudia y desarrolla al menos parte de su vida profesional en Estados Unidos.

Tercero, por diversas razones que en breve pasaremos a exponer y desentrañar, el estudio de América Latina tuvo en EE.UU. un desarrollo temprano y sostenido, que de la década del 70 en adelante se ha fortalecido y se ha visto sustancialmente modificado a causa del intercambio continental y la participación de los propios docentes, investigadores y estudiantes latinoamericanos. Según su página oficial, la Asociación de Estudios Latinoamericanos de EE.UU. (*LASA* por su sigla en inglés) afirma ser la mayor organización del mundo a tales efectos, con más de 6.000 miembros (el 45% de los mismos residentes fuera de EE.UU.) Esto pone de relieve la transformación demográfica, epistemológica, política, etcétera, del campo del latinoamericanismo en EE.UU., lo que podría compararse con lo que aconteció con el fútbol, el béisbol o el rock, en un comienzo símbolos de Gran Bretaña y EE.UU., pero pronto convertidos en ámbitos "en disputa" y posteriormente nacionalizados y convertidos en espacio de afirmación y construcción de lo nacional-popular.

Buscamos, de esta manera, seguir sumando a "los estudios latinoamericanos" en el Uruguay —objetivo y razón de ser del C.E.I.L.— teniendo en cuenta que América Latina como preocupación académica en el ámbito de los estudios universitarios de grado apenas si está representada por un curso por aquí y otro por allá. Los estudios de grado en Historia, Letras, Antropología, Filosofía, Ciencias Políticas, etcétera apenas incluyen dos o tres cursos semestrales sobre América Latina en un total de más de veinte materias y un programa de cuatro o cinco años

de duración. Solo recién en los últimos años se ha concretado la creación de programas de posgrado (en Historia, en Literatura, en Ciencias Humanas, en Antropología) dedicados al estudio del conjunto del área, a los estudios regionales (rioplatenses), o a los estudios comparados. Valga aclarar que, en cualquier caso, los objetivos del latinoamericanismo en el Sur se apoyan en un proyecto histórico y cultural distinto al proyecto que está —o al menos, estuvo— detrás del latinoamericanismo del Norte.

El propósito de hacer el seguimiento de las distintas disciplinas intenta, a su vez, favorecer el encuentro y diálogo interdisciplinarios —otro objetivo del C.E.I.L.—, modalidad lógica del desarrollo de este campo. Es cada vez más claro que aun cuando los latinoamericanistas provienen y trabajan dentro de encuadres disciplinarios, las fronteras disciplinarias ya no son tan claras y difícilmente se pueda abordar alguna problemática latinoamericana sin el auxilio y sin tomar prestado de nuestros pares en las otras disciplinas. Por esta razón ha ido ocurriendo que lo que comenzó, por ejemplo, como el estudio de "la historia" de América Latina pronto se transformó en el estudio de sus sociedades, de sus ideas, de su cultura, de sus procesos económicos o políticos, etcétera. Y lo que comenzó como el estudio de "la cultura", se fue convirtiendo en el estudio de su literatura, de su historia, de su arte, de su forma de vida y pensamiento, de sus modos de producción, sus relaciones sociales y sus procesos políticos. Y así sucesivamente, cada disciplina fue arribando al convencimiento de que, aun cuando se privilegiaba y tenía por hilo conductor un determinado objeto de conocimiento y se recurría a métodos propios de cada una, unas esferas se nutren y derraman en otras y solo mediante un acto de reducción o negligencia se puede prescindir de mirar, aunque más no sea de reojo, lo que hacen estudian y aportan nuestros vecinos. Más aun, es posible aventurar que cada vez más, incluso desde puntos de partida y enfoques disciplinarios distintos, lo que interesa a todos es conocer la cultura latinoamericana en la acepción antropológica más amplia y englobante del término.

Embarcarnos en este recuento e intento de cartografiar, ordenar y pasar en limpio la historia del latinoamericanismo en EE.UU. se relaciona, además, con la necesidad de habituarnos a recorrer la necesaria reflexión acerca del origen y los rumbos que ha tomado cada disciplina y el campo en su conjunto. Se suele alegar que esta reflexión es particularmente necesaria en momentos de crisis y renovación disciplinarias como la que, para muchos, ha resultado del impacto de los paradigmas y teorías

de fin de siglo. Crisis en la que no sólo los paradigmas tradicionales sino hasta el posmodernismo, el poscolonialismo y los estudios subalternos, hoy han perdido su potencial heurístico, y por ende, su atractivo. O, en un momento de crisis de los Estudios Latinoamericanos —y de los Estudios de Áreas Geográficas en general— a raíz de los cambios en la realidad mundial que hoy intentamos encapsular en la palabra "globalización": la transnacionalización del capital y de las cadenas productivas, la revolución en las comunicaciones y los flujos culturales que atraviesan el planeta de manera casi instantánea y en todo sentido y dirección, los viajes y las migraciones que han modificado sustancialmente la demografía planetaria, la reconfiguración de Estados y regiones, etcétera. Preferimos pensar, sin embargo, que esta reflexión debería ser más bien la norma y no ha de verse más que como un punto de partida o paso preliminar en cualquier emprendimiento que se disponga al estudio de América Latina. Este recuento, en cualquier caso, sí es indispensable para explicar las diferencias tanto epocales como nacionales y locales que existen en el quehacer disciplinario; sabido es que tanto las circunstancias históricas como el espacio cultural nacional median y moldean la práctica intelectual y el *habitus* disciplinario.

A manera de contribución a la Teoría y la Metodología literarias y al estudio de la literatura y el teatro latinoamericanos, este recuento permite explicar también el rumbo que tomó y que ha transformado lo que en algún momento se institucionalizó como el estudio de "las Letras", es decir, de ciertos autores y obras literarias que se suponía condensaban y podían representar "el ser nacional". A partir de la década de los 80, período en que finaliza esta primera parte, la literatura pasó a ser una entre muchas otras formas de discurso y los estudios de las Letras pasaron a ser una parte de los estudios culturales, el análisis discursivo, el estudio del papel de las prácticas simbólicas en el proceso social, etcétera.

* * *

Habiendo establecido, entonces, lo que nos motiva y sus razones, nos preguntamos: ¿cuándo y por qué surgen los estudios de América Latina en Estados Unidos? ¿Qué disciplinas académicas y espacios universitarios acogieron dicho estudio? ¿Qué interesó a las mismas respecto a la realidad latinoamericana? ¿Cómo estas prácticas sufrieron modificaciones a lo largo del siglo XX, y en especial, a partir de la

década del 70 y el 80? ¿En qué medida las disciplinas se diferenciaron y en qué medida se fueron influenciando mutuamente y confluyendo, sobre todo en el último cuarto del siglo XX, cuando ya fue más difícil sostener y mantener impertérritas las fronteras disciplinarias?

Siguiendo la bibliografía disponible sobre el tema, el objetivo de este trabajo es armar el rompecabezas de los estudios latinoamericanos en EE.UU., situar y explicar su surgimiento, desarrollo y evolución, y elaborar un relato y una visión de conjunto, hasta llegar a la década del 80, punto de inflexión y antesala de las transformaciones más profundas que procesaron las distintas disciplinas que se ocuparon de América Latina. En efecto, nos detenemos en la década del 80 en el convencimiento de que desenredar "los últimos treinta años" —título a una reciente compilación acerca de los estudios culturales (Vidal 2008)—, merece un estudio aparte y hará necesario un esfuerzo aun más cuidadoso y exhaustivo. Tanto debido al crecimiento del latinoamericanismo como espacio y práctica académica, como al impacto de nuevos enfoques y propuestas teóricas resultantes de lo que Abril Trigo (2005) llamara "el mercado global de teorías" y también de las agendas que emergieron en respuesta a las realidades sociales y culturales de fin de siglo y de comienzos del nuevo milenio.

En este recuento, parte de nuestro propósito es entender la relación entre los Estudios Latinoamericanos y el contexto sociohistórico: las políticas de Estado norteamericanas hacia América Latina en respuesta a la Segunda Guerra mundial, la Guerra Fría, y una serie de acontecimientos sociales y políticos tales como la Revolución Cubana, el triunfo de la Unidad Popular en Chile, los golpes de Estado y las dictaduras militares en el Cono Sur. Estos mismos acontecimientos, a su vez, despertaron una mezcla de preocupación e interés, y en muchos casos, hasta de simpatía y entusiasmo en la intelectualidad y la academia norteamericanas, tanto entre los profesores como entre los estudiantes de distinta filiación ideológica y política, todo lo cual está en la base de las transformaciones en los Estudios Latinoamericanos.

Los nuevos intereses, problemas y cuestiones que ocuparon al latinoamericanismo académico lo mismo que la adopción de otras teorías y metodologías, no pueden sino entenderse en relación a estos fenómenos sociales, demográficos e histórico-políticos.

* * *

Este trabajo descansa, por último, en otra serie de presuposiciones aun más básicas y elementales. Partimos de la premisa de que la producción de conocimiento se organiza siempre en torno a proyectos sociales y a discursos culturales que orientan y justifican el emprendimiento, la inversión de recursos, etcétera, que a su vez lo vertebran y organizan simbólicamente. Dicha producción, al mismo tiempo, se construye a través de prácticas que con la repetición se formalizan, se consolidan, o con el tiempo resultan en una institucionalización. En este sentido decimos que el conocimiento es producto —y depende— de una serie de operaciones que se realizan en el marco de instituciones que lo determinan.

Algunas de tales instituciones son las universidades, con sus cursos, sus contrataciones, sus exámenes, sus conferencias, sus coloquios, sus publicaciones. Como también lo son los centros de pensamiento e investigación, las asociaciones corporativas, los conglomerados y redes de practicantes de una determinada disciplina, las dependencias estatales relacionadas, y por supuesto, una multiplicidad de organizaciones civiles: los gremios, las iglesias, los sindicatos, el papel creciente de los medios de comunicación masivos (periódicos, programas de radio y televisión, el cine, Internet). Estos últimos, quizás no tanto como productores de conocimiento pero sí como difusores del mismo, incluso como propagadores de formas de entender la realidad y generadores de preocupaciones y agendas.

Todas estas prácticas, a la vez, se apoyan en teorías (enfoques, premisas) y metodologías (formas de proceder) también producto de instituciones. La creación o adopción de teorías, metodologías y prácticas, lo mismo que de áreas y temas de interés, objetivos, hermenéuticas, también responden a toda una serie de factores: contextos históricos y culturales, intereses políticos, los grupos y las propias personas que moldean o lideran las instituciones —cada cual con su perfil e idiosincrasia—, los modos de relacionamiento de las instituciones con la sociedad. Lo anterior da como resultado un determinado "flujo" y "comercio" de ideas, modelos, teorías, metodologías, agendas, enfoques, en suma, un particular universo, paisaje u horizonte de ideas y conocimientos. Pero como va dicho, la ideas son siempre objeto de una administración o gestión social e institucional, son parte de una cadena productiva-distributiva, y por supuesto, de un tiempo a esta parte son herramientas, materias primas

y mercancías —bienes simbólicos o "intangibles"— en el mercado y la industria cultural.

En Estados Unidos, como en cualquier otra parte, el estudio de América Latina no podía ni puede ocurrir al margen del conjunto de factores, intereses, fuerzas y discursos que se cruzan. Por lo pronto, una serie de instituciones creadas o reorientadas a tales efectos —unidades universitarias, asociaciones profesionales, fundaciones, agencias estatales, etcétera— tuvieron una gran influencia en la definición del campo y del conocimiento producido sobre América Latina —sus agendas, teorías, metodologías—. Dichas instituciones se constituyeron en motores y centros de referencia —no los únicos, por supuesto— y en una reserva de conocimiento acumulado acerca del continente. Esta influencia se debió, en parte, a factores políticos y geopolíticos: al carácter hegemónico de EE.UU. desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en adelante, en una región definida como "su esfera de influencia" y "su patio de atrás", y en el mundo entero dado su estatus de potencia mundial y la fortaleza y empuje de sus instituciones culturales. Paradójicamente, parte de su influencia también se debió a otros factores que podemos pensar como benévolos, tales como la mutación del campo a raíz de nuevos sucesos, entre ellos, como va dicho, la radicalización de sus practicantes, el exilio y emigración de muchos latinoamericanos a EE.UU., la participación remota de otros intelectuales latinoamericanos en esas mismas instituciones como resultado de un mayor relacionamiento entre ambos espacios geográficos —aun si todo ello no exento de contrastes, rispideces y conflictos—.

Uno de los resultados indeseables de este estado de cosas, no obstante, es que EE.UU. sigue siendo "un importador de materia prima para la producción de conocimiento" (Vidal 1983, Moraña 2005); conocimiento, o al menos elaboración discursiva, que luego no siempre retorna ni se vuelve disponible en nuestros países. En el peor de los casos, esta producción retorna naturalizada, indiscriminada y sin ser analizada críticamente, por la vía de la moda, el comercio cultural, la autoridad académica o la retórica del estar al día. En respuesta a lo anterior, el estudio de cómo se realiza el estudio de América Latina supone y demanda, por el contrario, un ejercicio de reflexión crítica acerca de cómo se produce y circula el conocimiento, una tarea de análisis, mapeo y ordenamiento conceptual del proceso de producción, y un acto de relectura, traducción —en más de un sentido— y de "antropofagia", pues mucho de este conocimiento resulta instrumental

para nuestro quehacer académico diario. Es con esta disposición que nos embarcamos en las páginas que siguen.

* * *

# 1 Breve historia de la universidad moderna y de las universidades en los Estados Unidos

La universidad moderna en general, y más tarde, la universidad norteamericana, pueden entenderse como resultado de un largo proceso que diversos autores imaginan que comienza en la antigüedad clásica, hace 2.500 años, con la organización, por parte de "los filósofos" (o "amantes del conocimiento") de escuelas y academias, como la Academia de Atenas fundada por Platón y el liceo (*Lykeion*) de Aristóteles.

El objetivo de dichos centros era la producción, sistematización y transmisión del conocimiento de la realidad —al margen de las instituciones y las creencias y explicaciones religiosas— y la reproducción de sí mismas en cuanto instituciones y tradiciones, es decir, la producción de otros filósofos, de una memoria propia, de dejar sentadas ciertas reglas para orientar la actuación de los mismos, etcétera. Estos filósofos se ocuparon de absolutamente todos los asuntos de su tiempo, sin distinción: las ciencias naturales, la metafísica, la ética, la política, la estética, el arte, la historia, la geografía, las matemáticas, etcétera (Randall Collins 7).

A los filósofos de la Antigüedad les interesaba el conocimiento en sí pero también perseguían aconsejar a los gobernantes respecto a cómo era la realidad —la Naturaleza, el ser humano, la sociedad, otras civilizaciones— y, sobre todo, cómo *debía* ser. En cuanto a lo social,

trataban de explicar pero también evaluar la realidad, hacer la crítica de la misma y proponer modelos alternativos que posibilitaran mejorar la sociedad.

Las guerras y los viajes, en particular, dieron pie a relatos acerca de "los otros" y de "otras culturas", usualmente bastante tergiversados y etnocéntricos y acaso más expresivos de la cultura que los producía, como los escritos por Heródoto, Tucídides y otros autores considerados precursores de la historiografía y la geografía cultural —y a nuestros efectos de los estudios de área—.

En cuanto a la enseñanza, por mucho tiempo se dividió, por un lado, en "artes liberales" o superiores, a cuyo cultivo se dedicaban los hombres "libres" y los filósofos, y por otro, las artes "serviles", manuales o "menores", que eran necesarias para aprender los oficios y la práctica de las profesiones. Según Martianus Capella (400 D.C.) las materias de la educación "liberal" o "clásica" eran siete, divididas en dos clases: el *trivium* lo conformaban el estudio del idioma, la dialéctica y la retórica; el *quadrivium*: la aritmética, la geometría, la astronomía y la música.

La búsqueda del conocimiento y la enseñanza siempre escaparon, no obstante, a divisiones disciplinarias sencillas, y no siempre tuvieron lugar dentro de las academias y universidades. Sobre todo, cuando los poderes económicos, los gobiernos, el Estado o la Iglesia limitaron y subordinaron en exceso el funcionamiento de estos centros a imperativos políticos o ideológicos. Tal fue el caso de la Edad Media temprana, cuando a causa del papel que jugó la Iglesia cristiana volvieron a primar y a imponerse las creencias religiosas y una interpretación conveniente de las Sagradas Escrituras para explicar la realidad y su devenir, especialmente en todo aquel asunto que pudiera contravenir el orden social y simbólico sobre el que el primero descansaba. Por mucho tiempo el Cristianismo intentó conciliar la filosofía humanista y secular y el conocimiento científico con las Sagradas Escrituras. A tales esfuerzos se abocó desde el siglo III hasta el siglo VII la escuela neoplatónica de Alejandría.

Fue, por consiguiente, fuera del espacio cultural de la Cristiandad, y más específicamente en los centros de estudios persas y árabes, donde se continuó cultivando el conocimiento humanista y científico. Ejemplo de lo anterior fueron la Universidad de Bagdad (s. VIII), de Samarcanda (en Uzbequistán), la Universidad de Córdoba (también fundada en el s. VIII), la Universidad alKaraouine de Fez (s. IX), la Universidad de Damasco, la Universidad de El Cairo Al-Azhar (fundada en el s. X),

la Universidad de Salerno, entre otras. Los relatos de viajeros "acerca de otras tierras y otras culturas", como en los casos de Ibn Batuta, Ibn Jaldún, Al-Idrisi (en el siglo XI) o de Marco Polo (en el siglo XIII), se constituyeron a su vez en un aporte adicional al conocimiento del mundo, cosa que cobraría aun más importancia a partir del s. XVI.

Dentro de la Cristiandad, entre los siglos XII y XIV surgen en algunos centros urbanos (Bologna, Oxford, París, Salamanca) gremios o corporaciones formadas por comunidades de maestros y estudiantes —"universidades"— dedicadas principalmente al estudio del Derecho y la Teología, y en menor medida, de la Medicina. Los "estudios clásicos" —el estudio de la filosofía— eran parte de la educación básica necesaria para luego proseguir con los "estudios superiores" que se requerían para obtener el título de doctor en Derecho, Teología o Medicina. (Randall Collins 10).

A raíz de la ortodoxia religiosa y a una cultura altamente jerarquizada muchos intelectuales y científicos prefirieron o se vieron forzados a desempeñarse por fuera de las universidades y actuaron bajo el patrocinio y protección —y al servicio— de otros poderes, fundamentalmente príncipes y comerciantes ricos. Esto echó las bases y dio impulso durante el Renacimiento al conocimiento científico y técnico y al Humanismo secular, como lo ejemplifica la obra de Leonardo da Vinci en el terreno de las ciencias naturales, la anatomía, la física, la óptica, la ingeniería civil, etcétera. Una parte importante de los avances científicos y prácticos de este período fueron motivados por intereses militares, industriales y comerciales, especialmente a partir de los grandes viajes, primero a Asia, Oriente y África, y más tarde América. Esto dio lugar a un mayor equilibrio entre las teorías generales, las observaciones empíricas y los conocimientos prácticos o aplicables.

Tras el Concilio de Trento (1545-1563) y en el contexto de la Contrarreforma, durante los siglos XVI y XVII, el desarrollo del conocimiento debió remontar numerosos obstáculos, pese a lo cual igualmente hubo importantes avances en física, astronomía, medicina, historiografía, como lo atestigua, por ejemplo, la obra de Galileo Galilei, Francis Bacon o Johannes Kepler, y que desembocó en la Revolución Científica que está en la base de la crisis de la cultura del Barroco.

El comercio, los viajes de exploración y el proyecto de conquista y colonización también propició la producción de numerosos escritos —crónicas, diarios, cartas, historias, ensayos— acerca de las otras culturas,

como lo atestigua el corpus de la literatura colonial americana. Estos fueron la obra de viajeros, soldados, náufragos, cautivos, empresarios, misioneros, autoridades eclesiásticas, inquisidores, administradores, historiadores oficiales, y también de las propias elites indígenas aculturadas, y que en su conjunto conforman el "corpus" de la literatura de la conquista y el período colonial: los escritos de Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Diego de Landa, Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria, Bernardino de Sahagún, Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera, Bernal Díaz del Castillo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el Inca Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala, entre muchos otros.

El desarrollo de los Estados imperiales modernos (España, Portugal, Francia, Inglaterra, etcétera), sus conflictos y guerras por el dominio del mundo, y las guerras de religión también tuvieron su impacto sobre la Universidad y los ámbitos y formas de producción de conocimiento.

En Alemania, el aparato de Estado absorbió a las facultades y convirtió a los intelectuales en funcionarios al servicio de la ciencia del Estado (*staatwissenschaft*) y las políticas públicas (Randall Collins 14).

En Francia el Estado le dio la espalda a las universidades —mayoritariamente en manos de la Iglesia Católica— y prefirió en cambio reclutar sus funcionarios y jerarcas entre administradores e intelectuales que actuaban por fuera de la Universidad o que obtenían sus títulos en otros centros de estudio y academias recién creadas, lo que dio lugar al surgimiento de una nueva nobleza (*noblesse de robe*). La Revolución Francesa profundizó este proceso secularizando el sistema educativo y creando las Escuelas Técnicas (*les Grandes Écoles*) (Randall Collins 14).

En Inglaterra la Universidad no tuvo un papel social de importancia más allá de entretener a las clases adineradas. El Derecho se enseñaba por fuera de la misma, y no había gran demanda de funcionarios por parte del Estado. El interés en el conocimiento y los avances en el mismo resultaron de impulsos individuales y fortunas privadas. La intelectualidad inglesa descansó y se aprovechó de la relación de dependencia que construyó con las universidades continentales (Randall Collins 15).

Una vez finalizadas las guerras de religión, el siglo XVIII fue testigo de un segundo renacimiento en la actividad intelectual, racionalista y secular —la Ilustración— el cual tuvo por centro las Escuelas Técnicas y los intelectuales que entretenían los salones de la aristocracia parisina. Aun cuando París era su centro de gravedad, el fenómeno era extensible a las universidades de Alemania y Escocia y a las clases medias adineradas de

Inglaterra, Francia e Italia que recurrían a la cultura como vía de distinción, de ascenso social y para hacerse un lugar en la administración pública y el gobierno (Randall Collins 17). El intelectual típico de la Ilustración tenía un perfil racionalista y enciclopédico —se interesaba por conocerlo todo y también por las relaciones entre todas las cosas— y los miembros de esta comunidad intelectual transnacional hicieron contribuciones en las áreas más diversas: filosofía, historia universal, filología, sociología, antropología, economía, ciencias políticas, etcétera en un tiempo en el cual aun no se habían formado comunidades intelectuales especializadas y separadas con una identidad y reglas propias. En 1725, no obstante, en *La Nueva Ciencia* Giambattista Vico ya ensayaba una historia de la humanidad y una crítica a la nueva fe de racionalista.

En medio del apogeo de la Ilustración, en Alemania —en Prusia, más específicamente— tuvo lugar una revolución educativa y universitaria sustancial. La educación primaria universal, gratuita y obligatoria pasó a ser un instrumento de "unificación nacional" y para fomentar la obediencia y la lealtad hacia el Estado-nación. Ello requirió crear un ejército de maestros los cuales serían formados en las universidades, otorgando una nueva importancia y función a estas últimas.

La creación a fines del s. XVIII de la educación secundaria universal —el *Gymnasium*— significó un segundo paso en la misma dirección. Esto conllevó el crecimiento de la Universidad, tanto porque era allí donde se formaban a maestros y profesores como debido a que éstos ahora aspiraban a terminar la carrera como profesores universitarios (Randall Collins 20).

Fue durante este tiempo, aproximadamente entre 1780 y 1820, que la filosofía pasó a ser considerada "la materia más importante", "la reina de las ciencias". A su vez, debido a una mayor exigencia en la formación, el estudio de las culturas clásicas y la enseñanza de las lenguas antiguas —el griego, y principalmente, el latín—, dieron lugar al campo y la ciencia de la Filología. Ésta sentó las bases de los estudios de las lenguas vernáculas o "modernas", así como de la literatura y la cultura "nacionales". También revolucionó la investigación histórica y antropológica. Fue en este tiempo que los estudios en filosofía (es decir, los estudios clásicos o liberales), en el pasado parte de la educación básica y preparatoria de otras carreras, se convirtieron en un fin en sí mismos —el fin último—, pudiéndose obtener un título de "Doctor en Filosofía" o *philosophiae doctor* (*Ph.D.*).

La necesidad de organizar la enseñanza condujo a una mayor sistematización de las materias —mayor que la que exhibían los círculos intelectuales ilustrados franceses—, a una mayor disciplina por parte de docentes, estudiantes e investigadores, a una creciente especialización y separación de las comunidades dedicadas al estudio de las distintas materias, y al desarrollo de líneas de investigación sostenidas en el tiempo, evitando que se agotaran en esfuerzos individuales y aislados.

El modelo prusiano sobre el que se construyó la Universidad de Berlín y el resto de las universidades alemanas, fue pronto adoptado en otros países europeos y en toda América. En Estados Unidos, tras su viaje a Alemania en 1843, Horace Mann introdujo la reforma escolar universal, pública, gratuita y obligatoria en 1852, la cual se implementó primero en Massachusetts y poco después en Nueva York. Horace Mann y otras personalidades "progresistas" de Nueva Inglaterra de aquel entonces (Ralph Waldo Emerson, Henry Longfellow, George Ticknor) también influyeron en las ideas de Domingo Faustino Sarmiento y José Pedro Varela acerca de la educación popular.[1]

1 En Uruguay, los estudios secundarios y superiores se impartían en la Casa de Estudios Generales que comenzó a funcionar en 1836; en ella se enseñaba latinidad, filosofía, derecho, teología y matemáticas (Oddone y Paris 1963 21). En cuanto a la creación de una Universidad, en el proyecto de ley de 1838 de Dámaso A. Larrañaga, elaborado durante la Presidencia de Oribe, se prefiguraba la creación de cuatro departamentos: Filosofía, Medicina, Derecho y Teología (22-23). La idea del gimnasio prusiano, por su lado, fue llevada a la práctica por Luis José de la Peña, creador del Gimnasio Nacional (24). En 1847, se creó el Instituto de Instrucción Pública, que ponía la enseñanza en manos del Estado (24). En 1849, el Gimnasio Nacional también fue convertido en institución estatal y pasó a llamarse Colegio Nacional (25). En 1849, finalmente, se fundó la Universidad Mayor de la República o la Universidad "vieja" (26). A diferencia de las universidades de otras ciudades de América Latina que datan de la época colonial y fueron moldeadas a imagen de la Universidad de Salamanca, la montevideana, nace con 'el espíritu de la Universidad napoleónica, prefigurada en el Instituto de Instrucción Pública y concebida como un servicio del Estado' (27) "siguiendo el modelo francés de la universidad rivadaviana" (29). El Reglamento de 1849, que no llegó a implementarse, imaginaba una universidad organizada en torno a cuatro facultades: de Ciencias Naturales (dentro de la cual se enseñaría matemáticas, dibujo, arquitectura, botánica, agricultura, navegación, etcétera), Medicina, Teología y Derecho (o Jurisprudencia) (30-1). Debido a la falta de recursos,

En cuanto a la educación universitaria en los Estados Unidos, la norma era obtener una educación liberal o clásica básica en un colegio universitario (*College*), usualmente dependiente de una institución religiosa, para luego realizar estudios avanzados o de posgrado en Alemania. La mayoría de las universidades norteamericanas solamente ofrecían títulos avanzados en Derecho, Teología y Medicina.

Una excepción digna de mención fue la Universidad de Virginia, fundada por Thomas Jefferson e inaugurada en 1824. Aun cuando

a mediados del s. XIX (30) solo se enseñó parte del programa previsto. Tampoco hubo demasiado interés en la Teología, por lo que predominó la enseñanza del Derecho, las Ciencias Naturales y la Medicina. (http://www.rau.edu.uy/universidad/uni_hist.htm). De la mano del Positivismo dominante —con un prestigio creciente a raíz de una serie de descubrimientos científicos tales como la causa de las enfermedades infecciosas, la teoría de la evolución, etcétera—, los estudios avanzados en Ciencias Naturales fueron ocupando un papel cada vez mayor en la Universidad. En 1874 se incluyeron en el presupuesto de la Universidad una cátedra de Física y otra de Historia Natural, paso previo indispensable para los estudios médicos. En 1875 se creó la Facultad de Medicina con dos cátedras: Anatomía y Fisiología, las cuales empezaron a funcionar en 1876. (http://www.fmed.edu.uy/) Tras la reforma de Alfredo Vázquez Acevedo (1885-1899) que dio forma a la Universidad "moderna" además de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la Facultad de Medicina, se agregó la Facultad de Matemáticas (1885), donde también se enseñaba Ingeniería y Arquitectura. Durante el rectorado de Claudio Williman (1902-04) se creó la Escuela de Comercio (futura Facultad de Ciencias Económicas) y con Eduardo Acevedo fueron creadas las Escuelas de Agronomía y Veterinaria (1906). En 1912 se construyeron los edificios de la Facultad de Derecho —sede de la Universidad de la República— y de Medicina. En 1943 se decretó la creación de la Facultad de Humanidades, cuyos objetivos fueron "la investigación y enseñanza superiores de Filosofía, Letras, Historia y Pedagogía" y "la formación de los profesores de enseñanza secundaria y normal" (Decreto-Ley 10.358). Dos años más tarde, en 1945, se concreta en cambio la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias, alojada en el edificio de la calle Juan Lindolfo Cuestas en la Ciudad Vieja, y cuya finalidad era "la enseñanza superior e investigación en Filosofía, Letras, Historia y Ciencias" (Decreto-Ley 10.658). Algunas disciplinas como la Sociología, por ejemplo, existieron bajo la forma de cátedras que eran parte de la formación de otras profesiones, en este caso de la carrera de Derecho y Arquitectura, que usualmente eran ocupadas por profesionales formados en otras disciplinas o autodidactas (Filgueira 1988 47-50).

estaba destinada a la formación de la elite, la Universidad de Virginia era pública —financiada por el Estado—, "abierta, moderna y liberal", y se basaba en la más absoluta separación del conocimiento y la educación de las iglesias y las doctrinas religiosas. A diferencia del resto de las universidades, que por ser religiosas giraban en tomo al eje simbólico de la capilla (neogótica), el centro simbólico del *campus* de la Universidad de Virginia, construido según un estilo neoclásico que aludía a la cultura clásica y a la Antigüedad greco-latina, lo ocupaba la biblioteca. Además de carecer de Departamento de Teología se ofrecían en cambio estudios avanzados o especializados en Arquitectura, Botánica, Astronomía, Filosofía y Ciencias Políticas.

Aunque Yale y algunas otras universidades ya otorgaban títulos avanzados (Ph.D.) desde 1861 (Delpar 27), en 1876 se creó la Universidad de John Hopkins con un programa de posgrado hecho a semejanza del modelo prusiano. En 1892, John Rockefeller ayudó a fundar la Universidad de Chicago y con su dinero a contratar a 'los mejores profesores en todas las áreas'. El modelo prusiano también influyó en la reforma de la Universidad de Harvard llevada a cabo por el reformador progresista Charles Eliot.

Los practicantes de las distintas ramas del conocimiento no siempre se desempeñaron dentro del ámbito universitario ni en disciplinas y departamentos constituidos. La Universidad en tanto federación de un número creciente de facultades divididas por área y cada cual con su identidad y disciplina propias fue un fenómeno más reciente. Hasta entonces, disciplinas como la Filosofía, la Economía Política, la Historia, la Filología o la Sociología muchas veces se estudiaban como parte de los estudios en Derecho o Teología. La Psicología e incluso algunas ramas de la Antropología o la Geografía estaban subsumidas dentro de los estudios en Ciencias Naturales, la Historia Natural y la Medicina.

Por lo general, los intelectuales y pensadores del s. XIX se pasearon por diferentes estudios y facultades. Adam Smith, referente del liberalismo económico y de la economía política, se desempeñó como profesor de filosofía moral en la Universidad de Glasgow. Jeremy Bentham, ideólogo del utilitarismo, fue filósofo y jurista. Su camarada, James Mill, fue filósofo, historiador, politólogo, economista, periodista y escritor. Augusto Comte, fundador de la sociología, comenzó sus estudios en la Escuela Politécnica y luego estudió Medicina. Herbert Spencer fue naturalista, filósofo, psicólogo y sociólogo. Hipólito

Taine fue filósofo, crítico literario e historiador. Gustavo Le Bon fue psicólogo, sociólogo y físico. En algunos casos, como en el caso de las ciencias económicas, la actividad universitaria se nutría de la labor, los estudios y las estadísticas generadas por funcionarios de Estado, empresarios y profesores universitarios de las más diversas disciplinas que, unas veces llevados por intereses personales, empresariales o políticos, y otras, por motivaciones altruistas, buscaban influir en la gestión de Estado, la organización social, las políticas públicas y en el curso de la Humanidad. Stuart Mill era un corredor de bolsa y David Ricardo y Thomas Malthus eran empleados de la East Indian Company (Randall Collins 18-19).

A partir de la década de 1890, para dar a conocer la producción de conocimiento resultante de los estudios avanzados empezaron a organizarse y funcionar las "editoriales universitarias".

Además de las universidades, también surgieron una serie de "sociedades" dedicadas al conocimiento y de asociaciones de practicantes de las distintas disciplinas, las cuales también empezaron a jugar un papel muy importante a través de sus congresos periódicos, sus boletines institucionales (*newletters*) y revistas (*journals*). Tal el caso de la Asociación Filológica de EE.UU (*American Philological Association*) fundada en 1869, la Asociación de Lenguas Modernas (*Modern Languages Association*, o *MLA*) fundada en 1883, la Asociación Histórica de EE.UU. (1884), la Asociación de Economía de EE.UU. (1885), etcétera (Delpar 27).

A fin de complementar los fondos con los que contaban las universidades, los museos y otras instituciones para la financiación de sus distintas actividades (investigaciones, viajes, publicaciones, congresos, adquisición de libros, contratación de ayudantes, etcétera), en 1919 se creó el Consejo de Sociedades del Conocimiento de los EE.UU. (*American Council of Learned Societies*), y en 1923, el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales (*Social Sciences Research Council*). Estas dos instituciones administraban los fondos que aportaban una serie de organizaciones filantrópicas, como la Fundación Rockefeller, Carnegie y otras (Delpar 27). En el siglo XX, el propio Estado, a través de sus distintas agencias, jugará un papel creciente como empleador y financista.

* * *

# El papel de la Filología en la formación de los Estados Nacionales 2

Embarcados en la tarea de historizar el surgimiento de los estudios de las áreas geográficas —y de América Latina— así como de los estudios de la cultura latinoamericana en el seno de la universidad norteamericana, es preciso comprender el papel de la Filología en dicho proceso. Sobre todo cuando, a principios del s. XIX, de la mano del proyecto de construcción de los Estados nacionales, la Filología clásica dio paso a la Filología moderna y el interés por el latín y los estudios clásicos se extendió y hasta fue desplazado por el interés aun mayor en las lenguas y las literaturas vernáculas en la medida que estas pasaron a ser definitorias de dichos Estados nacionales, y la tarea de los filólogos, establecer y fijar los textos fundantes del idioma, y por consiguiente, el origen de la nacionalidad.

La Filología clásica nació del interés en el estudio de los idiomas griego y latín en tanto instrumentos para el estudio de las civilizaciones de la Antigüedad. Estas eran imaginadas como deseables y ejemplares, y sobre todo, fundamentales, por cuanto echaron las bases del conocimiento científico y de la cultura humanista, es decir, del conocimiento independiente de las creencias religiosas y los dogmas. En la medida que además de las civilizaciones del pasado se ocupaba de otras culturas, la Filología debió preocuparse de aprender y dominar

otros idiomas: los idiomas en que estaban escritos los textos originales. El estudio y la enseñanza del latín se realizaba mediante el aprendizaje de las reglas gramaticales y la lectura y la comprensión de textos de los grandes pensadores y autores escritos en ese idioma.

A fines del s. XVIII y comienzos del s. XIX los intereses y reglas de la Filología clásica fueron trasladados al estudio de las culturas vernáculas, y por consiguiente, al estudio de las lenguas modernas y su historia —lo que a la vez permitía elaborar "la historia" nacional—. En la medida que los idiomas variaban con el transcurso del tiempo, la Filología tuvo especial cuidado con la evolución histórica de los idiomas, cómo ello afectaba el significado de las palabras y el entendimiento de la historia y la cultura. Esto era especialmente importante a la hora de estudiar textos antiguos escritos en lenguas vernáculas, por ejemplo, obras literarias escritas en inglés o el castellano antiguos. En este sentido la Filología debe entenderse como el tronco de donde nace la lingüística, la semiología y la semiótica modernas: "la ciencia de los sistemas de signos".

Puesto que la nacionalidad descansaba en un puñado de relatos vertebrales y textos claves, otro de los desafíos que debió atender la Filología fue la cuestión de la autenticidad y la autoría de dichos textos, los cuales muchas veces no eran originales sino copias, recopilaciones, versiones más modernas, traducciones e incluso transcripciones de relatos orales —sin ir más lejos, los propios poemas homéricos y la mayoría de los poemas épicos "nacionales" (tal el caso, por ejemplo, de *Beowulf*, *El cantar del Mio Cid* o *La canción de Roland*, entre otros)—.

Además de establecer un canon literario, la Filología se planteaba interpretar debidamente los textos, y por ende, las sociedades y culturas que estos expresaban. En este sentido la Filología se sirvió de la hermenéutica o ciencia de la interpretación de los textos que históricamente había sido desarrollada para interpretar y comunicar, como lo indica su nombre, "el mensaje de los dioses", y que luego se aplicara también a la exégesis bíblica. Ello requirió poner especial atención a los contextos de producción y lectura, los cuales era preciso conocer y reconstruir. Así, por ejemplo, para el estudio "científico" (positivista) de la obra literaria, Hipólito Taine propuso tomar en cuenta una serie de "determinaciones" que lo explicaban: el medio, la formación étnico-geográfica (que el llamó, la "raza") y la circunstancia (el "momento"). Otras veces implicaba recorrer las distintas dimensiones y lecturas que admite un texto: literal, analógica, alegórica-metafórica, anagógica, moral, política, etcétera.

Por cuanto su objeto de estudio eran las civilizaciones antiguas a partir de textos originales (documentos, archivos, fuentes) escritos en otros idiomas, la Filología también afectó la historiografía y la jurisprudencia. A principios del s. XIX, Federico von Savigny la aplicó al estudio crítico de la historia del Derecho, y Bartoldo Jorge Niebuhr y Leopoldo von Ranke trasladaron las teorías y métodos para el estudio de los idiomas y los textos antiguos a la investigación histórica (Randall Collins 25).

Los estudios filológicos también dejaron su impronta en el desarrollo de la Antropología y la Geografía, puesto que la Filología no se ocupaba solamente de la filosofía, el lenguaje, la literatura, la historia o el derecho, sino también de la historia del arte, la arqueología, las religiones, las costumbres y las culturas populares. El interés en las mitologías, las tradiciones y la cultura popular (el folklore o "alma" del pueblo) fue parte del proyecto romántico de "la unificación nacional" y la construcción de "la nacionalidad", contraparte cultural del proceso de la formación y consolidación de los Estados modernos.

Para los románticos la cultura nacional —el "ser nacional"— se fundaba en el lenguaje, la literatura local, la cultura popular, todo lo cual era preciso estudiar, conocer, celebrar y difundir. El sentimiento y la lealtad nacionales fue, en este sentido, un efecto del culto, difusión y adopción —y en muchos casos, la invención— de una serie de relatos, tradiciones y rituales seculares a partir de los cuales la nación cobraba sentido.[2]

El nacionalismo se volvió asi una nueva forma de religión —una religión moderna y mundana— donde la literatura era el texto sagrado en que estaba codificado el espíritu y el destino nacionales.

La búsqueda de los orígenes nacionales en el pasado medieval o colonial elevados a la edad dorada, las raíces tribales, las tradiciones campesinas o las culturas populares primigenias, sirvieron, cada uno a su turno, al proyecto romántico de cuestionar, responder y escapar del aquí y el ahora de un siglo XVIII y XIX signados por intereses demasiado mundanos, pedestres y faltos de espiritualidad, y otras veces, también para responder al exceso de universalismo que conllevaba el Neoclacisismo, la continua invocación al mundo grecolatino como

2 Sobre esto se han explayado numerosos autores: Eric Hobsbawm y Terence Ranger, Benedict Anderson, Ernest Gellner, Homi Bhabha, etcétera.

modelo y los procesos de modernización metropolitanos usualmente indiferentes, cuando no abiertamente hostiles, a las particularidades de las culturas y las historias locales.

La Filología "comparada" —el estudio de los distintos idiomas y literaturas modernas que pusiera en práctica Johann Herder— sirvió, a la larga, para ir construyendo una idea de Europa como una entidad multi-cultural, multi-lingüística y multi-nacional. Establecer una identidad requería establecer una diferencia, y ésta necesitaba de una genealogía (una procedencia) y un sistema o marco en el cual inscribir y hacer inteligibles esta identidad y estas diferencias.

El contrapunto identidad y diferencia también fue instrumental en la construcción de la idea de la cultura y la identidad de América Latina, que en parte provenía de la cultura ibérica o grecolatina, pero a la vez, proceso de independencia mediante, debía construirse como novedad y por oposición a ellas. Del mismo modo, la identidad continental se apoyaba en una serie de experiencias compartidas y semejanzas entre las culturas nacionales que conforman América Latina, pero no tantas como para no dejar entrever las diferencias históricas, regionales, étnicas y, especialmente, "nacionales".

El agrupamiento de los idiomas y las culturas "modernas" —a diferencia de los idiomas clásicos— también funcionó para crear la idea de "áreas geográfico-culturales": la zona de las lenguas "romances" del Sur de Europa (derivadas del Latín, y que de la mano de España, Portugal y Francia se extendieron a América); la zona de los idiomas anglo-sajones del Noroeste de Europa; la zona de los idiomas eslavos del Este, de los escandinavos del Norte, etcétera. La noción de área cultural servirá también para explicar particularidades y diferencias (étnicas, religiosas, etcétera) que cualquier teoría geopolítica —cualquier política exterior e interior— debía conocer y contemplar.

La expansión, a fines del siglo XIX, del modelo universitario prusiano abrió un espacio para los estudios filológicos en Estados Unidos. Estos resultaban indispensables tanto porque eran el puente al mundo de la Antigüedad clásica —y a los fundamentos de la Ciencia y la Filosofía occidentales— como también para el entendimiento del mundo moderno: las culturas nacionales, los pensadores modernos, la política actual.

La Filología también sufrió sus modificaciones. A la vez que permeó, modeló y hasta dio origen a distintas materias y áreas de estudio (Filosofía,

Lingüística, Crítica Literaria, Literatura Comparada, Enseñanza de Idiomas, Historia, Arqueología, Antropología), también fue absorbida y desplazada por ellas.

Si bien en un primer momento la Filología responde a un proyecto Humanista y al estudio de los idiomas y las literaturas debido a un interés por conocer y mejorar la cultura, en un segundo momento perdió de vista su misión primigenia y transformó el estudio de idiomas y literaturas en un fin en sí mismo, en simple tecnicismo aplicado a un corpus y un canon fijos, en buena parte fetichizados y convertidos en objetos de culto nacionalista, todo lo cual, naturalmente, era recompensado y apoyado por el aparato de Estado (Harrington [b] pág. 5).

* * *

# 3 El surgimiento de los Departamentos de Literatura y Lenguas Modernas

Tras la adopción del modelo prusiano y la mayor importancia que cobraron la Filología clásica y la moderna —y su impacto en áreas como el Derecho, la Historia, la Antropología, la Geografía o la Ciencia Política—, otros tres fenómenos adicionales impactaron la academia norteamericana. Primero, y visto el nuevo papel que empezó a jugar EE.UU. en el contexto regional (México, América Central y el Caribe), tanto en lo económico como en lo político y militar, la necesidad de aprender, estudiar y enseñar, en el ámbito universitario, el idioma español así como la historia, la cultura y la literatura hispanoamericanas. Segundo, el arribo a causa de la Primera y la Segunda Guerra Mundial de un importante contingente de filólogos provenientes del Viejo Mundo, tanto del primer tipo —más humanista— como del segundo —más tecnicista—, que fueron los que en un comienzo organizaron los primeros programas y departamentos de estudios hispánicos. Tercero, la necesidad de estudiar y comprender otras sociedades y culturas dio impulso, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, a los programas de estudios multi-disciplinarios de las distintas áreas geográfico-culturales o *area studies*. La filología hispana, la enseñanza de idiomas (el castellano, el portugués) y los estudios de las áreas geográfico-culturales, cada cual con

sus propias tradiciones, desarrollos y giros, confluyen conflictivamente en los estudios actuales sobre América Latina.

### 3.1 Orígenes del hispanismo y los estudios de la literatura hispanoamericana

Durante los años inmediatamente posteriores a la Guerra de Independencia de Cuba en 1898, que tuvo como consecuencia que las últimas posesiones del Imperio Español (Puerto Rico, Cuba y Filipinas) pasaran a ser dominios de EE.UU. y este país comenzara a proyectar sus ambiciones y desplegar su planes geopolíticos sobre la región, hubo un creciente interés de parte algunas universidades norteamericanas (Harvard, Columbia, Middlebury College, Smith College) en la cultura hispana e hispanoamericana.

Hasta este momento, la mayoría de los expertos en la cultura hispana en la academia norteamericana habían sido los "talentosos amateurs", casi todos angloamericanos, que se desempeñaban como historiadores, etnógrafos, arqueólogos, coleccionistas de libros y profesores de la literatura hispana (Delpar 24).

En 1916, la Universidad de Columbia marcó un hito cuando invitó a Federico de Onís, catedrático de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, a organizar un Departamento de Estudios Hispánicos en dicha universidad. También conocido como "el castellano de Nueva York", Onís se había formado con Unamuno, era interlocutor de Ortega y Gasset e incluso el mismo Menéndez Pidal, principal exponente de la filología hispánica, lo tenía como colaborador en su Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Fundado en 1920 el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia fue hasta fines de la década del 30 el más importante del país, y tuvo entre sus conferencistas y profesores invitados a numerosos intelectuales y escritores españoles tales como Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Francisco García Lorca (hermano menor de Federico), y también hispanoamericanos: la chilena Gabriela Mistral, los venezolanos Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, el colombiano Germán Arciniegas, entre otros.

En 1934 Onís también fundó la *Revista Hispánica Moderna*, apenas un año después del surgimiento, en 1933, de la *Revista Hispánica*

(*Hispanic Review*) publicada por el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Pennsylvania.

A través del Instituto —alojado en la Casa Hispánica, o Casa de 'las Españas', como también se lo llamó— y de la *Revista Hispánica Moderna*, Onís y otros destacados "hispanistas" se dedicaron a estudiar y difundir el idioma, la literatura, el pensamiento y la cultura peninsularista, en especial, la Generación del 98 —ocupada en repensar España tras la disolución del Imperio— y los clásicos españoles. También se ocuparon de la literatura hispanoamericana, principalmente, del Modernismo —una de las respuestas hispanoamericanas al avance del Coloso del Norte— y que Onís había aprendido a apreciar a través de Unamuno. Aun si a partir de un encuadre y una mirada peninsular, la literatura hispanoamericana también fue parte de los estudios avanzados —de posgrado— y en 1923 Columbia otorgó el primer doctorado en literatura hispanoamericana (Young).

Cuando estalló la Guerra Civil en España, Onís interrumpió sus viajes a España y nunca regresó. A raíz de la Guerra Civil muchos escritores, intelectuales y profesores españoles emigraron a EE. UU. y "dominaron" por un tiempo el incipiente campo del Hispanismo en las universidades norteamericanas: Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás y Ángel del Río en Columbia, Juan Centeno y Francisco García Lorca en Middlebury, Pedro Salinas en John Hopkins, Jorge Guillén en Wellesley, Américo Castro en Wisconsin y Texas, Amado Alonso en Harvard (a partir de 1946), etcétera.

La tensión entre los estudios peninsulares e hispanoamericanos siempre fueron una constante del campo, lo mismo que la tensión entre, por un lado, un acercamiento a la literatura como parte de un interés las cuestiones sociales, culturales y políticas de fondo, y por otro, enfoques más circunscriptos a las obras literarias y su análisis técnico.

Implícitamente, y a veces abiertamente, parte del propósito del Hispanismo de sello peninsular apuntaba a subrayar la importancia de la cultura y la civilización españolas, y en especial, el legado de España en Hispanoamérica. Esta agenda cultural oficiaba de contrapeso simbólico a la desaparición del imperio, buscaba por esta vía mantener el vínculo con las repúblicas americanas e incluso restaurar cierta ascendencia de España en América. El Hispanismo norteamericano también conseguía de este modo presentarse como portavoz e intérprete de lo hispano en general en EE.UU. (Trigo).

El perfil más peninsularista de Columbia liderado por los hispanistas españoles contrasta con Harvard y Stanford donde hubo un temprano interés por la cultura y la literatura hispanoamericanas por parte de un puñado de estudiosos angloamericanos.

En Harvard se destacó J. D. M. Ford, nombrado en 1907 Profesor de Literatura Hispanoamericana. Ford influyó en el trabajo de Alfred Coester, doctorado en 1906. A partir de 1928 Coester se desempeñó como Profesor de Literatura Hispanoamericana en Stanford. En 1912 publicó una *Bibliografía de literatura hispanoamericana*. Pero su libro más importante fue la *Historia literaria de Hispanoamérica* (1916) que establecía la materia como separada y no como un apéndice de la literatura española o francesa (Delpar 29). Para Coester, Harvard y la Sociedad Hispánica de Nueva York (*American Hispanic Society*), fundada en 1904 por Archer Huntington (hijo del magnate del ferrocarril Collin Huntington), eran en aquel entonces las únicas instituciones con una colección mínimamente respetable de obras de literatura hispanoamericana (Delpar 30).

Distintos esfuerzos y iniciativas privadas ayudaron a dotar a las bibliotecas de EE.UU. de valiosas colecciones de libros. Además de Huntington, 'que dedicó su vida a promover el estudio del idioma, la literatura y la historia de los países donde se habla español y portugués', Delpar subraya las adquisiciones de Archibald Coolidge mientras fue director de la biblioteca de Harvard; la colección de manuscritos que Edward Harkness donó a la Biblioteca del Congreso; la compra de parte de Yale de la colección personal de literatura mexicana de Henry Wagner y la compra de la Universidad de Texas de la biblioteca del historiador mexicano Genaro García (Delpar 30).

En el marco de la llamada "Política del Buen Vecino" de las décadas del 30 y el 40, algunos intelectuales latinoamericanos empezaron a ser invitados por Harvard, Middlebury, Smith y otras universidades del noreste de EE.UU. a dar conferencias y cursos. El enfoque de estas charlas y cursos era "la historia cultural" de América Latina entendida como un repaso de la historia de las ideas y de los períodos literarios como forma de explicar y hacer inteligible la cultura propia al Coloso del Norte (González Echeverría 450).

Hacia 1931, 75 universidades ya ofrecían cursos de literatura latinoamericana, los cuales sumaban un total de 109 cursos (Delpar 29).

* * *

### 3.2 El estudio y la enseñanza de los idiomas

El estudio y la enseñanza de idiomas, aun en las más modernas universidades de Estados Unidos, estuvieron por mucho tiempo confinados a los estudios del latín y a los estudios clásicos. Los escritos de los pensadores del resto de Europa entraban en el currículum a través del estudio de la Filosofía, el Derecho, la Historia, las Ciencias Naturales, y por lo general no eran leídos en su versión original sino en traducciones, versiones abreviadas o relatos de segunda mano.

El aprendizaje de otros idiomas, las más de las veces ocurrió en forma autodidacta o mediante tutores privados con la idea de ir a realizar estudios avanzados en las universidades alemanas y francesas. Cuando se empezaron a dictar cursos de lenguas extranjeras en la Universidad, al menos hasta mediados del s. XX, no era raro que estos fueran encargados a profesores de otros departamentos o de otros idiomas.

Uno de los primeros programas de enseñanza de idiomas dentro del ámbito universitario fue la Escuela de Idioma Alemán de Middlebury College, creada en 1915, y que luego dio lugar a la Escuela de Idiomas.

Los idiomas más estudiados eran el alemán y el francés, y tercero, el español. Sin embargo, según una encuesta realizada en 21 colegios universitarios entre 1916 y 1918 el número de estudiantes de español creció de 1.736 a 9.579. La importancia creciente del español ocasionó que en 1917 se constituyera la Asociación de Profesores de Español de EE.UU. (*American Association of Spanish Teachers, AAST*), y que en 1918 se creara la revista *Hispania* publicada por dicha asociación (Delpar 28).

Este súbito interés y "locura por el español" (Delpar 26) se debió, en parte, a un aumento de la matrícula universitaria, tanto en el nivel de grado como de posgrado, y en parte, debido al declive en el interés por el alemán una vez finalizada la Primera Guerra Mundial. También al devenir político regional: tanto la proyección política y económica norteamericana hacia la Cuenca del Caribe y América Central, como la propia Revolución Mexicana en la que EE.UU. intervino directamente entre 1914 y 1916 (Delpar 28).

A muchos estudiantes del idioma y la cultura de Hispanoamérica los apasionaba la proyección y la política internacional de EE.UU. y aun más les motivaba la perspectiva de hacer negocios. Según un banquero de la época 'un inversionista será mucho más efectivo si

conoce la historia y las costumbres de la gente con la que quiere hacer negocios' (Delpar 26).

Al comienzo, los idiomas modernos o "las lenguas vivas" (el alemán, el francés, el castellano) se enseñaban de la misma manera que se enseñaba el latín: memorizando las reglas gramaticales y aprendiendo a leer, descifrar y traducir lecturas, por lo general, obras literarias escritas en las lenguas que se deseaba aprender, o al menos, "fragmentos seleccionados" y "versiones abreviadas" de las obras de pensadores y escritores célebres.

Perversamente, aquí reside una de las razones para el estudio de las obras literarias: el aprendizaje del idioma. Si en un principio el idioma era un medio para conocer otras culturas y civilizaciones (imaginadas como valiosas, deseables, etcétera), luego la cultura y la literatura se volvieron simplemente un medio —un instrumento— para aprender el idioma. Con el tiempo, el objetivo del aprendizaje del idioma fue incluso reemplazado por la meta mucho menos ambiciosa de adquirir apenas un manejo elemental —funcional— del idioma: lo mínimo necesario para desenvolverse en una visita breve y hacer negocios. Detrás de este cambio de propósitos subyace la idea de que la otra cultura ya no es tomada como valiosa o modélica, ni merecedora de un conocimiento a fondo, y por lo mismo, ya no se precisa un gran dominio del idioma —que sería indispensable, por ejemplo, para leer y comprender una obra literaria, o conocer una cultura a fondo—. En los programas e institutos de idiomas modernos persiste esta ambigüedad primigenia: aprender un idioma para estudiar y comprender otras culturas motivados por una admiración de las mismas, o utilizar obras literarias —o incluso, cualquier texto escrito en otro idioma— para aprender a manejarse mínimamente en otro idioma a fin de viajar o hacer negocios.

Con el desarrollo de la lingüística aplicada (Sweet, Palmer, Jesperson, Jones) surgieron otros métodos: el "método directo" o "natural" (Berlitz, de Sauzé), el de las series (Gouin), el "oral-situacional" (Palmer, Hornsby), el audiolingual o "método del informante" (Bloomfield, Fries), el "método comunicativo", el de "la inmersión", etcétera, en su mayoría con fines muy limitados y usualmente divorciados del estudio y el conocimiento de la otra cultura, y por lo mismo, alejados de los presupuestos y objetivos de la Filología y del Humanismo.

El gran empuje de la enseñanza de otros idiomas cobró impulso en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y fue desarrollado en

el marco del Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército (*Army Specialized Training Program*, o *ASTP*) para realizar labores de inteligencia, para asistir en la tarea de descifrar códigos, para desempeñarse como intérpretes y traductores, y para mantener conversaciones con los habitantes y desenvolverse en los distintos teatros de operaciones bélicas.

Según un panfleto promocional de la *Linguistic Society of America* con sede en Washington —fundada en 1924—, el estudio científico de otros idiomas es necesario "porque una pequeña nación de pronto puede adquirir una sorpresiva importancia política y en tal caso resulta indispensable disponer de una gramática de su idioma o de los idiomas que se hablan en ella". El mismo panfleto —que busca promover el estudio de otros idiomas—, resalta la importancia de los servicios de inteligencia en comunicaciones y criptoanálisis y relata cómo en 1943, los EE.UU. se abocaron a estudiar miles de telegramas soviéticos, supuestamente diplomáticos y se descubrió que eran parte de actividades de espionaje. Según el mismo texto, durante la Segunda Guerra Mundial el conocimiento y manejo de los idiomas de los pueblos nativoamericanos —especialmente, de los Choctaw, los Comanche y los Navajo— fueron utilizados por el ejército de EE.UU. para enviar mensajes cifrados por radio y por teléfono a fin de sortear los servicios de inteligencia alemanes. Asimismo se asegura que en 1962 durante la crisis de los misiles, los expertos en comunicaciones también jugaron un papel clave.[3]

Los Departamentos de Lenguas Extranjeras (también llamados de Lenguas Romances, de Lenguas Modernas o de Lenguas y Literatura) se convirtieron así en un ámbito universitario que albergaba proyectos y filosofías contradictorias. Por una parte, el proyecto filológico (el estudio de las literaturas nacionales y el análisis y la crítica literaria y cultural como forma de pensar y transformar la sociedad). Por otra parte, una filología degradada convertida en estudios literarios disociados de la crítica social y cultural (reducida a un ejercicio técnico y profesional). Por otro, la enseñanza de idiomas mediante los métodos modernos pero desligada tanto del estudio de las culturas y la literaturas nacionales como del análisis y la crítica cultural.

Otro fenómeno relacionado fue la enseñanza, en un marco universitario, del "inglés como segundo idioma" (*English as a Second*

3 Betty Birner, *Linguistics and National Security* (Panfleto promocional de la Sociedad Lingüística de EE.UU. 2010).

*Language*, o *ESL*), dirigido especialmente a estudiantes de América Latina. Tras la Crisis de 1929 y en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y los discursos de la "solidaridad hemisférica" y el "panamericanismo" impulsados por la política "del buen vecino" de Franklin Roosevelt, también surgió la preocupación por enseñar el idioma inglés —e inculcar la "excepcionalidad" y las virtudes de la cultura estadounidense— a los contingentes de estudiantes y profesionales extranjeros (en su mayoría de las clases altas) que llegaron en gran número a realizar estudios avanzados en las universidades EE.UU. En 1948 se contabilizaron 25.000 estudiantes extranjeros.

En 1941 se crea a tales efectos el Instituto de Enseñanza de Inglés de la Universidad de Michigan (que administra el certificado de competencia en el idioma —*language proficiency*— que se suele exigir a los estudiantes extranjeros), el cual contó con el apoyo del Departamento de Estado y la Fundación Rockefeller. En su primer año el Instituto contó con 13 estudiantes, todos provenientes de América Latina, repartidos entre estudiantes de Medicina, Derecho, Economía, Ingeniería y Psicología. En 1948, 750 estudiantes ya habían pasado por el programa de ESL de la Universidad de Michigan.[4]

La enseñanza del idioma como parte de un programa de formación de profesionales iba de la mano con un interés por promover y publicitar la cultura y el estilo de vida modernos de EE.UU. (que condice con la idea de la transferencia cultural que promovía la Teoría de la Difusión), "mejorar la imagen de este país" (Delpar 111) tras décadas de intervencionismo militar y desarrollar vínculos con la clases dirigentes de A.L. a fin de poder hegemonizar los asuntos hemisféricos.

### 3.3 La posguerra y los estudios de las áreas geográfico-culturales *(Area Studies)*

En su afán por conocer la historia de los seres humanos la Antropología se dedicó al estudio de los otros —de la otras culturas— imaginadas como más primitivas. Partiendo de una noción de superioridad civilizacional y racial, se creía que las otras culturas ofrecían una idea de su pasado. En el

4 Sitio del Instituto de Inglés de la Universidad de Michigan, donde se puede hallar una *Breve historia*: http://www.lsa.umich.edu/

siglo XVIII y XIX el estudio científico y positivo de la humanidad, a su vez, sucedió en paralelo y sirvió de justificación a los emprendimientos neocoloniales e imperialistas ingleses, franceses y alemanes en África, Asia, América y Oceanía. En este sentido, se ha dicho que la marca de nacimiento de la Antropología, una de las disciplinas protagónicas en los estudios de "las otras culturas" y de las otras áreas culturales —sus lenguajes, sus creencias, sus formas de vida— fue su vinculación y subordinación al proyecto colonial y "civilizador" europeo.

En el caso de EE.UU., la Antropología fue de la mano de las campañas de expansión hacia el interior del continente americano que a lo largo del siglo XIX resultaron en el desplazamiento y desaparición de cientos de pueblos y civilizaciones originarias. En efecto, en el último tercio del s. XIX la antropología norteamericana se consolidó a impulso del proyecto de la Nueva República, las actividades de la Oficina de Asuntos de Indios (*National Bureau of Indian Affairs*) y el interés por las 'culturas primitivas'.

El concepto de área cultural, en efecto, surgió de la necesidad de clasificar y mapear las civilizaciones originarias del Norte y el Sur de América. Alfred Kroeber sugiere que fue Otis Mason quien primero utilizó el concepto de área cultural (asociado a la teoría del difusionismo cultural) en su *Guía de los indígenas americanos del Norte de México* (1907) y que más tarde fue elaborado por G. Holmes (1914) y se convirtió en la base de la presentación clásica de Clark Wissler sobre las culturas originarias de América (en Harris 323-4). Marvin Harris sugiere que Mason utilizó el concepto de área cultural incluso antes, en su informe anual de 1895 al Instituto Smithsoniano. El concepto se adecuaba además a la necesidad de organizar espacialmente el Museo de Historia Natural Americana de Nueva York (fundado en 1869) y el Museo Colombino de Chicago fundado en 1895 y en 1905 denominado Museo de Historia Natural (*Field Museum*) (Harris 323). En este período también se crean la Oficina de Etnología de EE.UU. y el Instituto Smithsoniano. El concepto de área cultural está en la base no sólo de los estudios de las áreas geográfico-culturales del mundo (*Area Studies*) que cobraron auge una vez terminada la Segunda Guerra Mundial sino incluso en trabajos más recientes como el libro *El choque de civilizaciones* (1996) de Samuel Huntington.

El interés por el estudio y la enseñanza de idiomas "no occidentales" también estuvo asociado a políticas coloniales e imperialistas. Ello fue

así en la conquista de América por parte del Imperio Español a juzgar por el papel que jugaron los exploradores, los misioneros y las "lenguas" —o intérpretes—, y también en épocas más recientes. El Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército, por ejemplo, desarrolló su programa de enseñanza de idiomas a partir del tradicional "método del informante" perfeccionado por Bloomfield y otros lingüistas para estudiar los idiomas de los pueblos nativo-americanos. Dicho método consistía en que los estudiantes mantuvieran conversaciones con los nativos en presencia y con la asistencia de un especialista en lingüística a fin de identificar las estructuras gramaticales básicas y aprender el vocabulario. La técnica servía tanto para descifrar el idioma como para ir aprendiéndolo con la práctica.

Con todos esos antecedentes, los estudios de las áreas culturales cobraron impulso de la mano de los intereses geopolíticos y la consecuente política exterior de Estados Unidos. El interés por América Latina en EE.UU. y el desarrollo del latinoamericanismo como campo de estudio, sin embargo, fue previo, por cuanto a lo largo del siglo XIX Estados Unidos desarrolló relaciones comerciales —sobre todo en el Caribe y América Central— y, Doctrina Monroe[5], Destino Manifiesto[6] y Corolario Roosevelt[7] mediante, incursionó y fue protagonista en una

5 Elaborada en 1823, la misma establecía que no se debía permitir la injerencia de las potencias europeas en América. También expresaba la pretensión de dominio de EE.UU. sobre la totalidad del continente americano y sirvió como marco ideológico para impulsar y justificar la expansión de Estados Unidos (una delgada franja territorial de la costa atlántica) hacia el Oeste y el Sur, lo que se aceleró a partir de las presidencias de Andrew Jackson y Martin Van Buren.

6 Como justificación de la Guerra contra México —en la que México perdió la mitad de su territorio—, en 1845 el periodista John O'Sullivan publicó un artículo en la *Revista Democrática* de Nueva York en el que codifica una creencia e ideología muy extendida entre los angloamericanos con raíces en la mentalidad colonial, de que por su superioridad cultural y por ser el pueblo elegido de Dios, EE.UU. estaba destinado a expandirse e imponerse en todo el norte de América y aun más allá, y jugar el papel de 'ciudad en la cima de la colina' que todos deben poder ver, admirar y tomar como modelo de civilización y de 'faro y luz que ilumina y guía a la humanidad'.

7 A principios del siglo XX, el presidente Theodore Roosevelt enmienda y completa el sentido de la Doctrina Monroe para establecer que EE.UU. se abroga el derecho de intervenir militarmente y eventualmente anexar cualquier

serie de acontecimientos políticos y militares, entre los más notables: la Guerra contra México de 1846, los planes de anexar a Cuba ("la manzana" que en cuanto madurara "debía caer en la palma de la mano" de EE.UU.), la intervención en la Guerra de Independencia de Cuba y la anexión de Puerto Rico en 1898, la apropiación del Canal de Panamá, la intervención en Nicaragua, etcétera.

Los estudios históricos, arqueológicos y naturalistas también llevaron a algunos científicos a interesarse por América Latina, especialmente la historia colonial, las culturas precolombinas o la selva amazónica, rica en variedades vegetales y animales y sobre todo en materias primas como la madera o el caucho.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, no obstante, había muy pocos profesores y programas universitarios que investigaran o enseñaran acerca del "mundo no-occidental". Todo esto cambió a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando EE.UU. entendió necesario conocer más la realidad social y cultural del continente, proyectar una mejor imagen, estrechar vínculos con la región, forjar alianzas y también contrarrestar las actividades de sus enemigos actuales y otros potenciales peligros.

Luego de una serie de reuniones auspiciadas por un puñado de fundaciones (Ford, Rockefeller, Guggenheim, la Corporación Carnegie de Nueva York, etcétera) hacia 1940 se estuvo de acuerdo en la falta de conocimiento suficiente acerca de otras regiones y culturas y en la necesidad de solucionar este déficit. Como resultado, estas fundaciones y el propio Departamento de Estado se encargaron de organizar y financiar, por medio de cuantiosos fondos, becas y apoyos de toda índole, los estudios de las áreas culturales a nivel universitario.

Tras la muerte de Henry Ford en 1947, la Fundación Ford adoptó una vocación internacional ("había que conocer más a los otros") y fue una de las principales promotoras de los estudios internacionales y de las otras áreas culturales[8]. Con este propósito, en 1950 se estableció el Programa de Becas Ford para los Estudios de Área (*Foreign Area Fellowship Program*) así como un concurso nacional para financiar la

país de América Latina en el que se vean amenazados sus intereses, inversiones y negocios, todo ello revestido con la noción del progreso de la humanidad.

8 *The New World of Area Studies*, *Multidisciplinary Teaching and Research*, Stanford University. http://multi.stanford.edu/interaction/0507/area.html

formación de profesionales capaces de llevar a cabo este tipo de estudios. También aportó 270 millones de dólares para que las universidades organizaran programas de estudios de idiomas y de estudios de área. A través de instituciones como el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales (*Social Science Research Council, SSRC*) y el Consejo de Sociedades del Conocimiento (*American Council of Learned Societies*, o *ACLS*) también financió talleres de formación, investigaciones de campo, conferencias y publicaciones.

En 1957, mediante el Decreto de Educación para la Defensa Nacional (*National Defense Education Act*), rebautizado en 1965 como el Decreto de Educación Superior, el gobierno financió la creación de 125 centros universitarios de estudios de área o Centros Nacionales de Recursos (*National Research Centers*), así como un importante número de becas para realizar estudios de posgrado en idiomas extranjeros y en las distintas regiones. Muchas agencias y dependencias del gobierno —entre ellas, las varias ramas de las Fuerzas Armadas, los servicios secretos, los servicios diplomáticos, los departamentos comerciales— buscaron información y entrenamiento de su personal en estos programas.

El quehacer en el seno de estos centros, y el curso y destino de las mismas no pudo ser estrictamente controlado por las agencias del gobierno y las fundaciones que le dieron origen. De cualquier modo, el marco y las directrices principales sí obedecieron a las fuentes de financiación de las que dependían para su creación, funcionamiento y continuidad[9].

* * *

9 Ver también: David Szanton, *The Origin, Nature and Challenges of Area Studies in the United States*, *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, ed. David L. Szanton, University of California Press, 2004; Bruce Cumings, *Boundary Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War*, *Bulletin of Concerned Asian Scholars* 29 (1997) [http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/cumings2.htm]; Hans Kuijper, *Area Studies versus Disciplines: Towards an Interdisciplinary, Systemic Country Approach*, *The International Journal of Interdisciplinary Social Sciences*, Vol. 3, Nº 7 (2008): 205-216.

# Los Estudios Latinoamericanos 4

Uno de los pilares de los estudios de América Latina fue, como vimos, el "Hispanismo" o "los estudios hispánicos" entendidos como el estudio de la historia y la cultura de la civilización hispánica peninsular e hispanoamericana a través de sus pensadores y escritores más importantes —un conjunto de textos canónicos—, estudiados en el idioma original. A esto nos hemos referido cuando repasamos el aporte de la Filología en general y de la Filología Hispánica moderna en particular, y también habremos de volver cuando repasemos el desarrollo y transformación de los Departamentos de Literatura Española y Latinoamericana, especialmente a partir de los 70. La otra veta fueron los llamados "estudios latinoamericanos" (*Latin American Studies*) que en EE.UU. no se originaron, al menos directamente, en la Filología Hispana y en los Departamentos de Literatura —en los que solía predominar el idioma español—, sino de un acercamiento a América Latina desde la historia colonial, la historia diplomática, las relaciones internacionales, la geografía, la arqueología y la antropología, y que transcurrían generalmente en idioma inglés.

La historia de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos ha sido objeto de investigación y reflexión de parte de diversos autores, en cuyos libros y artículos nos vamos a apoyar: Lewis Hanke, Howard Cline, Mark Berger, Helen Delpar, Irving Leonard, Charles Wagley, Christopher Mitchell, Benjamin Keen, John Johnson, Jean Franco, entre otros.

**Etapas de los estudios latinoamericanos**

En su libro *Mirando al Sur* (*Looking South*, 2008) Helen Delpar divide la historia de los estudios latinoamericanos en tres períodos y el último de ellos lo plantea dividido en tres fases: (i) "los comienzos", de 1850 a 1898; (ii) "un período fundacional" que va desde la anexión de Puerto Rico y Cuba en 1898 hasta la antesala de la Segunda Guerra Mundial; y (iii) un "período de maduración" de los estudios de América Latina, de 1935 a 1975, subdividido a su vez en tres fases: la "década de expansión" que va de 1935 a 1945, período de gran construcción institucional que coincide con el contexto de la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de ganar aliados y asegurar el hemisferio; un período de declive y relativo estancamiento entre 1945 y 1958; y el "renacimiento" de dichos estudios, que va de 1958 a 1975 y que Delpar identifica como "el *boom*" de los estudios de América Latina, signado por una preocupación por la expansión de la Revolución Cubana. El trabajo de Delpar se detiene en 1975.

Por su parte, en su libro *Bajo la mirada de los EE.UU.* (*Under Northern Eyes*, 1995) Mark Berger se enfoca primariamente en los estudios de América Central y el Caribe, concentrando su estudio en dos disciplinas, Historia y Relaciones Internacionales y organiza su investigación y su relato en torno a "los discursos acerca de América Latina" que guiaron y enmarcaron el campo en cada período, de tal modo que América Latina es un retrato deformado producto de una mirada interesada, es decir, "a los ojos del Norte" (Berger 19) y por lo mismo subordinado a su "régimen de verdad" (Escobar en Berger 14). Berger establece cinco períodos: (i) 1898-1945; (ii) 1945-1968; (iii) 1968-1979; (iv) 1979-1984; y (v) 1984-1990.

Teniendo en cuenta la periodización que formulan estos autores, pero sin perder de vista el propósito de este trabajo, proponemos la siguiente división operativa:

a. "Los comienzos" (Antes de 1898)

b. "El período fundacional" (de 1898 a 1945), de codificación discursiva —donde se formalizan una serie de nociones y discursos acerca de América Latina y del papel de EEUU en la región— (Berger) y de construcción institucional, especialmente en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la década 1935-1945 (Hanke)

c. La consolidación y "el *boom*" de los estudios latinoamericanos (de 1945 a 1975), cuando se crean los estudios de áreas geográficas, y también cuando a impulso de la Teoría de la Dependencia, la Revolución Cubana, el movimiento estudiantil de los 60, la Nueva Izquierda, etcétera, comienza a manifestarse un veta de latinoamericanismo crítico, más independiente de las políticas de EE.UU. y que se hace eco de las movilizaciones en América Latina

d. "El período de inflexión y transformación" (de 1975 hasta el presente), de mayor apertura y crisis productiva del campo, tanto respecto a los temas y las agendas que se ponen sobre la mesa como a los paradigmas y enfoques teóricos y metodológicos que están en la base de las múltiples direcciones que hoy caracterizan a los estudios latinoamericanos en general y a las distintas disciplinas que lo constituyen. (Nos detendremos en los mediados de la década del 80, puesto que un estudio a fondo de este período desborda el alcance de esta primera parte introductoria y merecerá una segunda parte enteramente dedicada al tema).

### 4.1. Los comienzos: siglos XVII a XIX

Siguiendo el recuento que hace Helen Delpar de este período, a fines del siglo XVII, los clérigos Samuel Sewall y Cotton Mather de Massachusetts mostraron un temprano interés en la América bajo dominio español. En ambos casos, les seducía la posibilidad de la colonización de los territorios y pueblos al oeste y al sur de la América bajo dominio británico y la consiguiente expansión del cristianismo protestante. En sus plegarias Sewall pedía a Dios que abriera a los angloamericanos "la fuente mexicana". Mather aprendió el idioma español por su cuenta y en 1699 publicó un tratado protestante, el primer libro escrito en castellano en la América británica (Delpar 1).

*El siglo XVIII*

En el contexto de la Revolución de 1776 tanto Tomás Jefferson como Benjamín Franklin también manifestaron su interés por España y su cultura. Jefferson reconocía la conexión entre los EE.UU., España y la América hispana —que ocupaba los territorios al oeste y al sur de las trece

colonias de la Unión—, aprendió castellano por cuenta propia, e insistía en que su hija leyera al menos diez páginas de *El Quijote* a diario. En 1741 se publicó en EEUU la primera gramática española. La enseñanza del español se realizaba en forma autodidacta o por medio de tutores privados. Sin embargo, hacia 1780 el colegio universitario Williams and Mary de Virginia comenzó a ofrecer cursos de español. Franklin, por su parte, sabía leer y escribir en español y hacia 1766 él mismo fue profesor de español en la Academia Pública de Filadelfia (Delpar 2).

El ambiente enciclopédico propio de la Ilustración generó una curiosidad por la historia colonial de Hispanoamérica. Esto motivó que algunos individuos lo mismo que las bibliotecas de diversas instituciones tales como Harvard, la Sociedad Histórica de Nueva York o la Sociedad Filosófica de Filadelfia, se interesaran por adquirir libros sobre el tema. La biblioteca personal de Jefferson contaba con casi 200 libros acerca de la América hispana y la Península Ibérica, entre los que se hallaban *La Florida del Inca* de Garcilaso de la Vega y la *Historia general* de Antonio de Herrera. A fines del s. XVIII, Filadelfia, centro de la revolución y capital provisoria de EE.UU., también fue "la capital de los estudios hispánicos" (Delpar 2).

Sin embargo, el libro más influyente que circuló en EE.UU. por aquellos años, y que más contribuyó a moldear una opinión pública respecto a España e Hispanoamérica, fue la *Historia de América* de William Robertson, publicada en 1777. El libro de este clérigo escocés caracterizaba a los pueblos originarios como primitivos y salvajes y a los españoles como codiciosos y crueles, lo que dio origen a la Leyenda Negra y sobre todo, al discurso anti-hispanista —y por asociación, anti-hispanoamericanista— angloamericano. Entre 1789 y 1791 fragmentos de su libro aparecieron publicados en forma de serie en una revista de la época. Luego de varias ediciones impresas en Londres y Dublín, en 1812 se publicó la primera edición norteamericana. Joel Barlow y William Sims se basaron en el libro de Robertson para su estudio del tema del descubrimiento y la conquista en la poesía y la literatura de ficción (Delpar 3).

*El siglo XIX*

El proceso de las Revoluciones de Independencia en América Latina también generó interés en la región. Creada en 1815 por William Tudor,

un ex-cónsul de EE.UU. en Perú, la *Revista Norteamericana* (*North American Review*), sobre todo bajo la dirección de Jared Sparks, fue un medio de difusión de información, análisis y comentarios —como es de esperar, de la más diversa índole— acerca de estos acontecimientos. Mientras unos autores simpatizaban con las jóvenes repúblicas del Sur por 'seguir el ejemplo estadounidense', otros anunciaban su fracaso a raíz de todo tipo de causas sociales, raciales, religiosas y culturales. Algunos no ocultaban su preocupación por el nacimiento de una América 'muy diferente': hispánica, que hablaba el castellano, católica, mestiza, etcétera. Tampoco faltaron quienes ya reclamaban a la región para sí —'del mismo modo que Europa lo hace con África y Asia'— y proponían una América hispana bajo tutela estadounidense (Delpar 4).

Cualesquiera que fueran las razones, el interés por el idioma español crecía y algunas universidades como Dickinson College, la Universidad de Virginia, Yale, Amherst y otras comenzaron a ofrecer cursos de lengua y literatura españolas. En 1819 Harvard creó una cátedra de literatura francesa y española, la cual fue adjudicada a George Ticknor. Ticknor no enseñaba español —ni en español— sino que se limitó a dictar conferencias en inglés acerca de la literatura española en el sobreentendido de que "la literatura reflejaba la sociedad". Tras su jubilación escribió la *Historia de la literatura española* (1849). Fue su profesor de francés y español, el inmigrante francés Francis Sales, quien se encargó de los cursos de español. A estos efectos Sales publicó un libro de gramática (traducido del francés) y una colección de lecturas literarias que tituló *Colmena española* (1825) (Delpar 5).

Entre los primeros historiadores norteamericanos en ocuparse de España e Hispanoamérica se destacaron Washington Irving y William Prescott. Irving vivió y viajó por España algunos años y en 1828 escribió una biografía de Cristóbal Colón en base al libro de Martín Fernández de Navarrete acerca de los viajes del descubrimiento, la historia de España —y de España en América— de Antonio de Herrera, y un manuscrito de la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas que le facilitó el cónsul de EE.UU. en Madrid. El libro de Irving se volvió un éxito de ventas internacional y fue traducido y publicado en más de diez idiomas. De esta manera Irving agregaba un capítulo hispánico a la historia de la América anglosajona y su retrato de Colón como un héroe emprendedor, determinado e incomprendido se correspondía con la subjetividad estadounidense de aquel entonces (Delpar 6-7) embarcada

en su propia expansión y conquista de América, su propio encuentro con los pueblos nativos y su propia empresa de "civilización". Dentro de este mismo contexto, William Prescott, por su parte, fue acaso el historiador más prolífico de este período, célebre por su *Historia del reinado de Fernando e Isabel la católica* (1837), y principalmente, por su retrato de Cortés en la *Historia de la Conquista de México* (1843). Más tarde escribió sobre Pizarro y la conquista de Perú (en 1847) y sobre la España de Felipe II (1859) (Delpar 8-10).

Partiendo de la premisa filológica de que mediante el estudio de los idiomas y la literatura se puede comprender la historia y la cultura de otros pueblos, el inmigrante suizo y congresista Albert Gallatin emprendió el estudio de los idiomas nativos inaugurando los estudios etnográficos y arqueológicos norteamericanos sobre las culturas de México y América Central. En 1842, fundó la Sociedad Etnológica de EE.UU. (*American Ethnological Society*).

El campo abierto por Gallatin fue cultivado por otros viajeros y "talentosos investigadores amateur" (Delpar 24) entre los que se destacaron el abogado de profesión John Lloyd Stephens, Ephraim Squier, un periodista de Nueva York, y otro suizo, Adolph Bandelier, admirador de Alexander von Humboldt y discípulo de Lewis Henry Morgan. Acompañado por el arquitecto y dibujante inglés Frederick Catherwood y por el médico y naturalista Samuel Cabot, Stephens publicó una serie de relatos de viaje que describían y comentaban los lugares exóticos que visitaron, deteniéndose en especial en las ruinas arquitectónicas de las civilizaciones del sur de México y de América Central. A Stephens también lo motivaba la búsqueda y adquisición de objetos arqueológicos y reclamó derechos de propiedad sobre los que halló (Delpar 14). Su conocimiento de la región le valió que fuera elegido por el gobierno de EE.UU. para viajar en "una misión especial confidencial" a fin de identificar un gobierno con el cual establecer relaciones comerciales y diplomáticas (Berger 27). Stephens aprovechó su estadía para hacer negocios e invirtió en la construcción de una línea de ferrocarril en Panamá.

Squier también viajó extensamente por América Central, se desempeñó como representante del gobierno de EE.UU. en Nicaragua e invirtió en un proyecto de construcción del ferrocarril en Honduras que al final no se concretó. En la década de 1850 publicó una serie de relatos de viaje, trabajos etnográficos y arqueológicos, sobre la situación

social y política, y hasta una novela. En la década de 1860 continuó su trabajo en Perú y Bolivia donde realizó investigaciones arqueológicas de la civilización Inca y sobre las etnias Quechua y Aymara (Delpar 16-18).

Bandelier también se dedicó al trabajo etnográfico y arqueológico en México y Perú, aunque en su caso, por mediación de Morgan, obtuvo el apoyo institucional del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de Harvard (fundado en 1866 por George Peabody, un banquero de Massachusetts) y del Instituto Arqueológico de EE.UU. En 1892 el magnate del ferrocarril Henry Villard lo contrató a Bandelier y a Charles Lummis para que viajaran a Bolivia y a Perú en busca de objetos arqueológicos y escribieran para su revista *El Siglo* (*Century*). Más tarde, Bandelier recibió el apoyo del Museo de Historia Natural y del Instituto Carnegie de Washington, lo que le permitió viajar y continuar sus trabajos etnográficos y arqueológicos en América del Sur, muchos de los cuales fueron publicados por la Sociedad Hispánica de EE.UU. y por la revista neoyorkina *El Mensuario de Harper* (*Harper's Monthly)* (Delpar 19-21).

En el último cuarto del s. XIX, el empresario, coleccionista de libros y editor Hubert Bancroft se encargó de publicar una serie de más de 30 tomos, obra de su equipo de colaboradores, sobre las culturas y "razas" nativas de la costa oeste de América del Norte y América Central que comercializó por medio de suscripciones. Ni Bancroft ni sus colaboradores realizaron investigaciones de primera mano sino que se basaron en los libros en su posesión, incluidas las crónicas de los españoles pero que, a diferencia de Morgan, Bancroft defendía por su valor etnográfico. Su colección de libros pasó a formar parte de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley (Delpar 22-24).

Por estos años también se organizan los estudios antropológicos en las universidades de EE.UU., disputando el liderazgo a los museos de historia 'natural'. En EE.UU. la nueva disciplina de la antropología estaba subdividida en cuatro campos: la arqueología (el estudio de las antiguas civilizaciones del continente americano), la lingüística, la antropología física (la evolución de la especie humana) y la etnología o antropología cultural. La arqueología de las antiguas civilizaciones de Asia, África o Europa (Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, etcétera) se afincaron en los departamentos de Filología y Estudios Clásicos, de Historia (Historia Antigua), o en institutos especiales (Delpar 52).

En 1885, Harvard creó la cátedra de arqueología y etnología que adjudicó a Fredrick Putnam, curador del Museo Peabody de dicha institución. Unos años después, en 1890, se organizó el departamento y la carrera de antropología. El primer doctorado en antropología fue otorgado en 1892 por la Universidad Clark (en Worcester, Massachusetts) a un estudiante del alemán Franz Boas. Hacia 1930 ya se habían otorgado 81 títulos, en su mayoría graduados de unas pocas universidades: Harvard, Columbia y la Universidad de California en Berkeley (Delpar 53).

El desarrollo de la antropología en la universidad se debió, en parte, a que se volvió más difícil la obtención de objetos arqueológicos —objetivo de las expediciones e investigaciones financiadas por los museos— a raíz de las políticas y leyes de defensa del patrimonio cultural nacional que fueron creadas en México en 1875 y en 1897 y en Perú entre 1893 y 1911. También se debió a un interés por documentar los pueblos y culturas de América del Norte que estaban en proceso de extinción. El cuestionamiento del esquema evolucionista de Morgan, Tylor y Spencer por parte de la escuela de Boas, a partir de 1896 incorporado al Departamento de Antropología de Columbia (Delpar 53), imprimió un nuevo giro al estudio y comprensión de otras culturas.

A fines del s. XIX y principios del s. XX Frederick Starr, Edward Thompson y Marshall Saville sobresalen como tres "figuras de transición" (Delpar 54). Los tres se enfocaron en México. Aunque no había recibido una educación formal, Starr fue en 1892 el primer antropólogo en la Universidad de Chicago (aunque Antropología estaba agrupada con Sociología en un mismo departamento). Se lo recuerda por haber removido y llevado a EE.UU. muchos objetos arqueológicos, pese a que en México esto estaba prohibido. También, por haber producido un registro fotográfico de las comunidades indígenas que visitaba, ignorando las negativas y protestas de las comunidades y las personas fotografiadas (Delpar 54).

Thompson apareció en escena en 1879 con un artículo suyo titulado "La Atlántida no es un mito" donde, siguiendo la teoría del clérigo francés Charles Brasseur de Bourboug, sostenía que los pueblos de América Central descendían de los habitantes del "continente perdido". En 1885 fue invitado por Stephen Salisbury, de la Sociedad de Anticuarios de EEUU y del Museo Peabody de Harvard, para viajar a Yucatán y realizar investigaciones arqueológicas de las ruinas mayas.

Un puesto de cónsul en Mérida le permitió financiar su trabajo, el cual consistió en relevar y describir varios sitios arqueológicos, principalmente en Labná y Chichen Itzá, donde halló un aljibe sagrado con tesoros y restos humanos, todos los cuales fueron a parar, ilegalmente, al Museo Peabody (Delpar 55).

Además de apoyar el trabajo de Thompson, gracias al dinero de Charles Bowditch, en 1891 el Museo Peabody también financió las investigaciones, primero de Marshall Saville y John Owens, y más tarde de Byron Gordon y Alfred Maudslay en Copán y otros sitios arqueológicos en Honduras con el objetivo de descifrar los jeroglíficos mayas. Las fotografías tomadas durante la exploración de Copán fueron parte de la Exposición de Chicago de 1893 (Delpar 57).

Saville, graduado de Harvard en 1894, realizó excavaciones en Mitla y en la zona de Oaxaca y consiguió una valiosa colección para el Museo de Historia Natural de EE.UU. lo que le valió, en 1904, una cátedra de arqueología americana en Columbia, financiada por Joseph Loubat, mecenas del mencionado museo (Delpar 55).

En América del Sur se destacó el trabajo del lingüista alemán Max Uhle, de la Universidad de Leipzig, quien con el apoyo del gobierno de Prusia y el Museo de Berlín en 1893 condujo investigaciones etnográficas, lingüísticas y de reconocimiento arqueológico en Bolivia. En 1895 Uhle recibió el apoyo de la Universidad de Pennsylvania para hacer un relevamiento de las ruinas en Tiahuanaco y en 1896 para realizar importantes excavaciones en Pachacamac, al norte de Lima. A partir de 1899, con el patrocinio de la Universidad de California, Uhle continuó su trabajo en la costa peruana sobre las culturas Chimú, Moche y Nazca. (Delpar 61-2).

* * *

En cuanto a la educación acerca de la historia y la cultura de América Latina, y puesto que los cursos de grado y posgrado en historia se concentraban solamente en la historia de Estados Unidos y Europa, los escasos cursos que existieron estuvieron a cargo de intelectuales y activistas sin formación profesional en la historia o la cultura de la región. Ejemplo de esto fue Daniel de León, un líder socialista nativo de Curaçao. Graduado en Derecho en la Universidad de Columbia, en la década de 1880 quedó a cargo de dar una serie de conferencias sobre América Latina (sobre las relaciones de España y Portugal en

América durante el período colonial, sobre la intervención europea en América Latina en el s. XIX) hasta que fue despedido en 1889 debido a su militancia política y su crítica a la política norteamericana hacia la región. Algo similar fue el caso de Bernard Moses, graduado de la Universidad de Heidelberg en Alemania y estudioso de la historia y la política de Suecia. Una vez radicado en Berkeley, en 1880 aprendió castellano por su cuenta, se volcó al estudio de la historia de California, viajó y vivió en México y escribió sobre la historia colonial de Hispanoamérica. En 1898, ya como profesor en la Universidad de California en Berkeley, Moses impulsó "el estudio de la otra mitad de la historia de América" (Delpar 31-32). En su primer libro, la *Revolución ferroviaria en México* (1895) analiza el impacto del capital extranjero —principalmente estadounidense— en la historia económica y política de ese país (Keen 1985 660).

### 4.2 El período fundacional

*La construcción discursiva e institucional (1898-1935)*

El período que va de la Guerra de Independencia de Cuba (1898) al término de la Segunda Guerra Mundial (1945) es caracterizado como uno en el cual se establecen los estudios latinoamericanos como campo de estudio por derecho propio y "se codifican una serie de discursos" sobre América Latina (Berger 20) que primarán a lo largo de casi todo el siglo XX y que se extienden hasta nuestros días. Los estudios latinoamericanos durante este período se concentraban principalmente en unas pocas universidades, tales como Harvard, Columbia, Berkeley y Pennsylvania.

En 1902, Archibald Coolidge consiguió que Harvard nombrara a Roger Merriman como profesor de historia de España —que a partir de 1906 incluyó la historia de Hispanoamérica—, y en 1913 que Robert Bliss financiara una cátedra en Historia y Economía de América Latina (Delpar 31).

En Columbia, a partir de 1904 William Shepherd comenzó a dictar un curso de historia latinoamericana. A pedido de la Institución Carnegie de Washington, en 1905 Shepherd viajó a España y en 1907 publicó un valiosa *Guía de archivos y fuentes acerca de la historia de*

*América*. En 1907 también viajó a Buenos Aires donde visitó museos, bibliotecas y diversas instituciones culturales. En 1914, publicó un breve relato de la historia y el presente de la región. Al igual que Moses, Shepherd reivindicó el pasado colonial español como parte de la historia de EE.UU., perspectiva que será desarrollada por Bolton (Delpar 35-36).

En 1904 Gaylord Bourne publicó *España en América* (1904), "síntesis académica de los estudios de la historia colonial" en la que en base a un estudio comparativo del colonialismo británico y español ofrece una visión revisionista y más benévola de España, alternativa a la Leyenda Negra, poniendo énfasis, por ejemplo, en la legislación que, supuestamente, buscaba amparar a los nativos —lo cual si bien era cierto en la letra, en la realidad mostró un panorama opuesto—. Tras la muerte de Bourne, en 1908, Hiram Bingham, graduado de Harvard, quedó a cargo del curso de historia latinoamericana que ocasionalmente Bourne ofrecía en Yale.

En las primeras décadas del s. XX, la Universidad de California en Berkeley, donde se desempeñó Moses, fue otro centro de referencia gracias al trabajo de Charles Chapman, Herbert Priestley y Herbert Bolton, interesados principalmente en la historia colonial con un énfasis en los estados a un lado y al otro de la frontera entre México y EE.UU. (Delpar 43). Charles Hackett, discípulo de Bolton, consiguió convertir a la Universidad de Texas en otra institución de relieve en este campo. Allí dirigió 70 tesis de maestría y 35 tesis doctorales (Delpar 45). Stanford, bajo el liderazgo de Percy Martin —autor de uno de los primeros libros de texto sobre América Latina— y Harvard, gracias al impulso de Clarence Haring, fueron otros importantes centros de estudios de España y América Latina (Delpar 46).

Además de la historia colonial —el tema dominante y casi excluyente en esta etapa— los primeros historiadores también se interesaron por algunos otros temas. Chapman, por ejemplo, escribió un polémico libro sobre la historia de Cuba (1927), William Robertson —profesor en la Universidad de Illinois hasta 1941— sobre Francisco de Miranda y su impacto en las revoluciones de independencia (Delpar 44, 46).

Todos estos primeros historiadores eran hombres blancos de ascendencia europea. Entre las escasas excepciones Delpar hace notar el caso del mexicano Carlos Castañeda en la Universidad de Texas —que investigó la historia de la Iglesia Católica—, de Abraham

Nasatir, un investigador de ascendencia judía que se interesó por la influencia española en el valle del río Mississippi y que obtuvo una plaza en la Universidad Estatal de San Diego, y de varias historiadoras: Alice Gould, Irene Wright, Mary Williams y Lilian Fisher, que en su mayoría fueron forzadas a desenvolverse en universidades menores, "colegios para señoritas", o directamente fuera de la academia. Provenir del interior (por ejemplo, del medio oeste) también podía ser otro obstáculo para ingresar a algunas universidades del este de EE.UU. como Yale, Harvard o Princeton (Delpar 47-9).

Según Berger, en esta primera fase los estudios se organizan en torno a una serie de nociones y discursos recurrentes, dominantes y bastante interconectados: a) La idea de la superioridad racial y cultural de los anglosajones, b) la necesidad 'natural' de la expansión, anexión y control de la región, corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto y, c) la idea de llevar "el progreso" y "la civilización" a las sociedades "primitivas y atrasadas" de la cuenca del Caribe (entre 1920 y 1933) y del conjunto de América Latina; d) la "Política del Buen Vecino" que resucita el proyecto del panamericanismo en busca de alianzas y "estabilidad" regional (apoyando a militares y dictadores amigos si era preciso[10]) y e) el proyecto de "dar seguridad" al hemisferio para garantizar "el avance de la civilización" (léase, de EE.UU.).

En muchos casos, todavía persistía una curiosidad decimonónica acerca de la historia colonial y las civilizaciones precolombinas en tanto asunto exótico y romántico. Sin embargo, ahora América Latina era tema, principalmente en tanto objeto de la política exterior de EE.UU., y en especial, en tanto "segunda frontera" (Berger 31), es decir, en tanto zona de encuentro y de conflicto entre la civilización anglosajona y la barbarie hispanoamericana en la que debía imponerse y primar la primera.

Un paso definitivamente sustantivo fue la creación en 1918, de la *Revista de Historia de Hispanoamérica* (*Hispanic American Historical Review*, o *HAHR*) (Berger 29), clave para la congregación de "los expertos" en la región y para la formalización, intercambio y difusión de las ideas y discursos acerca de Hispanoamérica. En *HAHR* ocasionalmente publicaron algunos investigadores latinoamericanos como el brasileño

10 Jorge Ubico en Guatemala, Maximiliano Hernández en El Salvador, Tiburcio Carías en Honduras, Anastasio Somoza en Nicaragua, Fulgencio Batista en Cuba, etcétera.

Gilberto Freyre y el jurista argentino Ricardo Levene. En 1928, también se crea la primera asociación profesional: la Conferencia de Historia de América Latina (*Conference on Latin American History*) como una subdivisión de la Asociación de Historiadores de los EE.UU. (*American Historical Association*) (Berger 33, Delpar 50-51).

Algunos de los expertos en América Latina más prominentes e influyentes en los que se detiene Berger fueron el historiador John Latané de la Universidad John Hopkins, Dexter Perkins, Arthur Whitaker (Universidad de Pennsylvania), Charles Chapman (primer editor de la *HAHR*), William Spence Robertson, J. Fred Rippy, Henry Stimson, la mayoría de ellos historiadores de las relaciones diplomáticas (perfil que dominaba el campo) y frecuentes contribuyentes de la *HAHR*.

Berger también subraya el papel que jugaron los "millonarios filántropos" y sus fundaciones privadas en el desarrollo de la institucionalidad y los discursos profesionales acerca de América Latina (33): la Fundación Carnegie (*Carnegie Endowment*) fundada en 1910 —la más importante en este tiempo—; la Fundación Hoover (*Hoover Institution*) de la Universidad de Stanford en 1919, la Fundación Siglo XX (*Twentieth Century Fund*) de Nueva York, fundada en 1919 por el empresario Edward Filene; la Fundación Brookings (*Brookings Institution*) de Washington, fundada por Robert Brookings en 1916; la Fundación Rockefeller, en 1913, y la Fundación Guggenheim en 1925. Formado en 1918, el Consejo de Relaciones Exteriores (*Council of Foreign Relations*) también tuvo un papel crucial en el mismo sentido (Berger 33).

A fines de 1920 y comienzos de 1930, se crea el Comité para América Latina del Consejo de Relaciones Exteriores —que publicaba la revista *Asuntos Extranjeros* (*Foreign Affairs*)—, otro espacio clave para la producción de discursos sobre América Latina, especialmente bajo la dirección del historiador de Columbia, William Shepherd. En 1927, el número especial sobre América Latina de la *Revista de la Academia de Ciencias Sociales y Políticas de EE.UU*. deja en evidencia la identificación de los expertos no sólo con el gobierno y sus políticas sino también con los intereses de las empresas norteamericanas que operaban en la región, siendo la *United Fruit Company* un ejemplo paradigmático (Berger 39).

Delpar señala el papel de muchos historiadores, geógrafos, arqueólogos y antropólogos expertos en América Latina en la política norteamericana, e incluso en tareas de inteligencia militar y espionaje.

Tal el caso de Irving Leonard (quien por su dominio del idioma revisaba la correspondencia entre América Latina y Europa), Sylvanus Morley (que utilizaba su afiliación a la Fundación Carnegie como fachada), el artista John Held, Samuel Lothrop, Herbert Spinden (especialista en arte maya) o John Alden Mason, caso este que indignó a Franz Boas dado que Mason había participado de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en México que él había ayudado a fundar (Delpar 90-94).

En 1917, se creó la División para América Latina de la Oficina de Comercio Exterior y Doméstico, bajo la dirección de Julius Klein, doctorado en Harvard con una disertación sobre el sistema de la mesta en España y profesor de historia y de economía de América Latina en dicha institución.

Al término de la Primera Guerra Mundial muchos expertos ingresaron al Departamento de Estado y al Departamento de Comercio, entre ellos James Robertson, Charles Cunningham, William Schurz, Chester Lloyd Jones, en una época donde los intereses comerciales iban de la mano de las intervenciones políticas y militares (Delpar 96-97).

Un latinoamericanista devenido en funcionario de gobierno típico de aquella época fue Leo Rowe, profesor en la Universidad de Pennsylvania, conectado con los círculos del gobierno y simpatizante de la política de EE.UU. hacia América Latina. Además de haber sido el mentor de Dana Munro, Rowe también inspiró a Herbert Bolton —proponente de la noción de pensar la historia y la cultura de América en su conjunto— e Isaac Joslin Cox (Berger 35). Rowe estudió finanzas y relaciones comerciales y se recibió de abogado en Pennsylvania, institución a la que se integró como profesor de Ciencia Política. En un comienzo le ocupó el problema de la urbanización, el gobierno municipal y cómo la vida urbana condiciona las posibilidades del desarrollo humano. Su interés por América Latina nació de haber sido nombrado para un puesto del gobierno norteamericano de Puerto Rico, a partir de lo cual escribió sobre Puerto Rico, Argentina y México. En 1917 se desempeñó como empleado del Departamento de Estado y del Departamento de Comercio como encargado de los asuntos relativos a América Latina, y en 1920 asumió como director de la Unión Panamericana (Delpar 83-4). Rowe siempre exhibió posiciones etnocéntricas y conservadoras respecto a América Latina.

Otros casos paradigmáticos fueron Roscoe Hill, discípulo de Shepherd en Columbia, y que en los años 20 se desempeñó en distintos

cargos del gobierno de EE.UU. en América Central, y Dana Munro, profesor de la Universidad de Georgetown en Washington, consejero del Departamento de Estado, e integrante de diferentes delegaciones de EE.UU. en una época donde se repetían las intervenciones de EE.UU. en Cuba, México, Nicaragua, Panamá, la República Dominicana y Haití. A sugerencia de Rowe, en su disertación Munro estudió "los problemas políticos de América Central". Publicada en 1918 pronto se convirtió en el tratado de referencia sobre la región en los círculos de gobierno norteamericanos. Munro también fue un entusiasta defensor de la política norteamericana en la región (Delpar 85).

Graduado de la Universidad de Pennsylvania, Chester Lloyd Jones también se desempeñó en cargos de gobierno y a partir de 1928 fue docente en los departamentos de Ciencias Políticas y de Ciencias Económicas de la Universidad de Wisconsin. Se ocupó de "los intereses comerciales de EE.UU. en el Caribe", título de su libro de 1916. En su libro de 1940 sobre Guatemala escribió sobre "las dificultades que enfrentaría si él fuese un dictador benévolo" en este país (Delpar 86), lo cual habla con elocuencia de su postura política.

Russell Fitzgibbon, un estudiante de Jones en Wisconsin, se dedicó por entero al tema de América Latina. Escribió sobre Cuba (1935) y Uruguay (1954), y formó a todo un grupo de latinoamericanistas durante su estadía como profesor en la UCLA entre 1936 y 1964.

Aunque muchos de estos expertos y centros de estudios respaldaron y contribuyeron a delinear la política de injerencia y de "hegemonía de EE.UU. en América Latina", Berger asimismo subraya el surgimiento de una corriente crítica, tanto del intervencionismo de EE.UU. en la región como de sus premisas (racistas, paternalistas) y sus motivaciones. Tal el caso del periodista y senador Ernest Gruening, el periodista Carleton Beals, los historiadores Charles Beard, Leland Jenks, Melvin Knight y Frank Tannenbaum, o el economista Scott Nearing, quien por su visión crítica respecto al imperialismo norteamericano fue despedido de la Universidad de Pennsylvania en 1915 (Berger 46).

En 1916 Shepherd denunció que "de la Doctrina Monroe en adelante la política estadounidense era dictada por el solo objetivo de predominar políticamente y expandir el comercio en la región" (Delpar 103). El historiador Harry Elder Barnes fue el editor de una serie dedicada a aportar "estudios concretos de imperialismo económico [norteamericano]". Cinco de estos libros se enfocaron en América

Latina: *Cuba nuestra Colonia* (1928) de Leland Jenks; *Los estadounidenses en Santo Domingo* (1928), de Melvin Knight; *Los banqueros en Bolivia* (1928) de Margaret Alexander Marsh; *Los capitalistas y Colombia* (1931) de J. Fred Rippy, y *Puerto Rico: Un juramento roto* (1931) de Bailey Diffie y Justine Whitefield Diffie (Delpar 104-105, 210).

Otro ejemplo arquetípico en este sentido fue Frank Tannenbaum, un inmigrante judío del este de Europa, que primero se desenvolvió como un activista y socialista. Tras haber viajado a México en 1922 como periodista de la revista *Survey* y luego de haberse familiarizado con la Revolución Mexicana, en 1929 estudió y escribió sobre la revolución y la reforma agraria en ese país, lo que lo estableció como experto en México. Luego de obtener un doctorado en 1927, participó en un estudio impulsado por la Institución Brookings sobre los problemas económicos en Puerto Rico y obtuvo una beca Guggenheim para estudiar los problemas de la agricultura en Perú. Como sucesor de Shepherd en el Departamento de Historia de Columbia, fue el mentor de Stanley Ross —otro experto en México— y de Richard Morse, y escribió un trabajo sobre la opresión racial en las Américas: *Esclavo y Ciudadano: Los negros en las Américas* (1946) (Delpar 87).

Los estudios económicos de América Latina, en cambio, fueron escasos. A los ya mencionados acaso puedan agregarse la obra de Frank Fetter de 1932 sobre Chile, el clásico libro de Earl Hamilton de 1934 sobre el impacto de las revoluciones de independencia de América Latina en la economía de España, y el trabajo de Sanford Mosk, quien por encargo de Sauer viajó a España y microfilmó todos los manuscritos relacionados a la geografía y la economía de las colonias. En 1936 Mosk se integró al Departamento de Economía de Berkeley y enseñó un curso sobre "los problemas económicos de América Latina". En 1936, la Oficina de Investigaciones Económicas de Harvard también produjo una *Bibliografía de la literatura sobre la economía de América Latina*, bajo la dirección de Clarence Haring (Delpar 88).

En el campo de la naciente sociología Delpar destaca un informe sobre "la nueva sociedad cubana" realizado en 1935 por una subcomisión de la Asociación de Política Internacional (*Foreign Policy Association*) por encargo del presidente cubano Carlos Mendieta; dos trabajos 'superficiales' de Edward Ross de la Universidad de Wisconsin sobre la sociedad, las instituciones y la cultura latinoamericanas, y de Eyler Simpson, graduado de la Universidad de Chicago y especializado

en psicología social. Ya como profesor de Princeton, Simpson publicó *El Ejido: La solución mexicana* (1937), donde propone que la forma tradicional de propiedad y de producción agraria comunal era la mejor respuesta a los problemas de las zonas rurales mexicanas (Delpar 89).

En cuanto a la educación en esta materia, una encuesta de 1926 revela que 175 universidades y colegios universitarios enseñaban cursos regulares u ocasionales sobre América Latina, o sobre las relaciones entre EE.UU. y los países de esa región. También ya existían varios libros de texto sobre historia de América Latina —bastante voluminosos—, entre los que se destacaban el de William Sweet de 1919 y el de William Robertson de 1922. No obstante, algunas instituciones importantes como Yale, Princeton o Wisconsin aun no enseñaban cursos regulares de historia de América Latina (Delpar 49).

A mediados de la década del 30, los estudios latinoamericanos toman un cierto giro en función de la necesidad de forjar alianzas en la región y las políticas de Franklin Delano Roosevelt. La primera consecuencia fue la de mirar más allá de México, América Central y el Caribe, ampliando el horizonte de "la esfera de influencia". En parte para ver si allí podía estar la solución a la depresión económica que en esta época atravesaba EE.UU. Pero además, para empezar a pensar América Latina en el contexto del nuevo tablero mundial, en la antesala de la Segunda Guerra Mundial (Berger 47).

*Los estudios arqueológicos y antropológicos*

Las primeras décadas del siglo XX fueron fundamentales para el desarrollo de los estudios antropológicos en general, y también en lo que respecta al interés de los antropólogos en América Latina, sobre todo en México, América Central y las antiguas civilizaciones andinas de Perú y Bolivia. Esto se debió, en parte al proceso de desaparición de muchos pueblos y culturas a causa de la expansión estadounidense hacia el Oeste que se completó en 1890, y en parte, a un interés por obtener valiosos tesoros arqueológicos. Del mismo modo que el interés por los vecinos del Sur y el Oeste los llevó a interesarse por la historia colonial de la América española, la España imperial y las civilizaciones precolombinas, los estudios de las comunidades indígenas de América del Norte y las propias expediciones arqueológicas en México y los Andes centrales también generaron un interés en las comunidades vivas de esas regiones.

Hacia 1900, la Sociedad de Etnología de EE.UU. (*American Ethnological Society*) tenía 73 miembros. En 1902 fue reemplazada por la Asociación Antropológica de EE.UU., cuyo medio de difusión fue la revista *American Anthropologist* (Delpar 52).

Tras su paso por la Universidad Clark y su papel en la Exposición Colombina de Chicago de 1893, Franz Boas consiguió el apoyo de los gobiernos de Prusia y México y de varias instituciones estadounidenses (Columbia, Harvard, Pennsylvania, la Sociedad Hispánica de Nueva York) para crear en 1911 la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en la Ciudad de México. En el marco de la misma, el mexicano Manuel Gamio, John Alden Mason y otros investigadores establecieron una cronología de las civilizaciones y un mapa de la distribución de los lenguajes indígenas, dos objetivos fijados por la institución. En la década del 20, Byron Cummings de la Universidad de Arizona y George Vaillant del Museo de Historia Natural, también se ocuparon del Valle Central, identificando la existencia de civilizaciones incluso anteriores a las llamadas 'arcaicas' (Delpar 56).

Charles Bowditch, por su parte, quería comprobar si una persona de ascendencia maya era capaz de descifrar los jeroglíficos de sus ancestros. A estos efectos financió el trabajo de campo de Alfred Tozzer, graduado de Harvard, quien hacia 1901 aprendió el idioma maya y viajó por la zona de Chichén Itzá en Yucatán investigando una remota comunidad lacandona, sin poder hallar a nadie capaz de entender los antiguos jeroglíficos. De regreso a Harvard, en 1905 Tozzer creó un seminario de cultura maya el cual se volvió un paso obligatorio de varias generaciones de especialistas. En 1913 Tozzer dirigió la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología y fue nombrado curador de la sección mesoamericana del Museo Peabody de Harvard. En 1921 publicó una gramática maya y en 1940 una edición de la *Relación de las cosas de Yucatán* de Diego de Landa (Delpar 57-58). Dos estudiantes de Tozzer, Sylvanus Morley y Alfred Kidder, continuaron en la década del 20 las investigaciones en Chichén Itzá con financiación de la Institución Carnegie pero bajo la supervisión del gobierno de México. También con financiación del Programa Maya de la Carnegie, Oliver Ricketson y Augustus Smith dirigieron excavaciones en Uaxactún en el Petén, Guatemala. El Programa Maya de la Carnegie cobró nuevo ímpetu en 1929 cuando Alfred Kidder fue nombrado director de la División de Investigaciones Históricas y propuso lanzar "un abordaje pan-

científico" a la cuestión maya, solicitando a estos efectos la cooperación de antropólogos físicos, médicos, etnólogos, lingüistas, historiadores, expertos en nutrición, agrónomos, etcétera. France Scholes (Universidad de Nuevo México) y Ralph Roys (Tulane) se sumaron a principios del 30, produciendo algunos trabajos de etnohistoria considerados ejemplares (Delpar 58-60).

El Departamento de Estudios Mesoamericanos de Tulane, establecido en 1924 con dinero del magnate bananero Samuel Zemurray, financió las expediciones de Frans Blom y Oliver La Farge (ambos graduados de Harvard) a las zonas de México y Guatemala donde se habla maya. Sus descubrimientos en La Venta, en México central, generaron interés en la civilización Olmeca. (La Farge fue un activista a favor de los derechos de los pueblos nativoamericanos y presidió por varios años la Asociación de Asuntos Indígenas, o *Association on American Indian Affairs*). En la década del 30, la Universidad de Pennsylvania y su museo —a cargo de John Alden Mason— también se interesaron en realizar excavaciones en Piedras Negras, Guatemala, bajo la dirección de Linton Satterthwaite (Delpar 60). El volumen en honor a Tozzer publicado por sus discípulos en 1940 contenía el 'estado del arte' de la arqueología Maya (61).

Otra área que interesó a la academia norteamericana a principios del siglo XX fueron las civilizaciones antiguas de Perú y Bolivia. En 1907 Hiram Bingham viajó a América del Sur para investigar la campaña de Simón Bolívar y en 1908 viajó de Buenos Aires a Santiago a fin de investigar las rutas comerciales de la época colonial. Su expedición lo llevó además a Perú y a Bolivia, donde investigó algunos sitios arqueológicos como Choqquequirau. A partir de 1911, con la financiación de Minor Keith (fundador de la United Fruit Company), Edward Harkness, la Sociedad Geográfica de EE.UU. y Yale, y la colaboración de Osgood Hardy, Isaiah Bowman (un profesor de geografía de Yale), el osteólogo George Eaton y el etnohistoriador Philip Means (autor del manuscrito original del libro *Machu Picchu: La ciudadela de los Incas*)—, Bingham pasará a la fama por haber descubierto "la ciudad perdida" de los Incas (Delpar 37-39).

La expedición de 1911 produjo un mapa de la zona y un relevamiento de las ruinas pero no se hicieron excavaciones. En 1912, el embajador norteamericano en Lima Clay Howard firmó un acuerdo con el presidente Augusto Leguía que otorgaba a Yale derechos exclusivos para realizar

excavaciones y llevarse los objetos que allí se encontraran. El acuerdo provocó la reacción del Congreso y del Instituto Histórico del Perú. Un artículo en el periódico *El Comercio* de Lima describió al acuerdo como "una amenaza a la cultura nacional". El Instituto Histórico advirtió que de seguir así las cosas los peruanos 'iban a tener que ir a Alemania y a los Estados Unidos a estudiar su propia cultura' (Delpar 63-64). Harvard también se quejó. El presidente Guillermo Billighurst, sucesor de Leguía, modificó el acuerdo, aunque sin introducir cambios sustantivos, bajo la premisa que Perú no tenía la capacidad financiera ni técnica para llevar adelante las investigaciones. En la expedición de 1912 Bingham despejó el área, realizó un relevamiento fotográfico (más de 700 fotografías) y consiguió hacerse de más de cien cajas con restos humanos y objetos arqueológicos que terminaron en Yale. En 1915 Bighman volvió a Perú con el objetivo de identificar el sistema de caminos de los incas. En 1916 el gobierno peruano permitió el envío de otras 76 cajas "a préstamo" para ser estudiadas en Yale que no se sabe si alguna vez volvieron (Delpar 65).

Además de las investigaciones de Uhle y Bingham ya mencionadas, se destacó el trabajo de Alfred Kroeber, graduado de Columbia y estudiante de Boas. Kroeber se integró al Departamento de Antropología de la Universidad de California en Berkeley creado en 1901 con la financiación de Phoebe Apperson Hearst. Con la asistencia de sus estudiantes, Kroeber se dedicó a analizar y escribir sobre la colección de objetos que Uhle había dejado en Berkeley. Las publicaciones de Kroeber de mediados de la década del 20 fueron por muchos años la base de los estudios arqueológicos de la costa de Perú. En 1925, con el auspicio del Museo de Historia Natural de Chicago, Kroeber viajó a Perú y con su colega William Schenck se sumó a las investigaciones que estaba realizando el antropólogo peruano Julio Tello. En 1926 creó un curso en la Universidad de California en Berkeley y en 1927 un programa de investigación de posgrado, ambos enfocados en las antiguas civilizaciones de Perú (Delpar 66). A principios de la década del 30, Wendell Bennett, graduado de Chicago y empleado por el Museo de Historia Natural de EE.UU., se destacó por sus investigaciones en Tiahuanaco, Bolivia. En 1931, el etnohistoriador Philip Means resumió las investigaciones realizadas hasta este momento en su libro *Las antiguas civilizaciones de los Andes*, el cual se convirtió en el texto estándar en la materia. Samuel Lothrop y Junius Bird realizaron investigaciones en Panamá y el sur de Argentina, respectivamente (Delpar 67).

Debido a la influencia del marco teórico y metodológico de Boas y a la inminente desaparición y aculturación de las comunidades indígenas hacia la década del 20, la antropología se dedicó a la documentación y estudio etnográfico de las mismas (Delpar 68). Los antropólogos viajaban y vivían en estas comunidades y mediante el diálogo con sus miembros, la observación participativa y distintas formas de registro, producían un relato de la historia y la cultura de la comunidad en cuestión (Delpar 68). Tal el caso de la obra *Tepoztlán: una villa mexicana* (1930) de Robert Redfield, un hito en los estudios etnográficos norteamericanos sobre América Latina.

Redfield era abogado. En 1923 viajó a México justo en un período de renacimiento y celebración de la cultura y las tradiciones indígenas y conoció a Manuel Gamio, el estudiante de Boas que estaba realizando una investigación arqueológica y etnográfica en Teotihuacán con la idea de que su trabajo 'contribuiría a la integración de esta comunidad a la nación mexicana y por consiguiente a su desarrollo socioeconómico y a su prosperidad'. Redfield se interesó y decidió hacer un posgrado en el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago donde enseñaba su suegro, el sociólogo Robert Park. Con su disertación, Redfield perseguía elucidar los problemas de la comunidad de inmigrantes mexicanos en Chicago estudiando la vida de los pueblos de donde provenían. En 1926, con una beca del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, y por sugerencia de Gamio, Redfield emprendió el estudio de la villa de Tepoztlán, en las cercanías del D.F. Su estudio, sin embargo, adolece de romanticismo y Redfield omite referirse a los problemas políticos (Delpar 69).

Además de impulsar los estudios arqueológicos en Yucatán, el Instituto Carnegie de Washington también se interesó por el estudio de las comunidades mayas aun existentes en Guatemala y la península de Yucatán, tarea que emprendió Sol Tax, un estudiante graduado de la Universidad de Chicago que había estudiado las comunidades nativoamericanas del suroeste y de las planicies centrales de EE.UU. El trabajo pionero de Redfield inspiró el estudio etnográfico de muchas pequeñas comunidades de América Latina. Tal el caso del estudio de Elise Parsons (graduada de Columbia) de la comunidad de Mitla, Oaxaca (1936); de Ruth Bunzel, basada en Chichicastenango (en la región maya-quiché de Guatemala) y conocida por su estudio sociológico de las artesanías indígenas, y de Lila Morris O'Neale, quien

se enfocó en el arte textil y la vestimenta de las culturas precolombinas de Perú (Delpar 70-71).

A mediados de la década del 30, América Latina ya ocupaba a un segmento importante de historiadores, cientistas políticos, arqueólogos y antropólogos. En el segundo número de *American Antiquity*, la revista de la Sociedad de Arqueología de EE.UU., fundada en 1934, la presencia de varios artículos sobre los Mayas y otras civilizaciones de América del Sur dejan entrever la gravitación de los estudios de esta región en el devenir de la profesión. La tercera parte de las ponencias de los primeros dos congresos de la Sociedad de Arqueología también eran el resultado de investigaciones en América Latina (Delpar 72).

*Estudios geográficos, económicos y sociológicos*

Aunque llevado a cabo por *amateurs* —viajeros, comerciantes, diplomáticos—, los norteamericanos siempre tuvieron un interés por explorar, mapear y describir los territorios del continente americano, especialmente durante la primera parte del siglo XIX, el período de expansión hacia el Oeste y el Sur. En 1851 se creó en Nueva York la Sociedad Geográfica de EE.UU. (*American Geographical Society*). En su primera reunión, en 1852, el diplomático y empresario Edward Hopkins presentó un trabajo titulado: "La geografía, la historia, la producción y el comercio de Paraguay" (Delpar 74).

A principios del siglo XX, los crecientes intereses comerciales y políticos norteamericanos en América Latina volvieron necesario conocer la geografía de la región: su geografía física, las rutas, los transportes y las comunicaciones, los recursos disponibles, las oportunidades de comercio e inversión, etcétera. Al principio, por consiguiente, la geografía se estudiaba en los Departamentos de Negocios y de Ciencias Económicas, como en el caso de la Universidad de Pennsylvania. En otros casos, como en Yale, era parte del Departamento de Geología. En 1903, en la Universidad de Chicago, se organizó el primer Departamento de Geografía. A causa del crecimiento en la cantidad de cursos y profesores de geografía y con el objetivo de promover los estudios avanzados, en 1924 se formó la Asociación de Geógrafos de EE.UU. (Delpar 74).

Entre los primeros geógrafos en interesarse por América Latina se destacó Mark Jefferson. Jefferson estudió geografía física en Harvard,

trabajó como asistente de Benjamin Gould en el Observatorio Nacional Argentino en Córdoba y se radicó en Ypsilanti, Michigan. Viajó por varias capitales de América Latina y publicó un libro sobre las leyes de formación y funcionamiento de las ciudades primarias (Delpar 75). Al fin de la Primera Guerra Mundial, en 1918, la Sociedad Geográfica financió una expedición dirigida por él, —acompañado por Alfred Coester—, a "la región templada" de América del Sur (Sur de Brasil, Argentina y Chile) para estudiar la inmigración y la colonización europea recientes, especialmente, las comunidades de alemanes (Delpar 77).

Jefferson también fue mentor de Isaiah Bowman, estudiante suyo en Ypsilanti, quien como parte de sus estudios en Yale en 1909 escribió una tesis doctoral —la primera sobre América Latina— sobre la geografía de los Andes centrales (el sur del Perú, el norte de Chile y Argentina y el oeste de Bolivia) que interesó a Bingham y a Yale. El viaje y el trabajo de campo de Bowman tuvo lugar en 1907 y fue financiado por Archer Huntington, el principal benefactor de la Sociedad Geográfica. En 1911 Bowman realizó un segundo viaje y en 1916 publicó un libro dedicado a los Andes del sur de Perú. La editorial Rand McNally lo contrató para escribir un libro de texto sobre la geografía de América Latina, el cual se publicó en 1915. En su tercer viaje, en 1913, Bowman exploró y estudió las rutas del desierto de Atacama, trabajo que publicó en 1924 (Delpar 75). Entre 1915 y 1935 Bowman dirigió la Sociedad Geográfica y reemplazó el *Boletín* de la misma por la *Revista Geográfica* (Delpar 77).

Bowman, a su vez, fue el mentor de Gladys Wrigley, cuya disertación también versó sobre las rutas y los pueblitos de los Andes centrales, y de George McBride, quien mientras formaba parte de una misión evangelista en La Paz conoció a Bowman en 1915. Por influencia de Bowman, McBride estudió en Yale y en 1921 completó su tesis doctoral sobre la tenencia de la tierra en América Latina. En 1923 publicó un libro sobre este tema enfocado en México y en 1936 otro sobre Chile. En 1921 McBride se integró a la sucursal sureña de la Universidad de California en Los Ángeles (*UCLA*), creada en 1919 (Delpar 76).

Al término de la Primera Guerra Mundial Bowman se encargó de que la Sociedad Geográfica publicara todos estos trabajos y desarrollara un programa de investigación sobre la geografía de América Latina cuyo componente principal fue el Mapa de Hispanoamérica a escala 1:1.000.000. El proyecto fue dirigido por Raye Platt, otro estudiante de Jefferson en Ypsilanti, y financiado por los mecenas Archer Huntington

y James Ford. El mapa estaba compuesto por 107 láminas, las primeras de las cuales se publicaron en 1920 y las últimas en 1945. El mapa fue utilizado por científicos, ingenieros, por los gobiernos de América Latina —para dirimir cuestiones de límites— y por el gobierno de EE.UU. durante la Segunda Guerra Mundial (Delpar 78).

La otra figura sobresaliente en el campo de los estudios geográficos de América Latina fue Carl Sauer, quien en 1923, junto a John Leighly, fue incorporado por Ruliff Holway a su pequeño Departamento de Geografía en Berkeley. A su llegada, Sauer agregó un curso de geografía cultural al ya existente de geografía física, e invitó al alemán Oskar Schmieder, quien había estado investigando la colonización y la agricultura en Argentina. Sauer introdujo un enfoque humanista o "histórico-cultural" a la geografía y desarrolló una estrecha colaboración con los antropólogos e historiadores de Berkeley, conformando con Alfred Kroeber y Herbert Bolton "un poderoso núcleo de latinoamericanistas". En 1932 fundó la Serie Iberoamericana como parte de la cual Sauer publicó su libro *El camino a Cibola,* un estudio de las antiguas rutas de los pueblos nativos de Arizona y el norte de México que utilizaron los españoles en el siglo XVI para explorar y colonizar esa región —la que más interesaba a Sauer—. El sello que Sauer imprimió a los estudios geográficos pasó a conocerse como la "Escuela de Berkeley" (Delpar 79).

Otros tres geógrafos de destaque en este período fueron: Preston James, Clarence Jones y Robert Platt. Desde la Universidad de Michigan, James realizó estudios de la zona del Canal de Panamá, de los Andes centrales —a partir de los que escribió su disertación acerca de la relación entre los factores geográficos y el desarrollo de los medios de transporte— y de Brasil, donde estudió los patrones de uso del suelo en las ciudades. Impregnado de "determinismo medioambiental", el libro de texto de Preston James *América Latina* (1942) influyó en miles de estudiantes de la región. Jones, por su parte, se ocupó de la "geografía económica". En sus libros de 1924 y 1930 estudió el comercio de América del Sur, enfocándose en Brasil, Argentina y Uruguay. Platt, como Jones, también graduado de la Universidad de Chicago, realizó detallados estudios de diversas unidades económicas del medio rural tales como plantaciones, granjas y establecimientos ganaderos (Delpar 80-81).

* * *

*El contexto de la Segunda Guerra Mundial (1935-1945)*

La década que va de 1935 a 1945 es considerada por todos los autores como absolutamente clave para la institucionalización de los estudios latinoamericanos. El contexto de la Segunda Guerra Mundial acentuó la necesidad de estudiar más y mejor esta región, e inclusive empezar a prestar más atención al Brasil de Getúlio Vargas, la Argentina de los generales Uriburu y Justo, y a otros fenómenos que, se temía, acaso podían emparentarse con el nazismo y el fascismo europeos. Esto significó 'una expansión de los estudios latinoamericanos como resultado de las actividades de guerra' del Departamento de Estado —a través de su Programa de Relaciones Culturales— y de la Oficina del Coordinador para los Asuntos Interamericanos (*Coordinator of Inter-American Affairs*) (Hanke 32).

Creada en 1940, la Oficina del Coordinador para los Asuntos Interamericanos (*CIAA*, por su sigla en inglés), presidida por Nelson Rockefeller, debía canalizar las relaciones comerciales y culturales y fue el principal empleador de los expertos en América Latina (Berger 50).

A diferencia de "la diplomacia de los marines y las cañoneras", EE.UU. ahora jugaba "la carta de la cultura" (Berger 50). Según la Fundación Rockefeller, era hora de alcanzar "un entendimiento más inteligente de la vida cultural de América Latina" (Hanke 33). En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. buscó estrechar vínculos y forjar alianzas, lo que llevó a un mayor intercambio de profesores e investigadores entre EE.UU. y los países de América Latina. La Fundación Rockefeller, lo mismo que la Guggenheim, financiaron este tipo de intercambios.

La presencia de intelectuales latinoamericanos en universidades, bibliotecas y laboratorios "dio vigor y también significó un aterrizaje en la realidad" para los estudios de América Latina en los EE.UU (Hanke 32). De este modo, también, se intentaba responder a la crítica de Sauer, Kroeber y otros, respecto a que si bien se financiaban muchas investigaciones en América Latina no se había hecho prácticamente nada para intercambiar experiencias y saberes, "estrechar vínculos" con los intelectuales de la región y brindar apoyo, y llegado el caso, ofrecer oportunidades de capacitación a los investigadores locales (Delpar 120).

A través de su División para las Humanidades, la Fundación Rockefeller, dirigida primero por Irving Leonard y luego por William Berrien, financió la compra de libros para las bibliotecas de Tulane,

Carolina del Norte y Duke[11], la obtención de documentos microfilmados en Brown, y dio apoyo a la División para la Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana. Dicha fundación también apoyó al Consejo de Sociedades del Conocimiento de EE.UU. (*ACLS*, por su sigla en inglés), "el principal vehículo para la transmisión de fondos de la Rockefeller para proyectos vinculados a América Latina" (Hanke 33, Delpar 112-3).

En 1933, el Consejo de Sociedades del Conocimiento bajo la dirección de Waldo Leland constituyó el Comité para los Estudios Latinoamericanos (*Committee on Latin American Studies* o *CLAS*), integrado por Clarence Harding de Harvard, Alfred Kidder de la Carnegie y Sturgis Leavitt, profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Carolina del Norte (Delpar 114). Los objetivos manifiestos de dicha institución eran "mejorar los medios de transmisión y divulgación del conocimiento" y "crear planes para promover un mejor entendimiento de otros pueblos a través de la apreciación de la cultura" (Delpar 113-4).

En 1935, vista la expansión de estudios sobre América Latina y la consiguiente necesidad de realizar un relevamiento y una cartografía de los recursos disponibles, se crea la División Hispana de la Biblioteca del Congreso (*Library of Congress - Hispanic Division*) (Berger 48, Hanke 33).

En 1936, bajo la dirección de Clarence Haring, el Comité comenzó a publicar la *Guía de los Estudios Hispanoamericanos* (*Handbook of Latin American Studies, HLAS*) (Berger 48, Hanke 33). El objetivo de la *Guía* era 'hacer un revisión anual de los artículos publicados acerca de América Latina en las principales revistas académicas, tanto en el ámbito de las humanidades como de las ciencias sociales' y 'posibilitar que los investigadores y profesores estuvieran al tanto de los desarrollos en sus respectivas áreas de estudio pero también pudieran mirar por encima de los muros disciplinarios y ver qué estaba sucediendo en otros campos' (Hanke 33, Delpar 114).

El Comité se destacó asimismo por la publicación de una serie miscelánea (*Miscellaneous Series*) de "guías bibliográficas": la *Guía de*

11 Cada institución debía concentrarse en una región: Tulane en América Central y el Caribe, la Universidad de Carolina del Norte en los países del Cono Sur y Duke en Brasil y los países de la región andina (Delpar 116).

*manuscritos disponibles en la Universidad de Texas* de Carlos Castañeda; una *Guía de materiales escritos en español americano* a cargo de Madaline Nichols; la *Guía de materiales sobre la lengua, la literatura y el folklore aparecidos en publicaciones latinoamericanas* editada por Sturgis Leavitt et al., y la *Guía de estudios sobre Brasil* a cargo de Rubens Borba de Moraes y William Berrien (Hanke 34).

El Comité también ayudó a fundar los institutos de estudios latinoamericanos de la Universidad de Michigan (en 1939) y de Texas (en 1940) y se unió con el Consejo de Sociedades del Conocimiento de EE.UU. para la puesta en marcha de un programa de estudios intensivos de español y portugués en la Universidad de Wyoming bajo la dirección de Berrien, y otro solo de portugués, en Burlington, Vermont (Hanke 33).

En 1939, la División Hispana de la Biblioteca del Congreso produjo una serie de bibliografías básicas sobre el arte, la legislación, la música, los documentos oficiales, y creó el Archivo Fotográfico de la Cultura Hispana. En 1940 organizó la Fundación Hispánica, a través de la que se canalizaron los estudios latinoamericanos en la Biblioteca del Congreso. En 1944 la Fundación Hispánica se fortaleció con la creación del puesto de Director de Estudios Latinoamericanos (Hanke 36-7, Delpar 116).

El proyecto de "promover una mejor apreciación de la cultura hispana" y el "entendimiento cultural" delineado por la nueva política exterior, dejaba entrever una estrategia de "utilizar el conducto de las relaciones culturales para hacer sentir la influencia norteamericana" (Berger 51). Uno de los impulsores de esta nueva política apoyada en lo cultural fue Laurence Duggan, Jefe de la División para las Repúblicas Americanas del Departamento de Estado y ex-Director Asistente del Instituto de Educación Internacional (*Institute of International Education*) creado en 1919 para promover "el libre intercambio de ideas" —y el librecomercio— en un contexto de revoluciones socialistas, un creciente nacionalismo y procesos de estatización —en México, Alemania, Rusia y otros países—.

En 1935, Sumner Welles, Secretario de Estado Asistente, explicaba que las relaciones culturales y la apreciación de la cultura de otras civilizaciones eran parte de la nueva política exterior. A su juicio, "romper las barreras culturales era tan importante como romper las barreras políticas y económicas", principal objetivo de dicha política

(en Berger 51, Delpar 112). Más allá de la retórica, esto resultó apenas en la creación de un modesto programa de intercambio de profesores y estudiantes bajo la dirección de Samuel Guy Inman. A fin de contrarrestar un programa similar dispuesto por Alemania, en 1938 se crea la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, la cual hasta 1942 se enfocó casi exclusivamente hacia América Latina (Berger 52, Delpar 112). No obstante, según Welles, "el trabajo cultural" y el intercambio cultural debían ser responsabilidad de las universidades y de las fundaciones privadas, como efectivamente lo habían venido haciendo la Fundación Rockefeller, la Institución Carnegie, la Fundación Guggenheim, entre otras.

Por estas fechas también cobran mayor protagonismo algunas universidades y centros de estudios latinoamericanos, como el que funcionó en la Universidad de California en Berkeley. Desde Berkeley, el historiador Herbert Bolton impulsó el proyecto "panamericanista" de la Gran América —o la Teoría Bolton— que formuló en 1932, y que consistía en estudiar la historia y la cultura de América en su conjunto, como un proceso unitario, con "una historia común", con más similitudes que diferencias (Berger 53). En sus más de treinta años como director del Departamento de Historia en Berkeley, Bolton supervisó más de 300 maestrías y más de 100 doctorados, 54 de ellos dedicados al estudio de América Latina. Entre 1920 y 1945 "Berkeley fue el nexo principal entre EE.UU. y los estudios latinoamericanos" (Berger 54). Varios de sus estudiantes (J. Fred Rippy, Irving Leonard, Charles Chapman, Woodrow Borah, John Tate Lanning, etcétera) se convertirán en los expertos en América Latina de las principales universidades: Texas, Chicago, Princeton, Duke, Stanford, Ohio, Nuevo México (Berger 54). Irving Leonard y Lesley Simpson —otro estudiante de Priestley— también hicieron sus carreras enseñando la literatura, la cultura y la historia hispanoamericanas en el Departamento de Español de Berkeley (Delpar 45).

Otro hito en el proceso de construcción institucional fue la creación, en 1940, del Comité Conjunto para el Estudio de América Latina (*Joint Committee on Latin American Studies,* o *JCLAS*) del que participaban el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, el Consejo Nacional de Investigaciones (*National Research Council*) y el Consejo de Sociedades del Conocimiento. La misión del Comité Conjunto era hacer que 'los académicos norteamericanos se interesaran

más en los problemas de América Latina a fin de informar la política de EE.UU. en la región y mejorar las relaciones con los académicos latinoamericanos' (Berger 55).

Entre las actividades del Comité Conjunto, cuyo primer director fue el antropólogo Robert Redfield, estaban la de aconsejar al gobierno en todo lo concerniente a América Latina y oficiar como "centro de entrenamiento" para los funcionarios asignados a esta región. A estos efectos, el Comité Conjunto puso en funcionamiento el Centro de Entrenamiento Inter-Americano, con oficinas en Washington D.C. y Filadelfia, bajo la dirección de Henry Doyle y Francisco Aguilera (Hanke 34). Entre 1942 y 1944 más de 10.000 funcionarios del gobierno pasaron por el Centro de Washington (Delpar 119). En el Centro de Entrenamiento los funcionarios recibían "un conocimiento mínimo de español y portugués y algunas nociones acerca de la vida y las costumbres en América Latina" (Hanke 34).

El Comité Conjunto también se encargó de publicar *Notas sobre los Estudios Latinoamericanos*, editada por Ralph Beals, otro antropólogo y mexicanista. El primer número, publicado en 1943, a cargo de Irving Leonard —especialista en la historia, la cultura y la literatura colonial—, contenía un informe sobre "las personas y las actividades relacionadas a algún aspecto de América Latina en 20 universidades de EE.UU." El segundo número, a cargo del geógrafo Preston James, delineaba un programa de investigaciones para el estudio de "los patrones culturales contemporáneos" en América Latina (Hanke 34).

A partir de 1945 la Biblioteca del Congreso se hizo cargo de la publicación de la *Guía de Estudios de América Latina* y se agregaron dos títulos a la serie de guías bibliográficas: la *Guía de los trabajos acerca de Brasil con importancia sociológica* y la *Guía de los Archivos Nacionales de América Latina*, dirigida por Roscoe Hill (Hanke 35).

La Oficina del Coordinador para los Asuntos Inter-Americanos, por su parte, financió los estudios antropológicos llevados adelante por el Instituto de Investigaciones Andinas de Yale; la producción del *Índice Estratégico de las Américas* que estaba elaborando dicha universidad; el "relevamiento de los recursos de las cinco regiones de América" en el que se había embarcado la Asociación para la Planificación Nacional (*National Planning Association*) y el Mapa de Hispanoamérica a escala 1:1.000.000. La Oficina del Coordinador también financió numerosos talleres, conferencias y centros de estudios latinoamericanos, entre

otros emprendimientos destinados "a hacer avanzar el conocimiento sobre de América Latina" (Hanke 36, Delpar 119-20). El Instituto Smithsoniano, a su vez, creó su Instituto de Antropología Social, el cual en 1946 comenzó a publicar la *Guía de los Indios de América del Sur* bajo la dirección de Julian Steward (Hanke 36, 43).

Resultado de todo lo anterior, se acrecentaron los libros traducidos en una y otra dirección, hubo más fondos y becas disponibles para la investigación, se multiplicó el intercambio de profesores e investigadores, se abrieron "oficinas culturales" en las embajadas de EE.UU. en América Latina, y en general, hubo una mayor conciencia de la importancia de la región (Hanke 36). También creció el número de publicaciones, instituciones y eventos inter-americanos, como el "Primer Congreso Inter-Americano de Filosofía" de 1943 organizado en Yale. Se fundaron el Instituto Estadístico Inter-Americano de Washington en 1940, la *Revista de Historia de América,* creada en 1938 por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y la revista de antropología *Acta Americana*, creada en 1943. También se volvió más frecuente que los investigadores latinoamericanos publicaran sus trabajos en las revistas de EE.UU. y, viceversa, que los artículos de especialistas estadounidenses aparecieran en revistas, e incluso hasta en periódicos de América Latina (Hanke 38). Esta efervescencia hizo que aumentaran los cursos sobre América Latina, y algunas instituciones comenzaran a otorgar títulos en esta especialidad (Hanke 39). Los estudios de Brasil, en particular, despertaron un interés inusitado (Hanke 40-42).

Además, "por primera vez hubo un influjo real" de profesores provenientes de América Latina en las universidades de EE.UU.: el escritor Erico Verissimo en UCLA, Gilberto Freyre en Indiana, el ensayista colombiano Germán Arciniegas en Chicago, el poeta y ensayista paraguayo Pablo Max Ynsfrán en Texas, el peruano Luis Alberto Sánchez en la Biblioteca del Congreso, el dominicano Pedro Henríquez Ureña en Harvard, todos ellos especialistas en la literatura y la cultura latinoamericanas (Hanke 37).

En su detallado relato, disciplina por disciplina, acerca del estado de los estudios latinoamericanos a mediados de la década del 40, Lewis Hanke subraya el hecho de que los profesores de idiomas —incluidos el español y el portugués— fueron absorbidos por las Fuerzas Armadas y no daban abasto tratando de enseñar estos idiomas en forma rápida a 'las multitudes' que en el contexto de la Segunda Guerra Mundial

demandaban dicha instrucción. En todo el país había una conciencia creciente de la necesidad de aprender el idioma y de conocer más a fondo la cultura de América Latina. Además de la creación del Instituto Especial de Español y Portugués de la Universidad de Wyoming y del Centro de Entrenamiento Interamericano del Comité Conjunto, el Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército (*ASTP*, por su sigla en inglés) por primera vez ofrecía instrucción de idiomas al personal militar y apuntaba a que sus diplomados pudieran poner en práctica su aprendizaje y hablar el español y el portugués fluidamente (Hanke 58).

En este contexto, muchos instructores y graduados del programa fueron empleados por las numerosas organizaciones, fundaciones y ramas del Estado y pasaron a desempeñarse como funcionarios en instituciones interamericanas y en las oficinas culturales de las embajadas, por lo que "pudieron apreciar la flora y la fauna de la vida literaria latinoamericana desde las mesas de los cafés, lo cual era mucho más provechoso que andar pidiendo prestado libros de la biblioteca" (Hanke 58).

Este mayor interés por América Latina también significó que se tradujeran muchas obras literarias al inglés y que se comercializaran cursos orales "para aprender español rápidamente" como el que produjo y puso a la venta la compañía discográfica RCA Victor. La revista *Hispania* (de la Asociación de Profesores de Español y Portugués de EE.UU.) asistía a los instructores con los distintos aspectos relativos a la enseñanza del castellano, sobre todo, acerca de 'la manera en que se habla el castellano en América'.

En el campo de la Filología, el Hispanismo y los estudios literarios —es decir, del estudio del idioma, la sociedad, el pensamiento y la cultura a través de la literatura— siguió destacándose la labor de Federico de Onís y su Instituto Hispánico en la Universidad de Columbia de Nueva York. En 1939, Onís y el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, en ese entonces dirigido por el español nacionalizado argentino Amado Alonso, fundaron la *Revista de Filología Hipánica*. Esta se sumaba ahora a las ya existentes *Hispanic Review* de la Universidad de Pennsylvania y la *Revista Hispánica Moderna* de Columbia. Por estas fechas también se constituyó el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh el cual comenzó a publicar la *Revista Iberoamericana* (1939) y lanzó su serie "Clásicos de América" (Hanke 59-60).

La *Revista de Filología Hispánica* publicada en Buenos Aires y el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y su *Revista Iberoamericana* inicialmente publicada en la Ciudad de México, son dos ejemplos de colaboración panamericana característica de este período.[12]

La *Revista Iberoamericana,* en efecto, surgió como resultado del Primer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México en 1938. Allí confluyeron, por un lado, una serie de intelectuales mexicanos como Antonio Caso, Federico Gamboa, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Julio Torri, Enrique González Rojo, Rafael Valle, Agustín Yáñez, y por otro, un conjunto de latinoamericanos que se desempeñaban en EE.UU: el chileno Arturo Torres Rioseco (U. C. Berkeley), el costarricense Roberto Brenes Mesén (Northwestern), el español/cubano Manuel Pedro González (U. C. Los Ángeles), el colombiano Carlos García Prada (Universidad de Estado de Washington), los puertorriqueños José Balseiro (Illinois) y Concha Meléndez (Universidad de Puerto Rico), entre otros. También algunos de los hispanistas estadounidenses más sobresalientes en aquel entonces: John Englekirk (Nuevo México), William Berrien (UC Berkeley), Sturgis Leavitt (Carolina del Norte), Erwin Mapes (Iowa), entre otros (Martin 2002).

En 1946 Amado Alonso se trasladó a Harvard y desde allí impulsó la creación de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* publicada por el Colegio de México en donde jugaron un papel protagónico muchos intelectuales españoles republicanos exiliados en ese país.[13]

También se publicaron en este período una serie de trabajos panorámicos ofrecidos a modo de cartografía del campo, tales como *La novela contemporánea de América Latina* (1940) de Jefferson Spell; *Épica de la literatura latinoamericana* (1942) de Arturo Torres Rioseco; la segunda edición del *Esquema histórico de la literatura hispanoamericana* (1942) de Herman Hespelt, Irving Leonard, John Reid, John Englekirk y John Crow, y *Las corrientes literarias en Hispanoamérica* (1945) de Pedro Henríquez Ureña, una historia de la literatura y de las artes enmarcada en

12 Cronología del IILI preparada por Gerald Martin y publicada en *Revista Iberoamericana* Vol. LXVIII, Núm 200 (2002).
http://www.pitt.edu/~hispan/iili/Cronologias.html

13 Entre ellos, el poeta León Felipe, los filósofos Joaquín Xirau, Eugenio Ímaz, María Zambrano y José Gaos y el historiador Ramón Iglesia, entre otros.

la matriz del proceso histórico ("con el objeto de reforzar mejor el sentido de unidad de la cultura"[14]). En ésta se reúnen las conferencias que dictó en el Museo de Arte Fogg de Harvard entre 1940 y 1941. La trayectoria de Henríquez Ureña, aun afiliado a una concepción elitista de la cultura (Degiovanni 2008), también sirve para visualizar el perfil del hispanista de la época: nacido en la República Dominicana, emigrante y periodista en Nueva York, discípulo de Alfonso Reyes en México, doctorado en la Universidad de Minnesota, con buena parte de su obra publicada en EE.UU., fallecido durante su estadía en Buenos Aires (Hanke 60).

En el terreno de los estudios filosóficos se hizo poco o nada en lo que refiere a América Latina y solo se menciona *Un siglo de pensamiento latinoamericano* (1944) de Rex Crawford, un sociólogo interesado en el pensamiento social (Hanke 61).

A diferencia de "la generación de los conquistadores" —como Hanke denomina a los historiadores que "abrieron América Latina como campo de investigación y enseñanza" en los EE.UU. (54)—, la segunda generación se caracteriza por haber sido formados como "latinoamericanistas" en los programas organizados por los primeros. En esta segunda generación se acrecienta el interés por "la historia intelectual y cultural" como ponen de manifiesto los trabajos de Irving Leonard, Arthur Whitaker y otros, recogidos en el volumen *América Latina y la Ilustración* (1942) o el volumen monográfico de la *HAHR* de 1943 (Hanke 55). También existe la intención de sintetizar y generalizar a partir del conocimiento acumulado, como en el caso de *La civilización latinoamericana: La época colonial* (1945) de Bailey Diffie et al., y se publican algunas guías bibliográficas auxiliares a la investigación, como la *Guía de los materiales históricos de los territorios fronterizos* (1943), de Francis Stack. Esto contribuye a que los "estudios latinoamericanos" se consoliden como un campo de estudio por derecho propio en las principales universidades (California, Columbia, Harvard), con Historia, Antropología y los estudios del Idioma y la Literatura como sus áreas de estudio vertebrales (Hanke 56).

Además de la *HAHR,* a sugerencia de Lewis Hanke y Silvio Zavala en 1938 se funda la *Revista de Historia de América*, publicada por el instituto Panamericano de Geografía e Historia, y en 1944 la revista franciscana *Las Américas* (*The Americas*) (Delpar 133).

14 Introducción p. 7

Un episodio singular fue el debate en torno a la denominación que en 1937 dividió a los historiadores entre los que, como Chapman, favorecían el nombre "Hispanoamérica" (característico de la *HAHR*) y los que como Charles Hackett preferían el nombre "América Latina" —para poder incluir a Brasil— y proponían la constitución de la Conferencia de Historia de América Latina (Delpar 134).

En el ámbito de la antropología, Hanke destaca las investigaciones realizadas por Redfield, Morley, Lloyd, O'Neale, Proskovriakoss y otros en el marco del Programa Maya de la Institución Carnegie; la publicación en México del *Índice de la Revista Estadounidense de Antropología Física* y la traducción al inglés del libro de Arthur Posnansky, *Tiahuanaco, cuna del hombre americano* (1945). El Instituto de Antropología Social del Instituto Smithsoniano, a su vez, lanzó un programa para enviar especialistas en diversas áreas (antropólogos sociales, geógrafos culturales, lingüistas, etcétera) para asistir y entrenar a su pares latinoamericanos (Hanke 43-44).

Las artes plásticas, a su vez, cobraron un interés hasta entonces inédito de la mano de "un vigoroso núcleo" de especialistas (Gibson Danes, Robert Smith, Elizabeth Wilder, Harold Wethey, Pál Keleman, entre otros) que publicaron una serie de libros sobre arte moderno, colonial, precolombino y popular. Smith y Wilder, en particular, trabajaron en la Biblioteca del Congreso para elaborar su *Guía del Arte de América Latina* (1947). Fue en este período también que los museos de EE.UU. empezaron a crear sus colecciones de arte latinoamericano, tanto de arte moderno —en el caso del Museo de Arte Moderno de Nueva York (*MOMA*, por su sigla en inglés)— como de arte colonial y de arte popular en el Museo Metropolitano y el Museo de Brooklyn. En 1945, en Nueva York, se realizó una conferencia sobre "las artes plásticas en América Latina" organizada por el austríaco Rene d'Harnoncourt —eventualmente, director del Museo de Arte Moderno de Nueva York— y auspiciada por el Consejo de Sociedades del Conocimiento.

D'Harnoncourt vivió en México a fines de la década del 20 donde trabajó para Frederick Davis, el principal comerciante de arte precolombino y antigüedades mexicanas, y dueño del establecimiento más importante en Ciudad de México. Davis fue el primero en comerciar y exponer en Nueva York la obra de los artistas mexicanos modernos, tales como Diego Rivera, José Clemente Orozco y otros. Desde entonces, d'Harnoncourt se especializó en el comercio de antigüedades y artesanías

indígenas mexicanas. A su regreso a EE.UU. en 1933 fue por algún tiempo el nexo entre México y el Museo Metropolitano, el Museo de Arte Moderno —que dirigió a partir de 1949— y la Oficina del Arte y las Artesanías Indígenas (*Indian Arts & Craft Board*).[15] Algunas universidades como Smith, Yale, Minnesota y Texas comenzaron a ofrecer cursos sobre el arte de América Latina (Hanke 51-52).

La música —sobre todo la música folklórica— también fue objeto de interés antropológico y etnográfico, y la Biblioteca de Congreso había conseguido formar una considerable colección de grabaciones. Sin embargo, poco se había hecho en términos académicos más allá de la *Guía de la música latinoamericana* (1945) de Gilbert Chase (Hanke 52).

En el terreno de la compilación bibliográfica, además de las guías y mapas ya mencionados (la *Guía de Estudios de Hispanoamérica*, el Mapa de Hispanoamérica a escala 1:1.000.000, el *Índice Estratégico*) sobresalen la guía para viajeros de Earl Hanson titulada *Guías del Nuevo Mundo a las Repúblicas de América Latina* (1943); la segunda y tercera edición de *Quién es quién en América Latina* que Stanford encargó a Ronald Hilton, la *Bibliografía de bibliografías sobre América Latina* (1942) de C. K. Jones, y la *Guía de las publicaciones latinoamericanas en la Biblioteca del Congreso*. En cooperación con la Oficina de Censos de los EE.UU., la Biblioteca del Congreso también apoyó la elaboración y publicación del *Censo general y principales estadísticas de las Américas* (1943) de Irene Taeuber (Hanke 46).

En cuanto a los estudios económicos, los esfuerzos apuntaron a hacer un relevamiento de los recursos materiales y humanos y de las instituciones de la región (*Regional Resources Survey*) llevado a cabo por la Asociación para la Planificación Nacional. Este dio como resultado una serie de "informes" sobre regiones específicas de Argentina, México, El Salvador, Brasil y Perú (Hanke 46-47).

El Instituto Estadístico Interamericano, por su parte, buscó obtener más y mejores estadísticas sobre América Latina. La Comisión de Tarifas también elaboró una serie de informes básicos: *El comercio internacional de América Latina* (1942), en el cual se hace un seguimiento de cerca de

15 Ver Geoffrey Hellman, "Profiles: Imperturbable Noble", *New Yorker* 35, 7 de mayo de 1960; Russell Lynes, *Good Old Modern: An Intimate Portrait of the Museum of Modern Art*, Athenaeum, New York, 1973, pp. 264-283; Robert Fay Schrader, *The Indian Arts & Crafts Board: An Aspect of New Deal Indian Policy*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1983; pp. 124-128.

30 productos (*commodities*); el *Análisis gráfico del comercio de América Latina* y *América Latina como fuente de recursos estratégicos y otros materiales esenciales* (1941), otro título que pone de manifiesto el papel que EE.UU. asignaba a América Latina. Otros informes específicos —casi medio centenar— incluían el estudio de los problemas comerciales con todos y cada uno de los países de América del Sur atendiendo especialmente a los controles económicos y las políticas comerciales; la actividad minera e industrial; la actividad agrícola, ganadera y la forestación y los cambios en la evolución del comercio internacional de la región (Hanke 48). Otras publicaciones, de variada temática y valor, en muchos casos abordados desde otras ciencias sociales (antropología, sociología, geografía), muestran una creciente preocupación por el desarrollo industrial de los países latinoamericanos; el control de los mercados; el nacionalismo económico; los problemas económicos de América Latina; el papel de las "economías primitivas" en las economías locales; la situación de la mujer; la planificación urbana y las políticas de vivienda (Hanke 49-50).

Los estudios geográficos, a su vez, corrieron por dos carriles: por un lado, los trabajos panorámicos y generales acerca de América Latina (Preston James), el reconocimiento y relevamiento del terreno, la cartografía y hasta el registro fotográfico aéreo (Lyon Rich), y por otro, trabajos de "micro-geografía" como los de Robert Platt sobre las zonas rurales y las formaciones regionales —todos proyectos de interés económico, industrial, comercial y hasta militar— (Hanke 53).

En el terreno del Derecho, Hessel Yntema en la Universidad de Michigan emprendió un estudio y compilación de una guía básica sobre la legislación en América Latina y la literatura existente sobre el tema (Hanke 50). Muy de a poco, también comienza a haber un cierto interés por los principios y las prácticas políticas en los países de esta región, a juzgar por los artículos de Sol Tax, Russell Fitzgibbon, Frank Tannenbaum, entre otros, que empiezan a aparecer en las revistas de Ciencia Política.

En 1944 se conforma el Comité sobre Asuntos Latinoamericanos de la Asociación de Ciencias Políticas de EE.UU., presidido por Fitzgibbon (Hanke 54). En el contexto de la Segunda Guerra Mundial las relaciones internacionales entre EE.UU. y los países de América Latina vivieron su momento de auge pues era un tema de evidente preocupación. Esto resultó en una serie de trabajos de referencia: *La política de EEUU hacia América Latina* (1943) de Samuel Bemis; la compilación en 1941 de la serie de Dexter Perkins sobre la Doctrina Monroe; el estudio de Arthur

Whitaker *EEUU en el proceso de la Independencia de América Latina* (1941) y el volumen *América Latina en la política mundial* (1941) a cargo de Rowe et al. La Fundación Carnegie para la Paz Internacional (*Carnegie Endowment for International Peace*), a su vez, publicó una *Guía de las organizaciones internacionales en las Américas* (1945). Arthur Whitaker y la editorial de la Universidad de Columbia lanzaron el anuario *Asuntos Interamericanos*, pensado como un instrumento para poder hacer el seguimiento de las relaciones internacionales en la región y "ofrecer una síntesis organizada y un análisis anual de las cuestiones políticas, económicas, sociales y culturales" (Hanke 56-58).

Pese al mayor interés por la cultura latinoamericana y a un aparente acercamiento "panamericanista", los expertos estadounidenses aun miraban a la región en términos de los "intereses estratégicos" de EE.UU., de "asegurar el hemisferio" y de "la inevitable expansión" de EE.UU. como "estrategia defensiva". A ello apuntan los libros de Rippy *La zona de peligro del Caribe* y *La política de EEUU hacia el Caribe* de Wilfrid Callcott. Samuel Bemis, graduado de Harvard y profesor de Yale, fue quien hacia 1943 mejor expresó este panamericanismo de base racista y bajo tutela norteamericana (Berger 58). Bemis justificaba "la diplomacia del dólar" —la política exterior orientada solamente a proteger los negocios y las inversiones norteamericanas— en términos de que esto representaba "un avance para la civilización". Bemis también se hizo eco de las teorías de Ellsworth Huntington acerca del supuesto 'impacto negativo del clima tropical en el desarrollo cultural y en la posibilidad de progreso' (Berger 62).

En la vereda de enfrente de los discursos conservadores respecto a América Latina sobresale el historiador Charles Beard, crítico de la política exterior de EE.UU., a la que caracterizó como "corrupta, antidemocrática y trágica" (Berger 63).

Similar a lo ocurrido durante la Primera Guerra Mundial, el contexto de la Segunda Guerra Mundial dio lugar a que muchos expertos en América Latina afiliados a diversas universidades e instituciones culturales desempeñaran tareas de inteligencia y espionaje y se incorporaran a diversas oficinas del Departamento de Estado (la Oficina de Inteligencia e Investigaciones, la Oficina para las Repúblicas Americanas), a la Unidad de Investigación y Análisis (*Research & Analysis Branch*) de la Oficina de Servicios Estratégicos (*OSS*, por su sigla en inglés) —que precedió a la Agencia Central de Inteligencia

(*CIA*)—, a la División de Inteligencia Militar, a la Oficina de Guerra Económica (*Board of Economic Warfare*) o a la Oficina Federal de Investigaciones (*FBI*). Tal el caso de los geógrafos Preston James, Clarence Jones, Webster McBride y George McBride, los historiadores Woodrow Borah, Arthur Schlesinger Jr., Roland Hussey, Curtis Wilgus, el arqueólogo Edwin Shook, los antropólogos William String y John Gillin, el economista Sanford Mosk, el politólogo George Blanksten, entre otros (Delpar 124-125).

En 1943, por ejemplo, el antropólogo Oscar Lewis trabajó para el Departamento de Justicia a fin de investigar a las organizaciones hispanas en EE.UU. y determinar si representaban "una amenaza para la seguridad" de EE.UU. Un equipo de sociólogos rurales trabajó para el Departamento de Estado recogiendo información acerca de las localidades en las que habían depósitos de materias primas estratégicas como el caucho y la quinina (Delpar 126-7). Cuando en 1941 el Departamento de Estado creó la figura del "agregado cultural" adjunto a las embajadas y oficinas consulares, muchos latinoamericanistas fueron invitados a ocupar esos cargos. Tal el caso de John T. Reid, Robert Chamberlain en Guatemala, George Vaillant en Lima, Rex Crawford en Río de Janeiro (Delpar 126).

En lo que respecta a la enseñanza acerca de América Latina en el nivel universitario, en su informe de 1943 acerca del "estado actual" de los Estudios Latinoamericanos (Hanke 34, Delpar 130), Leonard hizo notar que las universidades del oeste y el suroeste de EE.UU. eran las más comprometidas con este campo, especialmente Berkeley —principal centro de estudios de posgrado—, y en segundo lugar, Stanford y Texas. En ellas, el latinoamericanismo, a juicio de Irving, gozaba de un estatus y una legitimidad iguales a los de cualquier otra área de estudio, lo cual contrastaba con el "desinterés y esnobismo" de las universidades de noreste (Harvard, Columbia, Yale, Princeton, etcétera).

En cuanto a la oferta de programas de estudios y cursos en esta materia, hacia fines de la década del 30 predominaban los cursos de idioma español y la literatura latinoamericana, de historia, geografía, antropología y arqueología (Delpar 130). Entre las instituciones relevadas por Leonard en 1942, el español era el idioma más estudiado y los cursos de literatura latinoamericana eran prácticamente universales. Una encuesta posterior, realizada en 1944 entre 679 universidades, mostró que los cursos de español igualaban a los de alemán y francés combinados.

Según otro estudio realizado en 383 universidades (incluido en un informe de la Unión Panamericana de 1949 a cargo de Jorge Basadre), en 1939 los cursos de literatura latinoamericana constituían el 20% de la oferta (193) solo detrás de los cursos de historia (476), que eran casi la mitad del total (981 cursos). El informe de Basadre también señaló que la enseñanza basada en la conversación y en un aprendizaje rápido, característicos del Programa de Idiomas del Ejército, había desplazado a la enseñanza basada en la lectura, es decir, al estudio metódico de la literatura, el pensamiento, la historia y la cultura característico del Hispanismo y los Departamentos de Idiomas y Literatura (Delpar 131).

En 1944, Arthur Whitaker, con el auspicio del Consejo de Educación de EE.UU, publicó un estudio crítico acerca del modo en que América Latina era representada en los textos escolares, liceales y universitarios (Hanke 51, nota 69).[16]

En 1943 existían en el mercado once textos universitarios de historia de América Latina. En su análisis de los mismos, James King y Samuel Everett señalan que todos pecaban de un excesivo énfasis en la historia política de cada una de las naciones en detrimento de un repaso y análisis de la sociedad, la economía o distintos aspectos de la cultura. Sin embargo, según ellos, los textos ya no contenían las 'comparaciones maliciosas' y el típico "complejo de superioridad" norteamericano. En lo que se refiere a la historia de la Conquista y el período colonial, el relato ya no se organizaba en torno al típico anti-hispanismo —y consiguiente anti-hispano-americanismo— que había alimentado la Leyenda Negra, e incorporaba los aportes de Bourne y otros autores acerca, por ejemplo, del modo en que la Corona y la administración colonial se interesó por "la protección y el bienestar de los nativos" (Hanke), o acerca de la circulación bastante extendida en la América española de obras literarias antiguas y modernas a pesar de las prohibiciones y las persecuciones de la Inquisición (Leonard), o del arraigo y el impacto del pensamiento de la Ilustración en las colonias (Whitaker) (Delpar 133).

No obstante lo anterior, veinte años más tarde, en 1964, Hubert Humphrey se quejaba de que "la mayoría de la población adulta fue

16 *American Council on Education, Committee on the Study of Teaching Materials on Inter-American Subjects, Latin America in School and College Teaching Materials,* Washington, D. C., 1944.

educada con textos que, o bien no hacían ninguna mención a América Latina, o reflejaban una perspectiva condescendiente, producto de autores con una predilección por la herencia cultural del norte de Europa" (en Hanke 1967 47).

### 4.3 Claroscuros en el contexto de la Guerra Fría (1945-1975)

Este período se puede subdividir en dos etapas bien definidas. En la primera, entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la Revolución Cubana, el campo sufre un cierto estancamiento y declive debido a que la reconstrucción en Europa y Japón, el frente soviético y chino, los procesos de descolonización en África y Asia y el surgimiento de nuevos escenarios conflictivos en el Cercano y el Medio Oriente tienen bastante más ocupados y preocupados a EE.UU. Como resultado, este período se caracterizó por un relativo desinterés y desatención hacia la región pues América Latina ahora era apenas un área más entre tantas otras. De hecho, el estudio de las *otras* áreas geográficas comenzó a gozar de mayor apoyo y financiación, especialmente los estudios de Rusia, India, el Cercano Oriente y el Lejano Oriente (Delpar 129, 147-8). Esto coincide, además, con el alejamiento, y en muchos casos el fallecimiento, de los impulsores de los estudios de América Latina durante la primera mitad del s. XX.

No obstante, diversos acontecimientos, y principalmente la Revolución Cubana, hicieron que EE.UU. intentara corregir el rumbo y volviera a interesarse en América Latina con más empeño que nunca, aunque ahora dentro del encuadre de la Guerra Fría y los "estudios de área". Según Delpar, como decíamos anteriormente, a partir de 1958 tiene lugar un "*boom*"[17] de los estudios latinoamericanos. En este período

17 Helen Delpar, e incluso antes Lewis Hanke (1967 46), utilizan la metáfora del "*boom*", que imagino tomaron prestado del "*boom* de la novela" latinoamericana. Emir Rodríguez Monegal aventura la hipótesis de que el término fue utilizado por primera vez en la sección literaria de la revista argentina *Primera Plana* y fue tomado prestado del *boom* económico italiano de los años 50 (24). A Hanke no le entusiasmaba la idea del *boom* porque cuando el *boom* concluye (*boom-bust*) produce frustración, desencanto y mediocridad. En su lugar abogaba por un crecimiento constante y sólido de los estudios latinoamericanos ajeno a los vaivenes políticos y a las modas (Hanke 1967 46-47).

Principales universidades de referencia en el campo de los estudios latinoamericanos.

hubo un aporte de parte del gobierno federal y de las fundaciones privadas incluso mayor que en la década del 30, y a partir de 1960, un decidido apoyo de la Fundación Ford. También se alentó y financió la creación de numerosos Centros de Estudios Latinoamericanos en las universidades públicas y privadas (Schmidt-Nowara 2008).

Otros dos hitos en la historia del latinoamericanismo en EE.UU. fueron la creación en 1965 de la *Revista de Investigaciones sobre América Latina* (*Latin American Research Review, LARR*), y la constitución, en 1966, de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (*Latin American Studies Association, LASA*). La aparición de *LARR* respondía a la necesidad de mostrar y compartir trabajos de investigación sobre la región que se hacían desde distintas disciplinas y enfoques. La creación de *LASA* expresaba la maduración y explosión del campo así como su vocación multidisciplinaria.

Entre los discursos estructurantes de este período, Berger subraya: a) el descubrimiento de "los países en vías de desarrollo"; b) la intención de "modernizar" a los países del "Tercer Mundo" —Teoría de la Modernización y de la Difusión Capitalista mediante—; y c) la necesidad de contrarrestar "la amenaza comunista".

A partir de 1968, no obstante, los discursos e instituciones ganan una cierta independencia —aumentan, por ejemplo, los trabajos críticos

o de izquierda— como resultado de los cambios sociales, políticos y culturales de los 60 y la crisis del consenso en torno a los presupuestos de la Guerra Fría, con su consecuente impacto en la hegemonía norteamericana en la región, lo cual condujo a una transformación de los estudios latinoamericanos. Algunos de los ejes de este período son: la Guerra de Vietnam, la Teoría de la Dependencia, la necesidad de revisar la Teoría de la Modernización —que asigna a las fuerzas armadas de la región el papel de "vanguardia modernizadora" y "garantes del orden"—, las revoluciones en América Central, y el crecimiento de la producción académica de "la nueva izquierda".

*El declive de posguerra (1945-1958)*

La cruzada contra el nazismo y el fascismo que enarboló EE.UU. durante la Segunda Guerra Mundial, pronto se convirtió con el fin de la misma en la "cruzada contra el comunismo internacional". En el nuevo escenario EE.UU. se presentaba como "el faro de la democracia y la libertad" (Berger 67). Si hasta el momento la misión de EE.UU. había sido "civilizar" a los países de América Latina, según fue articulado en 1947 por la Doctrina Truman, ahora el desafío era "modernizarlos". El viejo "paternalismo misionero" que había acompañado el expansionismo comercial neocolonialista norteamericano adoptaba ahora la forma de asistencialismo financiero "necesario para prevenir el avance del comunismo". La creación de la Organización de Estados Americanos (O.E.A.) en 1948 intentaba crear un frente común contra el comunismo sobre la base de "la historia compartida" y "el destino común" de las Américas.

Con el comienzo de la Guerra Fría, sin embargo, el foco de la política estadounidense había virado, y entre 1945 y 1955 América Latina recibió apenas el 3% del total de la ayuda financiera no militar, lo cual contrastaba con que Europa había recibido el 65% y los países asiáticos del Pacífico el 20%. Solo Corea del Sur recibió más dinero que todos los países de América Latina sumados (Berger 67).

A partir de 1953, la administración Einsenhower sustituyó la ayuda estatal por la asistencia financiera privada y las donaciones fueron reemplazadas por préstamos bancarios. En el marco del recientemente firmado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), también conocido como el Pacto de Río de Janeiro de 1948, y en base al proyecto de "fortificar el sistema de seguridad interamericano", la

asistencia fue destinada fundamentalmente a financiar la modernización y expansión de los ejércitos (Berger 68).

Pese a perder centralidad respecto al estudio de otras áreas geográficas, el estudio de Jorge Basadre, encargado en 1949 por la División de Educación del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, mostró que a raíz de la expansión de la matrícula universitaria, en términos absolutos el latinoamericanismo siguió creciendo, al menos en términos de cursos ofrecidos y existencia de programas de Estudios Latinoamericanos (Delpar 130).

Comparado con el relevamiento de 1939, que abarcó a 383 instituciones, el estudio de 1949 incluyó a 875 de universidades. El número de cursos sobre América Latina había aumentado más del triple (de 981 a 3.346). De este total, 1.097 eran cursos de historia (30% del total), 877 de literatura latinoamericana (26% del total), seguidos por geografía, ciencias políticas y antropología (Delpar 131). Dicho estudio también reveló que hacia 1949 numerosas universidades ya ofrecían diplomas con especialización en América Latina, tenían organizados programas de estudios latinoamericanos (multidisciplinarios) y algunas, como Texas, hasta tenían su "instituto" de estudios latinoamericanos. Por lo general, estos programas académicos consistían en una combinación de cursos de idioma, de literatura y cultura y de historia (Delpar 146).

En 1951, Wendell Bennett subrayaba la existencia de seis "programas integrales" de estudio de América Latina en California, Stanford, Tulane, Texas, Carolina del Norte y Vanderbilt, cada uno especializado en una región (América Central, México, Cono Sur, Brasil, etcétera), financiados en parte por la Fundación Carnegie de Nueva York (Delpar 147).

Estas experiencias, lo mismo que el Programa para el estudio de las áreas y los idiomas extranjeros (*Foreign Area and Language Study*) del Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército (*ASTP*) o la Oficina Etnogeográfica (*Ethnogeographic Board*), se suelen mencionar como los precursores y modelos para los estudios de áreas de posguerra (William Fenton en Delpar 146, nota 47).

Un estudio posterior comisionado por Howard Cline en 1957 y financiado por la *United Fruit Co.* ofrece un panorama algo más contradictorio. Aunque el número de instituciones estudiadas fue algo menor (821 en vez de 875), el total de cursos aumentó en un 15%, de 3.346 a 3.854. Siguieron creciendo los cursos de historia (1.147), literatura (1.096) y antropología (185) pero disminuyeron los de economía y sociología. La

oferta de cursos de geografía y ciencia política seguía siendo importante (358 y 246 respectivamente). El mayor crecimiento se registró en los cursos de "español comercial" (170), seguidos por antropología y literatura, los cuales aumentaron un 43% y un 25% respectivamente (Delpar 151).

Estas tendencias mixtas fueron ratificadas en el encuentro de latinoamericanistas realizado en la Biblioteca Newberry de Chicago en 1958, auspiciado por el Consejo de Sociedades del Conocimiento. El encuentro confirmó que los cursos de idiomas y de literatura latinoamericana florecían, lo mismo que la antropología, pero que los de historia latinoamericana perdían pie dentro de la profesión a juzgar por la cantidad de tesis doctorales, que cayeron de un 10% a un 5.6%. en esa disciplina. Los cursos de geografía de América Latina aun representaban el 22% del total de cursos en esa disciplina, pero había muy pocos programas de posgrado e investigación (Delpar 151).

*El recambio generacional*

La década del 40 presentaba un panorama contradictorio y cubierto de incertidumbres, en parte a raíz del recambio generacional.

Respecto a la historiografía, en 1943, Irving apuntaba que los principales historiadores de Berkeley y Stanford —centros de referencia— o habían fallecido (Chapman, Priestley, Martin) o estaban jubilándose (Bolton). Yale seguía careciendo de un especialista y en otras universidades, como Carolina del Norte o Wisconsin, los latinoamericanistas eran muy pocos. A fines de la década, sin embargo, el panorama era algo menos sombrío. Una nueva camada de investigadores formados en esos programas fueron ocupando los puestos vacantes: James King, Engel Suiter y George Hammond en Berkeley, John Johnson en Stanford. Yale contrató a Howard Cline como instructor y Carolina del Norte a Harold Bierck (Delpar 132). Así, y aunque en 1949 el peso relativo de Historia en el total de los cursos sobre América Latina cayó del 50% al 30%, junto con la literatura seguía siendo al columna vertebral del campo.

Lo mismo puede decirse de la Antropología. Puesto que muchos antropólogos y arqueólogos trabajaban para los museos y otras instituciones no académicas, en 1949 la antropología y la arqueología representaban apenas el 4% de los cursos universitarios sobre América Latina. Igualmente era un campo vigoroso y rampante, al punto que durante la década del 50 creció un 43%. Los cursos y las investigaciones,

no obstante, estaban concentradas en unas pocas zonas: principalmente México y América Central (que en 1943 Paul Kirchoff había puesto en una sola bolsa y denominado "Mesoamérica"), y en segundo lugar, los sitios arqueológicos en Perú y Bolivia (Delpar 134-5).

Al igual que estaba sucediendo con los historiadores, varios de los investigadores de referencia se estaban jubilando (Kroeber, Tozzer) o habían fallecido (Morley, Vaillant, Bennett). Por otro lado, aparecía una nueva generación: Robert Wauchope se sumó a Frans Blom en Tulane, John H. Rowe a Berkeley y Gordon Willey ocupó el lugar de Tozzer en Harvard (Delpar 135).

Un punto de inflexión en la arqueología tuvo lugar con el desmantelamiento, en 1958, del Programa Maya de la Carnegie —el estudio "pancientífico" dirigido por Kidder—. El programa había sido objeto de duras críticas por parte de Clyde Kluckhohn y Walter Taylor. En 1948, Taylor adujo que 'no había servido para explicar casi nada de la cultura Maya y que se había reducido a excavar para obtener objetos para hacer estudios cronológicos y estudios comparados, o simplemente por ser raros o artísticamente bellos' (Delpar 135). Antes de terminarlo por completo, en 1949 la Carnegie financió una investigación en Mayapán a cargo de Harry Pollock, de la cual participaron muchos estudiantes y en la que se intentó relacionar las estructuras edilicias encontradas con los relatos de nativos y las crónicas de los españoles (Delpar 136).

Con el fin del Programa Maya, muchos de los investigadores antes asociados a la Carnegie pasaron a trabajar en el Museo Peabody de Harvard, en Tulane y en otras instituciones. Tal el caso de Tatiana Proskouriakoff, quien, ya trabajando para el Museo Peabody, en 1960 estableció que las inscripciones mayas en Piedras Negras (Guatemala) no eran solamente un calendario ni contenían solamente datos astrológicos sino que también registraban sucesos históricos (Delpar 136). En 1953, Gordon Willey, ahora también afiliado al Museo Peabody, volvió a América Central para investigar el patrón de los asentamientos en Barton Ramie (en Belice), proyecto que obtuvo financiamiento de la Fundación Nacional para la Ciencia (*National Science Foundation*). En 1959, Willey y Ledyard Smith lanzaron un programa de investigaciones en "el altar de los sacrificios" en Guatemala. En 1956, el Instituto de Investigaciones Mesoamericanas de Tulane inició un proyecto de excavaciones y estudios en Dzibilchaltún y otros sitios en Yucatán bajo al dirección de Willys Andrews.

El emprendimiento arqueológico más importante de esos años fueron las investigaciones en Tikal dirigidas por Edwin Shook y auspiciadas por el Museo de la Universidad de Pennsylvania, el cual aspiraba contar con financiación de la *United Fruit Co.* y otras empresas estadounidenses que operaban en Guatemala en la década del 50. El proyecto se comenzó recién en 1956 tras el golpe de 1954 contra el presidente Jacobo Arbenz (en el que la *United Fruit Co.* y la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. fueron protagonistas principales) y fue financiado por la Sociedad Filosófica de EE.UU. y la Fundación Rockefeller. El proyecto contó con el apoyo de la dictadura militar nacida del golpe, la cual pretendía convertir a Tikal en un destino turístico, es decir, en una fuente de recursos (Delpar 137). Otro proyecto iniciado a mediados de la década del 50 fue la *Guía de los Indios de Mesoamérica* (similar a la *Guía de los Indios de América del Sur* de Steward), también financiada por la Fundación Nacional para la Ciencia y cuyo editor general fue Robert Wauchope de Tulane.

En América del Sur se destacaron las investigaciones en el valle Virú, en el norte de Perú, dirigidas en 1946 y 1947 por William Bennett y auspiciadas por el Instituto de Investigaciones Andinas de Yale. El proyecto perseguía realizar "un estudio integral" y multidisciplinario que incluía estudios arqueológicos, antropológicos, geográficos, del medioambiente, etcétera (Delpar 137). Estas investigaciones contaron entre otros, con el apoyo de la Fundación Viking del industrial sueco Axel Wenner Gren, dedicada exclusivamente a la financiación de proyectos antropológicos (etnológicos, lingüísticos, arqueológicos, de antropología física). En 1948 Bennett publicó el libro *Reevaluación de la arqueología peruana* (recogiendo las investigaciones realizadas en el marco de este proyecto) y Junius Bird *La historia de la cultura andina* (1949), el libro más innovador sobre el tema.

En el ámbito de la etnología y la antropología cultural también hubo un cierto reacomodo y recambio generacional. Debido a que las culturas indígenas intocadas por "la modernización" ya casi habían dejado de existir, el interés ahora residía en estudiar "las culturas criollas" y el modo en que los pueblitos y las culturas locales eran afectados por "el progreso". En este marco se destacan *Una villa que escogió el progreso: Segunda visita a Chan Kom* (1951) de Robert Redfield. Otro proyecto similar fue el estudio de las comunidades tarascas en Michoacán —el Proyecto Tarasco— dirigido por Daniel Rubín de la Borbolla —director de la Escuela Nacional de Antropología— y Ralph Beals, de la UCLA, en el que tam-

bién colaboraron el Departamento de Asuntos Indígenas de México y el Instituto Politécnico Nacional. En 1944 se sumaron al proyecto George Foster y otros investigadores asociados al Instituto de Antropología Social del Instituto Smithsoniano que funcionó entre 1942 y 1952. Foster publicó un estudio sobre Tzintzunztán y Beals otro sobre Cherán, "un pueblito tarasco de la sierra", publicado en 1946. Con fondos de Wenner Gren, entre 1943 y 1948 Oscar Lewis (Illinois) también volvió a Tepoztlán (que Redfield estudió en 1926) y publicó *La vida de un pueblito mexicano: Nueva visita a Tepoztlán* (1951) (Delpar 138-9).

Acaso el proyecto más ambicioso de todos los de posguerra fue el que entre 1946 y 1949 dirigió Julian Steward de Columbia para investigar la población rural de Puerto Rico. El estudio contó con el auspicio de la Universidad de Puerto Rico y fondos de la Fundación Rockefeller. En él participaron varios estudiantes de posgrado de Columbia —Sidney Mintz y Eric Wolf, entre otros— y el rumano John Murra ofició de director de los trabajos de campo. El proyecto comenzó con un seminario de posgrado en el que se revisó la literatura existente, tras lo cual se diseñó y emprendió el trabajo de campo. Como resultado Steward y sus colaboradores asociados publicaron *La gente de Puerto Rico* (1956) (Delpar 140).

En 1949, la Universidad de Cornell y el Instituto Indígena del Perú se embarcaron en un estudio de Vicos, una hacienda localizada en la sierra al norte de Lima administrada por la *Santa Corporation*, en la que vivían y trabajaban en condiciones de explotación 1.750 trabajadores de ascendencia quechua. El proyecto fue concebido y llevado adelante por Allan Holmberg —doctorado en Yale y director del Departamento de Antropología de Cornell— y apuntaba a una combinación de investigación y "acción", objetivo del Programa de Cultura y Ciencias Sociales Aplicadas de Cornell. Con el apoyo del gobierno de Perú, en 1951 Cornell pasó a dirigir el establecimiento y mejoró las condiciones de vida de los trabajadores. En 1957 Cornell traspasó el contrato de arrendamiento a la comunidad de Vicos y en 1962 la hacienda fue expropiada y su propiedad traspasada a los vicosinos. Con esta experiencia Holmberg intentaba demostrar que las comunidades indígenas de la sierra podían integrarse efectivamente a la economía y a la nación "sin perder su identidad y sus valores tales como el respeto por el trabajo, la cooperación, la frugalidad" (Delpar 140-1).

En cuanto a los estudios geográficos de América Latina, en Berkeley, Carl Sauer ahora se había interesado por el tema de la domesticación de

las plantas y la agricultura aborigen en el hemisferio occidental, no solo en México sino también en América del Sur y el Caribe, región a la que viajó por primera vez en 1950. En 1952 fue contratado por la División de Geografía de la Oficina de Investigaciones Navales del EE.UU. para desarrollar un programa de investigaciones en la República Dominicana del cual participaron numerosos estudiantes. En 1945 Preston James se trasladó de Michigan a Syracuse desde donde siguió impulsando los estudios de Brasil. Clarence Jones se mudó de Clark a Northwestern y en 1949 llevó adelante el proyecto de elaborar un mapa del uso de la tierra en Puerto Rico (Delpar 142).

En la posguerra surgieron algunos nuevos geógrafos interesados en América Latina: Donald Brand, Dan Stanislawski, Robert West, James Parsons, John Augelli, entre otros.

Un caso sobresaliente fue Raymond Crist, quien entre 1926 y 1931 trabajó como geólogo para empresas petroleras en México y Venezuela. En 1937 se doctoró en Grenoble. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en Brasil y Bolivia como técnico de la Corporación para el Desarrollo del Caucho (*Rubber Development Corporation*). Luego enseñó en las universidades de Puerto Rico y Maryland y en 1952 creó un programa de doctorado en geografía —en la Universidad de Miami—, donde en el transcurso de 23 años dirigió 28 tesis doctorales, de las cuales 26 versaron sobre América Latina (Delpar 142).

Los estudios políticos de América Latina siguieron sin desarrollarse, continuaban centrándose en la historia diplomática y las relaciones interamericanas, y hacían gala de su 'estrechez de mira, un enfoque etnocéntrico, falta de elaboración teórica y de perspectiva comparada'. Todo ello aparecía con claridad en *La política y el gobierno en América Latina* (1949) de Austin Macdonald, el primer libro de texto en este campo (Delpar 143).

Acaso lo más significativo fue la emergencia del primer grupo de politólogos especializados en América Latina, muchos de ellos formados por Russell Fitzgibbon en la UCLA: William Stokes, George Blanksten y Harry Kantor. Otros que alcanzaron algún relieve fueron Robert Scott —un estudiante de Stokes—, Philip Taylor —graduado de Berkeley en 1950 con una disertación sobre el Poder Ejecutivo en Uruguay—, Federico Gil, Bryce Wood y Kalman Silvert, estos dos últimos de gran influencia en la posguerra no sólo por sus investigaciones sino a raíz del papel que jugaron, el primero en el Consejo de Investigaciones en

Ciencias Sociales, a partir de 1950, y el segundo en la Fundación Ford, de 1962 en adelante, y a partir de 1966 en *LASA* (Delpar 143).

En 1946 el Comité Conjunto discutió una solicitud de los politólogos y de "las otras ciencias sociales" (Economía, Sociología) para crear una revista con un perfil latinoamericanista como las que existían en Literatura e Historia pero la misma no prosperó, aparentemente, debido a la falta de calidad de los trabajos en este campo. Tampoco prosperó la idea de organizar una sesión sobre América Latina en la Conferencia de la Asociación de Economistas de EE.UU (Delpar 144).

Pese a lo anterior, y en el contexto del proceso de industrialización nacional sustitutiva de las importaciones, en 1947 se comenzó a publicar la revista *Asuntos Económicos Interamericanos* (*Inter-American Economic Affairs*) bajo la dirección de Simon Hanson, graduado de Harvard y autor de varios libros —entre ellos uno sobre la industria de la carne en Argentina y otro sobre la historia económica uruguaya titulado *Utopía en Uruguay* (1938)—. También se publicaron otros libros importantes, la mayoría centrados en el Cono Sur y el proceso de industrialización de la región: *La industria en América Latina* (1945) de George Wythe, —graduado de la Universidad George Washington que trabajó para los Departamentos de Estado y de Comercio—, *La economía de América Latina* (1950), libro de texto de Wendell Gordon —Universidad de Texas— y *Aspectos económicos del federalismo argentino* (1946) de Miron Burgin, otro historiador económico que entre 1949 y 1957 dirigió la División de Investigaciones sobre las Repúblicas Americanas de la Oficina de Inteligencia e Investigaciones del Departamento de Estado y entre 1941 y 1948 ofició de Editor en Jefe de la *Guía de estudios sobre América Latina* (Delpar 144-5).

La industrialización en México, a su vez, fue el tema de los libros *La lucha por la paz y el pan* (1950) de Frank Tannenbaum y *La revolución industrial en México* (1950) de Sanford Mosk. Según Mosk (1949), sin embargo, América Latina no interesaba a los economistas, y acaso la región era atractiva solamente para quienes se dedicaban a la historia económica (Delpar 145). En este terreno Johnson destaca el libro de Edwin Lieuwen sobre la *Historia del petróleo en Venezuela* (1954) y de Stanley Stein, *Vassouras* (1957), sobre las plantaciones de café en Brasil (Johnson 749).

La sociología norteamericana también tenía sus subdivisiones, pero no eran por regiones geográficas, por lo que no hubo estudios sociológicos de América Latina de destaque (Delpar 145).

*Los estudios del comunismo*

El marco de la Guerra Fría y el temor por "el avance del comunismo" en Bolivia en 1952 y en Guatemala entre 1951 y 1954 alimentó toda una línea de pensamiento y de estudios sobre el tema. En 1953 Spruille Braden, director del Grupo de Estudio de América Latina del Consejo de Relaciones Exteriores publicó su *Plan de estudio de la amenaza comunista en América*. El libro de Braden influyó en la obra de Robert Alexander, Richard Adams, John Martz y otros investigadores que se volcaron al estudio del comunismo en América Latina (Berger 78).

En 1958, Robert Alexander —un estudiante de Tannenbaum en Columbia— escribió sobre la Revolución del 52 en Bolivia y el gobierno de Arbenz en Guatemala. Más tarde se dedicó a estudiar las organizaciones de trabajadores en Chile y en otros países. Sus visitas anuales a América del Sur fueron auspiciadas por los sindicatos de EE.UU. (*AFL-CIO,* por su sigla en inglés) y el Instituto para el Desarrollo Libre de los Trabajadores (*AIFLD*, por su sigla en inglés), y financiados por el gobierno y la Agencia Central de Inteligencia (*CIA*) (Delpar 145, Berger 78).

Entre la miríada de investigadores y libros publicados en los 50 que tratan sobre "la infiltración comunista" en Guatemala, Berger destaca el trabajo de Richard Adams, un antropólogo y director del Instituto de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas reclutado por el Departamento de Estado para evaluar el papel del comunismo en Guatemala. Actuando con el seudónimo Stokes Newbold, Adams entrevistó a 250 prisioneros políticos de la dictadura de Castillo Armas y aunque todos habían participado del movimiento por la reforma agraria no encontró evidencia alguna de comunismo. Puesto que el informe de Adams no probaba la existencia de una conspiración comunista, fue desestimado por Washington (Berger 78). Kalman Silvert (1954) y Philip Taylor (1956) tampoco encontraron mérito alguno en la tesis de la penetración comunista y en cambio explicaron el proceso de reformas en Guatemala a partir de la dinámica económica, social y política nacional (Berger 81-2).

Distinta suerte corrió el libro de Ronald Schneider, *El comunismo en Guatemala: 1944-1954* publicado en 1959 con el auspicio del Instituto de Investigaciones en Política Exterior de la Universidad de Pennsylvania, resultado de una investigación supervisada por Whitaker y que contó con la guía y el asesoramiento de Dana Munro, Robert

Alexander y Gabriel Almond. Schneider intentaba mostrar que había habido 'un intento fallido de parte de los comunistas para aprovechar el momento reformista, obtener el apoyo popular y conquistar el poder'. El libro, perfectamente alineado con la política norteamericana y el novel discurso de la Guerra Fría, fue considerado por muchos años "el mejor libro" sobre Guatemala entre 1944 y 1954 (Berger 78-9).

Un destino similar le deparó al libro de John Martz *América Central: La crisis y el desafío* (1959), considerado "clave para entender la región", en donde se articula la tesis del avance del comunismo a raíz del campo fértil del subdesarrollo y la tradición cultural autoritaria heredada del pasado colonial español, y a lo que debía responderse con "un plan de desarrollo y modernización" capitalista. No obstante, Martz consideraba que 'mientras no estuvieran dadas las condiciones para la democracia', en la medida que aseguraba el orden económico, social y político 'una dictadura también podía tener un efecto positivo', como lo demostraba 'el éxito económico de Nicaragua' bajo la dinastía de la familia Somoza (Berger 79-80). Los estudios de Stacy May y Galo Plaza (1958) y Richard Labarge (1960), por su parte, intentaban demostrar que las empresas transnacionales norteamericanas, como por ejemplo la *United Fruit Co.,* también eran muy importantes y contribuían al desarrollo y la modernización de la región (Berger 80).

El fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría, contrario a lo que se suele creer, a la vez que dio un mayor impulso al estudio de las áreas geográfico-culturales, en general afectó negativamente a los estudios de América Latina, paradójicamente, "un campo pionero en los estudios de área" (Hanke 1967 45).Como resultado de lo hecho durante la década dorada (1935-1945), hacia 1951 América Latina era el área más estudiada en términos de doctorados otorgados y era el objeto de estudio del 30% del total de los doctorados en estudios de áreas. A fines de la década del 50, en cambio, los estudios de América Latina habían caído al tercer lugar, detrás de la Unión Soviética y Europa Oriental y el sudeste asiático, y las tesis doctorales representaban apenas el 18% de los estudios de áreas. Parte de esta disminución fue un efecto del recorte de los fondos destinados a esta área de estudio que fueron asignados al estudio de otras regiones (Berger 72).

Howard Cline expresaba su desilusión respecto a la Universidad de Northwestern, donde se desempeñaba como profesor, y tildó a sus autoridades de "cazadores de titulares de prensa" por el abandono de su

compromiso para con los estudios latinoamericanos y su súbito interés en Asia (Delpar 150).

En una cena que tuvo lugar a mediados de la década del 50, un alto funcionario de la Fundación Rockefeller le aconsejaba a Lewis Hanke "moderación" respecto a su idea de crear un programa de estudios latinoamericanos en la Universidad de Texas, e insinuaba que era mejor que el Instituto "se limitara" al estudio de México (Hanke 1967 43-44).

En 1947, a la vez que se disolvía el Comité Conjunto para el Estudio de América Latina, el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales organizó una conferencia sobre el estudio de las área mundiales. En su informe final, Charles Wagley expresó que este tipo de estudios eran 'necesarios para poder lograr la cooperación internacional entre pueblos con valores, ideologías y objetivos muy distintos' (Delpar 147, nota 48). El informe también dejaba en claro el papel protagónico que debían jugar las ciencias sociales, la complementariedad entre los estudios de área y la necesaria formación disciplinaria básica, la productividad de la cooperación y el abordaje multidisciplinarios y la necesidad insoslayable del trabajo de campo en los estudios de área, en los que además se establecía un vínculo imprescindible con los investigadores y con el quehacer académico en el nivel local. El Proyecto Tarasco de la UCLA y el de Yale en el Valle Virú fueron mencionados como dos modelos a retomar (Delpar 147). El informe de Wagley, en todo caso, debe tomarse como un cierre a lo que había sido la década dorada.

En el marco de la crisis que atravesaba el latinoamericanismo, y en respuesta a la consiguiente falta de apoyo estatal y privado, los latinoamericanistas intentaron reorganizarse y fortalecerse en base a la creación de asociaciones multidisciplinarias regionales. Tras algunas reuniones en Columbia y en la Universidad de Delaware, en 1953 se formó el Consejo del Noreste para el Estudio de América Latina y los Asuntos Interamericanos, el cual en 1957 se pasó a llamar Consejo para los Asuntos Latinoamericanos. También surgieron otras asociaciones regionales en el Sureste, en la costa del Pacífico, en la zona montañosa y en la costa atlántica central. La Biblioteca del Congreso se hizo cargo de los costos de publicación de la *Guía de estudios de América Latina* —asegurando su continuidad en riesgo— y la Fundación Henry y Grace Doherty creó un programa de becas para investigaciones sobre América Latina a través del cual entre 1947 y 1957 se financiaron 74 estudios —la mitad de ellos en historia y antropología (Delpar 149).

En 1952 Howard Cline reemplazó a Lewis Hanke en la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso y tras presidir la conferencia de abril de 1958 convocada por el Consejo de Sociedades del Conocimiento para discutir acerca de 'los agujeros y las muchas limitaciones de los estudios latinoamericanos en las universidades de EE.UU.' intuyó que se estaba en la antesala de "un movimiento de renovación general de los estudios latinoamericanos". En dicha conferencia se hizo evidente que Tulane se había erigido en un nuevo centro de referencia y que Arizona era otro "gigante dormido".

La encuesta de 1957 comisionada por Cline atestiguaba que pese a que disciplina por disciplina no habían ocurrido grandes avances en los últimos 15 años, el latinoamericanismo en su conjunto, incluso en su peor época, igual se había expandido en un 15% impulsado por el crecimiento en los estudios literarios, los cursos de idioma español "comercial" y la antropología. Considerando 821 instituciones, la cantidad de cursos ahora sumaban 3.854 (Delpar 151).

*El boom de los estudios latinoamericanos (1959-1973)*

El crecimiento de los estudios latinoamericanos a partir de 1959 hizo olvidar no solo el *impasse* de la posguerra sino incluso el portentoso empuje ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. En respuesta a la Revolución Cubana, América Latina volvía, de pronto, a ser importante como tema de preocupación y estudio, y por consiguiente, como destino de fondos estatales y privados para su estudio y su enseñanza. Para desazón de Morse y Hanke, los Estudios Latinoamericanos seguían siendo "la ridícula cola de la cometa de los tiempos políticos y comerciales" (Morse 164 176; Hanke 1967 46). A la vez, volvía a confirmarse la estrecha vinculación entre los procesos políticos y económicos y el interés por estudiar y poseer un conocimiento "más ajustado a la realidad" de América Latina.

La hostilidad que cosechó el vicepresidente Nixon en su visita a Lima y a Caracas en 1958 había hecho "sonar la alarma" respecto a las malas relaciones entre EE.UU. y América Latina y llevó a cambiar la política hacia la región luego de 15 años de desatención (Delpar 153). "La nueva política" incluía la creación en 1959 del Banco Interamericano de Desarrollo (B.I.D.) impulsado desde la O.E.A. —y alineado con los objetivos de la administración Einsenhower (Berger 69)—; el

lanzamiento en 1961 de la "Alianza para el Progreso", un programa de asistencia financiera para atenuar la pobreza; una batería de acciones políticas, económicas, culturales y militares, algunas de ellas encubiertas, para revertir el proceso revolucionario en Cuba; y el inicio de la colaboración con otros gobiernos del continente —sobre todo con la Policía y las Fuerzas Armadas— para "modernizar el sistema de seguridad continental" y llevar adelante acciones de "contra-insurgencia" en el marco de la naciente Doctrina de la Seguridad Nacional.

En 1961, se creó el Cuerpo de Paz (*Peace Corps*) una organización de trabajo voluntario en América Latina. Muchos estudiantes de América Latina tomaron parte en esta iniciativa luego de su graduación, y viceversa, otros tantos continuaron sus estudios sobre la región en el nivel de posgrado a su regreso (Delpar 154).

Desde el punto de vista ideológico, sin embargo, se había producido un giro significativo como resultado del paradigma dominante en los estudios de área como conjunto. Tanto de parte del gobierno como de la academia los problemas sociales, políticos y económicos de América Latina empezaron ahora a ser retratados y percibidos como los 'problemas típicos de los países subdesarrollados del Tercer Mundo'. Al contrario de la idea boltoniana de la Gran América, ahora América Latina formaba parte del 'mundo no-occidental', del Tercer Mundo.

La retórica mediante la que se promovía el estudio de América Latina y a la que se recurría para conseguir fondos públicos y privados era precisamente que América Latina era un laboratorio para estudiar los problemas del desarrollo en general que, Teoría de la Modernización mediante, ahora obsesionaban al gobierno, a las fundaciones y a las ciencias sociales (Delpar 154-5). Entre 1957 y 1964 se financiaron más de 500 estudios por parte de agencias federales del gobierno y se invirtieron 30 millones de dólares (Hanke 1967, 48). Esto llevó a que muchos cientistas sociales (politólogos, sociólogos, economistas, etcétera) sin una formación latinoamericanista —en muchos casos sin ningún conocimiento del idioma, la historia o la cultura de la región— de la noche a la mañana se interesaran por América Latina. Según un informe de la Fundación Ford, 'muchos cientistas sociales que han estado estudiando diversos problemas en África, Asia o el Medio Oriente súbitamente han descubierto América Latina' (Delpar 155).

En la medida que el subdesarrollo, la pobreza y la desigualdad en el continente eran interpretados como la causa de rebeliones y

revoluciones y, por consiguiente, era preciso mejorarlos, EE. UU. se había abocado a la elaboración de "una teoría del cambio no-marxista" (Berger 74) y de "un modelo alternativo de desarrollo" que se conoció como la Teoría de la Modernización.

La Teoría de la Modernización perseguía "la transformación cultural" —la "modernización"— de América Latina mediante la difusión de la cultura, los valores y las instituciones del oeste de Europa (Inglaterra) y de EE.UU., epítome de "Occidente" (Berger 75). A esto se debe que también se la conociera como Teoría de la Difusión (Chilcote y Edelstein 1974). Este proceso debía ocurrir además bajo la guía y la tutela de EE.UU. en tanto principal potencia occidental y regional y en tanto modelo ideal.

La difusión conllevaría, a su vez, a una expansión de las inversiones y a un aumento de las ventas de los servicios, de bienes de capital y de artículos de consumo típicos de la década del 60 (automóviles, electrodomésticos, vestimenta, películas, discos, programas de televisión, etcétera). De acuerdo a esta teoría, las transformaciones en un aspecto de la sociedad tendrían repercusiones en todas las demás, de modo que por ejemplo, cambios en ciertos hábitos y comportamientos, en la estructura familiar, o en la adopción de ciertas tecnologías, conducirían a los efectos políticos y económicos deseados, y viceversa.

Los placeres del desarrollo y de la modernidad que podían verse en los países "avanzados", sin embargo, iban a seguir siendo esquivos por un tiempo —advertía esta teoría—, puesto que América Latina estaba "atrasada" y debía empezar por recorrer las primeras etapas de la historia del mundo capitalista, por cierto, una época lejos de ser ideal o deseable pero inevitable. Según *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista* (1960) de Walt W. Rostow, el libro que mejor resumía la Teoría de la Modernización "clásica", los países subdesarrollados debían 'seguir el modelo de industrialización de Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX' (Berger 76). Una de las primeras aplicaciones del modelo de Rostow a la región es el libro *El cambio político en América Latina. La emergencia de las clases medias* (1958) de John Johnson, donde el autor subraya el papel de las clases medias en la modernización (Berger 77).

El programa de asistencia económica denominado Alianza para el Progreso lanzado por la administración Kennedy en 1961 también entroncaba con las premisas y objetivos de la Teoría de la Modernización. En él jugaron un papel importante algunos latinoamericanistas liberales desarrollistas como Alexander, Whitaker, Berle y otros, miembros del

Grupo de Tareas sobre América Latina que asesoraban a Kennedy, lo mismo que Walt W. Rostow, A. Schlesinger Jr., Seymour Martin Lipset, John Kenneth Galbraith, Robert Heilbroner, entre otros (Berger 87).

El programa fracasó en sus objetivos debido a sus propias contradicciones. Si bien en última instancia aspiraba a proteger y beneficiar las inversiones, los negocios y los intereses norteamericanos en América Latina, las corporaciones transnacionales norteamericanas y las elites nacionales asociadas a ellas conspiraban y bloqueaban cualquier posibilidad de reforma y de desarrollo social, lo cual era necesario para evitar el descontento popular y frenar el avance populista, lo que significaba un riesgo aun mayor para estas transnacionales y las propias elites locales (Berger 89).

El avance en el desarrollo económico no se tradujo en un avance sustantivo, ni en un desarrollo social y cultural suficientes para alejar el peligro del populismo redistributivo o el cambio revolucionario. América Latina seguía siendo cada vez más pobre y más desigual, en vez de desarrollarse cada vez se subdesarrollaba más: el desarrollo de unas áreas contribuía al subdesarrollo de otras y los éxitos económicos y los cortos períodos de bonanza pronto dejaban entrever su otra cara: el desempleo, la depreciación de los salarios, el monocultivo, la dependencia de los precios de los *commodities*, la degradación de los recursos, el desequilibrio de la balanza comercial, la pérdida de divisas, la fuga de cerebros, etcétera. Tampoco propició una mayor democratización: más bien generó un crecimiento del autoritarismo y un protagonismo cada vez mayor de los militares en la conducción política, todo lo cual desembocó en una ola de golpes y dictaduras militares que asoló a la región entre 1960 y 1976. Solo durante el lapso que duró la Alianza para el Progreso (1961-1970) tuvieron lugar 16 golpes de Estado en América Latina (Berger 89).

En 1969, el presidente Nixon envió a Nelson Rockefeller a realizar una gira y reunirse con los presidentes de la región tras la cual éste escribió el *Informe Rockefeller*. En dicho informe se argumentaba que las fuerzas armadas eran un actor esencial en el proyecto de modernización capitalista y se reafirmaba el respaldo a los gobiernos militares y tecnocráticos en Brasil y otros países. En base a las recomendaciones de este informe, a fines de 1969 Nixon lanzó su 'nueva' política hacia América Latina llamada "Acción para el Progreso en las Américas" en la que se dejaba en claro que Washington estaba dispuesto a aceptar y a colaborar con los gobiernos militares amigos (Berger 104-105).

Otro resultado de la implementación del modelo desarrollista capitalista fue la revisión de la propia Teoría de la Modernización. La "nueva" teoría ahora asignaba un rol principal a las Fuerzas Armadas, no solo como instrumentos de contrainsurgencia y neutralizadores del avance del comunismo, sino también para "mantener el orden" y "dar seguridad" a las inversiones y negocios de las corporaciones transnacionales norteamericanas. En *Misión en América Latina* (1965), Delesseps Morrison, uno de los asesores de Kennedy y su embajador ante la O.E.A., sostenía que puesto que "la democracia era inviable en América Latina" EE.UU. debía apoyar a los ejércitos latinoamericanos y a cualquier gobierno comprometido con mantener el *status quo*.

En el marco de la Doctrina de la Seguridad Nacional, EE.UU. conceptualizó a los militares como los únicos actores capaces de estabilizar y "asegurar el orden" y a la vez hacer posible y hasta liderar "la modernización". Con ello crecieron los estudios de las Fuerzas Armadas y de "la modernización liderada por los militares", lo que propulsó toda una sub-especialidad dentro los estudios de las áreas geográfico-culturales y sobre "el desarrollo del Tercer Mundo". La Corporación para la Investigación y el Desarrollo (*Research & Development Corp., o RAND Corporation*) fue uno de los centros de análisis de la política global que más se destacó en este sentido (Berger 89-90). Incluso tras el descubrimiento en Chile del Proyecto Camelot, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa continuaron financiando proyectos de investigación sobre el papel de los militares, las actividades de contrainsurgencia y de acción civil, la estabilidad política, los parámetros del cambio social y cultural, etcétera (Berger 91).

Entre los principales ideólogos de la modernización "dirigida por los militares" se destacaron Walt W. Rostow, Lucian Pyle, Edward Shils y Samuel Huntington. En 1960, Edwin Lieuwen publicó *Las armas y la política en América Latina.* En 1962, Pye y Shils publicaron *El papel de los militares en los países subdesarrollados* y Willard Barber y Neale Ronning, *La seguridad interna y el poder militar*. *Contrainsurgencia y acción civil en América Latina* (1966).

No obstante, entre los libros que gozaron de mayor popularidad y fueron más influyentes sobresale *El orden político en las sociedades en transformación* (1968) de Samuel Huntington, obra en la que se exponen los principales atributos de la nueva teoría de la modernización capitalista que dejaba de lado la democracia y priorizaba "la estabilidad"

y "el orden". (Berger 91 y 127) Según una encuesta de 1973, el 44% de los politólogos y el 60% de los especialistas en desarrollo dedicados a América Latina pensaban que el libro de Huntington era libro "más importante" y "el más útil". (Berger 129)

En 1974 Huntington ofició como asesor norteamericano en Brasil—en plena dictadura—, durante la administración Carter se desempeñó como Coordinador de la Seguridad Nacional en el Consejo de Seguridad Nacional, y en 1978 pasó a ser Director del Centro de Asuntos Internacionales de Harvard. Los planteos de Huntington buscaron legitimar y dieron impulso a un modelo conservador de desarrollo basado en la necesidad de controlar y "gerenciar" los conflictos surgidos a raíz de las políticas desarrollistas (*managerial approach*) (Berger 131) en el que los militares debían jugar un papel protagónico principal.

El fracaso del modelo desarrollista difusionista dio pie a otras teorías y modelos de acción. El chileno Claudio Véliz, Richard Morse, Howard Wiarda, entre otros, pusieron el acento en 'la resiliencia de la cultura hispánica', y en particular, en el poder de los corporativismos. Por su parte, mediante su modelo del Estado burocrático autoritario Guillermo O'Donnell intentó sintetizar las distintas perspectivas: Teoría de la Modernización, Teoría de la Dependencia, el análisis marxista y la perspectiva del corporativismo (Berger 132-133).

Ante la perspectiva de la 'inevitabilidad de las revoluciones', en *Motores del cambio: Los intereses de los EE.UU. y la revolución en América Latina* (1970) George Lodge sugirió aplicar el "enfoque gerencial" al objetivo de controlar e influir en el curso de las revoluciones de tal modo de moderarlas y adecuarlas a los intereses de los EE.UU. (Berger 133-4).

En los 70, Graham Allison, Abraham Lowenthal y Cole Blasier también asignaron una creciente importancia al papel que juegan las lógicas, los discursos y los conflictos internos de las burocracias. Cole Blasier, director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh durante la década del 60, abogó por una política de negociación y resolución pacífica de los conflictos a fin de intentar conciliar las transformaciones en América Latina con los intereses de EE.UU. y evitar caer en los mismos prejuicios, "respuestas reflejo" y acciones erróneas del pasado, por ejemplo, en Guatemala, en Cuba, etcétera (Berger 136-141).

* * *

*La Ley de Educación para la Defensa Nacional*

Como resultado de las distintas preocupaciones e intervenciones de EE.UU. en la región a lo largo de la década del 60, a comienzos de los 70, el número de doctorados en estudios latinoamericanos se había duplicado comparado con la medición de 1966: representaban el 20% de los estudios de las áreas geográficas y estaban ahora a la par del resto (Berger 92). Al igual que había ocurrido en la década del 30, en la década del 60 EE.UU. volvió a apostar a "la acción cultural" como parte de su política exterior. En 1964, el Consejo de Relaciones Exteriores publicó el libro de Philip H. Coombs *La cuarta dimensión de la política exterior: Los asuntos educacionales y culturales* (Osorio 270).

En efecto, un factor decisivo que contribuyó al "*boom*" del latinoamericanismo fue la Ley de Educación para la Defensa Nacional aprobada por el Congreso en 1958 (*National Defense Education Act, NDEA*). Dicha ley fue impulsada, entre otras, por la Asociación para el Estudio de las Lenguas Modernas (*Modern Languages Association*, o *MLA*), que buscaba de esta forma promover el estudio de los idiomas extranjeros y la cultura de las distintas áreas geográficas. La Ley de Educación de 1958 autorizaba al gobierno a apoyar la creación de centros para la enseñanza de los idiomas extranjeros en el nivel universitario y en los que también se ofrecieran cursos sobre la cultura, la historia, la geografía y la política a fin de ganar un "conocimiento pleno" de cada región (Delpar 155). La Ley apuntaba a reforzar el estudio de los idiomas y las áreas desatendidas y sobre los que se sabía muy poco. En un principio, por lo tanto, ni el español ni Hispanoamérica estaban comprendidos puesto que se trataba de un idioma y un área ya consolidados en el nivel universitario. No obstante, las carencias en el terreno de las ciencias sociales (la política, la economía, la sociología, etcétera) fueron las que a la larga terminaron favoreciendo a los estudios latinoamericanos en su conjunto, puesto que a raíz de las mismas éstos fueron incluidos dentro de las metas de la Ley de Educación de 1958 (Delpar 156).

Lo mismo ocurrió con la enseñanza del portugués y los estudios sobre Brasil. La Ley de 1958 excluía el español pero no el portugués. Como resultado se crearon dos centros regionales especializados en la enseñanza del portugués y la cultura de Brasil: uno en la Universidad de Nueva York y otro en la Universidad de Wisconsin. También resultó en

que muchos departamentos comenzaran a ofrecer cursos de portugués y sobre la literatura, la historia y la cultura de Brasil y se pasaran a denominar Departamentos de Español y Portugués (Delpar 156).

En 1961 el Comisionado de Educación anunció que "los estudios avanzados" del español 'tal como se habla en América Latina' tampoco eran suficientes y merecían, por consiguiente, el apoyo de los fondos dispuestos por Ley de Educación de 1958 a fin de acompasar —e informar— el esfuerzo que EE.UU. estaba realizando hacia la región. Cinco universidades fueron seleccionadas para ser asistidas a reforzar sus programas de estudios latinoamericanos: Columbia, Texas, Florida, Tulane y UCLA. También se promovió la enseñanza del náhuatl y el quechua. Posteriormente, Stanford, Illinois, Miami, Cornell, Nuevo México, entre otras universidades, también se beneficiaron de la Ley de 1958 (Delpar 155-6).

Por otra parte, según lo establecía el Artículo 601b de la Sección VI, los estudiantes que desearan realizar estudios avanzados en estas áreas académicas recibirían un estipendio. También, en el marco de la Ley de Educación para la Defensa Nacional, en 1961 se creó el "Programa B" o Programa de Becas relacionadas con América Latina, a través del cual se financió (a) la enseñanza del español, el portugués y otras lenguas de América Latina en el nivel universitario, (b) la enseñanza de cursos que requirieran competencia en estos idiomas, (c) empleos en que el manejo de estos idiomas fuera imprescindible o deseable (Delpar 156).

El Decreto Fulbright-Hays[18] de 1961 complementó el esfuerzo del Programa B financiando a los estudiantes que quisieran viajar y estudiar en el extranjero antes de completar su posgrado. El entonces senador William Fulbright puso sobre la mesa su serie de "pensamientos impensables". Para Fulbright, 'el estudio y la enseñanza de la cultura latinoamericana debían desligarse del objetivo de inculcar el Panamericanismo, promover la Política del Buen Vecino, defender

18 Fundado en 1946 por el senador William Fubright, el Programa Fulbright, que incluye al Programa Fulbright-Hays, es un programa de becas para financiar el intercambio de estudiantes y profesionales. El Programa es administrado por numerosas organizaciones y ramas del gobierno de EE.UU., tales como, las embajadas, el Instituto de Estudios Internacionales y la Oficina de Asuntos Culturales y Educativos del Departamento de Estado.
http://www.cies.org/about_fulb.htm

tal o cual acción política o interés económico, y hasta de la lucha contra el comunismo. Aprender sobre América Latina, a su entender, era importante simplemente porque se trataba de una parte de la historia del mundo, en parte similar y en parte diferente, y porque era preciso conocer otras culturas aparte de la propia' (en Hanke 1967, 58).

El Fondo Nacional para las Humanidades (*National Endowment for the Humanities,* o *NEH*) creado en 1965, a su vez, apuntó a subvencionar los estudios de posdoctorado. En apenas cuatro años, entre 1967 y 1971, el *NEH* otorgó más de 300.000 dólares en subvenciones de estudios de América Latina, concentradas principalmente en historia, idiomas, literatura y antropología (Delpar 156).

Otras agencias del gobierno que irrumpieron en escena para asistir en la financiación de estudios sobre América Latina fueron la Fundación Nacional para la Ciencia (*National Science Foundation*), la Agencia de EE.UU. para el Desarrollo Internacional (*U. S. Agency for International Development,* o *USAID*) y el Departamento de Defensa. En el caso de estos dos últimos, bajo la modalidad de contrataciones para investigar temas escogidos por ellos (Delpar 157).

La financiación privada provino principalmente de la Corporación Carnegie de Nueva York y sobre todo, de la Fundación Ford. En 1959, por ejemplo, la Carnegie invirtió 250.000 dólares en la U. de Cornell para desarrollar un programa de entrenamiento e investigaciones sobre los países del área andina. También aportó otro tanto al Consejo de Sociedades del Conocimiento y al Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales para financiar proyectos de investigación, seminarios, conferencias. Los fondos serían canalizados por un Nuevo Comité Conjunto de Estudios Latinoamericanos refundado en 1959, presidido inicialmente por Sanford Mosk y a partir de 1960, por Robert Burr, un historiador de UCLA. Entre 1959 y 1963 se apoyaron 55 proyectos: 18 en historia, 10 en idioma y literatura, 9 en política, 5 en sociología, 5 en economía, 4 en antropología, 2 en geografía y 2 en psicología (Delpar 158).

En 1959, con el apoyo de la Fundación Panamericana y la Facultad de Estudios Internacionales de la Universidad de Florida en Gainesville se empezó a publicar la *Revista de Estudios Interamericanos* (*Journal of Interamerican Studies*) (Berger 93).

Para cumplir con el objetivo de generar una "mayor colaboración" entre intelectuales de EE.UU. y de los países de América Latina en 1961 se organizó la Conferencia Interamericana de Investigación y

Entrenamiento en Sociología, la cual tuvo lugar en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento, en Palo Alto, California.

Al año siguiente, en 1962, se organizó la Conferencia Interamericana de Investigación y Entrenamiento en Economía, en Santiago de Chile. En 1963, se organizó una conferencia con el tema "Continuidad y cambio en América Latina", en Scottsdale, Arizona. Las ponencias presentadas por los distintos investigadores fueron recogidas en un libro editado por John Johnson en 1964. Los trabajos publicados se enfocaban en distintos grupos sociales: campesinos, obreros, militares, etcétera.

En 1963 también se realizó un seminario de una semana, nuevamente en Palo Alto/Stanford, para volver a evaluar el estado de los estudios latinoamericanos en varias disciplinas—principalmente en las ciencias sociales— y delinear una agenda de investigación. Los trabajos fueron recogidos en el libro *Investigaciones en Ciencias Sociales en América Latina* (Columbia, 1964) editado por Charles Wagley, Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de Columbia (Delpar 159). Las siete disciplinas examinadas fueron: geografía, historia, antropología, ciencias políticas, economía, sociología y derecho. Al final de su repaso introductorio Wagley propuso que se investigaran una veintena de temas, entre los que se destacaban: los sistemas de tenencia de la tierra, las estructuras de poder, la ideología, composición y papel de las elites, la ideología y el papel de las clases medias, el papel de la educación, los procesos de toma de decisiones, el nacionalismo, los proceso de socialización política, el surgimiento de nuevos actores sociales, los sistemas de partidos políticos, las revoluciones, la urbanización, entre otros (Wagley 19-20).

En 1965, el Instituto de Estudios Internacionales en Berkeley y el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República en Montevideo, más una larga serie de otras instituciones: Fundación Ford, Carnegie Corporation, Centro de Asuntos Internacionales de Harvard, Congreso para la Libertad Cultural, etcétera, organizaron un seminario para estudiar "las elites y el desarrollo en América Latina", título del libro publicado en 1967 y compilado por Seymour Martin Lipset y el sociólogo uruguayo Aldo Solari, lo cual condecía con la agenda trazada en Palo Alto.

El seminario de 1963 en Palo Alto también fue financiado por la Fundación Ford, que de ahora en adelante jugaría un papel protagónico en el curso de los estudios latinoamericanos. A partir de 1952, a través de

su Programa de becas para los estudios extranjeros (*Foreign Area Fellowship Program, FAFP*) la Fundación Ford había venido apoyando el estudio de las distintas áreas geográfico-culturales, con énfasis en las áreas menos estudiadas: Asia, África, el Cercano Oriente, la Unión Soviética, Europa oriental. En 1960 el programa agregó a América Latina como otra área de estudio con el objetivo de corregir las limitaciones y deficiencias en lo que refiere al conocimiento de esta región. A partir de 1962, Carl Spaeth, profesor de Derecho en Stanford y Director de la División de Actividades en el Extranjero de la Fundación Ford, ofició de asesor y recomendó una línea de acción en diversos frentes (Delpar 160).

Siguiendo los lineamientos de Spaeth, en 1962, la Ford destinó un millón de dólares al intercambio de profesores entre universidades de América Latina y de EE.UU. (Berkeley, UCLA, Columbia, Harvard, Minnesota, Texas). En 1963 invirtió otro millón y medio para subsidiar proyectos "exploratorios y experimentales" que incluían: la financiación de proyectos de investigación posdoctoral; posgrados de especialización en América Latina; asistencia a la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso para elaborar bibliografías y otras herramientas para la investigación y para coordinar las adquisiciones de libros y otros materiales a nivel nacional; el financiamiento de proyectos de investigación y de estudios de posgrado en las universidades de Chicago y Nueva York; el apoyo a la Universidad de Texas para llevar a cabo investigaciones y tareas de capacitación respecto al área de América Central y para la capacitación de bibliotecólogos, y otros 500.000 adicionales para la U. de Cornell (Delpar 160-1).

En 1965 aportó 2.5 millones de dólares más para apoyar los programas de estudios latinoamericanos en las universidades de Florida, Nuevo México, Stanford, Tulane y Wisconsin, y más tarde, en la Universidad de Kansas y la Universidad Estatal de Pennsylvania. También realizó importantes aportes al Instituto Brookings y a la Conferencia de Historia Latinoamericana, la asociación de historiadores latinoamericanistas.

Entre 1963 y 1971, la Fundación Ford se convirtió en la principal benefactora del Nuevo Comité Conjunto (desplazando a la Corporación Carnegie), al que aportó 1.3 millones de dólares. El comité se volvió "el principal vehículo para canalizar el apoyo de la Fundación Ford a los estudios latinoamericanos en EE.UU." (Delpar 161).

El Nuevo Comité Conjunto continuó utilizando los fondos Ford primariamente para financiar investigaciones posdoctorales, y en

segundo lugar, para conferencias, como la organizada en Río de Janeiro en 1965, en la que se volvió a dimensionar los estudios de las ciencias sociales sobre América Latina. Una de las críticas que surgieron en Río fue que los temas que estudian los cientistas sociales en EE.UU. 'no son de interés o relevancia para el desarrollo de América Latina' (Manuel Diégues en Delpar 161). Como respuesta a este planteamiento, en 1966 el Nuevo Comité Conjunto privilegió el financiamiento de proyectos diseñados y realizados en colaboración, e invitó a algunos académicos latinoamericanos a integrar el Comité, cosa que ocurrió, por ejemplo, con el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Kalman Silvert, sin embargo, objetó que la agenda fuera decidida en América Latina —que allí se estableciera lo que estaba bien investigar y lo que no—, lo cual suponía una restricción innecesaria e inaceptable para los investigadores estadounidenses (Delpar 162).

En 1967 Manuel Diégues y Bryce Woods publicaron otro repaso de los estudios en ciencias sociales sobre América Latina (*Social Science in Latin America*; New York, 1967). Enfocados principalmente en la historiografía, también en 1967 se publican dos gruesos volúmenes de *Ensayos sobre la historia de los estudios y la enseñanza de América Latina en EE.UU.,* compilados por Howard Cline.

A mediados de la década del 60 el Nuevo Comité Conjunto y la Fundación Ford concretaron otros dos viejos objetivos de los estudios latinoamericanos: la creación de una revista de estudios latinoamericanos, donde pudieran publicar sus trabajos los especialistas en la región de las distintas disciplinas, y una asociación profesional nacional continental que trascendiera las organizaciones regionales formadas en la década del 50.

La idea de la revista resurgió en la Conferencia de Cuernavaca de 1964, por iniciativa del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas, la igual elaboró una propuesta formal al respecto. En 1965 se publicó el primer número de la *Revista de Investigaciones sobre América Latina* (*LARR*, por su sigla en inglés). Los fondos fueron suministrados por una veintena de universidades participantes, la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso y la Fundación Ford (Delpar 162).

Algunos años antes, en 1959, en una conferencia en Sagamore, Nueva York, también se discutieron los objetivos y la estructura de lo que en aquel momento se imaginó como un "consejo nacional

permanente" de Estudios Latinoamericanos. Al poco tiempo de fundó una primera asociación, *ALAS*, que debido a varias dificultades, no se sostuvo. Sin embargo, en la reunión de Cuernavaca de 1964 los mismos académicos e instituciones que participaron de la creación de *LARR* sentaron las bases para la creación de una nueva asociación nacional. En 1965, en una asamblea en la Biblioteca del Congreso de la que participaron 75 latinoamericanistas, se constituyó la Asociación de Estudios Latinoamericanos (*LASA*), presidida por Kalman Silvert. *LASA* fue hospedada en la Fundación Hispánica, fue financiada por la Fundación Ford y asumió la publicación de *LARR*. En 1972 se mudó a la Universidad de Florida (Delpar 162-3).

*Caza de brujas y crecimiento de un latinoamericanismo crítico*

La creación de *LASA* no significó que todos los latinoamericanistas estuvieran alineados detrás de una identidad y un proyecto común. Como había ocurrido siempre, para unos el estudio de América Latina tenía que ver con los intereses geopolíticos y económicos de EE.UU., mientras que a otros los movía un genuino interés por el desarrollo y bienestar social de la región y mediante sus estudios perseguían intervenir y contribuir en este sentido. Como ya había acontecido con la Revolución Mexicana y el Golpe en Guatemala contra Arbenz, ahora los asuntos que partían las aguas de la vida universitaria eran la Revolución Cubana —el episodio de Playa Girón en 1961—, el golpe en Brasil de 1964 y la invasión norteamericana de la República Dominicana de 1965 que condujo al segundo derrocamiento del presidente Juan Bosch, electo en 1963 y devuelto al poder por la Revolución de Abril. Estos hechos políticos coincidían además con un período de recambio generacional, y fueron motivos para que muchas personas de diversa filiación ideológica y política "descubrieran" América Latina, se interesaran por la región y se volvieran latinoamericanistas (Hanke 1967 44, 61).

Durante la década del 50, los latinoamericanistas en general tendían a compartir un perfil liberal y desarrollista, y usualmente coincidían con las políticas del gobierno hacia América Latina. No obstante, el campo igualmente fue blanco de los embates de la nueva cruzada anticomunista macartista, que retomaba el discurso antiizquierdista de comienzos de siglo.

El etnohistoriador John Victor Murra, de origen ucraniano pero criado en Bucarest, Rumania, fue investigado por haber participado, de joven, en una Brigada Internacional de apoyo del bando republicano durante la Guerra Civil Española. En 1956 se le denegó la expedición de un pasaporte para viajar a América del Sur por sus ideas políticas. Murra aprendió el castellano en su experiencia como combatiente —y miembro del Estado Mayor de las Brigadas— y allí nació un interés por la cultura hispana e hispanoamericana que lo llevó a ser, con el tiempo, uno de los más importantes investigadores de la cultura andina. Profesor de Cornell a partir de 1968, Murra solía decir que no se había graduado de la Universidad de Chicago sino de la Guerra Civil Española. El historiador Benjamin Keen —autor, entre otros, de un texto de historia de América Latina bastante establecido—, también fue impedido de enseñar por varios años. Maurice Halperin, director del Departamento de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Boston debió emigrar a México por haber sido acusado de ser un espía soviético (Delpar 164).

En el Congreso de Historiadores de 1958 en Austin, Texas, France Scholes pedía 'libertad para los historiadores para estudiar lo que les plazca y hacer las cosas a su modo', se quejaba de las presiones directas e indirectas a que estaban sometidos los historiadores en EE.UU. y deploraba las políticas de algunas agencias, que 'creyéndose más sabias pretenden imponerles a los historiadores temas y criterios' para sus investigaciones (en Hanke 1967 52).

Algunos latinoamericanistas liberales en ocasiones también hicieron críticas a la política norteamericana de apoyar golpes y dictaduras militares en América Latina solo por ser convenientes a los intereses del gobierno o a las corporaciones norteamericanas ("la diplomacia del dólar"). Tal el caso, por ejemplo, de las críticas del politólogo Philip Taylor al papel de EE.UU. en el golpe contra el presidente Jacobo Arbenz y el apoyo brindado al dictador Castillo Armas. Robert Alexander interpretaba el gobierno de Arbenz a través del lente de la Guerra Fría y "el avance comunista" en América Latina (Berger 78), pero a la vez comprendía la necesidad de las reformas en Guatemala y advirtió acerca del riesgo que corría EE.UU. de ser visto como obstáculo y enemigo de la revolución que estaba teniendo lugar en ese país. Otros, como Arthur Whitaker, criticaron las inconsistencias y la política errática, por ejemplo, respecto al gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina (Delpar 165).

La Revolución Cubana también fue motivo de distintos posicionamientos. Por lo general, los académicos norteamericanos criticaron los lazos entre Cuba y la Unión Soviética y la adopción del perfil y la retórica comunista tras haber sido, justificablemente, un movimiento nacionalista y popular contra la tiranía de Batista. Tal la crítica por ejemplo de Frank Tannenbaum. En 1961, Russell Fitzgibbon criticó el viraje de Cuba hacia la Unión Soviética pero culpabilizó a las acciones del gobierno de EE.UU. de haber ocasionado este resultado (Delpar 166).

En 1961 Alexander y Whitaker, ambos integrantes del Grupo de Tareas para América Latina creado por la administración Kennedy y presidido por Adolf Berle, ex-embajador en Brasil, advirtieron sobre "el peligro de la amenaza comunista" pero también sugirieron que el mejor curso de acción era apoyar a los gobiernos progresistas y reformistas de la región en el entendido de que estos procesos revolucionarios eran motivados principalmente por el nacionalismo y el deseo de desarrollo. El historiador Frederick Pike (Universidad de Pennsylvania) explicó que muchos reformistas latinoamericanos estaban convencidos de que para progresar los países subdesarrollados del siglo XX no podían tomar prestada la fórmula del desarrollo de EE.UU. ni hacer caso a sus recetas (Delpar 166).

Resulta ilustrativo que las voces más favorables y entusiastas en apoyo de la Revolución Cubana no provinieran de filas del latinoamericanismo académico. Tal el caso de C. Wright Mills, un sociólogo de Columbia que tras su visita a Cuba publicó *Escúchame, Yanki: La revolución en Cuba* (1960), libro que rápidamente se volvió un éxito de ventas. También muy importante fue el libro *Cuba: Anatomía de la revolución (*1960) de Paul Sweezy y Leo Huberman, editores de la revista socialista *Monthly Review* publicada en Nueva York.

En 1962, el historiador de Wisconsin, William Appleman Williams, conocido por sus análisis del imperialismo estadounidense, publicó *Estados Unidos, Cuba y Castro: Ensayo sobre la dinámica revolucionaria y la disolución del imperio.* Williams responsabilizó a EE.UU. y al estatus semicolonial al que había arrinconado a Cuba como la verdadera causa del curso que tomó la Revolución. Estos intelectuales y libros provocaron un mayor interés en la región e hicieron que la generación de latinoamericanistas más jóvenes fueran 'más críticos del capitalismo y del imperialismo y también más desconfiados de las intenciones del

EE.UU. hacia América Latina' (Delpar 167). El desembarco en Playa Girón, la Guerra de Vietnam (que comenzó en 1964), la invasión de la República Dominicana de 1965 y otros sucesos similares acentuaron esta disposición. La invasión de la República Dominicana, en particular, encendió los espíritus entre los especialistas en América Latina los cuales redactaron una carta abierta al presidente Lyndon Johnson condenando el hecho, firmada por 103 académicos, la mayoría jóvenes, pero también algunos investigadores establecidos como Robert Alexander, Woodrow Borah, George Blanksten y Robert Burr (Delpar 167).

Igual de controversial fue el descubrimiento de varios planes de inteligencia militar y de espionaje en los estudios latinoamericanos. El Proyecto Camelot (1964-1965) generó una profunda crisis dentro del latinoamericanismo. Ideado por la Oficina de Investigaciones y Operaciones Especiales del Ejército, este programa preveía contratar investigadores para estudiar los países de América Latina a fin de evaluar la situación política y contener cualquier posible intento de rebelión. Como es de suponer, el descubrimiento de la existencia de un programa de investigación ideado y financiado directamente por el ejército de EE.UU. y con objetivos específicamente político-militares fue aborrecido en América Latina y generó una enorme desconfianza en el campo del latinoamericanismo (Delpar 168).

La Operación Simpático en Colombia —otro emprendimiento del Departamento de Defensa—, las actividades proselitistas y evangelizadoras del Instituto Lingüístico de Verano (*Summer Institute of Linguistics*, o *SIL International*) y la denuncia de que la Universidad Estatal de Michigan oficiaba de fachada a actividades de la *C.I.A.* en el sudeste asiático, hicieron aun más difícil la tarea de los investigadores que pretendían estudiar los sucesos recientes (Hanke 1967 54, Arizpe 1988).

Los estudios latinoamericanos también se vieron divididos a raíz de la existencia de dos formas (o paradigmas) de entender la historia y analizar la situación de América Latina y su desarrollo, o la falta del mismo: por un lado, la Teoría de la Modernización y el Difusionismo capitalista, dominantes en EE.UU., y por otro, la Teoría de la Dependencia (un análisis histórico y estructural del capitalismo real en América Latina) que se originó en un estudio del argentino Raúl Prebisch, presidente de la Comisión Económica para América Latina (C.E.P.A.L.) de la O.N.U., sobre los "problemas del desarrollo económico en América Latina" (1950). A mediados de la década del

60, la Teoría de la Dependencia fue desarrollada por los chilenos Enzo Faletto y Osvaldo Sunkel y los brasileños Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, entre otros —algunos de ellos, de enfoque neomarxista—. En EE.UU. los principales exponentes y divulgadores de la Teoría de la Dependencia fueron el economista alemán André Gunder Frank (U. de Chicago), autor de *Capitalismo y subdesarrollo: Estudio histórico de Chile y Brasil* (1967), Paul Baran (Stanford) y Ronald Chilcote (U de California-Riverside), entre otros. Gunder Frank, de hecho, vivió y enseñó en la Universidad de Chile entre 1968 y 1973 (Berger 109).

En la década del 60, la conjunción del horizonte de la Revolución Cubana, el rechazo a la invasión de la República Dominicana, el recambio generacional, la oposición a la Guerra de Vietnam, la politización y movilización estudiantil, la movilización por los derechos civiles de los afro-americanos y los chicanos, el movimiento feminista y por los derechos de la mujer, el paradigma de la Teoría de la Dependencia y los enfoques anti-imperialistas y neo-marxistas, alimentaron y abrigaron el surgimiento de un ala más progresista y radical de latinoamericanistas.

Una respuesta casi inmediata a la invasión de la República Dominicana fue la creación en 1966 del Congreso Norteamericano sobre América Latina (*North American Congress on Latin America, N.A.C.L.A.*), un instituto de investigación fundado en Berkeley por miembros de la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática (*S.D.S.*, por su sigla en inglés), del movimiento Universitarios Cristianos y otros latinoamericanistas con conciencia social. Estos estaban amargados por 'el papel de EE.UU. como obstáculo para el desarrollo de la región' y 'comprometidos con la revolución social'. El propósito de *N.A.C.L.A.* era 'investigar y exponer el papel del imperialismo de EE.UU. en América Latina' y también los procesos y mecanismos que lo hacen posible, incluido el papel de las universidades, los asesores, los diseñadores de las políticas, todo lo cual, lógicamente, incluía a los especialistas en esta área geográfico-cultural. El Congreso difundía sus trabajos a través del *Informe de las Américas de NACLA* (*NACLA Report on the Americas*), una publicación bi-mensual editada en sus comienzos por Roger Burbach, Patricia Flynn, Michael Klare y otros intelectuales y académicos progresistas (Delpar 169, Berger 111).

Luego de su estadía en Chile durante los 60, James Petras (graduado de Berkeley y profesor en la Universidad Estatal de Nueva York, *S.U.N.Y.*)

y Maurice Zeitlin publicaron *América Latina: Reforma o Revolución* (1968), una síntesis de la Teoría de la Dependencia y el marxismo de "la escuela de la *Monthly Review*" de Nueva York (Berger 112). Susanne Jonas, también graduada de Berkeley y especialista en Guatemala, escribió *La ideología del desarrollismo* (1971), una importante crítica de los estudios latinoamericanos en EE.UU. en la que argumentaba la necesidad de adoptar la Teoría de la Dependencia y el análisis marxista para explicar lo que sucedía en estos países (Berger 113-114).

Otro polo progresista de estudios latinoamericanos se formó en Stanford en torno a las conferencias del economista marxista Paul Baran (nacido en Rusia pero formado en Berlín, Moscú y la Escuela de Frankfurt) y la revista *Informe Hispanoamericano* (*Hispanic American Report*), una compilación mensual de noticias sobre América Latina dirigida por el inglés Ronald Hilton profesor de literatura y director del Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Luso-Brasileños en dicha universidad, que de joven había vivido en la España de la Segunda República, previo a la Guerra Civil. En 1960 el *Informe* cobró notoriedad por haber puesto en evidencia la existencia de una base en Guatemala donde la *C.I.A.* entrenaba un ejército de exiliados cubanos que se preparaban para una inminente invasión, la cual se concretó en 1961. A raíz de una reforma de los programas de estudio y la intención de Stanford de captar fondos de la Fundación Ford, en 1964 el *Informe* quedó sin financiación y el Instituto fue prácticamente desmantelado debido a que según el nuevo diseño institucional ya no podía otorgar ni títulos de grado ni doctorados (Delpar 170).

Ronald Chilcote también lideró el cuestionamiento a *LASA* y a *LARR*, las cuales, a su entender, estaban ambas controladas por el *establishment* y alineadas con la política exterior norteamericana. A iniciativa suya, sin embargo, la asamblea de *LASA* aprobó una resolución de condena a la dictadura militar en Brasil (surgida del golpe de 1964), se fundó la Unión de Latinoamericanistas Radicales (*URLA*, por su sigla en inglés) y comenzó a rodar la idea de crear una revista de estudios latinoamericanos 'alternativa' (Delpar 171).

En 1973, en una reunión de *LASA* en Madison, Joel Edelstein propuso —y consiguió— que la asamblea adoptara una resolución condenando la represión en Argentina, Bolivia, Colombia y Uruguay y denunciando la complicidad de EE.UU. en estos acontecimientos. La resolución conminaba a constituir un Comité de Derechos Humanos y

para la Libertad Académica, investigar la situación en esos países y enviar los resultados de estas investigaciones a los medios de comunicación. Otras dos resoluciones de 1973 condenaban la política de EE.UU. hacia Cuba y el bloqueo al gobierno de Allende (Delpar 172).

Lewis Hanke, Federico Gil y otras autoridades cuestionaron la necesidad de que *LASA* se expresara respecto a estos sucesos políticos y rechazaban la idea de que se volviera un "centro de agitación política". Según ellos estas resoluciones no tenían nada que ver con la labor académica, significaba ponerse en una posición de superioridad moral y hasta podía interpretarse como un acto de injerencia y paternalismo (Delpar 172). Algunos latinoamericanistas también criticaron el doble estándar puesto que *LASA* no denunciaba la falta de libertades políticas y académicas en Cuba. En 1969, en el curso de su trabajo de campo en Cuba investigando el impacto de la revolución en las clases más pobres, parte de las entrevistas y manuscritos de Oscar Lewis le fueron confiscados. A raíz de este suceso, algunos latinoamericanistas que en un principio habían simpatizado con la revolución, como Halperin, publicaron libros críticos de la misma (Delpar 173-4).

Aunque sin apoyo de *LASA*, en 1974 finalmente se fundó una segunda revista de estudios latinoamericanos: *Latin American Perspectives. A Journal on Capitalism and Socialism*, en la que Ronald Chilcote asumió como editor general. *Perspectivas Latinoamericanas* (*LAP*) era una revista independiente pensada como alternativa a *LARR,* en la que publicaron prominentes intelectuales e investigadores de izquierda: James Petras, Susanne Jonas, Fernando Henrique Cardoso, Rodolfo Stavenhagen, entre otros. Otros exponentes del ala marxista de la Teoría de la Dependencia como Petras (SUNY), Jonas (Berkeley), James Cockroft y Dale Johnson (Rutgers), Joel Edelstein (Universidad de California en Riverside) también participaron como co-editores (Berger 110-111).

El objetivo de *Perspectivas Latinoamericanas* no era simplemente 'retratar y analizar la estructura socioeconómica sino también contribuir a encontrar la forma y los medios para cambiarla' (Delpar 171). El primer número de *Perspectivas Latinoamericanas* fue enteramente dedicado a discutir y reevaluar la Teoría de la Dependencia. En 1974, Chilcote publicó su voluminoso *América Latina: La lucha contra la dependencia y otros desafíos* (*The struggle with dependency and beyond*).

La historiografía de la Nueva Izquierda, surgida de la Universidad de Wisconsin en Madison, también contribuyó a una relectura crítica

del papel de EE.UU. en América Latina, y de su propia historia y "razón de ser". como nación. Su iniciador fue Fred H. Harrington, especialista en la historia diplomática de la década del 50. Entre sus discípulos se destacaron Robert Freeman Smith y David Healy (Berger 122).

Más influyente todavía fue el trabajo de William Appleman Williams, también graduado de la Universidad de Wisconsin en Madison. Siguiendo la noción del "imperialismo del librecomercio" propuesta por los ingleses Ronald Robinson y John Gallagher, en *La tragedia de la diplomacia norteamericana* (1959), Williams ponía más el acento en la economía y explicaba el imperialismo más inextricablemente asociado al desarrollo del capitalismo y a la propia historia de EE.UU. como nación. Su tesis era que EE.UU. había sido un poder imperialista y expansionista desde su nacimiento como república (Berger 123). Más adelante Williams publicó *El imperio como modo de vida* (1980). Otros investigadores de la Escuela de Wisconsin que se destacaron fueron Walter LaFeber, un estudiante de Williams y autor de *El Nuevo Imperio: Una interpretación del expansionismo de EE.UU.* (1963) y *Revoluciones inevitables,* Lloyd Gardner y David Green, estudiante de LaFeber y autor de *La contención de América Latina: Mitos y realidades de la Política del Buen Vecino* (1971) (Berger 123-125).

Otro representante de la historiografía de izquierda fue Gabriel Kolko, graduado de Harvard y profesor en la Universidad de York en Toronto. Sus investigaciones sobre la política exterior de EE.UU. hacia América Latina, sin embargo, debían menos a la Escuela de Madison y más al marxismo neoyorkino de la *Monthly Review* (Baran, Sweezy et al.) (Berger 126). La obra de Kolko y de otros autores tales como Noam Chomsky (profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, *MIT*) y Michael Klare, eran una respuesta a la Guerra de Vietnam. Tal el caso, por ejemplo de *El poder norteamericano y los nuevos mandarines* (1968) y del artículo "La responsabilidad de los intelectuales" (1968) de Chomsky, o *La guerra sin fin: La planificación del próximo Vietnam* (1970) de Klare, un investigador asociado al Instituto de Estudios Políticos (*Institute for Policy Studies, IPS*) de Washington creado en 1963 por Marcus Raskin y Richard Barnet e identificado con la Nueva Izquierda (Berger 127).

Con financiación de dicho Instituto, en 1970 Paul Cowan publicó *Cómo se hace un anti-estadounidense,* una crítica al Cuerpo de Paz, a la Agencia para el Desarrollo Internacional (*USAID*), al Departamento de Estado, a la política de EE.UU. hacia América Latina, y especialmente,

una crítica al etnocentrismo y al elitismo subyacentes. El Instituto también financió el libro de David Morris *El Chile de Allende* (1973) y albergó al ex-embajador chileno en EE.UU. Orlando Letelier hasta que fue asesinado en Washington por la policía secreta chilena (D.I.N.A.) en un atentado con una bomba en el que también murió Ronnie Moffitt, otra investigadora norteamericana afiliada a IPS (Berger 128).

A mediados de la década del 70 la atmósfera política volvió a cambiar. Cuba había sido contenida y en casi toda América Latina ahora había dictaduras militares consideradas amigas y socias de EE.UU. Como consecuencia, en 1973 el número de centros que recibieron fondos por la Ley de Educación se redujo en un 60% y cayó de 107 a 46. No obstante, el "*boom*" de los estudios latinoamericanos había producido miles de profesores, investigadores y estudiantes especializados en la región. También había generado una nueva conciencia y nueva actitud respecto a la región.

Los dos "directorios de especialistas" en la región publicados por la Fundación Hispánica en 1966 y 1971 muestran un aumento por demás significativo: entre 1965 y 1970 el número de profesionales que se definían como latinoamericanistas había pasado de 1.884 a 2.695 (Delpar 175). Parte de este aumento se explica porque muchos cientistas sociales interesados en los problemas del desarrollo capitalista, la "modernización" y el Tercer Mundo, pero no formados como latinoamericanistas, habían sido atraídos por esta área de estudio. En efecto, un hecho que puso de relieve el directorio es que muchos de estos "especialistas" tenían poco o ningún manejo del idioma español, y por consiguiente, poco o ningún acceso a la bibliografía en español, una dudosa capacidad para conducirse en el trabajo de campo, y poca o ninguna formación en la historia y la cultura del continente. A modo de ilustración, Delpar cita un elocuente retrato de Raymond Vernon "un economista de Harvard que viajó a México para estudiar el sector público y privado en los países desarrollados con un diccionario de español bajo un brazo y el libro de *La conquista de México* de Preston bajo el otro" (Delpar 175). Algunos años antes, Irving Leonard ya había denunciado "la actitud oportunista" de muchos estudiosos de América Latina 'que vienen a aplicar sus teorías y su métodos en la creencia que sus técnicas y sus modelos se pueden trasladar sin problema y que eso es suficiente, y que subestiman la importancia de un conocimiento íntimo de la situación, la historia, el idioma y la cultura' (en Hanke 1967, 51).

Por otra parte, en 1969, las universidades afiliadas a *LASA* (que conformaban el Consorcio de Estudios Latinoamericanos) ascendían a 212. Dado que los títulos —sobre todo, los más avanzados— seguían teniendo un marco disciplinario, pocos programas de estudios latinoamericanos otorgaban títulos. Los especialistas en el área se titulaban en las distintas disciplinas que participaban de los programas de Estudios Latinoamericanos: Literatura, Historia, Antropología, Ciencias Económicas, Ciencias Políticas, etcétera. Apenas el 45% de estas universidades otorgaban certificados y diplomas de especialización en Estudios Latinoamericanos: 58 otorgaban títulos de grado; 26, títulos de maestría; y apenas 9, doctorados (Delpar 175).

Las universidades más comprometidas con el área seguían siendo las de "la antigua frontera" del imperio español (California, Arizona, Nuevo México, Texas, Tulane, Florida); y las menos, las del Noreste y las de la *Ivy League*. En 1965, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la UCLA se presentaba como "un ámbito de enseñanza, investigación y servicios relacionados con América Latina en el que participan alrededor de 150 profesores en representación de 38 departamentos y 8 facultades y colegios" (Hanke 1967 45).

En cuanto a la cantidad de horas de instrucción, predominaban los cursos de idioma y literatura española e hispanoamericana; segundo, historia; y tercero idioma y literatura en portugués (Needler y Walker [1971] en Delpar 176).

Según un estudio realizado por Richard Lambert en 1971 en 69 universidades, el total de cursos sobre América Latina fue de 2.275. El 34% eran cursos de idiomas y literatura (773). Los cursos de historia representaban el 18% (409). El 13% (302 cursos) eran otros cursos de Humanidades, que incluían cursos de arte, música, filosofía, estudios urbanos, etcétera. Luego seguían los cursos de antropología: 11% (254 cursos), de ciencia política: 9% (204), de economía: 7%, de geografía: 3.2% y de sociología 2.9%. (Lambert en Delpar 176).

En cuanto al número de profesionales trabajando en EE.UU., según el directorio de 1971, de los casi 2.700 latinoamericanistas relevados 552 eran historiadores (20%); 424 (16%) economistas; 356 antropólogos (13%); 323 (12%) eran especialistas en literatura latinoamericana, 267 en literatura hispanoamericana y 56 especialistas en Brasil; 251 (9.5%) politólogos y 174 geógrafos (Delpar 175 y nota 64).

Según un estudio de Potashnik y Wood publicado en 1973, entre 1962 y 1970 las becas Ford fueron destinadas principalmente a Historia, Antropología, Ciencia Política y Economía. Las subvenciones que otorgó el Nuevo Comité Conjunto para investigaciones posdoctorales entre 1959 y 1970 fueron para Historia, Sociología, Economía, Ciencia Política y Literatura Hispanoamericana (Delpar 177).

La especialización en América Latina también aumentó de estatus a juzgar no solo por el aumento de la cantidad relativa de cursos, profesionales y subvenciones, sino también por la posición de sus practicantes dentro de las distintas disciplinas y sus organizaciones. En 1974, por ejemplo, Lewis Hanke, especialista en la historia colonial de Hispanoamérica, fue elegido presidente de la Asociación de Historiadores de EE.UU. (*AHA*). Lo mismo ocurrió en 1977 con Charles Gibson, otro colonialista. A su vez, entre 1961 y 1971, los latinoamericanistas Sol Tax, Gordon Willey, John Gillin, George Foster y Charles Wigley se alternaron en la presidencia de la Asociación de Antropología de EE.UU. (Delpar 177-8).

Entre algunos de los trabajos novedosos en el campo de la historiografía se destacaron la relectura de Sandino a través del lente de la Guerra de Vietnam, de Neil Macaulay (1967); el estudio John Womack de 1969 sobre el zapatismo y la insurgencia de las comunidades campesinas; el libro *Zapata. La ideología de la revolución campesina* (1970), un abordaje marxista de la Revolución Mexicana de James Cockcroft y Robert Millon, y el libro *La herencia colonial de América Latina* desde la perspectiva de la dependencia de Stanley Stein y Barbara Stein, también de 1970 (Delpar 178).

Otra novedad fue el diálogo interdisciplinario y la importación de los intereses, conceptos y metodologías de otras disciplinas. La historiografía, por ejemplo, además de emplear herramientas cuantitativas y estadísticas más comúnmente usadas en la economía o la sociología, empezó a ocuparse por los grupos oprimidos, las culturas nativas y los relatos orales, que tradicionalmente interesaron a la antropología. Entre algunos trabajos señeros en este sentido se destacó *Los Aztecas durante el gobierno español* (1964) de Charles Gibson. Atentos a la teoría y los debates en el ámbito de la literatura, hubo asimismo un mayor interés de parte de los historiadores por el archivo literario como documento de época, por el estatus del historiador en tanto escritor y autor, es decir, por la propia naturaleza narrativa del relato historiográfico, producto del giro

lingüístico y del giro interpretativo o hermenéutico.[19] En el ámbito de la historiografía colonial, otra novedad fue el uso de otras fuentes y archivos, caso por ejemplo de los archivos notariales a los que recurrió James Lockhart en su estudio sobre la Conquista de Perú entre 1532 y 1560. Más tarde Lockhart también utilizó documentos en el lenguaje nativo (quechua) (Delpar 178).

Los antropólogos, que solían estudiar a los pueblos nativos, también empezaron a interesarse por otros grupos (los campesinos, los inmigrantes, los pobres de las ciudades); por el estudio del pasado —la historia— de las comunidades, y ahora tampoco dudaron en recurrir también a otras fuentes históricas y escritas (Delpar 178) como complemento a los relatos orales y a la versión de los informantes. El marxismo, el estructuralismo y las teorías lingüística y literaria posestructuralistas también propiciaron un examen crítico del quehacer disciplinario, de los problemas en el trabajo de campo, del estatus del antropólogo: su poder, sus valores, sus prejuicios, sus premisas, sus herramientas, sus interpretaciones, su papel de autor, la construcción de autoridad, etcétera.[20]

En Arqueología surgió un interés por los estudios urbanos de las antiguas civilizaciones, como ejemplifican el proyecto de hacer el mapa de Teotihuacán de 1962 bajo la dirección de René Millon y el mapa de Chan Chan, la capital del Imperio Chimú, a cargo de Michel Moseley del Museo Peabody de Harvard.

Otro hecho significativo fue la revolución que causó la aplicación de técnicas nuevas, como el método de datación por radiocarbono o isótopo radiactivo (Carbono 14), las imágenes generadas desde satélites y el impacto que todo esto supuso en la Nueva Arqueología (que se presenta como más científica y objetiva) y que "revolucionó la interpretación de la civilización Maya" (Delpar 178).

Igualmente clave fue el papel que empezaron a jugar los gobiernos de México, Perú y otros países debido a las nuevas políticas culturales

19 En 1973 Hayden White publicó *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del s. XIX*. Por su parte, en 1979 Lawrence Stone publicó *The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History*.

20 En 1970 Jacques Derrida publicó *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas* que recoge su conferencia de 1966 en la Universidad de John Hopkins acerca de "los lenguajes críticos y las ciencias del hombre", episodio que más allá de sus méritos propios resulta emblemático del sentir de la época.

nacionalistas con las que intentaban frenar y evitar la destrucción y el despojo del patrimonio histórico cultural y el tráfico de antigüedades y objetos arqueológicos —agua de la que habían bebido varios prestigiosos investigadores tanto a título personal como en representación de universidades y museos—. A raíz de la Convención de UNESCO de 1970 "sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales"[21], en 1971 la *Society of American Antiquities* de EE.UU. resolvió sumarse a los esfuerzos por prevenir, evitar y penalizar el tráfico de objetos arqueológicos (Delpar 180).

Relacionado a lo anterior, y en respuesta al Proyecto Camelot, en 1967 la Asociación de Antropología de EE.UU. también aprobó una declaración en la que subrayaba el marco ético que debía gobernar la investigación. En ella se establecía que debía haber transparencia respecto a las fuentes de financiación y que debía evitarse la obtención de inteligencia militar. También advertía acerca de los peligros que acarreaba trabajar para el Departamento de Defensa y en "misiones" de otras agencias del gobierno, lo que derivaba en un desprestigio y una pérdida de confianza hacia los practicantes, las instituciones y las disciplinas involucradas (Delpar 179).

En cuanto a las ciencias políticas, la economía y la sociología —que sumados constituían ahora el 20% de los latinoamericanistas— los avances en estas disciplinas fueron relativos y poco imaginativos. No obstante, hubo un aumento en "los estudios comparados" centrados en el estudio de distintos grupos, instituciones y corporaciones (el movimiento estudiantil, los partidos políticos, la Iglesia, el Ejército, etcétera) y en el uso de herramientas cuantitativas y estadísticas (Delpar 181).

La adopción de la Teoría de la Dependencia, el cuestionamiento de los dependentistas a la Teoría de la Modernización y a los trabajos basados en ella, fue común entre los latinoamericanistas de la Nueva Izquierda, los cuales si bien eran una minoría dentro de la profesión, de todos modos tenían cierto peso y ejercían una influencia significativa. Lo mismo puede decirse del argumento de Guillermo O'Donnell

21 Instrumentos Normativos. Convenciones. Convención sobre las Medidas que Deben Adoptarse para Prohibir e Impedir la Importación, la Exportación y la Transferencia de Propiedad Ilícitas de Bienes Culturales de 1970. http://portal.unesco.org/

respecto al "autoritarismo de nuevo tipo" emergente en los países 'más avanzados' de América Latina, que debía pensarse como un "Estado burocrático autoritario", dirigido por la oligarquía nacional, la tecnocracia, los militares y las multinacionales, en respuesta a las políticas de redistribución de la riqueza y a las conquistas sociales y económicas de la clase trabajadora y de la sociedad civil organizada y movilizada. El planteo de O'Donnell, además, ponía en tela de juicio que la modernización capitalista resultara en más democracia y en más bienestar —tal como proponía la Teoría de la Difusión— puesto que en los países "más modernizados", caso de Brasil, Argentina, Chile o Uruguay, condujo más bien a dictaduras capitalistas (Delpar 181).

Los sociólogos y economistas, por su parte, seguían preocupados por el impacto de la modernidad, el "cambio" económico, social, cultural, etcétera en el medio rural y en las ciudades, y en "el problema" del crecimiento demográfico, que según los malthusianos de turno resultaba catastrófico. Los problemas del agro, a su vez, fueron tema de estudio en la Universidad de Wisconsin a través de un contrato con la Agencia para el Desarrollo Internacional de los EE.UU. (*USAID*).

Gracias a una mayor disponibilidad de herramientas cuantitativas y estadísticas hubo una explosión de investigaciones en historia económica, que según Paul Gootemberg se había convertido en "la reina de los estudios latinoamericanos". A mediados del 70, el argentino Roberto Cortés Conde y Stanley Stein (Princeton) compilaron la *Guía de la historia económica de América Latina (1830-1930),* proyecto de colaboración financiado por el Nuevo Comité Conjunto que promovía este tipo de estudios (Delpar 182).

*El estudio de la literatura y la cultura latinoamericanas*

A lo largo de la década del 60, el estudio de la literatura latinoamericana continuó primando en términos de horas de instrucción y cantidad de cursos ofrecidos. La cantidad de especialistas (incluyendo a aquellos que se ocupaban de la literatura brasileña), sin embargo, representaba apenas el 13% del total de latinoamericanistas.

Además de la tradicional subdivisión entre los estudios de América Latina y los estudios ibéricos, el campo también estaba tensionado a raíz de la división entre, por un lado, la enseñanza básica del idioma, cada vez más orientada hacia la conversación y el español "para hacer

negocios", y por otro, los estudios culturales avanzados, que incluían la lectura en el idioma original de un conjunto textos canónicos y el estudio de los escritores, ensayistas y pensadores más importantes, a través de manuales, historias literarias y antologías, algunas de ellas en inglés y otras en español, "especialmente preparadas para los estudiantes de español y de literatura hispanoamericana en los EE.UU." (Anderson Imbert y Florit, en "Prefacio", *Literatura hispanoamericana* [1960]).

En 1965, apareció la 3era. edición "revisada y completamente reestructurada" del *Esquema histórico de la literatura hispanoamericana*[22], uno de los libros de consulta, en este caso, escrito en inglés, más utilizados en este período. Tras el fallecimiento de Herman Hespelt, el *Esquema histórico* quedó cargo de John Englekirk (UCLA), Irving Leonard (U. de Michigan), John Crow (UCLA) y John Reid, de la Agencia de Información de EE.UU. (*United States Information Agency, USIA*).

El *Esquema* estaba organizado sobre la base de tres períodos históricos: el primero, del Descubrimiento a la Independencia, el segundo hasta la Revolución Mexicana, y el tercero hasta el Presente. Dentro de cada período, se repasaban contextos histórico-culturales, coordenadas geográficas, autores y obras —en forma de fichas—, organizadas por formas, géneros y corrientes literarias, y sobre todo, "por generaciones" (autores nacidos entre tal y tal año). También incluía una bibliografía con historias literarias, antologías, libros de crítica literaria, etcétera.

En 1968 se publicó la 2da. edición de la *Antología de la literatura hispanoamericana*, también de Englekirk et al., originalmente publicada en 1946. Los dos tomos de la *Antología* servían de acompañamiento al *Esquema histórico* y contenían fragmentos seleccionados de las obras de algunos de los autores incluidos en éste, presentados por período, género y corriente, lo que fue decantando un "canon" de lecturas.[23]

Otro manual de uso bastante extendido en esta época fue la *Historia*

22 El proyecto de *Esquema histórico* había surgido en la Conferencia sobre Estudios Latinoamericanos de 1939 en la Universidad de Michigan en Ann Arbor en la cual se conformó un comité editor (los autores). Contaba con el auspicio del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y especialistas de más de treinta universidades cooperaron en la elaboración por medio de un cuestionario y otros aportes.

23 No contenía fragmentos de muchas novelas y piezas de teatro mencionadas en el *Esquema*.

*de la literatura hispanoamericana* del argentino Enrique Anderson Imbert, que primero se desempeñó en la Universidad de Michigan y luego se trasladó a Harvard. A diferencia del libro de Englekirk et al., el manual de Anderson Imbert estaba enteramente escrito en castellano. Fue publicado originalmente en 1954, en México, por el Fondo de Cultura Económica, contó con numerosas reimpresiones, y en 1970 apareció una segunda edición aumentada. Construida un poco más como un relato y menos como una colección de fichas, la *Historia* de Anderson Imbert también estaba organizada sobre la base de los mismos tres períodos históricos y generaciones, subdivididas a su vez por formas, géneros y corrientes literarias, a lo que se agregó una subdivisión adicional por países.

También a manera de acompañamiento, en 1960 Anderson Imbert publicó la antología *Literatura hispanoamericana,* en colaboración con Eugenio Florit, "poeta cubano nacido en Madrid" y profesor en Barnard College y Columbia. Las obras incluidas seguían la organización propuesta en la *Historia*, y los textos introductorios y "semblanzas críticas" que acompañaban las obras estaban en castellano. Por razones de extensión y también por la naturaleza de los cursos en los que se la utilizaba —que eran de nivel introductorio y en los que los estudiantes no contaban con el tiempo para embarcarse en lecturas de más de unas pocas páginas semanales— no se incluían ni novelas ni piezas de teatro.

Además de las historias y las antologías en el idioma original, también aparecieron antologías de piezas breves (poemas, cuentos) traducidas al inglés, de algunos de los autores canónicos y del "*boom*". El Centro para las Relaciones Interamericanas de Nueva York (*Center for Inter-American Relations*) financió un programa de traducciones al inglés de las obras de algunos autores que por ese entonces habían cobrado notoriedad: Borges, Paz, Neruda, Fuentes, Cortázar, Vargas Llosa, etcétera (Rodríguez Monegal 34). En 1967 la editorial Penguin publicó *La escritura latinoamericana de hoy* (*Latin American Writing Today*) compilada por J. M. Cohen. La colección apuntaba a un lector que obviamente no manejaba el idioma pero que de todos modos estaba interesado en América Latina, y en especial, en la cultura y la literatura latinoamericanas contemporáneas. El texto de presentación de la contratapa lo explicaba de este modo:

> "Es cierto que los viajes en avión y las comunicaciones vía satélite han reducido las distancias pero, pese a este aumento en la

> velocidad de las comunicaciones modernas, ¿cuántos de nosotros podemos nombrar a las principales figuras literarias de Europa, África o América? ¿O estamos familiarizados con el pensamiento y lo que se escribe en estas regiones? Estamos aislados. Y conformes. Esta serie (...) está pensada para romper la barrera del sonido de la inercia, el lenguaje, la cultura y la tradición".

Por estos años, a su vez, empiezan a darse otros dos fenómenos que se entrecruzan y refuerzan uno al otro. Por un lado, crece el interés en el estudio de la cultura y la literatura pero como parte de "un proceso histórico y social" —al decir de Ángel Rama—, proceso que es preciso conocer y reconstruir para poder realmente comprender y explicar los fenómenos literarios o culturales. Por otro, e inversamente, existe el convencimiento de parte de algunos historiadores y otros cientistas sociales de la necesidad de recurrir a otros archivos y fuentes, y por consiguiente, de mirar más hacia la literatura, el arte, las ideas, los procesos subterráneos y de larga duración —es decir, la cultura y la historia "profunda" de América Latina— para entender y explicar el proceso social e histórico.

A fines de la década de 1950, según Benjamin Keen, el libro de Irving Leonard sobre el período barroco en México (1959) se destaca casi solitariamente en el campo de "la historia intelectual" (Keen 1985 666).

En 1966, Lewis Hanke se preguntaba, por su parte: "Qué debería incluirse en un curso de historia de la civilización latinoamericana?" Por lo pronto, "si los antropólogos han establecido la existencia de más de una docena de grupos sociales, que van desde indios primitivos hasta sofisticados habitantes de las ciudades [sic], entonces ¿cuáles valores debemos estudiar?" (Hanke 1967 56) En cualquier caso se respondía:

> "mucho más acerca del arte, la literatura y la filosofía de los pueblos de América Latina desde la época precolombina hasta el presente, y mucho menos de la serie de los aburridos episodios políticos sobre las que versan la mayoría de nuestras conferencias (...) Porque contrario a la imagen de América Latina que aparece en la prensa, esta vasta región es bastante más que un amalgama de malestar económico y disturbios políticos". (61)

En los ensayos *La extraña carrera de los estudios latinoamericanos* (1964) y *Paren las computadoras, me quiero bajar* (1970), Richard

Morse, por su parte, criticaba la falta de interés de los historiadores en la cultura latinoamericana —en su filosofía, su arte, su estructura mental profunda— cuya consecuencia resultaba en una incapacidad para entender y explicar América Latina (Morse 1989 173). A su juicio, ello se debía a que en la imaginación y "el inconsciente" norteamericanos intervienen una serie de premisas y nociones[24] tales como que la región es la prima pobre, bruta y de mala reputación de Occidente (172), tierra de "pistoleros, peones, mojados y mandaderos" —en vez de poetas y juristas—, en la que no existe ni una Florencia ni una Weimar ni un Taj Majal (174), que debido a su herencia ibérica, católica y medieval sigue representando todo lo que EE.UU. es y no quiere ser, quiso dejar atrás —acaso sin lograrlo— y "metió debajo de la alfombra" (177).

En el contexto de este decidido "interés en la cultura" aparecen una serie de historias culturales panorámicas y relatos del proceso histórico, social y cultural como un conjunto. *La cultura moderna en América Latina: La sociedad y el artista* (1967) de la inglesa Jean Franco, profesora de la Universidad de Essex que luego se desempeñó en Stanford y Columbia, es un ejemplo de este tipo de abordaje a la cuestión literaria y cultural en general. Publicado dos años más tarde, su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1969), a su vez, consistía en un relato del proceso literario como parte de un proceso social, cultural e histórico más amplio.

El esfuerzo por hacer socio-historia de la literatura de Jean Franco entroncaba con una serie de otros intentos por captar el proceso cultural latinoamericano "más allá de lo estrictamente literario" que ponen en evidencia algunos libros escritos en inglés por historiadores,

24 Morse sugiere que 'los estudios de posgrado en vez de cultivar desalientan las cualidades mentales que se requieren para escribir historia e identificarse con otras culturas. Parte del problema arranca con el sistema educativo, en una cultura en la que se premian unas facultades cognitivas ("necesarias para lograr un conocimiento preciso, objetivo, verificable, práctico, útil") al tiempo que se subordinan, relegan y reprimen los impulsos, las pasiones, los sentimientos la fantasía, el idealismo. Resultado de este tipo de entrenamiento, han perdido "la mirada inocente", la capacidad de ver o de saber perderse en Stendhal y Cervantes, Melville y Turgeniev; necesitan que se les vuelva a presentar la sexualidad, las pasiones, el patetismo de la vida, las ironías de la acción, la obstinación de la voluntad, la persistencia de la moralidad, lo recalcitrante de la sociedad, las iluminaciones de la fe' (182-3).

geógrafos, antropólogos, etcétera. En 1946 Curtis Wilgus compiló una selección de cartas, declaraciones y crónicas, traducidas al inglés, pensadas como materiales que acercaban al lector —al estudiante— a "la civilización latinoamericana", es decir otro tipo de civilización[25]. En *La tradición latinoamericana* (1968), por su parte, Charles Wagley reunió una colección de ensayos antropológicos, escritos entre 1951 y 1964, sobre el campesinado, cuestiones raciales, los patrones del uso de la tierra, los dilemas de la clase media, ofrecidos como explicaciones profundas de la cultura al sur del Río Bravo. La primera mitad del libro, de corte teórico e introductorio a la cultura latinoamericana, data de 1953 y era parte de su "curso de entrenamiento" para funcionarios del gobierno en el marco del programa del Instituto de Servicio Exterior del Departamento de Estado.

Con un propósito similar, Irving Leonard se encargó de traducir la *Historia cultural de Hispanoamérica: De la conquista a la Independencia* (1962), traducción al inglés del libro del ensayista y crítico literario venezolano Mariano Picón Salas, escrito durante su estadía como profesor visitante en Columbia, Smith y Middlebury entre 1942 y 1943, y publicado en 1944. Leonard subraya el esfuerzo y el mérito de Picón Salas en hacer historia cultural e historia social más que en contar la historia de 'los episodios sensacionales y los personajes importantes que siempre resulta en un relato de historia política y en una enumeración de presidentes y conflictos militares'. En 1967 también aparece la traducción al inglés de *El continente de siete colores. Historia de la cultura de América Latina* (1965) del colombiano Germán Arciniegas. Otros abordajes a "la cuestión cultural" incluyeron las historias de las ideas, del "pensamiento" y del ensayo latinoamericano, entre los que se destacan la traducción de 1963 del libro *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949) del mexicano Leopoldo Zea, a cargo de James Abbott y Lowell Dunham (*The Latin American Mind*); *La búsqueda de la identidad* (1967) de Martin Stabb; la *Historia del ensayo hispanoamericano* (1973) de Peter Earle y Robert Mead, y *El pensamiento latinoamericano* (1974) de Harold Eugene Davis. [26]

25 Piénsese que la costumbre era oponer las culturas particulares y las tradiciones locales a la civilización europea, o la civilización a secas.

26 Otros libros sobre "la cultura y la civilización" que circulaban en esta época: Helen Miller Bailey y Abraham Nasatir (1960), Bailey Diffie (1945),

Por otra parte, y debido a que el dominio del idioma es un rasgo definitorio de la disciplina, la crítica literaria latinoamericana en EE.UU. estaba usualmente al día con las obras de sus pares en América Latina, de modo que los libros y revistas publicados en América Latina se conseguían en las bibliotecas y eran muy tenidos en cuenta por los especialistas. Tal el caso, por ejemplo, de la *Historia de la novela hispanoamericana* (1966) de Fernando Alegría, publicada en México; *Letras del continente mestizo* (1968) de Mario Benedetti, publicado en Montevideo; el ensayo *La nueva novela hispanoamericana* (1969) de Carlos Fuentes; o la revista *Mundo Nuevo* (1966-1968), dirigida por Emir Rodríguez Monegal y publicada en París con apoyo de la Fundación Ford y el gobierno de EE.UU.[27] A todo esto hay que agregar que algunos de los principales investigadores y críticos literarios de fines de los años 60 se desempeñaron como profesores en las universidades de EE.UU., caso por ejemplo, de Antonio Cornejo Polar en Berkeley y Pittsburgh, Emir Rodríguez Monegal en Yale, Ángel Rama en Princeton y Maryland (a fines del 70), entre otros.

Aparte de las historias, los libros de crítica, las antologías y las traducciones, el campo ya contaba también con un vasto sistema de revistas de crítica literaria latinoamericana en donde publicaban sus trabajos tanto los investigadores estadounidenses como los latinoamericanos: *Hispania,* la revista de la Asociación de Profesores de Español y Portugués (*AATSP)*; la *Revista Hispánica Moderna* fundada por Federico de Onís en Columbia; la *Hispanic Review* de la Universidad de Pennsylvania; la *Revista Iberoamericana* del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh; la *Nueva Revista de Filología Hispánica* de Amado Alonso (una vez que éste se trasladó a Harvard); *Hispanófila* de la Universidad de Carolina del Norte; la *Revista de Teatro Latinoamericano* (*LATR*) de la Universidad de Kansas en Lawrence, fundada en 1967; la *Revista de Estudios Hispánicos*

Marvin Harris (1963), Benjamin Keen (1955), Richard Pattee (1948), William Schurz (1963), Donald Worcester y Wendell Schaeffer (1956), etcétera.

27 Según Russell Cobb, *Mundo Nuevo* también fue auspiciada por el Instituto para las Relaciones con América Latina (*Institute for Latin American Relations, ILARI*) con dinero del Congreso por la Libertad Cultural (Co*ngress for Cultural Freedom, CCF*) basado en París. Éste era beneficiario de la Fundación Fairfield, una organización sin fines de lucro en la que la C.I.A. depositaba dinero. http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/spring_08/Cobb.pdf

de la Universidad de Missouri (1971); *Hispamérica* de la Universidad de Maryland y la *Revista de Literatura Latinoamericana* (*LALR*) de la Universidad de Pittsburgh, ambas de 1972; la *Revista de Literatura Hispánica: INTI* de la Universidad de Connecticut (1974), entre otras.[28] Algunas revistas multidisciplinarias como la *Revista de Investigaciones sobre América Latina* (*Latin American Research Review)* a partir de 1966 y *Perspectivas latinoamericanas* (*Latin American Perspectives)* de 1974 en adelante, también fueron vehículos de difusión de trabajos sobre la literatura y la cultura de América Latina.

A las bases de datos de la Asociación de Lenguas Modernas (la *MLA Bibliography*) y la *Guía de los Estudios Latinoamericanos* (*HLAS*) de la Biblioteca el Congreso, en 1974 se agregó el *Índice de Publicaciones Periódicas sobre Hispanoamérica* (*Hispanic American Periodical Index, HAPI*) creado por Barbara Valk en la Universidad Estatal de Arizona[29] y en 1976 trasladado al Centro de América Latina de la UCLA.[30]

En cuanto a las preocupaciones y la agenda de investigación de la crítica, en el 5º Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de 1951[31] en Albuquerque, Nuevo México, los temas habían sido la novela histórica del siglo XIX (Anderson Imbert), el modernismo (Alfredo Roggiano), la novela regionalista (Torres Rioseco),

28 La crítica literaria norteamericana también consumía y participaba en una larga lista de revistas publicadas en América Latina y España, tales como la *Revista de Casa de las Américas* de Cuba, fundada en 1960 por Haydée Santamaría y dirigida primero por Fausto Masó y Antón Arrufat y a partir de 1965 por Roberto Fernández Retamar; la revista *Crisis* fundada en 1973 en Buenos Aires, dirigida por Eduardo Galeano; la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* fundada en Lima en 1973 por Antonio Cornejo Polar (más tarde publicada en Berkeley y Pittsburgh), o *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid (fundada en 1948), entre muchas otras.

29 (http://hapi.gseis.ucla.edu)

30 En 1986 se sumó la *Base de Datos de América Latina* (*Latin American Data Base, LADB*) de la Universidad de Nuevo México, y en 1992 el Centro de Información en Red de América Latina (*The Latin American Network Information Center, LANIC*) del Instituto de Estudios Latinoamericanos "Lozano Long" (*LLILAS*) de la Universidad de Texas (Austin), y financiado por la Fundación Andrew Mellon y la Fundación Ford, entre otros.

31 *La novela iberoamericana. Memoria del 5º* C*ongreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* Albuquerque, New Mexico, 1951, editada por Arturo Torres Rioseco (Universidad de Nuevo México, 1952).

establecer los rasgos de la novela hispanoamericana (José A. Portuondo), elaborar una clasificación de las novelas (Fernando Alegría), el estudio de los personajes (Ciro Alegría), entre otros. En cambio, a fines de la década del 60 y principios de los 70, entre los temas prácticamente excluyentes que obsesionaron a la crítica sobresalieron "el realismo mágico" —asunto del ensayo de 1955 del puertorriqueño Ángel Flores (profesor de Queens College de Nueva York) y tema central del 16º Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de 1973 en la Universidad Estatal de Michigan en East Lansing[32]—, el "*boom*" literario —título del ensayo de Rodríguez Monegal de 1972[33]— y, en general, las formas experimentales y la "nueva novela". (Molloy dirá que Cuba —la Revolución Cubana— y "el realismo mágico" serán las claves y el lente a través de los cuales EE.UU., de aquí en más, leerá e interpretará *toda* la historia y la cultura latinoamericanas [2005 192]).

Finalmente, según el informe de Julio Matas[34], secretario del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, en 1973, el número de socios ascendía a 1.193 y los suscriptores a la *Revista Iberoamericana*, 1.393. Esta cifra contrasta drásticamente con los 267 especialistas que aparecen listados en el directorio de 1971 (Delpar 175) de lo que puede inferirse que o bien no todos estaban registrados en dicho directorio, o que muchos especialistas afiliados al I.I.L.I. residían en América Latina —lo que habla bien de la convocatoria del Instituto—, o que más allá del radar del directorio de especialistas existía un vasto contingente de profesores y estudiantes avanzados interesados en la literatura latinoamericana.

### 4.4 Pasado reciente e inflexión (1975-1985)

Si la expansión de los Estudios Latinoamericanos durante la década que va de 1935 a 1945 resultó de la necesidad de sumar aliados en el

32 *Otros mundos, otros fuegos: Fantasía y Realismo Mágico en Iberoamérica. Memoria del 16º Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en East Lansing, Michigan, en 1973,* editada por Donald Yates, Latin American Studies Center, Michigan State University, 1975.

33 Emir Rodríguez Monegal, *El boom de la novela latinoamericana*. Caracas: Nuevo Tiempo, 1972.

34 En Donald Yates, *Memoria del 16º Congreso del IILI en East Lansing, Michigan* de 1973.

contexto de la Segunda Guerra Mundial, y si el "*boom*" de la década del 60 estuvo ligado a circunstancias históricas y políticas como la Revolución Cubana, el golpe militar de Brasil y la invasión de la República Dominicana, la década que va de 1975 a 1985 también debe entenderse en relación a otra serie de episodios políticos: el triunfo y posterior derrocamiento, en 1973, del presidente Salvador Allende en Chile —epítome de la "ola" de golpes de Estado, gobiernos autoritarios y dictaduras militares que asoló el conjunto del continente americano—; las revoluciones y contrarrevoluciones en América Central y cuyo nudo fue la lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua; el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979, la ofensiva contrarrevolucionaria lanzada por EE.UU. durante el gobierno de Ronald Reagan y los procesos de lucha contra las dictaduras del Cono Sur y por "el retorno a la democracia" en la primera mitad de la década del 80.

Aparte del lógico interés e involucramiento de los especialistas en América Latina en las distintas disciplinas, este período estuvo signado a su vez por el papel creciente que jugaron los exiliados políticos y los visitantes latinoamericanos que recalaron o pasaron a desempeñarse en las universidades de EE.UU., algunos como estudiantes de posgrado y otros como conferencistas, catedráticos, directores de departamentos, editoriales e institutos de investigación, editores de revistas, etcétera.

Si bien a mediados de los 70, el apoyo privado y gubernamental a los estudios latinoamericanos volvía a languidecer, las políticas de los 60 habían arrojado algunos resultados duraderos. Estas habían permitido acrecentar las colecciones de las bibliotecas, que estudiantes y profesores pudieran viajar e investigar en América Latina, y que los estudios latinoamericanos se volvieran atractivos como área de especialización universitaria, tanto para profesores como para estudiantes, incluso latinoamericanos. El desarrollo institucional, la infraestructura y los recursos disponibles, las becas y los salarios, y hasta las idas y vueltas del exilio político, hicieron que muchos latinoamericanos fueran a cursar estudios de posgrado o a sumarse a los planteles docentes de las universidades de EE.UU., tanto en forma temporaria como permanente (Hanke 1967 44, Delpar 184).

La Teoría de la Dependencia o la noción del Estado burocrático autoritario de O'Donnell, entre muchos otros ejemplos[35], pusieron de

35 Otros ejemplos son: la Teología de la Liberación (a partir de la

manifiesto que a partir de comienzos de los 70, una serie de temas, herramientas analíticas y metodológicas y enfoques originados en América Latina contribuyeron a moldear y determinar el rumbo de la enseñanza y la investigación en EE.UU. (Mitchell 6-7). En algunos casos, los intelectuales latinoamericanos también incidieron en el propio diseño institucional de los estudios latinoamericanos en EE.UU. —creando distintos tipos de institutos y centros, reformando los programas de estudio, lanzando nuevas publicaciones, organizando conferencias con temas específicos, etcétera—, lo que sentó las bases de mucho de lo que aconteció de 1975 en adelante.

Por otra parte, si bien algunos centros y programas de investigación vieron sus agendas limitadas debido a la caída de las fuentes de financiación, ya fuesen privadas o públicas (como en los casos de investigadores que se desempeñaron como asesores o funcionarios del gobierno, o los trabajos directamente comisionados por las distintas ramas del Estado), la existencia de una variada y sólida institucionalidad universitaria, en muchos casos con recursos propios, y amparada, en general, en la libertad de cátedra, aun ofrecía la posibilidad de un trabajo sostenido, independiente y crítico (Merkx 1995 6; Delpar 185; Mitchell 10). Esta independencia se manifestaba no solo en la investigación y en la docencia sino también en los posicionamientos y resoluciones

Conferencia del Episcopado Latinoamericano de 1968 en Medellín); la Pedagogía del Oprimido (1968) de Paulo Freire —el Teatro del Oprimido de Augusto Boal (1971)—; la "estética del hambre", el "cine imperfecto" y la "dialéctica del espectador" de Glauber Rocha, García Espinosa y Tomás Gutiérrez Alea, respectivamente; el Tropicalismo —basado en el Manifiesto Antropófago de Oswald de Andrade—; el modelo de la vía democrática al socialismo que inauguró la Unidad Popular en Chile en 1970; la relectura de la cultura 'desde Calibán' propuesta por Roberto Fernández Retamar en 1971, en respuesta al *arielismo* de Rodó; el discurso feminista que se entronca con las luchas de la mujer en América Latina, y algunos de cuyos casos emblemáticos sean Domitila Barrios de Chungara en Bolivia, Rigoberta Menchú en Guatemala y las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina; el proyecto de los estudios culturales latinoamericanos en respuesta al reduccionismo literario y según lo practicaron algunos precursores: Darcy Ribeiro, Antonio Cándido, Cornejo Polar, Ángel Rama, etcétera; el proyecto de promoción y defensa de los Derechos Humanos como punto de apoyo del aparato crítico, entre otros.

**1904 - CUADRO CRONOLÓGICO - 1986**

| *1910* | *1920* | *1930* | *1940* | *1950* | *1960* | *1970* | *1980* | *>>* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|

1904 - Sociedad Hispánica de Nueva York
1917 - Asociación de Profesores de Español - AATS
1918 - Hispania, de la AATS
1918 - Revista de Historia Hispanoamericana - HAHR
1919 - Consejo de Sociedades del Conocimiento - ACLS
1920 - Instituto Hispánico, Columbia
1923 - Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales - CSRC
1928 - Conferencia de Historia de América Latina
1928 - Comité para América Latina del Consejo de Relaciones Exteriores
1930 - Casa Hispánica, Columbia
1933 - Revista Hispánica, Pennsylvania
1934 - Revista Hispánica Moderna, Columbia
1936 - Guía de Estudios Latinoamericanos - HLAS
1938 - Revista de Historia de América
1939 - Fundación Hispánica - Biblioteca del Congreso
1939 - Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
1939 - Revista Iberoamericana, IILI
1940 - Oficina del Coordinador para Asuntos de América Latina - CIAA - Rockefeller
1940 - Comité Conjunto para el Estudio de América Latina
1942 - Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército - ASTP
1942 - Centro de Entrenamiento Interamericano
1944 - Revista Franciscana Las Américas
1946 - Nueva Revista de Filología Hispánica, Harvard/Colegio de México
1958 - Decreto-Ley de Educación para la Defensa Nacional
1959 - Nuevo Comité Conjunto
1959 - Revista de Estudios Interamericanos
1961 - Decreto Fulbright-Hays
1961 - Grupo de Tareas para América Latina
1965 - Revista de Investigaciones sobre América Latina - LARR
1966 - Asociación de Estudios Latinoamericanos - LASA
1967 - Informe NACLA
1967 - Revista de Teatro Latinoamericano - LATR, Kansas
1971 - Revista de Estudios Hispánicos, Missouri
1972 - Hispamérica, Maryland
1972 - Revista de Literatura Latinoamericana - LALR
1973 - Revista de Crítica Literaria Latinoamericana - RCLL, Lima, Berkeley
1974 - Perspectivas Latinoamericanas - LAP
1974 - Índice de Publicaciones Periódicas sobre Hispanoamérica - HAPI
1976 - Instituto para el estudio de la Ideologías y la Literatura - ISI&L
1976 - Revista Ideologías y Literatura, Minnesota
1982 - Revista Estudios de la cultura popular de América Latina
1986 - Gestos, California, Irvine

*1910* *1920* *1930* *1940* *1950* *1960* *1970* *1980*

críticas de las políticas de EE.UU. hacia América Latina, por ejemplo, por parte de *LASA* y diversas instituciones (revistas, universidades, institutos). También, en la creciente "mezcla de indiferencia y hostilidad hacia los estudios latinoamericanos de parte de los ámbitos de toma de decisiones del gobierno de EE.UU." (Mitchell 11) en una época en que, en distintas capacidades y roles —en tanto cronistas, críticos, docentes, investigadores, planificadores, hacedores, activistas y también víctimas de la represión— los latinoamericanistas se convirtieron ellos mismos en "actores del drama hemisférico" (Mitchell 8, 10).

Acaso un evento que puede servir cuando menos como punto de entrada para echar luz sobre las transformaciones ocurridas en los estudios latinoamericanos entre 1975 y 1985 fue el 12º Congreso Internacional de *LASA* realizado en Albuquerque (Nuevo México) en 1985, y en el cual, como en otras tantas ocasiones, se volvió a ensayar una evaluación del "estado de las disciplinas" en lo que refiere al estudio de América Latina, más tarde recogida en el libro de Christopher Mitchell, cientista político de la Universidad de Nueva York[36]. Como parte de los trabajos preparatorios del Congreso, se solicitó a un puñado de destacados intelectuales[37] que repasaran el estado de la cuestión en sus respectivas áreas de especialización: crítica literaria, historiografía, antropología, ciencia política, economía y sociología. Estos trabajos fueron luego presentados en el Congreso de *LASA* y discutidos en paneles de especialistas[38], tras lo cual fueron corregidos y ampliados —y

36 Christopher Mitchell, *Perspectivas cambiantes en los estudios latinoamericanos. Puntos de vista desde seis disciplinas* (Stanford, California.: Stanford University Press, 1988).

37 El historiador argentino Tulio Halperín Donghi, profesor en la Universidad de California en Berkeley; la antropóloga mexicana Lourdes Arizpe, directora del Museo Nacional de Culturas Populares de México y docente e investigadora en el Colegio de México; Albert Fishlow, profesor de Economía también en Berkeley; Alejandro Portes, sociólogo cubano-estadounidense, profesor en John Hopkins; el argentino Saúl Sosnowski, crítico y profesor de literatura y cultura latinoamericana en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland y editor de la revista *Hispamérica*; y el chileno-estadounidense Arturo Valenzuela, cientista político y profesor en la Universidad de Georgetown, en Washington D.C., y actual Secretario de Estado Adjunto para los Asuntos Hemisféricos.

38 Mitchell viii

en algunos casos, traducidos— hasta llegar a las versiones publicadas en el libro de Mitchell.

Mitchell advierte el hecho de que los resultados expuestos en el libro son representativos del trabajo de más de 2.000 miembros, más de 48 nacionalidades y más de 50 áreas de especialización (Mitchell vii). A manera de síntesis, subraya (a) el aumento significativo de las herramientas analíticas y de los trabajos empíricos, (b) la expansión de los vínculos interdisciplinarios y el desarrollo de un diálogo más frecuente entre practicantes de distintas disciplinas, y (c) la creciente colaboración entre los académicos que se desempeñaban en América Latina y los que lo hacían en EE.UU., aunque no sin dificultades y de manera dispar, dependiendo de la disciplina (Mitchell 3). A juicio de Mitchell, la cooperación era mayor en la ciencia política y la sociología y menor en la historiografía y la crítica literaria "donde las orientaciones nacionalistas eran más duraderas" (7) y donde posiblemente la desconfianza respecto a la producción de conocimiento, los enfoques y las ideas provenientes del norte, justificada o no, era más fuerte.

A raíz de la merma de los fondos públicos destinados a estos efectos, durante este período los proyectos de cooperación académica —proyectos de investigación conjuntos, conferencias, viajes, publicaciones, etcétera— fueron financiados, principalmente, por el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, el Programa Latinoamericano del Centro Internacional para Académicos Woodrow Wilson en Washington D.C. creado en 1968, la Asociación de Estudios Latinoamericanos (*LASA*) y las fundaciones Ford, Tinker[39] y Dougherty. Los fondos públicos se canalizaron sobre todo a través del Programa Fulbright y la Fundación Interamericana (*Inter-American Foundation, IAF*), creada en 1969 (Mitchell 7).

*Historia*

En su repaso de la historiografía de la década del 70 y principios del 80, el historiador argentino Tulio Halperín Donghi (Universidad de California en Berkeley) no se limitó a hacer un seguimiento de los historiadores que se desempeñaban en EE.UU. sino que intentó dar

39 La Fundación Tinker fue creada en 1959 por Edward Larocque Tinker, interesado en la cultura ibérica en Europa y América.

cuenta de los avances en el campo en su conjunto. A su entender, una característica del período fue "la erosión de las viejas certezas" (13) y la aparición de abordajes más sofisticados que intentaban captar la complejidad de los procesos estudiados (14).

Según Halperín, en un principio existió una suerte de división del trabajo: la historiografía 'latinoamericana' y el período colonial interesaron principalmente a los extranjeros, al tiempo que debido a la influencia de los proyectos de construcción nacional —y a un acceso más fácil a ciertos libros, fuentes y archivos— en los países de América Latina predominaba la historiografía nacional. En este período, sin embargo, se dio un proceso de convergencia (15).

El interés inicial por la Conquista, a su vez, dio paso al estudio de la sociedad y la política colonial. Los estudios del período post-independentista y la historia nacional, por su parte, fueron abordados desde perspectivas y preocupaciones nuevas —menos celebratorias y más críticas— y reflejaron el impacto de los "mentores extranjeros" en los nuevos historiadores, de las nuevas corrientes teóricas e historiográficas, y de herramientas analíticas y metodológicas tomadas de prestado de otras disciplinas, tales como la antropología, la economía, la ciencia política y la crítica literaria (15-16).

En cuanto a la historiografía del Caribe, si antes la región se abordaba desde el marco de la historia de los imperios y sus rivalidades, ahora el interés se volcó hacia la economía de plantación y la esclavitud, principalmente en Cuba y Puerto Rico (18-19). Halperín subrayaba en tal sentido el aporte excluyente de *El ingenio. El complejo económico-social cubano del azúcar* (1978) del cubano Manuel Moreno Fraginals, que se sumaba a la igualmente señera *Azúcar y abolición. Apuntes para una historia crítica del abolicionismo* (1947) de Raúl Cepero Bonilla. En cuanto a la historiografía norteamericana sobre el Caribe, Halperín se limitó a destacar la obra de Franklin Knight sobre la esclavitud en el s. XIX y la obra de Louis A. Pérez sobre los gobiernos de García Menocal (tema de su libro de 1978) y Cuba "entre los dos imperios", de 1982 (20).

El repaso de la historiografía sobre Brasil, la cual de por sí pone de relieve el creciente interés de los estudios latinoamericanos en esa región, también se organiza a manera de contrapunto entre los trabajos producidos en EE.UU. y una serie de obras fundamentales publicadas en Brasil: *Os donos do poder* (1975) de Raimundo Faoro; *A integração do negro na sociedade de classes* (1978) de Florestan Fernández; *Da senzala a colònia*

(1966) de Emilia Viotti Da Costa; *Homens livres na ordem escravocrata* (1969) de Maria Sylvia de Carvalho Franco; *Formação económica do Brasil* (1959) de Celso Furtado; *Nordeste 1817* (1972) de Carlos Guilherme Mota; *Formação da cultura brasileira* (1971) de Antonio Cándido; *Intelectuais e classe dirigente no Brasil* (1979) de Sérgio Micelis; y *Trabalho urbano e conflito social* (1977), *Crime e Cotidiano* (1984) y *A Revolucão de 1930* (1970) de Boris Fausto, este último sobre la Segunda República y el Estado Novo y tema del libro de Thomas Skidmore de 1967.

Con ese telón de fondo, Halperín apunta la conciencia creciente acerca de la singularidad de la experiencia colonial brasileña, tanto en comparación con la española como con otras posesiones del imperio portugués, un imperio comercial y marítimo construido sobre la base de pequeñas ciudades-puertos. Dicha singularidad provocó un interés más persistente en el estudio del imperio portugués en América que ejemplifican el libro *Conflictos y Conspiraciones* (1973) del inglés Kenneth Maxwell (Harvard), de Dauril Alden (U. of Washington) sobre el gobierno colonial entre 1769 y 1779 (1978) y *Soberanía y sociedad en el Brasil Colonial* (1973) de Stuart Schwartz (Yale) sobre los magistrados de Bahía (21-23).

Al igual que ocurrió con la historiografía del Caribe, la esclavitud en Brasil, más extensa y duradera que en la mayor parte de Hispanoamérica por cuanto se extendió varias décadas en el período independiente o la llamada República Vieja, fue otro tema que concitó la atención en este período. Tal es el foco de *La abolición del comercio esclavo* (1970) del inglés Leslie Bethell, *La destrucción de la esclavitud brasileña* (1972) de Robert Conrad, o el estudio de las relaciones raciales y del mestizaje como táctica para escapar a la opresión racial de Carl Degler (1971). El libro de Thomas Flory sobre el poder judicial (1981) y de Fernando Uricochea sobre la Guardia Nacional (1980), a su vez, son dos ejemplos de estudios acerca del papel que jugaron distintas instituciones en la política y en la sociedad brasileñas (25-26). La política regional y los fenómenos del "coronelismo" y el mesianismo, por su parte, fueron puestos de relieve por Joseph Love (Universidad de Illinois) en su estudio sobre Río Grande del Sur (1971), y en cuanto a lo segundo, por Eul Soo Pang (1979), Ralph Della Cava (1970) y Linda Lewin (1987), esta última resaltando además el papel de la familia y el parentesco en la política (26-27).

En la tradición de los estudios de historia económica de los brasileños Caio Prado Junior, Celso Furtado y Stanley Stein (Princeton) acerca de

las plantaciones de café (1957), los estudios de Warren Dean (1976) y Thomas Holloway (1980) sobre la transición del trabajo esclavo al trabajo asalariado y de Stuart Schwartz sobre las plantaciones de azúcar (1985) exploran el vínculo entre la historia económica, la formación social y las relaciones raciales. A juicio de Halperín, los estudios de este período sobre la industrialización, apoyados en la historia económica y la historia social, "no superaron" los trabajos de Stein sobre el algodón y la industria textil (1957) ni el de Dean (Universidad de Nueva York) sobre la industrialización paulista (1969), siendo lo más relevante los cambios en enfoque y dirección de Boris Fausto (1977, 1984) (33).

Respecto a la historia de Hispanoamérica, Halperín divide su reseña en dos partes: el período colonial y el período post-independentista. En cuanto a la primera, las dos líneas de investigación principales continuaron siendo los estudios del imperio y su administración, y los estudios acerca de la sociedad colonial, si bien aparecen nuevas cuestiones, problemas y enfoques (34). Por ejemplo, hubo un mayor interés en la naturaleza y la fuerza del vínculo económico y político entre la metrópolis y sus colonias, en la línea de los trabajos del francés Pierre Chaunu sobre el comercio transatlántico, del español Antonio García Baquero González a propósito del impacto económico de las reformas borbónicas en el s. XVIII, y de John Perry (1953), John Lynch (1958), John Phelan (1967) y John Fisher (1970) respecto a la administración colonial (35-36). Respecto a esto último, Halperín resalta el estudio de Mark Burkholder acerca de los esfuerzos de un criollo limeño para hacer carrera en la estructura administrativa colonial, de Lyle McAlister sobre el impacto de las reformas militares introducidas por Carlos III y de Phelan (1978) sobre la rebelión de los comuneros en Nueva Granada en 1781, una de las tantas respuestas a las reformas borbónicas del s. XVIII (36-37).

Halperín también sugiere la emergencia de un cambio de sensibilidad que dio como resultado la exploración de viejos temas desde nuevas perspectivas, sobre todo, poniendo ahora más atención a la experiencia y la "visión de los vencidos" (38). A modo de ejemplo se mencionan el estudio de Woodrow Borah (Berkeley) sobre el uso que los habitantes nativos hicieron de las cortes en el México colonial (1983) y de Nancy Farriss (Universidad de Pennsylvania) sobre las respuestas y la "adaptación creativa" de la sociedad Maya al dominio español (1984), inspirados por los trabajos de Nathan Watchel sobre las comunidades indígenas del Perú (París, 1971) y de Charles Gibson

(Universidad de Michigan) sobre los Aztecas (1964). Este último, en particular, se opuso a la perspectiva de Bourne —más benévola hacia España— y reafirmó la Leyenda Negra, resaltando que 'el mayor crimen' que cometió España fue el haber reducido, mediante un proceso lento pero profundo, a toda una civilización a la condición de mano de obra campesina (39-40). La transformación "de indios a campesinos" en los términos de Karen Spalding (Universidad de Connecticut) dio pie al estudio de William Taylor (Berkeley) sobre la cultura de los pueblitos mexicanos: una historia de "alcoholismo, homicidio y rebelión" (1979).

En *Huarochirí* (1984), Spalding extiende su marco hasta abarcar la experiencia de la sociedad andina no sólo bajo el domino español sino también bajo el imperio Inca, para mostrar los conflictos internos de la sociedad andina y también para hacer ver que lejos de ser víctimas pasivas, estas comunidades fueron creativas y desplegaron distintas estrategias de supervivencia, adaptación y lucha a lo largo de una historia de opresión que se extiende hasta el presente, aunque ahora enfrentados a empresarios capitalistas y corporaciones multinacionales (Keen 673). Por su parte, Steve Stern (Universidad de Wisconsin) investigó los pueblos indígenas de Huamanga hacia 1640 (1982) y mostró la transformación de una comunidad subyugada en una clase con aspiraciones de ascenso social y de acomodación dentro de la estructura colonial —sirviéndose de algunas instituciones de época (que también estudió Borah)—, lo que a su entender terminó por fortalecer el dominio español (Halperín 43, Keen 674). Estos autores ya estaban trabajando en el límite entre el estructuralismo y el posestructuralismo, explorando y descubriendo los márgenes y los horizontes de acción de los grupos dominados, y sobre todo, pensándolos como actores sociales, con psicología, intereses y estrategias propias.

La estructura de dominación, a su vez, fue el centro de los trabajos del guatemalteco Severo Martínez Peláez sobre la cultura y la mentalidad criollas y del argentino Carlos Sempat Assadourian sobre la economía colonial andina "como sistema" (44-45). La historia de la incorporación de las poblaciones y culturas andinas a un sistema económico colonial corrió en paralelo a una serie de trabajos análogos respecto a México —siempre la región más estudiada— como lo pone de manifiesto la obra del David Brading (Berkeley, Yale y Cambridge) sobre el período del *boom* de la plata en *Mineros y comerciantes en el México bajo los Borbones* (1971) y el papel de la base agrícola en la nueva economía y sociedad en *Haciendas*

*y ranchos en la región del Bajío* (1978). La relación entre la demografía, la agricultura y la tenencia de la tierra también ocuparon a John Coatsworth de Columbia desde una perspectiva histórico-cuantitativa (1976, 1978) y a William Taylor (1974), quien se enfocó en la región de Oaxaca, en el sur de México (46-47).

Un panorama más fragmentario, "alentador por todo lo que queda por hacer" (62) y en el que se hace evidente un mucho menor protagonismo y aporte de la academia norteamericana en comparación a la latinoamericana y la británica[40], es el estudio del período post-independentista —"el dominio [tradicionalmente] reservado a la historiografía patriótica" (49)— y que Halperín también divide en dos partes: una organizada cronológicamente y otra por temas y enfoques. Lo primero que resalta es el intento por producir una historiografía más crítica y cuestionadora de los mitos nacionalistas oficiales y la hagiografía patriótica respecto a episodios y personalidades, ejemplificado por la obra de Germán Carrera Damas sobre Venezuela y Heraclio Bonilla sobre Perú, este último prologado por Karen Spalding (49). Lo segundo, fue el interés por estudiar diversas cuestiones y temas relacionados a "la crisis de la Independencia" planteadas en *Las revoluciones hispanoamericanas* (1973), una revisión panorámica del inglés John Lynch que dio pie a una gran cantidad de trabajos. En el caso de México, y en la dirección abierta por el estudio de Luis Villoro (*El proceso ideológico de la revolución de independencia* [1967]), se destacan los estudios sobre la conformación, intereses e ideologías de los distintos grupos sociales y políticos en dicha encrucijada (Eric Van Young, Simon Collier), sobre los factores locales, regionales y circunstanciales que los motivaban (John Tutino, St.Olaf-Carleton); de la propaganda a favor y en contra, que echa luz sobre lo que estaba en juego con la independencia (Hugh Hamill, Universidad de Connecticut), el papel de la resistencia realista (Timothy Anna y Jorge Domínguez). En el caso de Perú, señala el estudio sobre el posicionamiento y papel de las clases populares de Heraclio Bonilla (1981), o el de la alemana

40 En Gran Bretaña, en 1964 se fundó el Centro Latinoamericano de la Universidad de Oxford, en 1965 el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de London, en 1966 el Centro de Estudios Latinoamericanos (CLAS) de la Universidad de Cambridge, lo que contribuyó al desarrollo de estudios avanzados en esta área geográfica.

Christine Hünefeldt (Universidad de California en San Diego) sobre las elites provinciales de la sierra y de Florencia Mallon (Universidad de Wisconsin) sobre los Andes centrales. Aparte de México y Perú, destaca el estudio de Collier sobre Chile, de Carrera Damas en Venezuela y, en Uruguay, de Lucía Sala, Juan Carlos Rodríguez y Nelson de la Torre sobre la revolución artiguista en el Río de la Plata (49-51). Otro asunto que interesó fue evaluar el impacto de la independencia en el comercio regional y transatlántico—por ejemplo, si resultó o no en una apertura comercial— (Platt 1973), y en la línea del trabajo de David Bushnell sobre la Gran Colombia (1954), delinear el nuevo orden político, cosa que intentó William Lofstrom para el caso de Bolivia (1972) (52).

Tras resaltar el logro de Cosío Villegas y Jorge Basadre por haber conseguido producir una historia nacional moderna unificada (para los casos de México y Perú respectivamente), Halperín advierte que acaso el campo de la historia política luce más promisorio en las obras que se limitan a plantear y explorar temas más específicos —aun si demasiado apegados a la ciencia política— como en los casos del libro *Café y conflicto* (1978) de Charles Bergquist sobre la llamada Guerra de los Mil Días en Colombia, de David Rock (Universidad de California en Santa Bárbara) sobre el auge y caída del radicalismo en Argentina (1975); de Lynch sobre Rosas (1981) —trazando paralelismos con la última dictadura argentina—; de Peter Smith (Universidad de California en San Diego) sobre Argentina (1974) y México (1979) a partir del estudio de las elites políticas, o el estudio cuantitativo de Herbert Klein (1981) acerca de la persistencia de la desigualdad en Bolivia tras la Revolución de 1952, similar al análisis de James Wilkie de las políticas del México post-revolucionario. Vistos en conjunto, los estudios del período post-independentista son muy poco más que 'un puñado de ejemplos de lo que se podría hacer pero aun sin desarrollar todo su potencial' (53-55).

En el ámbito de la "historia económica", otro campo emergente como área de sub-especialización, Halperín distingue los trabajos de Cortés Conde y Carlos Díaz Alejandro (Yale) sobre Argentina (el segundo, a su entender, más cercano a la economía que a la historia), de Coatswarth (1981) sobre el impacto del ferrocarril en la economía del Porfiriato, de Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram (1978) sobre libre comercio y crecimiento económico en Perú, etcétera. Entre algunos trabajos que Halperín sitúa entre el estudio histórico y el ensayo, destaca el estudio de Marco Palacio en torno a la economía del café

en Colombia (1980) y los siete volúmenes de *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico* (1979) de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum (1979) "una vigorosa interpretación con una abrumadora cantidad de datos" acerca de la historia uruguaya de principios del s. XX., a juicio de Halperín, más logrados que algunos otros ensayos producidos en EE.UU., como por ejemplo, *Revolución en la Pampa: Historia social del trigo. Argentina (1860-1910)* (1964) de James Scobie (Universidad de California en San Diego) o *La pobreza del progreso* (1980) de Bradford Burns (UCLA), en la que este autor ensaya una visión global de América Latina en el s. XIX (56-57).

En el terreno de la "historia social" comienzan a surgir estudios no-partidistas de la clase obrera, de historia urbana —caso de Morse sobre San Pablo (1958) y Scobie sobre Buenos Aires (1978)— y un número de importantes trabajos de historia rural: Arnold Bauer sobre Chile, José Pedro Barrán y Benjamín Nahum sobre Uruguay (1967-1977), Ezequiel Gallo sobre Argentina (1983) y Rodrigo Montoya (1980) y Florencia Mallon (1983) sobre Perú, estos últimos explorando la transformación "de indios en campesinos" y estos, a su vez, en granjeros y trabajadores rurales, y la articulación de formas capitalistas con formas no-capitalistas de producción (58-59).

En el terreno del estudio de las ideas y los discursos —en su acepción foucaultiana— destaca el trabajo del argentino Hugo Vezzetti sobre el discurso de la locura como instrumento de control social a fines del s. XIX y a falta de "una historia de las ideas", una serie de contextualizaciones de ideas y discursos sociales en circulación, como el estudio de Charles Hale acerca del discurso liberal en la primera mitad del s. XIX (1968), el del mexicano Enrique Krauze sobre las ideas de los intelectuales en el contexto de la Revolución de 1910 (1976) o de Frank Safford acerca de "la idea de lo práctico" en Colombia a mediados del s. XIX (1976) (60).

Halperín cierra su panorama (de mediados del 80) advirtiendo que acaso solo la Revolución Mexicana ha conjurado un interés tal que hace que ya se disponga de una multiplicidad de enfoques, interpretaciones y aportes, lo que permite elegir, evaluar, contrapesar. En particular, destaca *La guerra secreta* (1981), el trabajo de Friederich Katz sobre la injerencia de EE.UU. en la Revolución Mexicana (61).

En 1985, un número especial de la *Revista de Historia Hispanoamericana (HAHR)* coincidentemente también fue dedicado por entero a revisar el trabajo de los historiadores que se desempeñan en EE.UU.

y complementa el panorama delineado por Halperín Donghi. En su repaso de las etapas, las corrientes y los temas de la historiografía estadounidense sobre el período colonial, Benjamin Keen señala que inspirados en la obra del antropólogo Marvin Harris, aparecieron una serie de investigaciones sobre la esclavitud en América Latina: de Frederick Bowser sobre Perú, de Colin Palmer sobre México, de William Sharp sobre Colombia, de Herbert Klein comparando la esclavitud en Virginia y en Cuba (674-5). También pone de relieve el interés por la mujer en la época colonial, tema de uno de los capítulos de *El Perú español* (1968) de James Lockhart y de "Las mujeres indias y los españoles" de William Sherman (1979) (680). Keen subraya asimismo el surgimiento de "las masas inarticuladas" como objeto de estudio, mencionando en tal sentido el libro *Sobrevivencia y lucha en la América colonial* (1981), compilación de ensayos a cargo de David Sweet y Gary Nash donde se explora la vida de un zapatero y organizador gremial en Buenos Aires; de un sacerdote azteca que intenta organizar un movimiento herético clandestino; de dos esclavos rebeldes; de una vendedora de pulque en México y otros personajes (Keen 681).

Por su parte, en "Cien años de estudios de la historia moderna de América Latina", John Johnson se hace eco de Cosío Villegas cuando éste expresa que, hasta mediados de la década el 80, "los EE.UU. han sido y siguen siendo el único país en el mundo donde América Latina es objeto de constante preocupación y estudio" (en Johnson 1985 751).

Entre los temas y corrientes que no fueron mencionados por Halperín, Johnson subraya la historia de la religión, y en particular, el surgimiento de la Teología de la Liberación, tema de las investigaciones de Michael Dodson (1979) y Alexander Wilde (1980), de Thomas Bruneau sobre Brasil (1982) y de Bran Smith sobre Chile (1982). También, el interés por la experiencia de los afro-latinoamericanos fuera de Cuba y Brasil —como el caso de George Reid Andrews sobre los afroargentinos (1983)— y el dramático crecimiento de los estudios sobre la mujer, por ejemplo, de Donna Guy sobre la mujer en el campo y en la industria en Argentina (1981); Sylvia Arrom sobre la mujer en la ciudad de México a principios del s. XIX (1985); Anne Hagerman-Johnson sobre el impacto del mercado agrícola en la estructura familiar y en las mujeres en Chile (1978); June Hahner sobre el feminismo, los derechos de la mujer y el movimiento sufragista en Brasil (1980), entre otros (Johnson 757-9). También apunta el *boom*

del estudio del movimiento obrero, aunque ahora abordado desde múltiples perspectivas: Escuela de los *Annales* francesa, Teoría de la Dependencia, las teorías marxistas y neo-marxistas, desde la perspectiva del corporativismo y de la política urbana y el populismo, etcétera (Johnson 760).

Los estudios de la inmigración en América y entre países de América Latina también fueron otra preocupación saliente, usualmente relacionada a la historia rural, agraria e industrial, como lo ejemplifican los trabajos de Ronald Newton sobre los alemanes en Buenos Aires (1977), de Eugene Sofer sobre los judíos (1982), y de Samuel Baily y Herbert Klein sobre los italianos (1983) (Johnson 762-763).

Tras ensayar algunas probables explicaciones de la escasez de historias intelectuales[41] (tradicionalmente entendidas estas como las ideas de las elites), Johnson enumera una lista de trabajos, por ejemplo, de Carl Solberg (1979) y John Wirth (1985) sobre el petróleo; de Nancy Leys Stepan sobre la ciencia y la medicina en Brasil (1976); de Juli Kirk Blackwelder y Lyman Johnson sobre la criminalidad en Buenos Aires (1982), los cuales sugieren nuevas direcciones de investigación. Además de las enumeradas, otras cuestiones sociales y culturales que suscitaron interés fueron la historia de la ciencia y la tecnología; la historia de los servicios sociales y del Estado de Bienestar; la historia del servicio civil; la historia de la cultura popular; de la vida de los hombres y mujeres comunes y corrientes; de la vida cotidiana, de los deportes, etcétera (Johnson 764-5). Estos temas no cautivaron solamente a los historiadores, también empezaron a interesar a la sociología, a la antropología y a la crítica literaria devenida en estudios culturales[42] en

41 Pese a lo apuntado por Johnson, en la tradición de los libros sobre "el pensamiento latinoamericano" (1961, 1972) de Harold E. Davis y la antología *El marxismo en América Latina* (1968) de Luis Aguilar —parte de la serie editada por Hanke—, se destaca el libro *Pensamiento marxista en América Latina* de Sheldon Liss publicado en 1984 por la UCLA.

42 Los estudios culturales pusieron en cuestión la centralidad y la representatividad de los textos y autores canónicos —los letrados— abriendo el estudio de la cultura a otras voces, textos y discursos. En este sentido, son el resultado de la evolución lógica de la tradición de análisis y crítica cultural latinoamericana (pienso en Arguedas, Ribeiro, Cornejo Polar, Ortiz, Rama, etcétera) y de la tradición de la lingüística, la semiología y la semiótica (el estudio de los sistemas de signos, los textos y los discursos en general), la cual se

la medida que la realidad social, histórica, política y cultural dejaba entrever, para quien quisiera tomarlo en cuenta, el mayor protagonismo que cobraban otros sujetos y actores sociales no tradicionales, y otras formas en que se manifestaba y se hacía la historia.

*Ciencia Política*

A diferencia de la historiografía, la reseña del chileno-estadounidense Arturo Valenzuela (Universidad de Georgetown, y actual Secretario de Estado Adjunto para los Asuntos Hemisféricos) puso de manifiesto un muy pobre avance de la ciencia política norteamericana en lo que refiere al estudio de América Latina, si se toman como referencia los repasos de Merle Kling (1964), R. A. Gomez (1967) y Peter Ramis (1968). Ello se debía a que, según Kalman Silvert (1975), viciada de prejuicios y modelos trasplantados, 'la disciplina entrena a sus practicantes a no considerar las cosas que ocurren América Latina, lo que resulta en nuestra incompetencia profesional para explicar la política latinoamericana' (69-70).

Lo más innovador en este campo, por lo tanto, provino de América Latina (Teoría de la Dependencia, el modelo del Estado Burocrático Autoritario, etcétera). Además, "el centro de gravedad" de la ciencia política latinoamericanista se trasladó a América Latina. Según Glaúcio Soares, muy pocas universidades en EE.UU. estaban a la altura o tenían la capacidad de investigación de los más de 80 programas de ciencias sociales en América Latina, entre los que sobresalían el CIDE en México, FLACSO en Santiago, IUPERJ en Río de Janeiro, IEP en Lima, CEDES en Buenos Aires, todos los cuales participaban del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (73). Asimismo, si bien una cantidad de estudiantes iban a realizar sus estudios de posgrado en Europa y EE.UU., muchos escogían hacerlo en los programas regionales de FLACSO, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES-

ha nutrido de los aportes de Gramsci en Italia, Bajtín y su círculo (Voloshinov, Medvedev) en Rusia; Brecht, Benjamin y la Escuela de Frankfurt, en Alemania; las corrientes estructuralistas y posestructuralistas francesas (Levi-Strauss, Barthes, Lefebvre, Althusser, Escuela de los *Annales*, Foucault, Bourdieu, etcétera); la Escuela de Birmingham y de la historia cultural inglesa (Williams, Hall, Thompson, Burke); la antropología simbólica norteamericana, etcétera.

CEPAL), el Programa en Ciencias Sociales de las Universidades Centroamericanas y otros centros de investigación en México y Brasil (73).

De todos modos, si en los años 60 apenas solo un puñado de universidades de EE.UU. ofrecían la posibilidad de especializarse en la política de la región y las principales universidades ni siquiera ofrecían cursos de política latinoamericana (salvo contadas excepciones), en 1985 el panorama ya era bastante distinto. Ahora la mayoría de los departamentos de ciencia política contaban con "su especialista" en América Latina, incluso en las principales universidades. También creció el área de los estudios de política comparada (63).

A diferencia del pasado y debido a los viajes, las conferencias, las publicaciones conjuntas y los intercambios de ideas facilitados por instituciones tales como el Consejo para la Investigación en Ciencias Sociales, la Fundación Ford, el Centro Internacional Woodrow Wilson, la Fundación Interamericana o el Consejo para las Relaciones Exteriores, y también a que muchos latinoamericanos estudiaban o se desempeñaban como profesores en EE.UU., las diferencias de enfoque respecto a muchos temas se fueron acortando y dieron lugar a "experiencias de colaboración y amistad" (74). A principios de los 80, a juicio de Valenzuela "era muy difícil enseñar ni siquiera un curso de grado, y prácticamente imposible uno de posgrado, sin que la mayoría de las lecturas provinieran de América Latina y estuvieran escritas en castellano" (73).

En cuanto a la evolución del campo, Valenzuela distingue cuatro etapas (65): la primera, impulsada por el estudio del derecho público y las perspectivas para la democracia; la segunda, por la cuestión del desarrollo y la modernización; la tercera, por la perspectiva dependentista y sus ramificaciones —como la noción del Estado burocrático-autoritario de O'Donnell—, y la cuarta, de revisión epistemológica y eclecticismo intelectual (Robert Kaufman 1982 en Valenzuela 65).

En cuanto a la primera etapa, Valenzuela menciona que el estudio de la democracia evolucionó desde los estudios legales y formales de las instituciones hacia el estudio de los comportamientos, la psicología y las actitudes de las personas, por un lado, y por otro, hacia el estudio de los factores funcionales y estructurales (66).

En la segunda etapa, en el marco de la teoría y los objetivos del desarrollo económico y la modernización, aparecieron una serie de estudios monográficos sobre los partidos políticos, los sistemas de partidos y la vida política nacional en distintos países (Cuba, México,

Chile, Brasil), y también análisis de distintas instituciones, corporaciones y grupos sociales: las iglesias, el ejército, las elites, los estudiantes, etcétera (68). No obstante, en 1971 John Martz advirtió que durante estas dos primeras fases se trató de una producción mecanicista, estéril y sin imaginación, y Silvert (1975) señaló que era preciso un cambio teórico, metodológico y técnico puesto que:

> 'las ciencias sociales fueron diseñadas para buscar la estabilidad, la conjunción, las simetrías, las extrapolaciones intrasistémicas, la separación de las ideas de las acciones, la pasividad de las masas dirigidas por las elites, y sin embargo, hasta el examen más superficial de América Latina revela la centralidad de las clases sociales, las dictaduras, la tortura, la cuestión del poder, la ideología, el nacionalismo' (70).

A mediados del 70, a la luz de los sucesos ocurridos en la región, existía entonces una voluminosa colección de estudios sobre las Fuerzas Armadas en América Latina y su creciente participación en la modernización capitalista autoritaria, entre los que sobresalen *Los militares en la política* (1971) de Alfred Stepan; *Los gobiernos militares en América Latina* (1973) de Phillipe Schmitter; *La política de la intervención militar* (1973) de Mauricio Solaun y Michael Quinn; *Fuerzas Armadas y Política en América Latina* (1976) de Abraham Lowenthal; *Los golpes de estado como proceso* (1977) de John Fitch, entre otros (69 y nota 15).

Durante la tercera etapa, la perspectiva dependentista —en tanto crítica a la teoría desarrollista— y el estudio del nuevo autoritarismo permearon el trabajo de numerosos autores: Alfred Stepan (1973, 1978), Abraham Lowenthal (1976), José Luis Reyna y Richard Weinert (1977), James Malloy (1977), David Collier (1979), Thomas Bruneau y Philippe Faucher (1981), Karen Remmer y Gilbert Merkx (1982), William Canak (1984), César Caviedes (1984), Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela (1986), entre otros (73, y notas 24 y 25).

A juicio de Valenzuela, sin embargo, a excepción de la obra de Immanuel Wallerstein y su noción del "capitalismo como sistema mundial" (en el que el autor incluía a la Unión Soviética y a China), el grueso de los trabajos dependentistas no redundó en un aporte significativo de parte de la academia norteamericana, la cual produjo escasos estudios empíricos y comparativos, y cuyo principal error, según él, consistió en hacer de una serie de trabajos histórico-descriptivos para

explicar el subdesarrollo en América Latina (de Cardoso, Faletto, Sunkel, etcétera) una teoría general (77). Este autor también puso en duda la productividad ulterior del modelo de O'Donnell y su explicación de porqué en los países más industrializados y 'desarrollados' había surgido una nueva clase de autoritarismo, y que según Remmer y Merkx (1982) no era más que una tipificación ideal (78).

A la vez, producto de una mayor colaboración intercontinental aparecieron una serie de trabajos que apuntaban en diversas direcciones: las expresiones políticas en los barrios marginales (Alejandro Portes y John Walton 1981, Janice Perlman 1976, David Collier 1976, Wayne Cornelius 1975, Susan Eckstein 1977, Larissa Adler Lomnitz 1977, Bryan Roberts 1978, Joan Nelson 1979); las relaciones internacionales entre EE.UU. y los países de América Latina (Kevin Middlebrook y Carlos Rico 1985, Abraham Lowenthal 1983, Jorge Domínguez 1978); la relación entre las compañías multinacionales y los Estados nacionales (Theodore Moran 1974 y 1978, Peter Evans 1979 y 1982, Richard Newfarmer 1980 y 1985, Douglas Bennett y Kenneth Sharpe 1985, Gary Gereffi 1983); el derrocamiento de los gobiernos democráticos (Juan José Linz y Alfred Stepan 1978, Arturo Valenzuela 1978) (Valenzuela nota 29, págs. 200-201).

Abraham Lowenthal, del Programa sobre América Latina del Centro Woodrow Wilson, impulsó "el estudio de la democracia" en América Latina. A principios de la década del 80 ello condujo al estudio de los procesos de "transición" y de restauración de la democracia, en el marco del cual, por ejemplo, en 1984 se organizó una conferencia sobre el caso de Uruguay a cargo de Charles Gillespie[43] (Universidad de Wisconsin en Madison, y estudiante de Linz en Yale), junto a Louis Goodman (Escuela del Servicio Internacional de la Universidad Americana en Washington), el politólogo uruguayo Juan Rial y Peter Winn (Tufts).

43 Charles Gillespie falleció en 1991, a los 32 años, y no ha de confundirse con Charles Anthony Gillespie, especialista en América Latina graduado de la UCLA, miembro del Servicio Exterior de EE.UU. y de la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado, que se desempeñó como embajador en Nicaragua, jugó un papel protagónico en la invasión de Granada en 1983 —la planificó— y en la guerra contra el narcotráfico en Colombia en la década del 80, y también fue embajador en Chile durante la dictadura de Augusto Pinochet.

Respecto a la cuarta y última etapa de los estudios en ciencias políticas, Valenzuela destaca la ausencia de nuevos paradigmas fuertes (75), pero también una mayor conciencia epistemológica y un eclecticismo teórico y metodológico (80). Vuelve a insistir en la falta de trabajos empíricos y comparados en parte como resultado de la propia situación política. Para unos, las dictaduras no hacían atractivo viajar y residir en América Latina; para otros, América Latina había dejado de ser un problema y ahora una región segura desde el punto de vista de los intereses estratégicos de EE.UU. También, a raíz de su perfil generacional los politólogos norteamericanos enfrentaron mayores dificultades familiares y profesionales para ausentarse y vivir en la región; el campo atrajo a menos nuevos estudiantes, y por último, muchos académicos y centros de investigación en América Latina también fueron blanco de persecuciones y represión y sufrieron el desmantelamiento de sus programas, lo que también repercutió negativamente en la actividad académica (78-79).

A Valenzuela le sorprende —y lamenta— la escasez de estudios sobre Chile, Argentina y Uruguay durante este período, sobre todo porque los académicos norteamericanos tenían más facilidades para investigar en tales circunstancias. A la vez, apunta un creciente interés disciplinario por la política exterior de EE.UU., tanto de su relación con las dictaduras militares en el Cono Sur como con las tiranías, los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios en América Central (en Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Honduras) como ponen en evidencia los trabajos de Mark Rosenberg (1984), J. Mark Ruhl (1984), James Cochrane (1985), Morris Blackman et al. (1986), etcétera (Valenzuela nota 41, pág. 202).

En respuesta a abordajes más abstractos derivados de determinaciones económicas y culturales generales, Jonathan Hartlyn sugirió volver a concentrarse en elementos más discretos: los partidos políticos, las elecciones, los grupos de presión, la burocracia, los mecanismos de toma de decisiones, etcétera (80).

Por último, Valenzuela identificó la falta —y por ende, la necesidad— de estudios sobre los distintos tipos de Estado y de régimen (80, 85), la relación entre el Estado y la sociedad civil (los partidos, los sindicatos, las asociaciones de empresarios, las organizaciones estudiantiles, etcétera) (82), sobre las Fuerzas Armadas como "un actor más" en el escenario político (83) y continuar con los estudios de economía política en la

línea de una serie de valiosos trabajos[44], atendiendo a los distintos actores (las agencias multilaterales, las instituciones financieras, las corporaciones multinacionales, el entrelazamiento entre el capital extranjero y el nacional, etcétera) pero poniendo el énfasis en estudios detallados y concretos de cada situación nacional (84) y considerando tanto los antecedentes histórico-estructurales como el margen de elección y decisión que existe incluso dentro de ciertos parámetros y condicionamientos estructurales (86), quizás ineludibles en el corto plazo.

*Ciencias económicas*

Albert Fishlow, por su parte, traza una relato de la historia económica de la región en paralelo con una historia del pensamiento económico —"las ideologías económicas" (110)—, todo organizado en torno a la descripción de "cuatro modelos" —cada cual con su propia biblioteca—, a saber: (a) el modelo estructuralista que ofició de marco al proyecto de desarrollo y modernización capitalista basado en la industrialización sustitutiva de las importaciones (I.S.I.) durante la década del 50, (b) la crítica dependentista a las deficiencias de la teoría de la modernización, apuntando las limitaciones, contradicciones y paradojas en la que incurrió la industrialización sustitutiva y de crecimiento "hacia adentro" (en la medida que se generaba empleo y se propiciaba el consumo interno) y las políticas desarrollistas dependientes (98), (c) el modelo monetarista internacional, el cual también entró en crisis a principios de los 80, ocasionando primero el desprestigio y luego el colapso de las dictaduras militares, y (d) el modelo de crecimiento dirigido por las exportaciones o "hacia afuera", basado en el ejemplo de las economías del sureste asiático, especialmente Corea del Sur y Taiwán (89). Entre los trabajos que en este período se ocuparon del estructuralismo de los 50, Fishlow destaca la obra de H. W. Arndt sobre los orígenes del estructuralismo económico (1985), de O'Donnell (1978), de Nora Lustig (1982) y del propio autor (1984) (Nota 3, págs, 204-205).

44 Se refiere a los trabajos de Richard Fagen 1979, Rosemary Thorp y Lawrence Whitehead 1979, Alejandro Foxley 1983, Ricardo Ffrench-Davis 1983, Miguel Wionczek 1984, Christian Anglade y Carlos Fortín 1985, Esperanza Durán 1985, Jonathan Hartlyn y Samuel Morley 1986, Antonio Jorge et al. 1985, Barbara Stallings 1987, entre otros (nota 48 pág. 203).

Esto contrasta con un corpus mayor de estudios enmarcados en la Teoría de la Dependencia, muchos de los cuales ya han sido relevados por Berger, Halperín, Johnson y Valenzuela, y que otra vez pone de manifiesto el buen recibimiento y el impacto que tuvo a lo largo y ancho del espectro académico el trabajo de los economistas Samir Amir (1974) y Richard Newfarmer (1985), de los sociólogos Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto (1969), Peter Evans (1979, 1981, 1985) y Gary Gereffi (1981), y de los politólogos Guillermo O'Donnell (1971), David Collier (1979), entre otros. Fishlow destaca aparte un artículo de D. Platt (1980) publicado en *LARR* donde este critica a los dependentistas por su "interpretación inadecuada" de la historia económica de América Latina durante el s. XIX y la respuesta de Stanley y Barbara Stein a Platt (99, y nota 5 pág. 206).

La crisis de la industrialización nacional no se resolvió con una salida por la izquierda —como proponía o deseaba la perspectiva dependentista—, sino por la derecha, adoptando dos modalidades: mediante un capitalismo dirigido por el Estado desarrollista a manos de las Fuerzas Armadas y sus socios en la industria, la banca y el sector primario (que se practicó en Argentina y Brasil desde mediados de la década del 60 a mediados de la década del 70), o bien, por la vía de políticas monetaristas como las que se implementaron en las dictaduras militares de Argentina, Chile y Uruguay en las décadas del 70 y 80 (102). Estas políticas en particular fueron promovidas por una serie de economistas formados en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chicago ("la escuela de Chicago") asociados a las ideas y propuestas del gurú neoliberal y Premio Nobel, Milton Friedman, autor del libro *Capitalismo y libertad* (1982). Los *Chicago Boys*, como se los llegó a llamar, fueron influyentes en la Argentina gobernada por la Junta Militar, y muy especialmente en el Chile de Pinochet.[45] Las distintas variantes del monetarismo también estaban en la base de las recetas de estabilización que dispensaba el Fondo Monetario Internacional (F.M.I.) en aquella época (104).

45 Algunos *Chicago Boys* que se desempeñaron al frente de diferentes ministerios y en otros altos puestos de la dictadura, fueron Jorge Cauas, Sergio de Castro, Pablo Barahona, José Piñera, Sergio de la Cuadra, Miguel Kast, Juan Carlos Méndez, Alvaro Bardón, Juan Ariztía Matte, Hernán Büchi (formado en Columbia), entre otros.

Entre numerosos estudios sobre el monetarismo en América Latina Fishlow destaca el número especial de la revista *Desarrollo Mundial* (*World Development)* dedicada por entero a "la liberalización con estabilización en el Cono Sur de América Latina" (1982), la colección de estudios de caso *Liberalización económica y políticas de estabilización en Argentina, Chile y Uruguay* (1984), compilada por Nicolás Ardito Barletta, Mario Blejer y Luis Landau; *Estabilización y liberalización: Evaluación de diez años de experimentación con políticas de libre mercado en Chile* (1985) de Sebastián Edwards, entre otros: Jacob Frenkel y Harry Johnson (1978), Joseph Ramos (1980), A. C. Lemgruber (1984), Mario Simonsen (1984), etcétera (nota 7, págs. 206-207).

Para Fishlow las políticas de estabilización del F.M.I. eran políticas para el corto plazo pero no constituían ninguna estrategia de desarrollo, cosa a que sí aspiraba la política de crecimiento liderado por las exportaciones —o de "crecimiento hacia afuera"— gobernado por el mercado. Esta política aconsejaba la apertura financiera y comercial, la integración plena al mercado internacional y dejar hacer al mercado (*laissez-faire*) con la menor interferencia estatal posible (105). Según Fishlow, este modelo adolecía de varios problemas: primero, no era necesariamente generalizable —"ni siquiera replicable" (108)—, y segundo, era engañoso el papel que tocaba jugar al Estado puesto que ya había suficiente evidencia que el éxito de Taiwán y Corea del Sur no se debió a la neutralidad del Estado ni a "la mano invisible del mercado" —según aducía la teoría neoclásica del libre mercado— sino, por el contrario, a "una estrategia coherente de intervención estatal" (110). En cualquier caso, al igual que el modelo de la industrialización sustitutiva y el mercado hacia adentro, el modelo de crecimiento hacia afuera tampoco fue ninguna panacea (108). En el repaso de la literatura sobre el modelo neoliberal se mencionan los trabajos de Jagdish Baghwati (1978), Bela Balassa (1981 y 1985), Anne Krueger (1978, 1983 y 1984), R. Agarwala (1983), William Cline (1984), en su mayoría propuestas genéricas para los llamados 'países en vía de desarrollo', celebratorias de las virtudes del modelo. Muy pocos de estos trabajos, sin embargo, trataban sobre América Latina, siendo la excepción el artículo "La deuda externa y los resultados macroeconómicos en América Latina y el Sudeste de Asia" (1985) de Jeffrey Sachs, joven profesor estrella de Harvard que se hizo célebre por recomendar "políticas de *shock*" para América Latina, Europa del Este y la ex-Unión Soviética (Nota 9, pág. 207).

Tras la crisis de principios de los 80, el principio del fin de los gobiernos militares cuyas consecuencias económicas negativas hicieron que se hablara de "la década perdida", y con el inicio de los procesos de restauración democrática en Argentina, Brasil y Uruguay, comenzó a cobrar vigor el enfoque neo-estructuralista basado en la legitimidad y la negociación política, el pragmatismo, la flexibilidad y la inexistencia de soluciones instantáneas (119). Esto coincidió con el convencimiento de que la economía va de la mano de la política: de acuerdos, de toma de decisiones, de objetivos que se trazan, de valores subyacentes, de producción de expectativas, etcétera (117). Las cuatro principales preocupaciones de la literatura neo-estructuralista de mediados de los 80 fueron el problema de la deuda externa, la necesidad de contener la inflación, la redistribución de la riqueza y el papel que debía jugar el Estado nacional (111). Entre algunos trabajos basados en la perspectiva neo-estructuralista, Fishlow destaca el trabajo sobre la intermediación financiera internacional de Edmar Bacha y Carlos Díaz-Alejandro (1982), el libro *Macroeconomía estructuralista: Modelos aplicables para el Tercer Mundo* de Lance Taylor (1983) y cuyo título pone de manifiesto el enfoque de esta corriente; el balance del "experimento monetarista" en Chile de Ricardo Ffrench-Davis (1983); el artículo "La represión financiera, los nuevos estructuralistas y las políticas de estabilización en los países semi-industrializados" de Edward Buffie (1984); el análisis de "Los experimentos económicos neoconservadores en América Latina" de Alejandro Foxley (1984); el estudio de la relación entre la deuda de los países subdesarrollados y los países industrializados, de Rudiger Dornbusch (1985); y el estudio de la crisis de la deuda externa "desde la experiencia latinoamericana" de Miguel Wionczek (1985), entre otros (Nota 21, págs. 208-209).

*Sociología*

El informe del cubano-estadounidense Alejandro Portes (Universidad de John Hopkins) acerca de la sociología entre 1975 y 1985 pone de manifiesto tanto la proximidad de la sociología latinoamericanista norteamericana con los especialistas en el área de las otras ciencias sociales (historia, ciencias políticas, economía), así como también las divergencias en cuanto a sus objetivos, temas, tradiciones, enfoques teóricos y metodologías no solo entre la sociología latinoamericana y la

estadounidense sino entre la sociología latinoamericanista en EE.UU. —subsumida dentro de la categoría "sociología del desarrollo"— y las corrientes predominantes en la propia sociología norteamericana (121).

Respecto a la sociología en América Latina, Portes advierte que a raíz de las dictaduras militares, la carrera universitaria fue debilitada y en algunos casos clausurada; los practicantes debieron refugiarse en institutos y centros de investigación privados financiados desde el exterior, y la investigación, en el pasado enmarcada por los grandes debates filosóficos e ideológicos, derivó hacia la micro-sociología y hacia temas más concretos, específicos y prácticos en torno a "las cosas que están ocurriendo" (125), por ejemplo, la pobreza urbana, el informalismo, la emigración, el trabajo femenino, etcétera. A manera de ejemplo, menciona las investigaciones de Elizabeth Jelin y María de Carmen Feijoó en Buenos Aires, de Dagmar Raczinsky y Claudia Serrano en Santiago, de Ruth Cardoso, José Pastore y Francisco Weffort en Brasil, de Suzana Prates y Carlos Filgueira en Uruguay, entre otros (notas 4 y 6 pág. 210).

En la medida que ahora el principal enemigo eran los gobiernos autoritarios en sus propios países y ya habían cesado "los grandes proyectos" de investigación típicos de los 50 y 60 que utilizaron a América Latina como laboratorio para testear las hipótesis y los experimentos de la modernización (124), los sociólogos ahora no dudaron en buscar apoyo en las fundaciones y las universidades norteamericanas, estrechar lazos con sus colegas en EE.UU. e incluso aprovechar para ir a estudiar al exterior (123-125). En *Los trabajos de la sociología* (1988) Carlos Filgueira menciona la Universidad de Wisconsin en Madison, Stanford, Yale y Chicago como algunos de los sitios en EE.UU. donde fueron a formarse algunos sociólogos uruguayos (62).

En cuanto a la sociología latinoamericanista en EE.UU., Portes explica que nunca adquirió el estatus que el latinoamericanismo gozó en otras disciplinas (como por ejemplo, en la Historia, la Antropología o el Hispanismo). Además, en este período debió enfrentar el declive en las oportunidades de financiación y un interés mucho menor en la región. Esto trajo como resultado que el número de sociólogos estadounidenses interesados en América Latina fuera muy pequeño, si bien eran muy destacados y comprometidos con su trabajo, se desempeñaban en centros de estudios latinoamericanos firmemente establecidos (por ejemplo, en la Universidad de California en Berkeley; la Universidad de Wisconsin en Madison; Duke, la Universidad de Carolina del Norte,

etcétera), viajaban con frecuencia y residían en la región por largos períodos, y por lo general también se plegaban al estudio de los temas y problemas que se planteaban en la región y también a los métodos y teorías que allí se preferían y privilegiaban (126).

Para Portes, algunos de los mejores ejemplos de la aplicación del método histórico-estructural promovido desde América Latina fue obra de algunos sociólogos latinoamericanistas norteamericanos formados en los 70. Tal el caso del estudio de Susan Eckstein sobre la pobreza y la política urbana en la ciudad de México (1977); de Peter Evans sobre "la triple alianza" entre las multinacionales, el Estado y la burguesía local que llevaba adelante el capitalismo dependiente en Brasil (1979); el análisis de la desnacionalización de la industria farmacéutica en México (1983) de Gary Gereffi; la discusión crítica de Karen Remmer y Gilbert Merkx del concepto de Estado burocrático-autoritario (1982); los estudios de la emigración dominicana de Sherri Grasmuck (1984), o la investigación de Stephen Bunker sobre la colonización de la Amazonia (1985), entre otros (126).

Además de numéricamente insignificantes para la academia norteamericana, el perfil de los sociólogos latinoamericanistas se diferenciaba del *mainstream* en que no estaban tan estrechamente especializados como el resto de sus colegas, y aunque no eran tan 'generalistas' como sus pares latinoamericanos (129), sus temáticas y trabajos eran bastante más abarcadores que lo que era la norma en EE.UU. También, la tendencia era evitar la especialización regional o enfocarse en un solo país, y explorar ciertos temas y cuestiones desde una perspectiva comparada (127). Algunos ejemplos de esto fueron el análisis de Eckstein de los factores determinantes de las revoluciones en México, Bolivia y Cuba (1975); la comparación de los patrones de dependencia y desarrollo en los países semi-periféricos de Gereffi y Evans (1981); la exploración de Saskia Sassen acerca de la relación entre las inversiones de EE.UU. en las industrias de exportación y la emigración en México y los países del Caribe (1984), o el estudio comparado de William Canak de varias experiencias latinoamericanas de capitalismo de Estado y de regímenes burocrático autoritarios (1984) (128, y nota 9).

Aun cuando se operaba dentro del marco y horizonte teórico y político de la dependencia, a mediados de los 80 la sociología en América Latina se interesó más por el Estado nacional (y menos por los factores externos), por hacer el seguimiento del proceso de restauración

democrática (129), estudiar las bases y condiciones de la viabilidad democrática (132) y por las formas de pensar y actuar de los actores sociales y políticos nacionales y locales (133).[46]

A mediados de los 70, no obstante, se procesó una transformación teórico-metodológica que socavó —o al menos sacudió— las bases y premisas de la sociología norteamericana de los 60. Una de tales premisas era que las sociedades nacionales individuales eran un objeto o unidad válida de estudio. Otra era que existía una brecha entre los países desarrollados y los países subdesarrollados y que el imperativo era que, incorporándose plenamente a la economía de mercado, los segundos alcanzaran el nivel de los primeros; o en el caso de la izquierda, que se organizara un nuevo orden económico internacional sobre bases más justas y equitativas (131). Según se adoptara la perspectiva de la Modernización (capitalista) o de la Dependencia, la brecha era consecuencia, en el primer caso, de la persistencia de la tradición y de prácticas y valores obsoletos, y en el segundo, de las transferencias económicas que, debido a su posición hegemónica, los países desarrollados extraían de los subdesarrollados (131). En efecto, en los 80 existió un vigoroso esfuerzo por comprobar —mostrar evidencia empírica— la Teoría de la Dependencia que ilustran los trabajos de Volker Bornschier, Christopher Chase-Dunn y Richard Rubinson (1978, 1985).

Pese a lo anterior, para Portes, mucho más impactante para la sociología fue la adopción de la teoría del "sistema-mundo" —del capitalismo como sistema mundial— elaborada por Immanuel Wallerstein (1974, 1977, 1978), en buena medida una ramificación de la propia Teoría de la Dependencia, solo que ahora, al menos en el s. XX, no se podía pensar que había un "afuera" del sistema capitalista, aunque sí un "más adelante". Una de las repercusiones de dicha perspectiva era que ahora la economía capitalista mundial también era una unidad de análisis válida, desplazando a las sociedades nacionales como unidad de análisis y punto de partida (134). Desde el punto de vista metodológico, esto suponía partir de la cartografía y el análisis de los procesos a escala del sistema mundo y luego recién analizar el modo en que las sociedades

46 Carlos Filgueira en Charles Gillespie, Peter Winn et al. (1985) en Uruguay, José Joaquín Brunner (1981) y Norbert Lechner (1982) en Chile, Marcelo Cavarozzi (1983) en Argentina, Fernando Henrique Cardoso (1982) en Brasil, etcétera.

individuales y determinados grupos sociales se integraban o quedaban marginados (135). Esta perspectiva también desafiaba la idea de que había países desarrollados y subdesarrollados separados por una brecha, en la medida que las corporaciones transnacionales se desplegaban a lo largo y ancho del sistema mundo, reproducían estructuras y culturas bastante similares sin importar demasiado el régimen político, el grado de industrialización o las culturas en las que se insertaban (con sus pobres y sus ricos, sus integrados y sus marginados), y de hecho, entrelazaban, unificaban y marginaban poblaciones de distintos países al margen de los Estados y las culturas nacionales (136).

Ese nuevo marco teórico-metodológico revitalizó la sociología latinoamericanista entendida ahora como el estudio de "flujos centro-periferia". Los focos de interés eran de cuatro tipos: a) el estudio de los flujos de capital, b) los flujos de tecnología, c) los flujos culturales, ideológicos, discursivos, y d) los flujos de personas y poblaciones enteras. (136-7). En cuanto a los dos primeros —los flujos de capital y de tecnología— Portes apunta los estudios de Evans y Gereffi ya mencionados. En cuanto a la transferencia cultural resalta las investigaciones de John Mayer y sus colegas en Stanford, y los estudios de la difusión de diversas ideologías, mitos y doctrinas sociales, políticas y económicas que ocuparon a Joseph Kahl, Susan Eckstein, Janice Perelman y otros. Respecto a los estudios de la emigración y de los flujos de mano de obra en el marco de la reestructura capitalista y su relocalización en el Tercer Mundo, Portes subraya *El capital y el trabajo en el mundo urbanizado* (1985) de John Walton y el volumen *Mujeres y hombres en la división internacional del trabajo* (1983) de la antropóloga June Nash y la socióloga María Patricia Fernández Kelly (137-138).

Otra área de interés nacida de esta última clase de investigaciones fue el tema de la inserción de la mujer en la economía transnacionalizada, que fuera objeto del estudio de María Patricia Fernández Kelly sobre "la industrialización en la frontera entre EE.UU. y México" (1983) y los diversos trabajos de la antropóloga Helen Safa sobre "género y clase social en América Latina" (1976, 1980, 1982 y 1986). Otro terreno de investigación fueron las maquiladoras y el surgimiento de una economía sumergida, ilegal e informal, tanto en América Latina como en EE.UU., esta última alimentada por la inmigración latinoamericana, tanto legal como indocumentada, en donde se destaca el volumen *El sector informal urbano* (1984) del propio Alejandro Portes y el trabajo

de Roger Waldinger sobre la industria de la vestimenta en Nueva York incluido en *Los hispanos en la economía de EE.UU*. (1985) de G. J. Borjas y M. Tienda (138 y notas 24 y 28, pág. 213).

Respecto al peligro de la pérdida de identidad de la sociología, unas veces demasiado apegada a la economía o a la política y otras a la antropología y los estudios de las ideas, los discursos y la cultura, Portes subraya que todos los procesos económicos, políticos y culturales tienen lugar en el nivel social, es decir, son obra de actores sociales que actúan en el marco de normas, relaciones, redes, estructuras e instituciones sociales específicas que, para Mark Granovetter, determinan el curso de todo lo demás y que son, en definitiva, el objeto del estudio sociológico (141).

*Antropología*

El recuento de la mexicana Lourdes Arizpe de lo acontecido en la antropología subraya la renovación teórica y metodológica así como los nuevos temas, preocupaciones y aportes de esta disciplina. Su relato se limita a repasar lo sucedido fundamentalmente en la etnología y la antropología social, dejando de lado el resto de las especializaciones tradicionales, como la antropología física, la arqueología, la etnohistoria y la lingüística, o especialidades emergentes en aquel entonces, como la antropología ecológica y la antropología simbólica. (144) Arizpe pone de relieve el creciente protagonismo de los latinoamericanos en este campo y toca apenas tangencialmente los estudios antropológicos en EE.UU., los cuales, en todo caso, es lo que aquí nos proponemos realzar.

Hasta la década del 50, en EE.UU. la antropología era practicada mayoritariamente por extranjeros y su trabajo se enmarcaba dentro de dos tradiciones: el relativismo cultural de Franz Boas y la escuela de etnología francesa de Marcel Mauss. A mediados del s. XX, los antropólogos se dedicaron fundamentalmente a tres tipos de actividades. Primero, al registro, descripción y clasificación de las culturas indígenas que estaban desapareciendo, especialmente en la Amazonia (144). Segundo, en aquellos países como México, Perú y Colombia donde los pueblos indígenas conformaban comunidades de agricultores con varios siglos de historia, las investigaciones se enfocaron en el estudio de dichas comunidades en la línea de los trabajos de Robert Redfield, Manuel Gamio, George Foster y Oscar Lewis (en México), Bernard Mishkin (en Perú) y Sol Tax (en Guatemala) (145). La antropología

y sus estudios aplicados de "desarrollo de la comunidad" se alineaban con las políticas de modernización y desarrollo rural de los 50 (145). Tercero, en la medida que se pensaba que las culturas y las tradiciones nativas eran un impedimento para el desarrollo, surgieron teorías y también políticas "indigenistas" (o hacia los indígenas) que buscaban la integración de los indígenas a la sociedad y la cultura nacional —al precio de su aculturación— y perseguían viabilizar y facilitar el desarrollo (145).

La década del 60, en cambio, estuvo caracterizada por la disconformidad y el rechazo hacia los estudios etnográficos y de las comunidades, lo mismo que de las políticas desarrollistas "indigenistas". También, se produjo un cuestionamiento radical de las premisas tanto del relativismo cultural como del funcionalismo, y siguiendo los aportes de Julian Steward (Columbia) y Julio de la Fuente, Gonzalo Aguirre Beltrán y Eric Wolf (Universidad de Michigan) se abrió toda una nueva perspectiva basada en el estudio de la relación de dominación y explotación de los indígenas en el contexto de la dinámica metrópolis-periferia propia del planteo dependentista y la noción del colonialismo interno propuesta por el sociólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen. Ahora los nativos ya no eran simplemente representantes de 'otra cultura' o 'descendientes de antiguas civilizaciones' sino pueblos colonizados y campesinos viviendo en el seno de sociedades y economías modernas —y transnacionalizadas— y discriminados y explotados por estas (145).

Una de las implicaciones de lo anterior fue el cuestionamiento de la validez de inmiscuirse en la vida de los otros y la obtención de información (muchas veces, sensible desde el punto de vista económico y político), lo que a la larga servía para consolidar la hegemonía y enriquecer a las elites nacionales y a los países metropolitanos.

Los cuestionamientos a la jerarquía de saberes y de culturas que subyace a la antropología tradicional y al desarrollismo nacionalista, confluían a su vez con la noción de la pedagogía del oprimido y la idea del 'intercambio horizontal de saberes' como parte de un proceso colectivo de concientización mutua, de movilización política conjunta y de transformación del mundo del que provienen los propios antropólogos y en el que los nativos ocupan una posición subordinada. En efecto, otra consecuencia de los cuestionamientos teóricos y metodológicos de aquella época fue la adopción del método de la acción-investigación mediante el que los antropólogos unas veces denunciaron la represión y las condiciones de trabajo y explotación y otras se involucraron y

fueron "observadores partícipes" de movilizaciones llevadas a cabo por las comunidades indígenas campesinas en las que trabajaban: actos reivindicativos, reuniones organizativas, manifestaciones, tomas de tierras (146).

A partir del estudio de la discriminación y dominación de los indígenas, la antropología contribuyó al estudio de otras formas de dominación. Según Cynthia Hewitt, si al superponer la geografía, la economía y las clases sociales la sociología había conseguido poner al descubierto el problema del neocolonialismo y la dependencia, la antropología hizo visible la discriminación étnica como la tercera dimensión o faceta de la situación colonial (147).

A principios de los 70, la antropología "comprometida" ya no se limitó a describir y explicar la dominación sino que se había propuesto ser parte del cambio social (147). Esta evolución de la antropología también fue una consecuencia de los acontecimientos sociales y políticos en EE.UU. (movimiento de los derechos civiles, movilización estudiantil, oposición a la guerra en Vietnam), al auge del marxismo aplicado a la antropología (Peter Worseley, Maurice Godelier, Claude Meillassoux, Pierre-Philippe Rey) y el surgimiento de la perspectiva tercermundista por la que abogaron el sociólogo indio Andre Betéille (profesor en Berkeley y Chicago), Talal Asad (Universidad de la Ciudad de Nueva York, *CUNY*), entre otros (147).

A mediados de los 70, mientras que en EE.UU. y en Europa las ciencias sociales seguían enraizadas en una serie de grandes problemáticas filosóficas (la libertad personal versus los constreñimientos sociales, la racionalidad versus las emociones y los sentimientos, la Cultura versus la Naturaleza), en América Latina, aunque también por supuesto interesaban estas cuestiones, la experiencia y otras urgencias habían llevado a privilegiar otros asuntos: la unidad versus la diversidad, los problemas de la imitación y el aislamiento, la autoridad y el corporativismo, la violencia de la naturaleza versus la violencia que resulta de la imposición de una civilización, etcétera (149).

Un asunto ciertamente crucial fue la transformación de los nativos en tanto miembros de una comunidad en "indios genéricos", es decir, integrantes de un grupo socialmente discriminado. "Indios" no eran solamente los que reivindicaban para sí y celebraban una determinada identidad cultural ancestral, sino sobre todo los que eran categorizados y tratados —maltratados— como tales. Los estudios de Judy Friedlander

en Huayapán (1975) y de Arizpe sobre la comunidad Mazahua (1978) muestran que "ser indio" se volvió negativo y pasó a estar asociado con no poder acceder a ciertas oportunidades, privilegios y bienes a los que sí pueden aspirar y consiguen acceder el resto de los grupos sociales (150).

En los 80, en respuesta a la idea de las culturas indígenas como residuos del pasado condenados a desaparecer o comunidades que deben aculturarse y asimilarse como paso previo y como precio a su integración a la cultura nacional y al mundo moderno, surgió la idea de que el desarrollo sí era posible aceptando la existencia de tradiciones culturales divergentes y valiosas, y de hecho, que el verdadero desarrollo solo era posible de esta forma (150). El reconocimiento y valorización de las otras culturas dio paso al concepto del pluralismo cultural —y a políticas de Estado consecuentes—. Según este concepto no solo las comunidades indígenas sino también los campesinos, los grupos urbanos de bajos ingresos, la minorías étnicas, las comunidades de inmigrantes, etcétera, eran capaces de crear discursos y representaciones simbólicas tan originales y valiosos como los discursos de la elite, el discurso académico o la cultura de masas. Esto abrió paso, a su vez, al interés por las culturas populares —diferenciadas del simple folklore— y por los modos de vida de las clases subalternas, en ambos casos enmarcadas dentro de la dinámica capitalista y el sistema mundial (151). Por lo demás, el propósito de los trabajos antropológicos ya no era limitarse a registrar y explicar sino a apoyar la producción cultural y la creatividad de estos grupos (152).

Otro problema que se planteó fue la legitimidad de la práctica antropológica llevada a cabo por extranjeros —o simplemente por personas ajenas a la comunidad— que se hallaban en posiciones socioeconómicas o políticas más privilegiadas (148). Se reeditaba así el debate en torno a "la perspectiva de afuera" (*etic*) versus "la perspectiva de adentro" (*emic*) y que en sus formas más extremas derivaba en la supuesta objetividad científica de unos y el esencialismo de los otros, para quienes nadie que no perteneciera al grupo podía realmente llegar a conocer y entender su cultura y su historia. En cualquier caso, en la década del 70 las comunidades indígenas reclamaron su derecho a hablar por sí mismas y a encargarse de preservar y administrar su herencia y patrimonio cultural (152). También surgieron antropólogos e historiadores indígenas que se desempeñaron en el ámbito de la etnografía, la lingüística y la interpretación de documentos desde su

propia visión de mundo (154). Arizpe menciona la obra del etnólogo aymara Mauricio Mamani (1982); el trabajo de Jacinto Arias Sojom sobre los Mayas (1978); la reinterpretación del Popol Vuh que hizo Adrián Chávez, un nativo hablante kiché (1979), o el trabajo del historiador nahua Luís Reyes (154 y notas 18 y 19). Todo ello puso en tela de juicio el papel tradicional del antropólogo, la relación entre el antropólogo y sus informantes, y el propio estatus del antropólogo en tanto intérprete calificado, autoridad, vocero, científico, etcétera.

El desarrollo de movimientos indígenas, no obstante, generó reacciones dispares. Algunos antropólogos advirtieron sobre la cultura y la posición conservadora de algunos de estos movimientos, el peligro del separatismo y la fractura de la unidad nacional, y hasta la posibilidad de que fueran manipulados desde el extranjero. Otros, más que nada los antropólogos extranjeros, aun concientes de estos problemas, igualmente se volvieron fervientes partidarios de estos movimientos indígenas, sus prerrogativas y sus derechos (154).

Arizpe resalta, asimismo, los aportes de la antropología a la historia social del campesinado, tanto en Mesoamérica como en la zona andina, y del modo en que se complementan el trabajo de antropólogos e historiadores, como por ejemplo, en el caso de John Murra y Karen Spalding. Arizpe señala que el trabajo de Spalding, en particular, muestra, parafraseando a Darcy Ribeiro, 'la transformación del indio genérico en campesino genérico' (155). En efecto, otro asunto relacionado fue el tema del campesinado, al que contribuyeron numerosos antropólogos estadounidenses y británicos (Kate Young, Olivia Harris, Carmen Diana Deere, Norman Long, Michael Redclift, Michael Taussig) quienes abordaron distintas cuestiones: la reforma agraria, la economía campesina, el capitalismo agrario, la migración del campo a la ciudad, los movimientos de campesinos, etcétera. También, el debate entre "campesinistas y descampesinistas" —en términos de Ernest Feder—, los primeros realzando las estrategias de resistencia y la capacidad creativa frente a las presiones del Estado y el mercado, y por consiguiente como formas sociales viables, alternativas y de las que se debía aprender; los segundos, señalando la inexorabilidad de la desaparición de los modos de producción precapitalistas frente al empuje de las relaciones y los modos capitalistas de producción (157).

Entre las nuevas corrientes de la antropología de fines de los 70 y principios de los 80, Arizpe menciona el área de la antropología urbana,

en particular, el seguimiento de las comunidades que migraron a la ciudad (y muchos de ellos pasaron a ser los nuevos pobres y los *cholos* de las ciudades), de su integración o marginación del sistema social y económico, de sus estrategias de sobrevivencia (económica, social, cultural, etcétera), de sus formas de representación y de presentación en público, de sus discursos y visiones del mundo (158).

Otro campo emergente fue la antropología médica y el estudio de la medicina tradicional (en no poca medida, en tanto espacio o reserva de poder local), de la dieta, y por ejemplo, la relación entre el consumo de proteína y las características de la ocupación del suelo en las comunidades indígenas (como en los trabajos de Betty Meggers 1974, Daniel Gross 1977, Katherine Milton 1984), o el consumo de coca y su papel en la adaptación al ambiente (Andrew Fuchs 1978), etcétera (158 y notas 33 y 34).

Una tercera línea fue el estudio de las condiciones de vida de la mujer en América Latina: la mujer en la comunidad indígena, en el medio rural, en la sociedad capitalista, y más recientemente, en tanto mano de obra asalariada en enclaves industriales y plantas de ensamblado (maquilas) que, para abaratar costos, las corporaciones transnacionales empezaron a relocalizar y a montar fuera de fronteras: en México, en los países de América Central y el Caribe, en América del Sur. En tal sentido se destacan los trabajos de Carmen D. Deere (1981) y de Susan Bourque y Kay Warren (1981) sobre la mujer campesina en la región andina, y de Helen Safa (1984) y María P. Fernández Kelly (1983) acerca de la mujer en la industria en Brasil y México respectivamente (159 y notas 35-37).

A manera de balance, Arizpe señala que durante este período la antropología se benefició de la adopción de ideas y modelos de otras ciencias sociales: de la historia y la sociología, la perspectiva histórico-estructural; de la economía y la ciencia política, una visión diacrónica del desarrollo y un interés en el Estado y los movimientos sociales; del marxismo, un interés por los movimientos sociales y políticos y los procesos históricos de larga duración, etcétera. A su vez, por su parte, la antropología aportó valiosos datos microsociales surgidos de sus estudios de campo intensivos; mostró con detalle el modo en que el mercado internacional penetraba incluso en los pueblitos y las comunidades más remotas; que a pesar de las grandes tendencias macrohistóricas los campesinos, los indígenas y otros grupos sociales

desarrollan estrategias que sí pueden alterar el curso de la historia, y que los individuos están inextricablemente insertos en familias, comunidades, o grupos identitarios que también determinan, o por lo menos, intervienen, en el cambio social (160).

*La crítica literaria y cultural*

De mediados de la década del 70 a mediados de la década del 80, la crítica literaria latinoamericana evidenció no solo un mayor y mejor relacionamiento con otras disciplinas, sino también, haciendo honor a sus raíces filológicas, a los aportes de la semiología y a otros insumos, procesó un desarrollo teórico que le permitió tomar por objeto de análisis y crítica toda clase de textos, sistemas de signos y discursos. Para Jean Franco (en aquel entonces en la Universidad de Stanford), en 1980:

> "la crítica literaria ya no es más lo que era, tanto a causa de que un heterogéneo grupo de filósofos, antropólogos y pensadores políticos (...) ha afectado sus categorías básicas, como porque la lectura de los textos y la comprensión de cómo estos adquieren/producen sentido empezó a preocupar no sólo a los críticos literarios sino también a esos mismos historiadores, filósofos y pensadores políticos (...) el surgimiento de la crítica cultural y el análisis discursivo ahora apunta bastante más lejos que el estudio y evaluación de un pequeño número de textos canónicos" (Franco 1981 25).

En cuanto a su acercamiento y forma de trabajar los textos, según el argentino Alejandro Losada, en el pasado la crítica literaria había seguido tres modalidades o "actitudes": el positivismo historicista y erudito (Ricardo Rojas, Luis Alberto Sánchez, Emir Rodríguez Monegal), la interpretación impresionista y subjetivista (José Carlos Mariátegui, Riva Agüero, Martínez Estrada) y el humanismo cultural (José E. Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes) (Losada 1977 71).

A fin de superar estas tres actitudes, a mediados de los 70 Losada identificaba el surgimiento de "tres nuevos modos" de crítica literaria, cada cual con su objeto de estudio, su método, sus operaciones intelectuales, sus tareas y finalidades, y su asociación con un "proyecto social": (a) el formalismo neo-positivista característico del estructuralismo y la semiótica (Barthes, Todorov, Greimas), (b) el idealismo subjetivista, tanto en su variante absolutista e intemporal

(Kayser, Vossler, Pitzer) como en su variante relativista e individualista (Eco, Poulet)[47], y (c) el análisis ideológico marxista, la historia social y la sociocrítica (Lukács, Goldmann, Hauser, etcétera) (Losada 1977 72).

La reseña del argentino Saúl Sosnowski (Universidad de Maryland) del campo de la crítica literaria en EE.UU. entre 1975 y 1985[48], que seguiremos de aquí en adelante, resume y complementa otros trabajos similares en este sentido: los ya mencionados de Losada y Franco, de Hugo Achugar (1978), de René Jara (1981), el volumen de *Texto Crítico* dedicado a "la crítica literaria hoy" (1979) y el número especial de la revista *Ideologías y literatura* dedicado a discutir "los problemas de la crítica socio-histórica de la literatura" (1983).[49]

Según Sosnowski (1985), en estos años el campo se encontraba polarizado. En parte, en función del posicionamiento político e ideológico frente al proceso revolucionario en Cuba (164), y luego, respecto de los golpes de Estado en Chile, Uruguay y Argentina, las dictaduras en el Cono Sur, o la Revolución Sandinista en Nicaragua, etcétera. Esto fue exarcebado, a su vez, por el ingreso en la academia norteamericana de exiliados procedentes de los países afectados por estos sucesos políticos y por el papel protagónico que jugaba EE.UU. en estos conflictos.

Los estudios literarios, además, se diferenciaron a razón de las características de la propia práctica crítica: sus premisas y objetivos, sus enfoques teóricos y metodológicos, el corpus, los temas y problemas que se planteaban y exploraban, e incluso por la forma en que se intentaba responder a las demandas del mercado laboral y la industria editorial. Sosnowski identificaba "al menos dos grandes corrientes" (164). Por

47 Estas fueron revisadas y criticadas por Valentín N. Voloshinov en "El estudio de las ideologías y la filosofía del lenguaje. Críticas al objetivismo abstracto y al subjetivismo idealista" en *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929) Traducido y publicado por la Universidad de Harvard (Cambridge, Mass.) en 1986.

48 La versión en castellano apareció publicada dos años más tarde con el título "Crítica literaria hispanoamericana en Estados Unidos: Visiones desde la periferia" en Revista de crítica literaria latinoamericana, Año XVI, Nº 31/32 (1990), págs. 267-289.

49 Este último recoge ensayos de Hernán Vidal, René Jara, Jean Franco, John Beverley, Marc Zimmerman, Mabel Moraña, Hugo Achugar, Guido Podestá, Cynthia Steele, Thomas Lewis y otros autores.

un lado, una corriente interesada 'principalmente en las habilidades artísticas del autor' y en la creación y despliegue de aparatos críticos 'meticulosos y llenos de lustre' mediante los que se ponía 'el acento en el carácter auto-referencial del lenguaje', la 'autonomía del texto literario' y la inter-referencialidad hacia adentro del sistema literario. Por otro, una corriente interesada en re-situar a la práctica literaria —la cultura en general— en la esfera de lo social, y por lo tanto, que puso el acento en la obra literaria en tanto elaboración simbólica de algo que está afuera del texto y del sistema literario —y sin cuyo auxilio el texto pierde sentido— que es el proceso social en el que participan autores y lectores, y por consiguiente, inserto en determinadas condiciones sociales de producción del texto literario y del sentido del mismo.

Para los primeros, el significado de los textos se hallaba fundamentalmente en su "opacidad", en el espesor, técnica, textura y cualidad de la representación, en los mecanismos y relaciones internas, lo que permitía situar y valorar a los textos en relación con la serie literaria a la que se los afiliaba. Para los segundos, una vez identificados los códigos y las mediaciones del caso, los textos dejaban "transparentar" su referencialidad, su relación con la realidad, y por ende, su significado social y último. Según Sosnowski, ambas corrientes poseían sus propios canales de comunicación (revistas, voceros principales y secundarios, simposios y conferencias, etcétera) y elaboraban su propios "mapas" de la producción cultural, sus propios cánones y "series" de autores y obras (170).

La experimentación formal característica de la literatura de este período permitía a los primeros mostrar los altos grados de tecnificación literaria (171) y 'disfrutar desarmando y volviendo a armar los textos, como quien juega con un mecano' (Franco 25). Para algunos críticos, las obras de Borges, sobre todo, se volvieron emblemáticas de un tipo de literatura que llamaba la atención sobre sí misma —sus ilusiones, sus procesos, sus trampas— y que, supuestamente, no requería de ningún dato extratextual para cobrar sentido (Franco 26). Muchas de estas mismas obras y autores, sin embargo, servían a los segundos para explorar la elaboración ideológica y literaria de la realidad social e histórica, y por ende, el modo en que los escritores, a su manera, intervenían en ella.

La sociocrítica se pensaba a sí misma, además, en el marco de la intelectualidad "orgánicamente" vinculada a las luchas de las clases populares y "comprometida" social y políticamente. En concordancia con lo anterior, seguía de cerca el proceso histórico y social y mediante

la proposición de una serie de problemas culturales y el análisis textual, intentaba hacer su contribución al esclarecimiento de la dimensión simbólica del quehacer social, es decir, el modo en que las ideas intervenían en la construcción de la realidad. En su propio recuento de la crítica literaria hispanoamericana, René Jara (Universidad de Minnesota) explica que los primeros[50] fueron influenciados por el formalismo ruso, la fenomenología de Ingarden, la poética estructuralista francesa, el estructuralismo funcionalista checo, las teoría de la respuesta estética y de la recepción, y la deconstrucción (50). Los segundos[51] —según Jara— se inspiraban en Martí, Mariátegui, Portuondo y Marinello, la teoría cultural marxista (Escuela de Frankfurt, Gramsci, Lefebvre, Williams, Jameson, etcétera), el análisis de la ideología (Lukács, Goldmann, Althusser, Macherey) y la Teoría de la Dependencia (48).

En ocasiones, ambas tendencias incurrieron en la ortodoxia y el reduccionismo teórico. Jara critica tanto al reduccionismo sociologista 'interesado por el gesto referencial' y excesivamente subordinado a la economía o la sociología (Jara 52) como al reduccionismo formal preocupado 'exclusivamente por la formatividad poética' (Jara 46). En la práctica, sin embargo, los críticos literarios de ambas tendencias aprendieron y frecuentemente tomaron prestado los unos de los otros (Franco 26) articulando con distintos grados de éxito y productividad el análisis semiótico y formal de los textos —las estrategias de producción textual— con sus contextos de producción, recepción, y en suma, su relación con el proceso histórico social (Jara 49 y 51). Las teorías literarias en boga —los aportes de Roland Barthes, Gérard Genette, Frederic Jameson, Wolfgang Iser, Hans-Georg Gadamer, Umberto Eco o Jaques Derrida— ofrecían a juicio de Franco "nuevas posibilidades a la sociocrítica" (Franco 26) y no debían verse necesariamente como contradictorias con los intereses, conceptos y teorías que nacían del análisis de la cultura latinoamericana.

50 Entre los primeros, Jara destaca, entre otros, a Félix Martínez Bonatti, Walter Mignolo, David William Foster, Roberto González Echeverría, Saúl Yurkievich, Julio Ortega, seguidores de Alfonso Reyes. (50).

51 Entre los segundos, y en la línea de Pedro Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo, Juan Marinello, Fernando Alegría y otros (47), Jara destaca a Angel Rama, Agustín Cueva, Carlos Rincón, Jean Franco, Antonio Cornejo Polar, Jaime Concha, Noé Jitrik, Nelson Osorio, Ariel Dorfman, Alejandro Losada (48).

Para Sosnowski, las revistas *Diacritics* de la Universidad de Cornell en Ithaca Nueva York, fundada en 1971 y dirigida de David Grossvogel[52], e *Ideologías y Literatura* (*Ideologies & Literature*) publicada entre 1976 y 1987 por el Instituto para el Estudio de las ideologías y la literatura (ISI&L)[53] del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Minnesota en Minneapolis, eran emblemáticas de estas dos tendencias o escuelas (Sosnowski nota 2, pág. 218).

*Diacritics* se trataba de una revista de teoría y crítica literaria en general (es decir, no especializada en literatura latinoamericana), la cual en los años 70 introdujo en EE.UU. la obra de Michel Foucault, Hélène Cixous, Jacques Derrida, Paul de Man, Umberto Eco, Gayatri Spivak, Hyden White, Tzvetan Todorov, Edward Said[54], entre otros. En la década del 70 dedicó dos números a la literatura latinoamericana (1974, 1978), que incluyeron trabajos de Emir Rodríguez Monegal, Roberto González Echeverría, Alicia Borinsky, Lucille Kerr, Rolena Adorno, Enrico Mario Santí, etcétera (nota 2, pág. 218).

*Ideologías y Literatura*, en cambio, era una revista especialmente dedicada al estudio de la literatura latinoamericana e ibérica, desde un enfoque socio-histórico de la literatura, y con un interés en la literatura y en las ideologías[55], los discursos y las prácticas simbólicas en general, que buscaba responder desde la crítica literaria al devenir de los procesos sociales y políticos en América Latina y en la Península Ibérica. Además de una larga lista de peninsularistas[56] y luso-africanistas[57], allí publicaron latinoamericanistas como Jean Franco, David Viñas, Alejandro Losada,

52 http://www.arts.cornell.edu/romance/shared_info/diacritics.html

53 http://ideologiesandliterature.org/

54 http://www.arts.cornell.edu/romance/shared_info/diacritics.html

55 Ideología en sus diversas acepciones: en el sentido althusseriano de "representación imaginaria de la relación del sujeto con las condiciones de su existencia" (Franco 28); en el sentido freudiano de sublimación, desplazamiento, etcétera; en el sentido de Rama, en tanto "energía unificadora" (28); o en el sentido manejado por Laclau, en tanto "interpelación mediante la que se constituyen los sujetos sociales" e intento de "articulación simbólica de elementos contradictorios" (30).

56 Carlos Blanco Aguinaga, José Antonio Maravall, Antonio Castro, Susan Kirkpatrick, Edmond Cros, Anthony Zahareas, Nicholas Spadaccini, Antonio Ramos Gascón, Ronald Souza, entre otros.

57 Rusell Hamilton

Antonio Cornejo Polar, Françoise Pérus, Sara Castro Klarén, John Beverley, Hernán Vidal, Jaime Concha, René Jara, Ileana Rodríguez, Francine Masiello, Hugo Achugar, Mabel Moraña, Marshall Eakin, Mark Zimmerman, Neil Larsen, entre otros.[58]

Entre ambas propuestas, o más allá y más acá de estas, existía además un importante número de revistas que ahora incluía: *Dispositio* de la Universidad de Michigan en Ann Arbor, fundada en 1976 y al igual que *Lexis* de Lima con una mayor predilección por las teorías y el análisis semiótico (168-9); la *Revista de crítica literaria latinoamericana* que dirigía Antonio Cornejo Polar, primero publicada en Lima, y luego en Pittsburgh y Berkeley; la *Revista literaria latinoamericana* (*LALR*), también publicada en Pirttsburgh y dirigida por Yvette Miller; *Hispamérica*, publicada por la Universidad de Maryland y dirigida por el propio Sosnowski; *Texto crítico*, publicada en 1975 por la Universidad Veracruziana en Xalapa y más tarde, de 1988 en adelante, publicada en Stanford con el nombre *Nuevo Texto Crítico* y dirigida por Jorge Rufinelli; que se sumaban así a las revistas históricas (la *Revista Iberoamericana* de Pittsburgh, la *Revista Hispánica* de Filadelfia, *Hispania, PMLA,* etcétera) y a las numerosas revistas publicadas en América Latina y España: *Casa de las Américas* y *conjunto* de Cuba, *Punto de vista* de Buenos Aires (enfocada en la política cultural), *Nicarahuac* de Managua, *Escritura* de Caracas, *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid (169).

Sosnowski advierte del protagonismo que, realzados por la propia dinámica publicitaria de la industria y el mercado literarios, adquirieron en estos años los "autores superestrellas" (Franco 1981) como Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, etcétera. Ello se debió a las numerosas entrevistas que concedían —un género en sí mismo—, a los discursos en ocasión de sus frecuentes presentaciones de libros y ceremonias de premios (pienso, por ejemplo, en el discurso de aceptación del Premio Nobel de García Márquez titulado "La soledad de América Latina"), o a las historias y ensayos de crítica literaria que ellos mismos escribían. Algunos ejemplos de esto son los ensayos de Alejo Carpentier sobre "La problemática de la actual novela latinoamericana" o "Lo real-maravilloso" —recogidos en *Tientos y diferencias* (1964)—; los de Carlos Fuentes sobre "la nueva novela", o los de José Donoso y su *Historia personal del boom* (1972). También a

58 http://ideologiesandliterature.org/Journal/default.html#vol1num1

trabajos críticos que estos autores escribían sobre la obra de sus pares: Vargas Llosa sobre García Márquez, Julio Cortázar sobre José Lezama Lima, etcétera. Y por supuesto también a raíz de los debates, polémicas y crónicas en torno a distintos acontecimientos políticos —en Cuba, en Chile, en Nicaragua, en Argentina—, que volvían a poner en evidencia el papel que siempre buscaron jugar los intelectuales latinoamericanos en la política continental. Tales fueron los casos, por ejemplo, del debate en torno al "caso Padilla" que enfrentó y enemistó a varios de estos escritores, la crónica de Cortázar sobre la revolución nicaragüense —"tan violentamente dulce" (1983)—, o el relato de García Márquez acerca de la experiencia de Miguel Littín en la clandestinidad (1986) (165).

El fenómeno del *boom* editorial sirvió para descubrir algunos importantes precursores (Roberto Arlt, Macedonio Fernández, etcétera), acrecentar el culto a Borges (165), conseguir empleo y avanzar en la carrera (166). También redundó en un exceso de producción de trabajos críticos sobre los mismos textos, autores y metáforas, abordados desde una amplia gama de enfoques y teorías (166). Aparte de convenientes profesionalmente, esta clase de trabajos ofrecían además la posibilidad de mantenerse al margen y a resguardo de la contaminación social y política (Franco 25).

Una parte de los críticos literarios no solo aspiraron a "la validez científica" sino que, departamentos de "literatura comparada" mediante, pasaron a interesarse menos por la literatura latinoamericana y sus problemas particulares, y más por "la literatura con L mayúscula" o la literatura-punto o "la literatura mundial", especialmente en la medida que tras el *boom*, se asumía que América Latina ya era un miembro pleno del club de la literatura universal (168).

El exilio cubano de clase media repercutió en la academia y en la institución literaria con la promoción e interés por la literatura de ese país: en José Lezama Lima, en Alejo Carpentier, y sobre todo, en los autores exiliados como Guillermo Cabrera Infante o Severo Sarduy, que además de su valor literario, la crítica privilegiaba como resultado de su posicionamiento ideológico y político (171). Los intelectuales y artistas que participaban del proceso revolucionario cubano, caso de Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y muchos otros, también fueron objeto de estudio y crítica y participaron de este momento efervescente.

La ola de dictaduras militares que asoló el continente, tanto en el Cono Sur como en América Central y el Caribe, y que se sumaban

a las dictaduras en España y Portugal, significó que un importante número de intelectuales debió exiliarse en otros países, y que varios de ellos recalaron o terminaron en Estados Unidos (Vidal 1983, Achugar 1983). Esto dio pie a numerosos estudios, simposios y debates sobre la cultura autoritaria y la relación entre literatura y fascismo —caso, por ejemplo, del libro compilado por Neil Larsen, *El discurso del poder: Cultura, hegemonía y Estado autoritario* (1983), o el simposio y volumen *Fascismo y experiencia literaria: Reflexiones para una recanonización* (1984)— y también sobre la literatura en la resistencia y el exilio (171).

Las décadas del 70 y el 80 generaron numerosas cartografías y series literarias que produjeron como resultado 'una geografía literaria, una geografía distorsionada' (173). Unas series se limitaban a los autores canónicos más establecidos, otras al *boom* y sus precursores, otras reflejaban un mayor interés por regiones y culturas que por distintas razones habían sido relegadas a un segundo plano, como la literatura centroamericana, o se solían dejar fuera de la problemática latinoamericana, caso de la cultura y la literatura de Puerto Rico o la literatura chicana —tema de la guía de Juan Martínez y Francisco Lomelí (1985)—. Otras series mostraban la creciente preocupación por autores que estaban haciendo nuevas contribuciones formales y planteaban nuevos temas, caso de Manuel Puig, Severo Sarduy, José María Arguedas, Cristina Peri Rossi, Miguel Barnet, etcétera. O expresaban un interés por la literatura urbana, la literatura revolucionaria contemporánea[59], etcétera (173).

Parte de la dificultad de la disciplina, sin embargo, siempre había sido dar cuenta de una manera organizada y sistemática de una producción literaria que obviamente se dispersaba en múltiples direcciones, registros y temporalidades, algunas veces en sintonía con procesos históricos o literarios internacionales y "universales", y otras simplemente en respuesta a situaciones y fenómenos locales, nacionales o regionales particulares. Tal el intento, en el pasado, de las historias literarias de Henríquez Ureña, Anderson Imbert y Seymour Menton de los años 60, y más cercanos en el tiempo, y en base a una ordenación "por generaciones", de Cedomil Goic

59 En 1985 se publicó el primer número de *Literatura y cultura revolucionaria* co*ntemporánea,* la revista de la Sociedad para el Estudio de las Literaturas Revolucionarias Hispánicas y Luso parlantes, la cual contaba con una sección teórica y otras dedicadas a Cuba, América Central, Portugal y los países africanos que habían sido colonias lusitanas y donde existía una literatura en portugués.

(1972), John Brushwood (1975) y José Juan Arrom (1977). Sin embargo, el número especial de *Hispamérica* (1980) estuvo enteramente dedicado a discutir la validez y productividad del llamado método generacional como base para la clasificación (174 y nota 14).

En respuesta a esa forma de organizar y entender el archivo literario, Alejandro Losada, Ángel Rama y otros autores propusieron un método alternativo, el cual consistía en situar —devolver— a la institución y la práctica literarias dentro del proceso social e histórico (174-5, y notas 15 y 16).

Esto dio paso a otra forma de reorganización del campo literario sobre la base de la problemática social, política e ideológica específica de cada etapa de la historia de la región. Más exactamente, en relación a los distintos "proyectos" sociales e históricos que competían en cada circunstancia y que movilizaban la actividad cultural y la producción simbólica y discursiva. Tal fue el caso de los proyectos y discursos que resultan de los viajes de exploración y de conquista; de la colonización y gestión de la América española; de la crisis del sistema colonial y el intento de reforma del mismo en el último cuarto el s. XVIII; de la emergencia de una conciencia criolla americana y el proyecto independentista; del proceso de formación de los Estados y de construcción de las culturas nacionales; del impulso modernizador de la segunda mitad del s. XIX; del surgimiento de una conciencia popular y las movilizaciones y revoluciones sociales y políticas en el siglo XX, y así sucesivamente.

El método sociohistórico, a su vez, demandaba un margen de flexibilidad y heterodoxia, puesto que también debía dar cuenta de los matices y giros regionales, las convenciones y resortes internos de tal o cual género, las particularidades de los sistemas literarios, discursivos y estéticos locales y nacionales, y de las líneas temáticas, encrucijadas y problemas culturales que escapaban a un simple encasillamiento.

En 1984, Hernán Vidal advertía sin embargo que no se trataba simplemente de "unir" lo literario con lo histórico sino de considerar las variables sociales e históricas como parte integral del proceso de argumentación teórica y metodológica del análisis literario (en Moraña 2006 20).

Otras proposiciones relacionadas fueron la necesidad de desarrollar un aparato crítico distintivamente latinoamericano capaz de captar la diferencia entre la literatura latinoamericana y la metropolitana e iluminar aquellos aspectos que una lectura inmanentista y pegada

al texto y las teorías europeas no dejaban ver ni explicar (Carlos Rincón 1971, Fernández Retamar 1975); anclar la crítica literaria en el materialismo histórico (Pérus 1976); tomar en cuenta los planteos dependentistas aplicándolos al análisis de la producción literaria y a las prácticas discursivas en general (Vidal 1976 y 1980) y repensar la crítica literaria como "una arqueología acotada" (Vidal 1984) (175 y nota 17).

Entre los trabajos pioneros y arquetípicos de análisis ideológico, Franco menciona como ejemplos el estudio de la ficción indigenista de Joseph Sommers, el estudio de Hernán Vidal (1976) sobre la novela romántica como desplazamiento de la ideología liberal, el estudio de Noé Jitrik sobre el Modernismo (1976), el análisis de Martí en "Indagación de la ideología de la poesía" (1980) de Ángel Rama, entre otros (27-28).

Más allá de los numerosos esfuerzos por articular el análisis formal con el social, o de intentar organizar y dar una figura y un sentido al universo literario latinoamericano, este período también se caracterizó por la exploración de nuevos problemas y enfoques. Por un lado, la exploración literaria e ideológica de los discursos autoritarios a partir de "las novelas de dictadores" (Asturias, Carpentier, García Márquez, Roa Bastos, etcétera); por otro, la cuestión del lenguaje, y en especial, del bilingüismo, la oralidad y sus diferentes registros, históricamente asociados al costumbrismo rioplatense, la novela indigenista o a la poesía afrocaribeña, pero que ahora también se aplicaba a las zonas fronterizas, los inmigrantes, los chicanos y latinos en EE.UU. y al habla popular (Cabrera Infante, Saúl Ibargoyen, etcétera) (Sosnowsky 176).

También cobró importancia el estudio de las escritoras latinoamericanas, de la representación de la mujer y de las relaciones de género en la literatura y el discurso, producto no sólo de un aumento del protagonismo de las mujeres en el campo literario y de la crítica sino también de la importancia creciente de la teoría feminista. Sosnowski coincide con Franco en que la crítica feminista no se limitó simplemente a identificar un cierto número de escritoras, cosa que ocurrió al principio, sino que desde su preocupación por "la cuestión de género" se abocó al estudio de las obras sirviéndose de la sociocrítica, el psicoanálisis y el análisis de los mecanismos ideológicos que operan en los textos (181).

Como resultado de una preocupación cada vez mayor por las víctimas de la represión, la explotación y la discriminación en América

Latina (los indígenas, los afrodescendientes, las mujeres, los obreros, los presos políticos, etcétera) junto a un reconocimiento de los límites de la comunidad letrada por captar y representar cabalmente esas otras realidades y subjetividades, nació la apreciación y el estudio de los relatos y testimonios de estos otros actores sociales, lo que dio lugar al "género testimonial" (176-7). El volumen *Testimonio y literatura* (1986) compilado por René Jara y Hernán Vidal recogió un conjunto de reflexiones a cargo de diversos autores, sobre un tema y un corpus ligado a su vez a una serie de problemáticas de fondo que sacudieron la teoría y la institución literaria: el problema del autor, la representatividad del archivo literario, la oralidad, la posibilidad de hablar o no del subalterno, la representación realista, la memoria, la verdad, la relación entre literatura, lectura y política, etcétera.

Otras de las tareas que se planteó la crítica literaria fue volver a visitar la literatura y la cultura del período colonial —territorio del que también se ocupaban la historiografía, la antropología, etcétera— pero desde las preocupaciones, teorías e instrumentos de la crítica literaria. Esto resultó en la producción de nuevas interpretaciones y lecturas a propósito de las crónicas y textos de la conquista y de las principales figuras del barroco, y también en el descubrimiento y aprovechamiento de materiales hasta ahora ignorados. Tal el caso de *De la expresión oral a la escrita: Crónicas andinas de comienzo del período Colonial* (1982) de Rolena Adorno; *Prosa hispanoamericana de la época del virreinato* (1978) de Raquel Chang-Rodríguez et al. (1978); el número especial de la *Revista Iberoamericana* (1978) dedicado a Irving Leonard, o la edición de Rolena Adorno y John Murra de *El primer Nueva crónica y Buen Gobierno de Guamán Poma* (1980) (178). En *Sociohistoria de la literatura colonial hispanoamericana: Tres lecturas orgánicas* (1985), Hernán Vidal también intentó por su parte situar los textos canónicos en la problemática cultural y los proyectos históricos-estéticos que competían en ese período. Estos y otros trabajos señalaron el inicio de un nuevo impulso que cobró el campo de los estudios de la literatura y la cultura de este período, en el que más tarde se destacaron otros investigadores en EE.UU.: Walter Mignolo, Rolena Adorno, Mabel Moraña, entre otros.

Un interés similar suscitó el proyecto de construcción de los Estados nacionales y de la cultura nacional a lo largo del s. XIX, el papel de los intelectuales en dichos procesos y la necesidad de dar cuenta y acomodar social, simbólica y literariamente la diversidad étnica, la

estructura de clases, las relaciones de género, el aluvión migratorio, los reacomodos a que forzaba la modernidad, etcétera (178).

No exenta de "modas" que iban y venían (167) la renovación teórica de la crítica literaria de los 70, que acogió y reflejó los aportes del estructuralismo, el posestructuralismo, la semiótica, el psicoanálisis, el marxismo, la deconstrucción, la teoría de la recepción, la teoría postcolonial, etcétera, echó las bases para aventurarse a emprender un análisis más amplio de la producción intelectual, simbólica y cultural y el papel de ésta en la producción y reproducción social. La ampliación de la definición de lo literario y de lo que puede y debe ser objeto del análisis y la crítica literaria condujo, a su vez, a abrazar tanto las formas tradicionalmente asociadas con la alta cultura como con la cultura popular[60] y la cultura de masas, y que en términos de Rama se situaban "más allá de la ciudad letrada"[61]. Particularmente productiva fue la traslación del análisis semiótico, estético e ideológico a las esferas de la vida cotidiana y a las distintas prácticas, instituciones y discursos sociales (179), todo lo cual ahora era considerado como un texto —un tejido— simbólico, y por consiguiente, abordado en tanto prácticas simbólicas y representaciones de otras cosas. Siguiendo los pasos de distintos precursores de los estudios culturales (Gramsci, Benjamin, Hall, Barthes, de Certeau, Ginzburg, Jauss, etcétera) para la crítica literaria, la literatura ahora había pasado a ser tan solo "una variante formal de la actividad representacional enmarcada en la práctica ideológica" (Lewis 1983 354), apenas "uno entre muchos otros discursos" (Godzich y Spadaccini 1986) y quizás ni siquiera el discurso más relevante.

Como ejemplos que inauguran el análisis discursivo, Franco destaca el artículo "La política del cuerpo" (1979) donde Vidal analiza las metáforas, los ideologemas y la técnica narrativa de la "Declaración de principios de la Junta Militar chilena", el trabajo de Ernesto Laclau (1977), quien parado en los hombros de Althusser y Poulantzas trató de desentrañar la estrategia y los resortes de la ideología y el discurso populista, y de José Joaquín Brunner (1980) sobre la cultura autoritaria en Chile (Franco 30-31).

60 En 1982, por ejemplo, Néstor García Canclini publicó el título *Las culturas populares en el capitalismo* (México, Nueva Imagen, 1982).

61 "Ángel Rama: Más allá de la ciudad letrada" en Mario Szichman, *Espejo de escritores*. Hanover, New Hampshire, 1985.

En 1982 se funda la revista *Estudios de la cultura popular de América Latina* (*Studies in Latin American Popular Culture*), dirigida por Harold Hinds (Universidad de Minnesota, Morris) y Charles Tatum (Universidad de Arizona) que comenzó a ocuparse de otros territorios de la cultura latinoamericana como las revistas, las novelas de folletín, la novela rosa y la policial, los libros de cordel, las fotonovelas y las telenovelas, las historietas, el cine, la radio y la televisión, la música y los bailes populares, etcétera. La cultura popular y la cultura de masas interesaban tanto por ser una forma de expresión popular y reflejar el gusto y los intereses populares (incluidos sus intereses económicos, en la medida que la cultura en el capitalismo también es una mercancía) como porque se trataba de otro terreno simbólico y estético en donde se construía o se combatía la hegemonía y "el imperialismo cultural" (Dorfman y Mattelart en Franco 32). Puesto que la ideología y la cultura también intervienen en la constitución de la sociedad y en el quehacer de las disciplinas que la estudian, algunos críticos se aventuraron incluso a desmontar y analizar otros discursos disciplinarios, que pueden tomarse como una especie de literatura realista: sus premisas, sus estrategias de representación, sus convenciones, etcétera. Tal el caso, por ejemplo del artículo "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana" (1981) de Walter Mignolo (Jara 51).

En resumen, para Jean Franco, a principios de la década de los 80,

> "la tendencia es hacia el desarrollo de la sociocrítica. Esto nos capacita para entender cómo los textos literarios y no-literarios construyen significados sociales (...) La crítica literaria también extiende su horizonte hacia el terreno de la crítica cultural y el análisis discursivo, y en este sentido aporta su repertorio de recursos al análisis crítico de la vida cotidiana, las cultura de la resistencia, la constitución de la división de género, etcétera (...) La crítica literaria ya no está separada del resto de las ciencias sociales y ahora participa por derecho propio en la investigación de lo social" (Franco 1981 33).

En 1983, John Beverley se preguntaba si el Hispanismo podía llegar a ser una práctica intelectual radical siendo que el interés primordial en España y en la América española —en su historia, su idioma, su cultura— había nacido en virtud de que España era o había sido un poderoso imperio, y más tarde en la propia proyección imperial de Estados Unidos hacia la antigua frontera española, el

Caribe y "su patio de atrás". Con el derrumbe del imperio español —continuaba Beverley— todo lo relativo a esta entidad, Hispanoamérica incluida, pasó a asociarse con una cultura precapitalista, anacrónica y menospreciable. De allí resultó que el Hispanismo fuera y siga siendo visto como marginal dentro de la universidad norteamericana, de menor prestigio, un área de servicio —escuela de idiomas— y hasta cosa de mujeres, puesto que el individualismo competitivo de los varones los empujaba hacia las cumbres de la academia, más cercanas al poder: la Historiografía, la Economía, la Ciencia Política, la Filosofía. Por si esto fuera poco, dentro de los departamentos de idiomas y literatura, el Hispanismo seguía haciendo el papel de Cenicienta respecto a la lengua y la literatura inglesa, francesa o alemana (Beverley 11-12).

No obstante todo esto, que ha sido en parte un maleficio y en parte una bendición por cuanto la desatención ofrece sus oportunidades, Beverley daba a su pregunta una respuesta optimista y concluía que debido a la importancia política y geopolítica que cobró América Latina a partir de la década del 60, e incluso a raíz de la transformación demográfica y cultural de EE.UU. —que alarmó a Samuel Huntington[62]— "a pesar del panorama desolador y carente de importancia que pueda tener a primera vista, el Hispanismo está estrechamente conectado con las fuerzas sociales más importantes en EE.UU. y del mundo contemporáneo" (Beverley 15).

* * *

En la década de los 70 también crecieron en importancia los estudios del teatro, tanto de los textos dramáticos en tanto subgénero literario (177) como en cuanto espacio, práctica e institución que, debido a sus características esenciales (por ejemplo, requiere de la presencia y el contacto físico de actores y público en el espacio y tiempo real) jugó un

62 En "El desafío de los hispanos" (2004), Huntington propone que el nuevo peligro que enfrenta Estados Unidos son "los hispanos". Debido a su resistencia a la asimilación cultural y empeñarse en mantener su cultura (su lenguaje, sus costumbres, su religión), para Huntington los hispanos amenazan ni más ni menos que la propia integridad y supervivencia de Estados Unidos como cultura y como Estado-nación. Samuel Huntington, "The Hispanic Challenge." *Foreign Policy* (April/ March 2004).

papel especial, por ejemplo, en el contexto de las dictaduras y la lucha por la restauración democrática.

En 1973 Frank Dauster (Rutgers) publica una nueva edición de su *Historia del teatro hispanoamericano* (originalmente de 1969) y en 1975 la compilación *Ensayos sobre teatro hispanoamericano.* A su vez, en 1979, Dauster, George Woodyard (Kansas) y Leon Lyday (Universidad Estatal de Pennsylvania) publicaron una serie de antologías de obras de dramaturgos hispanoamericanos del siglo XX (tres tomos[63]) y otras series similares, por ejemplo, sobre el teatro del Río de la Plata. En 1981, la misma colección publicó una antología de piezas presentadas en el ciclo Teatro Abierto en Buenos Aires, a cargo de Peter Roster, Miguel Ángel Giella y Leandro Urbina. En particular, ahora el teatro interesaba en tanto forma de "crítica social" (Bravo Elizondo 1975) y por su papel en la movilización y "el cambio social" (Luzuriaga 1978).

Al igual que había acontecido respecto a la literatura, Juan Villegas (Universidad de California, Irvine) reclamaba y proponía un discurso crítico a la medida del teatro hispanoamericano (1984 y 1986) y también su análisis ideológico (1988).

A su vez, como ocurrió con el género testimonial, las nuevas formas de hacer teatro, que daban mayor participación al elenco y al público, tales como el teatro "del oprimido", el teatro callejero, el teatro informativo, el teatro invisible, el teatro universitario, las obras de creación colectiva y distintas formas de teatro popular, abrieron nuevas perspectivas teóricas e incentivaron el estudio del teatro. Esto dio pie al desarrollo de "la sociología del teatro" y a un interés en el teatro como forma de denuncia de la represión y de apoyo a las movilización contra las dictaduras. A influjo de la semiótica y la antropología (en particular, la obra de Victor Turner, Peter Burke, Richard Schechner y otros) nació un interés por el estudio de la ritualidad, la teatralidad política y la teatralidad social (Vidal 1992).

La fundación, en 1986, de la revista *Gestos: Revista de teoría y práctica del teatro hispánico* publicada por el Grupo de Investigación del Teatro Hispanoamericano (*Hispanic Theatre Research Group*) de la Universidad de California en Irvine, dirigida por Juan Villegas, reflejaba el auge y la renovación del área de los estudios del teatro en EE.UU. Junto a la revista *Latin American Theater Review* de la Universidad de Kansas,

63 Colección Telón de Girol Books de Ottawa, Canadá.

dirigida por George Woodyard, *Gestos* fue otro importante centro de referencia en este campo.

En la década del 80, el Instituto para el Estudio de las Ideologías y la Literatura (*ISI&L*) de Minneapolis también publicó una serie de monografías sobre teatro como parte de su colección "Hacia una historia social de las literaturas hispánicas y luso-brasileñas". Sobre estas bases, los años venideros fueron testigos de numerosas contribuciones al estudio del teatro latinoamericano, por ejemplo, de parte de Nora Eidelberg (1984) sobre el teatro experimental de los 60; de Diego Muñoz (1985) sobre el teatro poblacional; de Guido Podestá (1985) sobre la estética teatral de César Vallejo; de Beatriz Rizk (1987) y Claudia Kaiser Lenoir (1989) sobre el Movimiento del Nuevo Teatro; de Marina Pianca (1990) sobre los festivales de teatro y su relación con los sucesos políticos en el continente; de Diana Taylor (1991) sobre la relación entre teatro y crisis política en el Cono Sur y de Judith Weiss et al. (1993) sobre distintas formas y experiencias de teatro popular.

* * *

# Epílogo provisorio 5

Una historia de los estudios latinoamericanos en EE.UU. que pretenda cubrir un período de doscientos años y seguirle la pista al rumbo y a los aportes de varias disciplinas en apenas unas pocas páginas no pretende ser más que una presentación esquemática, un mapa con intención de ordenar, una sinopsis: la elaboración de un punto de entrada y el establecimiento de ciertas coordenadas de referencia. Acaso, hacer hincapié en el giro del campo en el último tercio del siglo XX, especialmente gracias al influjo de los propios latinoamericanos.

Al mismo tiempo, nos ajustamos a nuestro propósito inicial. Este consistía en repasar la bibliografía disponible, empezar a armar el rompecabezas, construir una visión de conjunto y un relato del latinoamericanismo académico en EE.UU. como proceso histórico, a manera de trabajo preparatorio, antesala y telón de fondo para emprender la etapa siguiente que consiste en una exploración de lo acontecido en los últimos veinte años —de fines del 80 en adelante—; tampoco partiendo *ex nihilo* sino apoyándonos en algunos trabajos que ya han incursionado en este sentido. [64]

64 Pienso, por ejemplo, en *Critical passions* (1999) de Jean Franco; *Latin Americanism* (1999) de Román de la Campa; *The* C*ompanion to Latin American Studies* (2003), Philip Swanson, Ed.; *Literary Cultures of Latin America* (2004), Mario Valdés y Djelal Kadir, Eds.; *The Latin American*

Este recuento preliminar, en cualquier caso, persiguió esbozar algunas líneas generales. Primeramente, notar que no bien finalizada su gesta independentista —en incluso antes, durante la segunda mitad del siglo XVIII—, Hispanoamérica interesó a los angloamericanos del norte puesto que se trataba ni más ni menos que de la vasta región de su frontera sur y oeste: un territorio varias veces mayor que la del conjunto de las trece pequeñas colonias costeras y una cultura que a la llegada de los ingleses, los holandeses o los suecos ya tenía más de cien años de existencia bajo dominio español y en la que sobrevivían, además, pueblos y culturas precolombinas con varios siglos, y aun milenios, de historia.

La España imperial, y en especial, la épica de la Conquista de América, atrapó la imaginación norteamericana y se articuló con los debates y cuestiones de la época, porque los Estados Unidos se embarcaron ellos mismos en una campaña de expansión y conquista del Oeste y del Sur. La empresa de conquista española ofrecía una experiencia frente a la cual aprender y a la vez marcar distancia e intentar establecer una diferencia.

Con el paso de los años, a causa de una mayor preocupación y curiosidad intelectual por América Latina, por el presente del nuevo panorama político surgido tras las guerras de independencia y la inminente desaparición del Imperio Español en América —cuyo epicentro fueron los acontecimientos de 1898—, el Hispanismo fue desplazado a un segundo plano. El interés por la Hispanoamérica independiente estaba alimentado por las nuevas ambiciones geopolíticas —neocoloniales— de EE.UU. que ahora se proyectaba hacia el Caribe e incluso más al sur, codificadas en los discursos de la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto, el Corolario Roosevelt y el Panamericanismo dirigido por EE.UU. característico de las Conferencias Interamericanas, la primera de las cuales, tuvo lugar, justamente, en Washington en 1889-90.

En la década de 1935-1945 —ya en el contexto de la Segunda Guerra Mundial— se vio con claridad la importancia que tuvo la iniciativa y

*Cultural Studies Reader* (2004), Ana del Sarto, Alicia Ríos y Abril Trigo, Eds.; *The Idea of Latin America* (2005) de Walter Mignolo; *Ideologies of Hispanism* (2005), Mabel Moraña, Ed.; *Cultural Agency in the Americas* (2006) de Doris Sommer; *Cultura y Cambio social en América Latina*, Mabel Moraña, Ed.; *A Companion to Latin American literature and culture* (2008), Sara Castro-Klarén, Ed.; *Treinta años de estudios literarios-culturales latinoamericanistas en Estados Unidos* (2008), Hernán Vidal, Ed., entre otros.

la inversión estatal en el desarrollo de los Estudios Latinoamericanos, especialmente como parte de la llamada Política del Buen Vecino de Franklin D. Roosevelt para ganar aliados entre las repúblicas de "las Américas", contrarrestar la política exterior alemana y contener los brotes populistas autóctonos.

El apoyo gubernamental fue aun más fuerte en la década del 60, en respuesta a la sorpresiva Revolución Cubana, el panorama de movilización social y política que atravesaba el continente y "la amenaza comunista" —*motto* de la Guerra Fría—, todas cuestiones que apasionaron a tirios y troyanos y desembocaron en el *boom* de los Estudios Latinoamericanos. Para que ello ocurriera, un conjunto de instituciones jugaron un papel protagónico: el Consejo de Sociedades del Conocimiento, el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, el Comité para América Latina del Consejo de Relaciones Exteriores, el Comité Conjunto para el Estudio de América Latina, la Oficina del Coordinador para Asuntos de América Latina, el Programa de Entrenamiento Especializado del Ejército, el Programa Fulbright de la Oficina de Asuntos Educativos y Culturales del Departamento de Estado, el Centro Internacional Woodrow Wilson, entre otras. Estas instituciones fueron secundadas, a su vez, por una serie de fundaciones sumamente gravitantes (Ford, Rockefeller, Carnegie, Guggenheim, Brookings, Tinker, etcétera); bibliotecas (la Biblioteca del Congreso, de la Universidad de California en Berkeley, de la Universidad de Texas) y museos (el Peabody de Harvard y de Yale, el de Historia Natural de Nueva York, el Smithsoniano, etcétera).

Lógicamente, la piedra angular de los Estudios Latinoamericanos fueron los sitios donde estos se llevaban a cabo: principalmente, las universidades del suroeste (la Universidad de California en Berkeley y Los Angeles, Stanford, Texas, Nuevo México, Arizona, Tulane), las universidades de elite del este y el noreste (Harvard, Columbia, Yale, Pennsylvania, Pittsburgh, Duke, Carolina del Norte) a las que luego se sumaron las del centro y el medio-oeste (Minnesota, Wisconsin, Chicago, Michigan, Illinois, Kansas, entre otras).

También claves fueron, por supuesto, las asociaciones profesionales, las conferencias y las publicaciones en torno a las que se nuclearon los especialistas en la región: la Asociación de Profesores de Español y Portugués (*AATSP*), la Asociación de Profesores de Lenguas Modernas (*MLA*), la Asociación de Estudios Latinoamericanos (*LASA*), la Conferencia de Historia Latinoamericana, la Asociación de Antropología

de EE.UU., la *Guía del Estudios de América Latina* (*HLAS*), el *Índice de Publicaciones sobre América Latina* (*HAPI*), la *Revista de Historia Hispanoamericana* (*HAHR*), la *Revista Iberoamericana*, la *Revista de Investigaciones en América Latina* (*LARR*), *Perspectivas Latinoamericanas* (*LAP*), por nombrar algunas de las más emblemáticas.

Pese a que la iniciativa del estudio de las áreas culturales (*Area Studies*) relanzada con singular energía en la posguerra y a comienzos de la Guerra Fría ocasionó, paradójicamente, un relativo declive del latinoamericanismo (en la medida que EE.UU. se ocupó de otras regiones percibidas como más acuciantes para sus intereses políticos y económicos), la *Ley de Educación para la Defensa Nacional* de 1958, y especialmente su Capítulo VI (*Title VI*), fueron determinantes en la creación y financiación de los Departamentos de Español y Portugués y los Centros de Estudios Latinoamericanos a lo largo y ancho del país. Además de vigorizar las disciplinas tradicionalmente vertebrales de los Estudios Latinoamericanos —la historiografía, el idioma español y la crítica literaria, la antropología, la arqueología—, sobre todo dio empuje al estudio de Brasil y también a las "otras" ciencias sociales: las ciencias políticas, la economía, la sociología, etcétera.

A su vez, la centralidad inicial de la historiografía colonial, el estudio de las relaciones diplomáticas (en el que se delineaba discursivamente la política exterior hacia la región); los estudios geográficos (abocados a relevar el territorio y sus recursos y a consideraciones geopolíticas); la arqueología interesada en las civilizaciones precolombinas (y sus tesoros), o la antropología dedicada a documentar 'las comunidades primitivas' y 'condenadas a desaparecer', con el tiempo fue disputada —y perdida— en favor de los estudios del idioma, la historiografía nacional, los estudios de la modernización y sus obstáculos, el análisis de nuevas cuestiones económicas, sociales y políticas, abordadas indistintamente desde las humanidades y las ciencias sociales.

Del mismo modo, lo que comenzó como un emprendimiento académico casi exclusivamente llevado a cabo por especialistas norteamericanos, a partir de los 60 fue al menos un campo de actividad compartido entre norteamericanos y latinoamericanos, algunos de ellos exiliados, otros ya vueltos residentes o ciudadanos de EE.UU., otros participando a la distancia de la vida académica norteamericana y sus instituciones.

También, si en un principio primó un actitud paternalista y etnocéntrica —cuando no abiertamente creyente en la supremacía racial

anglosajona, e imperialista—, y los practicantes del latinoamericanismo se hallaban cerca o participaban ellos mismos de los círculos de poder y se alineaban a las ambiciones y las políticas del gobierno de EE.UU., de la segunda mitad del siglo XX en adelante, los estudios latinoamericanos se volvieron un espacio académico en el que también se manifestaban posicionamientos solidarios respecto a las luchas políticas y sociales en la región y críticos de las políticas norteamericanas hacia la misma. En efecto, es en esta época que aparece un modelo de intelectual, docente e investigador latinoamericanista comprometido con su lugar de origen y con el rumbo del continente, que va y viene con temas y tareas que hacer, y que intenta hacer una contribución al mismo y que hace de ello el punto de apoyo de su episteme, sus preocupaciones, su quehacer académico y el destino primero y último de su producción.

En efecto, de la mano de los nuevos posicionamientos políticos y teóricos vinieron nuevos intereses y agendas académicas que pusieron en tela de juicio las bases mismas sobre las que descansaban los estudios de las otras regiones y culturas, y en particular, los Estudios Latinoamericanos. Muchas de las tensiones que aun hoy en día existen entre practicantes de distintos departamentos y disciplinas se originan en este tipo de divisiones y cuestionamientos. Además, al menos una parte de los latinoamericanistas fueron mucho más escépticos y críticos respecto del discurso del desarrollo y la democracia capitalistas, de la modernización, de Occidente, de las mitologías y certezas nacionalistas, civilizatorias y científicas. La atención por la historia oficial, la alta cultura, los discursos modernizadores, las culturas nacionales, debió, de aquí en más, cohabitar con un creciente interés por las "otras" historias, la vida cotidiana —en tanto objeto y como perspectiva—, las prácticas sociales y la producción simbólico-discursiva de las clases populares, etcétera.

Aunque ya nos adentraríamos en un período cuyo estudio queda planteado para una segunda etapa, valga adelantar que de la década del 80 a esta parte no solo han arraigado y madurado las distintas tendencias instaladas en estos años previos, sino que, las distintas disciplinas —el campo del latinoamericanismo en su conjunto— debieron dar cuenta de nuevas realidades sociales y políticas a escala nacional, regional y mundial: las dictaduras militares y su derrumbamiento, el colapso del modelo socialista-estatal, la crisis del modelo neoliberal, la reconfiguración del sistema mundial (por ejemplo, el mayor protagonismo de los bloques regionales, de China, del BRIC), etcétera.

También debieron acoger y procesar una serie de propuestas y desafíos teóricos y epistemológicos —la globalización, las transformaciones tecnológicas en el terreno de las comunicaciones, los estudios culturales, los derechos humanos como marco y fundamento— todo lo cual puso en cuestión las fronteras, los objetivos y las bases de los quehaceres disciplinarios tradicionales anclados en los discursos de la construcción de la nacionalidad y la modernización. También forzó a volver a revisar el estatus y razón de ser del latinoamericanismo académico en el seno de la universidad norteamericana y a plantearse una serie de preguntas: ¿qué investigar, aprender o enseñar? ¿cómo? ¿con qué finalidades y propósitos? ¿en castellano o en inglés? ¿desde una biblioteca o desde la experiencia de campo? ¿a partir del archivo literario o artístico, del historiográfico, del antropológico, del filosófico, o a partir del estudio de la cultura material y la cultura cotidiana en tanto conjunto de prácticas simbólicas, la cultura popular, la cultura de masas, el consumo cultural? ¿cuál es el lugar y el papel de las culturas nacionales en los estudios latinoamericanos? ¿se trata solamente de estudiar y conocer América Latina o también de conocer mejor, mirar de otra manera —con otros ojos— y generar un espacio de reflexión crítica acerca de la propia historia y cultura de Estados Unidos? ¿pueden los estudios latinoamericanos seguir ocurriendo de una manera orgánica al acontecer social, político y cultural en la región, o a raíz de una excesiva profesionalización y autonomía se pondrá en peligro el vínculo con la región, y por ende, su relevancia y su aporte?

Algunos autores han dejado constancia, además, de una serie de nuevos desafíos por delante. Nelson Osorio (2007), por ejemplo, advierte acerca de la nueva dependencia cultural de los Estudios Latinoamericanos. Osorio recuerda que,

> "Ángel Rama solía decir, algo socarronamente, que el trabajo del intelectual latinoamericano mientras no fuera publicado en cuatro o cinco revistas de otros tantos países podía seguir considerándose inédito" (251).

Osorio también se hace eco de la preocupación de Antonio Cornejo Polar cuando en uno de sus últimas intervenciones públicas señaló que,

> "el masivo empleo de una lengua extranjera para el estudio de la literatura latinoamericana ha dado lugar a una extraña jerarquía en la que los textos de esta clase resultan gobernando el campo general de los estudios hispanoamericanos (...)

> con el agravante de que esos mismos textos suelen utilizar bibliografías en ese mismo idioma y prescindir o no citar lo que trabajosamente se hizo en América Latina" (251).

Resulta francamente empobrecedor, lamenta Osorio, "no conocer lo que están haciendo los colegas en Venezuela, en Argentina, en Cuba o en Bolivia" (251).

Esto se relaciona, a su vez, con que "para conseguir un estudio publicado en Honduras (...) hay que recurrir a *Vervuert* o a *Amazon*" (Osorio 252). A ello podríamos agregar la creciente dependencia de *Google Books* o *JSTOR,* previa escala por la *Bibliografía del MLA*, la *Guía de Estudios Hispánicos del Congreso de los Estados Unidos* (*HLAS*) o el *Índice de publicaciones de Hispanoamérica* (HAPI) de la Universidad de California. O, que para encontrarse con los colegas de otros países y disciplinas haya que embarcarse en la anual peregrinación al Congreso Internacional de *LASA* o de la *MLA* en tal o cual ciudad de EE.UU., muchas veces dependiendo de la financiación del Programa Fulbright del Departamento de Estado de EE.UU., o de la Fundación MacArthur, Mellon o Ford.

Otro desafío, a la vez, consiste en poder acceder al conocimiento producido en EE.UU. sobre América Latina —y en otras partes del mundo, por ejemplo, en Inglaterra, en Francia, en Alemania—, incluido el trabajo de muchos latinoamericanos. No para aceptarlo *tel quel*, puesto que mucho de este conocimiento puede ser o puede llevar a una visión equívoca —y a la larga esclavizante— de nuestra historia y nuestra cultura, sino para dejar de ser simplemente objetos de estudio y ver lo que se ha dicho acerca de América Latina, apropiar lo que haya de provecho en el conocimiento producido, estrechar vínculos, entablar diálogos, acrecentar la cooperación intelectual y acaso jugar un papel cada vez más protagónico en el diseño y el rumbo de los estudios latinoamericanos en el plano continental y mundial.

Arturo Escobar, por su parte, reflexionando en 2006 acerca del estado de los Estudios Latinoamericanos en EE.UU. "desde la perspectiva de la geopolítica del conocimiento", advierte acerca de otra serie de cuestiones. Para comenzar, hace notar la iniciativa de la Fundación Ford, de fines de la década del 90, de revisar, quizás reinventar o incluso declarar obsoleto y abandonar el proyecto del estudio de las áreas culturales. La Ford otorgó fondos a numerosas universidades a estos efectos y su inquietud está en la base del Plan

Estratégico de LASA para el período 2003-2006 —elaborado en los años 2001 y 2002— (Escobar 11).

En sintonía con dicha iniciativa, muchos Centros de Estudios Latinoamericanos cambiaron su nombre, reorientaron sus agendas y se alinearon a nuevas formaciones discursivas: los "estudios globales" (*Global Studies*) —en la medida que muchos fenómenos y procesos se pueden captar mejor desde esta perspectiva—; el estudio de la población de ascendencia latinoamericana en EE.UU. (los "latinos" o "hispanos"); los estudios internacionales y "hemisféricos"; los estudios de América Latina "y del Caribe" (que refleja la idea de "la cambiante geografía de la razón" avanzada por algunos pensadores caribeños como Lewis Gordon, Paget Henry, Anthony Bogues, Sylvia Winters), etcétera (Escobar 11). En otros casos, las agendas empezaron a expresar otros tópicos y horizontes intelectuales desde los que volver a pensar la realidad latinoamericana: el debate en torno a la modernidad, el colonialismo y la descolonización, la crítica del Occidentalismo (Walter Mignolo, Fernando Coronil, y otros), la Filosofía de la Liberación y el proyecto de la transmodernidad —como crítica de la posmodernidad— de Enrique Dussel, la cada vez más acuciante agenda de la promoción y defensa de los Derechos Humanos devenida en nuevo anclaje de la producción de conocimiento y el quehacer cultural.

Entre algunos desafíos que se avecinan, en suma, el principal es 'repensar los estudios latinoamericanos al derecho y al revés', lo cual supone la 'complicación' del objeto de estudio, sus fronteras, sus bases disciplinarias, sus teorías, marcos y paradigmas, y por supuesto, el lugar de producción, las condiciones de producción y las características de los productores (Escobar 13-14). Es preciso, en suma, repensar —o reinventar— los proyectos culturales que están en la base y orientan —o deberían orientar— la producción y socialización del conocimiento, y consecuentemente, los hábitos, prácticas e instituciones en lo que esto se realiza y que de una manera u otra intervienen en ello. Este recuento del tortuoso camino recorrido por los Estudios Latinoamericanos en EE.UU.—demás está agregar— persigue contribuir a dicho esfuerzo.

* * *

## BIBLIOGRAFÍA


**ACHUGAR,** Hugo. "El exilio uruguayo y la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario", en el número especial "Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes", *Ideologies & Literature* Nº 16 Vol. IV (Segundo Ciclo) Mayo-Junio 1983; 224-241.

**ARIZPE**, Lourdes. "Anthropology in Latin America: Old Boundaries, New Contexts", en *Changing Perspectives in Latin American Studies,* Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 143-161.

**BERGER**, Mark T. *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony 1898-1990*. Bloomigton: Indiana UP, 1995.

**BEVERLEY**, John. "Can Hispanism Be a Radical Practice?" en el número especial "Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes", *Ideologies & Literature* Nº 16 Vol. IV (Segundo Ciclo) Mayo-Junio 1983; 9-22.

**BRAVO ELIZONDO**, Pedro. *Teatro hispanoamericano de crítica social* Madrid, 1975.

**BULMER-THOMAS**, Víctor, Ed. "Thirty Years of Latin American Studies in the UK" (1965-1995), Institute of Latin American Studies / Journal of Latin American Studies, London, 1996.

**BUSHNELL**, David. [U.S. historians writing on] "South America", *Hispanic American Historical Review* Vol. 65 Nº 4 Nov. 1985; 767-787.

**CASTRO-KLARÉN**, Sara, Ed. *A Companion to Latin American Literature and Culture,* Malden, MA: Blackwell, 2008.

**CHILCOTE**, Ronald. "*LAP* at 25: Restrospective and New Challenges", *Latin American Perspectives* 25 (November 1998): 5-27.

_____. "U.S. Hegemony and Academics in the Americas" *Latin American Perspectives* 24 (January 1997): 73-77.

**CHOMSKY**, Noam et al., *The Cold War and the University. Toward and Intellectual History of the Postwar Years.* New Press, 1997.

**CLINE**, Howard. "The Latin American Studies Association: A Summary Survey with Appendix" *Latin American Research Review* 2 (Autumn 1966): 57-79.

_____. *Latin American History: Essays on Its Study and Teaching* (2 tomos). Austin, Texas: University of Texas Press, 1967.

**COLLINS**, Randall. "Prologue: The Rise of the Social Siences" en *Four sociological traditions*. New York / Oxford: Oxford University Press, 1994.

**CUMINGS**, Bruce. "Boundary Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War," *Bulletin of concerned Asian Scholars* 29 (1997). http://www.mtholyoke.edulacadlintrellcumings2.htm. Retrieved 2009-04-23.

**DEGIOVANNI**, Fernando, "Shifting Hegemonies: The Cultural Politics of Empire", en *A Companion to Latin American Literature and Culture,* Sara Castro-Klarén, Ed. Malden, MA: Blackwell, 2008.

**DAUSTER**, Frank. *Ensayos sobre teatro hispanoamericano*, México: Sespentas, 1975.

_____. *Historia del teatro hispanoamericano*. México: Ed. De Andrea, 1973.

**DE LA CAMPA**, Román. *Latin Americanism.* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

**DEL SARTO**, Ana, Alicia Ríos y Abril Trigo, *The Latin American Cultural Studies Reader*, Durham: Duke University Press, 2004.

**DELPAR**, Helen. *Looking South: The Evolution of Latin American Scholarship 1850-1975* Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2008.

**DENT**, David, ed. *Handbook of Political Science Research on Latin America: Trends from 1960s to the 1990s*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1990.

**DIÉGUES JÚNIOR**, Manuel, y Bruce Wood. *Social Science in Latin America*. New York, 1967.

**EAKIN**, Marshall. "Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists," *History Teacher 31* (August 1998): 539-61.

**ESCOBAR**, Arturo. "Revisioning Latin American and Caribbean Studies: A Geopolitics of Knowledge Approach" *LASA Forum* 37 (2006): 11-14.

**ESQUINAZI-MAYO**, Roberto y Joseph Love, eds. Latin American Scholarship since World War II Lincoln, Nebraska, 1971.

**EVANS**, Peter. "After Dependency: Recent Studies of Class, State, and Industrialization", *LARR* 20 (1985): 149-60.

**FENTON**, William. *Area Studies in Amerian Universities*. Washington D.C.: American Council on Education, 1947.

**FISHLOW**, Albert, "The State of Latin American Economics" en *Changing Perspectives in Latin American Studies,* Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 87-119.

**FRANCO**, Jean. "Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s: Latin American Literature", *The Wilson Center Working Papers Nº 111,* Washington D. C., 1981: 25-35.

**GIBSON**, Charles y Benjamin Keen, "Trends of U.S. studies in Latin American History", *American Historical Review* 62 (1957).

**GODZICH**, Wlad y Nicholas Spadaccini, eds. *Literature Among Discourses. The Spanish Golden Age,* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.

**GÓMEZ**, R. A. *The Study of Latin American Politics in University Programs in the U.S.,* Institute of Government, Comparative Government Studies Nº 2, Tucson, Arizona, 1967.

**GONZÁLEZ ECHEVERRÍA**, Roberto y Enrique Pupo Walker, *Cambridge History of Latin American Literature*.

**HALPERÍN DONGHI**, Tulio. "The State of Latin American History" en *Changing Perspectives in Latin American Studies,* Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 13-62.

**HANKE**, Lewis. "The Development of Latin American Studies in the U.S., 1939-1945," *The Americas* 4 (1947): 32-64.

_____, "Studying Latin America. The views of an 'Old Christian' ". *Journal of Inter-American Studies*, Vol. 9, Nº 1 (Jan., 1967); 43-64.

**HARRINGTON**, Thomas, "Rapping on the Cast(i)le Gates: Insurgent Culture-Planning in Twentieth Century Spain" en *Ideologies of Hispanism* Mabel Moraña, Ed., Nashville: Vanderbilt University Press, 2004; págs. 107-137.

_____, "What Are You Doing Here? Studying Transnational and Urban Phenomena from 'within' Hispanic Studies" (manuscrito).

**HARRIS**, Marvin. *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*. México: Siglo XXI editores, 1979.

**HOROWITZ**, Irving Louis, ed. *The Rise and Fall of Project Camelot*. Cambridge, MIT Press, 1967.

**JARA**, René. "Traces and Perspectives: Contemporary Spanish American Literary Criticism" en *The Paradigm Exchange*, Minneapolis, University of Minnesota, 1981; 45-54.

**JOHNSON**, John. "One Hundred Years of Historical Writing on Modern Latin America by U. S. Historians", *Hispanic American Historical Review* Vol. 65 Nº 4 Nov. 1985; 745-765.

**KAISER LENOIR**, Claudia. "El Nuevo Teatro y la tradición dramática argentina" *Alba de América* 12-13 (1989).

**KAUFMAN**, Robert, "Trends and priorities for Political Science Research on Latin America" en *Trends and priorities for Political Science Research on Latin America in the 1980s*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Working Paper Nº 111, Washington D.C., 1982.

**KEEN**, Benjamin. "Main Currents in U.S. Writings on Colonial Spanish America, 1884-1984", *Hispanic American Historical Review* Vol. 65 Nº 4 Nov. 1985; 657-682.

**KENWORTHY**, Eldon. *America/Américas. Myth in the Making of US Policy Toward Latin America*. Pennsylvania State UP, 1995.

**KLING**, Merle. "The State of Research on Latin America: Political Science" en *Social Science Research on Latin America,* Charles Wagley, ed., New York, 1964.

**LAMBERT**, Richard. *Beyond Growth: The Next Stage in Language and Area Studies*. Washington DC: Association of American Universities, 1984.

_____. *Language and Area Studies Review*. Monograph No.17 Philadelphia: American Academy of Political and Social Science, 1973.

**LEONARD**, Irving en *Latin American History: Essays on Its Study and Teaching* (2 tomos), Howard Cline, ed. Austin, Texas: University of Texas Press, 1967.

**LEWIS**, Tom "Literary Cricticism s Ideological Practice" en el número especial "Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes", *Ideologies & Literature* Nº 16 Vol. IV (Segundo Ciclo) Mayo-Junio 1983; 353-361.

**LIPSET**, Seymour Martin y Aldo Solari. *Elites in Latin America*. New York: Oxford, 1967.

**LOSADA**, Alejandro. "Discursos críticos y proyectos sociales en Hispanoamérica", *Ideologies & Literature* Vol. 1 Nº 2, Febrero-Abril 1977; 71-75.

**LUZURIAGA**, Gerardo. *Popular Theater for Social Change in Latin America*, UCLA Latin American Center Publications, 1978.

**MARTIN**, Gerald. "El Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y la Revista Iberoamericana: Breve relato de una ya larga historia", *Revista Iberoamericana: 1939-2002: Una antología conmemorativa,* Vol. LXVIII, Núm 200, pág 503-517.

**MERKX**, Gilbert. "Foreign Area Studies: Back to the Future", *LASA Forum* 26 (1995): 6.

**MIGNOLO**, Walter. "Second thoughts on canon and corpus" *Latin American Literary Review* 20(40): 66–69, 1992.

**MILLER**, Toby y George Yúdice, *Política cultural* Barcelona: Gedisa, 2004.

**MITCHELL**, Christopher. *Changing perspectives in Latin American Studies: Insights form six disciplines.* Standford University Press, 1988.

**MIYOSHI**, Masao y H. D. Harootunian, eds. *Learning Places: The Afterlives of Area Studies.* Durham: Duke University Press, 2002.

**MOLLOY**, Sylvia. "Latin America in the US Imaginary", en *Ideologies of Hispanism* (2005), Mabel Moraña, ed., *Hispanic Issues* Volumen 30, Vanderbilt University Press.

**MORAÑA**, Mabel, Ed., *Ideologies of Hispanism, Hispanic Issues* Volumen 30, Vanderbilt University Press, 2005.

**MORAÑA**, Mabel y Javier Campos, eds. *Ideologías y literatura. Homenaje a Hernán Vidal.* Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), Universidad de Pittsburgh, 2006.

_____. *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1984.

**MORSE**, Richard. "On Grooming Latin Americanists: The Strange Career of Latin American Studies (1964) y "Stop the Computer, I Want to Get Off", *New World Soundings: Culture and Ideology in the Americas*. Baltimore: John Hopkins, 1989; 169-200.

**NACLA**. *Subliminal Warfare: The Role of Latin American Studies.* New York: NACLA, 1970.

**ODDONE**, Juan y Blanca Paris de Oddone. *La universidad uruguaya desde el militarismo a la crisis (1885-1958).* Montevideo: Universidad de la República, 1971.

_____. *Historia de la Universidad de Montevideo. La Universidad Vieja 1849-1885.* Montevideo: Universidad de la República, 1963.

**OSORIO**, Nelson. "Estudios latinoamericanos y nueva dependencia cultural", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* Lima-Hanover 66 (2007): 255-278.

**PARSONS**, James. "Carl Sauer's vision of an Institute of Latin American Studies" *Geographical Review* 86 (1996): 380.

**PASTOR**, Beatriz. "Polémicas en torno al canon: Implicaciones filosóficas, pedagógicas y políticas" *Casa de las Américas* 171: 78-87, 1988.

**PETRAS**, James. "US-Latin American Studies: A Critical Assessment" *Science and Society* 32 (1968).

**PIANCA**, Marina. *El teatro de Nuestra América*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1990.

**PORTES**, Alejandro. "Latin American Sociology in the Mid-1980's: Learning from Hard Experience" en *Changing Perspectives in Latin American Studies,* Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 121-142.

_____. "From Dependency to Redemocratization: New Themes in Latin American Sociology", *Contemporary Sociology* 13 1984: 546-49.

**PRATT**, Mary Louise. *Imperial eyes: travel writing and transculturation.* London: Routledge, 1992.

**RAMA**, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1985.

**RAMIS**, Peter, "Trends in Research on Latin American Politics: 1961-1967",
*LARR* 3 (1968): 71-78.

**RIZK**, Beatriz. *El Nuevo Teatro Latinoamericano. Una lectura histórica*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1987.

**RUSSELL-WOOD**, A. J. R. "U.S. Scholarly Contributions to the Historiography of Colonial Brazil" *Hispanic American Historical Review* Vol. 65 Nº 4 Nov. 1985; 683-723.

**SAID**, Edward. *Orientalism*. New York: Pantheon Books, 1978.

**SAUNDERS**, Frances Stonor. *La CIA y la Guerra Fría Cultural.* Madrid: Debate, 2001.

**SKIDMORE**, Thomas. "Studying the History of Latin America: A Case of Hemispheric Convergence" *LARR* 33 (1998): 227-46.

**SOSNOWSKI**, Saúl. "Spanish-American Literary Criticism: The

State of the Art" en *Changing Perspectives in Latin American Studies,* Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 163-183.

_____. "Crítica literaria hispanoamericana en EE.UU.: Visiones desde la periferia" en *Revista de crítica literaria latinoamericana* Año XVI Nº 31-32 (1990); 267-289.

**SZANTON**, David L. "The Origin, Nature and Challenges of Area Studies in the United States," in *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines,* ed. David L. Szanton, University of California Press, 2004, pp. 10-11.

**TAYLOR**, Diana. *Theater of the Crisis. Drama and Politics in Latin America*. UP of Kentucky, 1991.

**TRIGO**, Abril. "Global Realignments and the Geopolitics of Transatlantic Studies: In Inquiry" (manuscrito).

**VALENZUELA**, Arturo. "Political Science and the Study of Latin America" en *Changing Perspectives in Latin American Studies*, Christopher Mitchell, ed. Stanford, Cal.: Stanford University Press; 63-86.

**VAN YOUNG**, Eric. "Recent Anglophone Scholarship on Mexico and Central America in the Age of Revolution (1751-1850), *Hispanic American Historical Review* Vol. 65 Nº 4 Nov. 1985; 725-743.

**VIDAL**, Hernán, editor, coordinador. *Treinta años de estudios literarios/ culturales latinoamericanistas en Estados Unidos. Memorias, testimonios, reflexiones críticas.* Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), Universidad de Pittsburgh, 2008.

_____. "La adopción de la teoría de la dependencia en la crítica literaria", en *Treinta años...* (2008).

_____. Social Theatricality and the Dissolution of the Theatre as Institution", *Gestos*, 14, (1992) 27-33.

_____. "Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana" en el número especial "Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes", *Ideologies & Literature* Nº 16 Vol. IV Mayo-Junio 1983; 121-132.

_____, ed. *Fascismo y experiencia literaria: Reflexiones para una recanización*, Institute for the Study of Ideologies & Literature, Minneapolis, 1985.

_____"Teoría de la dependencia y crítica literaria" *Ideologies & Literatures* Vol. III, Nº 13 (1980) 116-121.

Villegas, Juan. *Ideología y discurso crítico sobre el teatro de España y América Latina.* Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1988.

_____. "La especificidad del discurso crítico sobre el teatro hispanoamericano" *GESTOS* 2 (1986) 57-74.

_____. "El discurso dramático-teatral latinoamericano y el discurso crítico: Algunas reflexiones estratégicas". *Latin American Theatre Review* 18(1): 5–12, 1984.

**WAGLEY**, Charles. *Social Science Research on Latin America* (New York: Columbia, 1964).

**WALLERSTEIN**, Immanuel. "The Unintended Consequences of Cold War Area Studies" (en Chomsky et al.).

**WEISS**, Judith et al. *Latin American Popular Theatre*. U of New Mexico Press, 1993.

**YOUNG**, Howard. "Federico de Onís" (1888-1966) *Hispania 80*, 2 Mayo 1997 p. 268-270.